ANA ÁLVAREZ

Te robaré el corazón

Selecta

Te robaré el corazón

Ladrón de guante blanco 1

Ana Álvarez

Selecta

Dedico esta novela a todas las personas que han formado parte de mi vida en el mundo de la costura, de diferentes formas: Laura, Rocío, Jose y, especialmente, a mi madre y a mi tía, que me enseñaron todo lo que sé.

Comparto con todos ellos anécdotas divertidas y momentos especiales e inolvidables.

Prólogo

Los hermanos Ortiz se abrazaron con efusividad aquella tarde en que se reunieron en casa del menor, Adrián, para planear su futuro inmediato. Hacía más de un año que no se veían, algo que solían hacer después de cada golpe realizado con éxito. Solo sabían uno del otro a través de Encarna, su madre, que los creía de gira con sus respectivas e inexistentes compañías de teatro. A través de ella se dejaban mensajes más o menos encriptados hasta la hora de reunirse para planificar un nuevo trabajo. Pero no eran actores, aunque Lucas había realizado algunos cursos de interpretación para llevar a cabo su tarea de apropiarse de lo ajeno, sobre todo joyas y obras de arte de pequeño tamaño, fáciles de ocultar y de vender. Él era el brazo ejecutor mientas que Adrián, con la mente más metódica y menos carisma que su hermano, se encargaba de planificar con detalle cada una de las operaciones y de distribuir y vender la mercancía. Lo hacía a través de una red de contactos que el padre de ambos había dejado organizada y funcionando antes de morir cinco años atrás.

Habían formado un buen equipo los tres, jamás les habían pillado, ni siquiera se les había investigado como sospechosos, porque Lucas, que tomó el relevo de su padre realizando las sustracciones, era muy hábil cambiado de identidad en cada uno de los golpes y espaciaban estos durante bastante tiempo. Su carisma y su encanto personal cautivaban tanto a hombres como a mujeres y jamás había resultado sospechoso de ninguno de los robos que había perpetrado.

Ambos hermanos se parecían bastante, aunque Adrián era algo más bajo y corpulento que Lucas. Los dos habían heredado el cabello oscuro de su padre y un indiscutible atractivo para las mujeres, que usaban para camuflar su actividad delictiva. Pero mientras el mayor tenía los ojos negros, de mirada intensa y pasional, los de Adrián eran claros como los de Encarna y fríos como el hielo.

Ninguno tenía pareja estable porque no querían que se repitiera la situación familiar que habían vivido desde la adolescencia, mintiendo a su madre sobre la realidad de sus medios de vida. Era algo que su padre llevaba a rajatabla, tratando de proteger a Encarna, y ellos se habían visto obligados a seguir sus normas.

Gerardo Ortiz había trabajado solo hasta que sus hijos fueron lo bastante mayores para comprender las actividades de su padre y decidieron unirse a ellas, y hasta su fallecimiento era quien dictaba las normas y organizaba las operaciones. Las giras, como las llamaban en casa. A su muerte, ambos hermanos decidieron que sería Adrián quien se ocupara de la planificación, y Lucas, por su enorme carisma, se encargaría de llevarlas a cabo como llevaba haciendo ya unos años.

Cuando se reunieron, y tras el abrazo, se contemplaron uno a al otro, asimilando los cambios producidos durante los meses que habían estado sin verse. La piel morena de Lucas estaba más oscura aún después de pasar bastantes meses en su refugio de la isla de Menorca, donde se ocultaba del mundo hasta que se olvidaba el último robo perpetrado, y su cuerpo delgado rebosaba energía contenida. Por mucho que hubiera practicado deporte para mantenerse en forma, era un hombre que necesitaba acción y la adrenalina que le aportaba su trabajo. Adrián, en cambio, presentaba un aspecto relajado y tranquilo, más acorde con su personalidad. Porque mientras Lucas había ejercitado su cuerpo, él no dejó descansar a su mente buscando nuevos proyectos.

—¿Cómo estás? —le preguntó a su hermano invitándolo a sentarse.

—Dispuesto para el trabajo —respondió Lucas—. Supongo que ya tienes algo pensado.

—En efecto.

—Esperaba con ganas que mamá me dijera que estabas ensayando una nueva obra de teatro, y me dejó muy sorprendido al comentarme que requeriría un vestuario espectacular.

Adrián mostró un atisbo de sonrisa.

—Pues sí, va de vestuario la cosa.

—Cuéntame.

—Estoy barajando algo especial.

Lucas esbozó una sonrisa torcida, esa que volvía locas a las mujeres y las hacía ciegas y sordas a todo lo que tenían delante que no fuera él.

—¡No te imaginas cuánto me apetece! Los últimos golpes han sido un juego de niños; muy lucrativos, cierto, pero fáciles y aburridos. Ya echo de menos un poco más de acción.

—Este creo que lo será; al menos sé que te va a gustar, porque deberás sacar tus dotes de seducción.

—¡Cuenta! Me encanta eso de la seducción.

Adrián se echó a reír. A su hermano mayor le gustaba mucho desplegar sus encantos delante de las mujeres: no obstante, no se dejaba llevar por ellos, siempre mantenía la mente clara cuando trabajaba. Sabía que la seguridad de los dos estaba en juego.

—Primero una copa… Hace mucho que no nos vemos y quiero disfrutar de tu compañía.

Minutos después, acomodados en el amplio sofá y con sendos vasos en la mano, Adrián expuso sus planes, en espera de la aprobación de Lucas, aunque sabía que este no pondría la menor objeción.

—¿Has oído hablar de la fiesta anual benéfica que celebra Feliciano Peñalver?

—¿El magnate de la construcción?

—Sí.

—El año pasado causó bastante revuelo con una fiesta a la que acudió la flor y nata de toda España. Es lo único que sé, porque salió en todos los medios de comunicación.

—Este año la repetirá, a finales de verano. Y nosotros vamos a aprovecharlo.

—¿Pretendes que dé un golpe en un evento plagado de seguridad tanto pública como privada? Y ni hablar de las cámaras…

—¿No te atreves? —preguntó Adrián, consciente de la descarga de adrenalina que acababa de provocar en su hermano mayor.

—Sabes que sí, pero es arriesgado.

—Lo sé. Lo de dar el golpe allí lo dejo a tu elección, aunque sé que harás lo imposible. Pero de lo que de verdad se trata es de que te infiltres entre las invitadas y evalúes las joyas que luzcan, que no tengo dudas de que será lo mejorcito que posean. A un evento de esa índole no se acude con un colgante de ámbar. Si no puedes actuar allí, ya lo harás en otro momento, una vez decidida la pieza que queremos.

—¿Cómo quieres que asista? Las invitaciones estarán muy controladas y, aunque me presente en la puerta con una buena falsificación, no me permitirán la entrada sin contrastar de forma muy exhaustiva su veracidad.

—No lo harás con una invitación falsa, sino con una de verdad. Tendrás que conseguir que te inviten.

—Fácil fácil…

—Te vas a infiltrar en el taller de alta costura más exclusivo del momento, vas a diseñar el vestido a más de una de las invitadas y deberás usar tu encanto personal para conseguir que alguna de ellas quiera que la acompañes. Cómo lo consigas, lo dejo a tu elección.

—No he diseñado en mi vida ni un calcetín… pero no creas que no me atrae la idea. Es un reto.

—Y no conozco a nadie a quien le guste más un reto que a ti. Te he matriculado en un curso intensivo de costura y diseño, deberás aprender lo suficiente en cuatro meses para dar el pego.

—Eso ya es otra cosa. ¿Y cómo conseguiré que me contraten?

—Porque la *boutique* es la mejor de Barcelona; la jefa de taller, que realiza también la tarea de diseñadora, es un genio con la confección, pero no se le da nada bien halagar a la clientela. Es de las que, si tienes un michelín, lo dice tal cual y no se limita a disimularlo con un corte más favorecedor. Algunas de las clientes habituales están algo descontentas con eso y, si siguen haciendo encargos es porque Marina Salazar es muy buena en su trabajo. La mejor. Sé, de buena tinta, que el dueño de la *boutique* quiere contratar a alguien para que atienda a la clientela y relegarla al taller, donde es imprescindible.

—Si es tan buena notará mi falta de experiencia.

—Tendrás que usar tu encanto para disimularlo. Y contarás con unos conocimientos básicos, que ella no te permitirá mostrar. Las prendas solo las tocan sus dos modistas de confianza y ella misma. Tú atenderás al público.

—Femenino.

—Es una *boutique* especializada en ropa de mujer, sí.

—Creo que me voy a divertir mucho con este trabajo.

Adrián sonrió. A su hermano le encantaban las mujeres, y él a ellas. Pero nunca tanto como para poner en riesgo un golpe, ni la seguridad de ambos. Lucas sabía mantener la cabeza fría por muy caliente que tuviera la bragueta.

—Sabía que te iba a entusiasmar. Eso sí, ojito con la señora Salazar; es un hueso duro de roer. Su fama de mujer estricta y exigente es legendaria.

—¿Pareja?

—No se le conoce en los cinco años que lleva en Barcelona. He hecho algunas averiguaciones sobre ella. Trabajó con uno de los grandes en París, y de buenas a primeras hizo las maletas y se vino a Barcelona para incorporarse como modista a la plantilla de Sándalo. Muy por debajo de su anterior posición, y nadie sabe el motivo. Allí, su buen hacer y su profesionalidad la catapultaron en poco tiempo a diseñar las colecciones y ser la dueña absoluta e indiscutible de la moda barcelonesa. En cuanto a su vida privada, es un enigma. No se deja ver por los locales de moda ni con hombres ni con mujeres. Cuando sale del taller desaparece y nadie sabe dónde.

—En eso estaremos iguales.

—Te conseguiré documentación falsa y un currículum profesional lo bastante sólido para cubrir un mínimo, pero no tanto como para que te exijan lo que no puedes hacer. Y moveré los hilos pertinentes para que te realicen una prueba, que deberás superar por ti mismo.

—¿Tienes dudas sobre eso?

—Ninguna.

—En ese caso, brindemos por el nuevo golpe.

Capítulo 1

Marina entró al probador para preparar la visita de una de sus clientas más difíciles, Dolores Aranda, aunque a sus sesenta y ocho años insistía en que todos la llamaran Lily. Lily medía un metro sesenta y pesaba unos cincuenta kilos conseguidos a fuerza de pasar hambre y no de hacer ejercicio. La piel le caía fláccida en los brazos e incluso en los muslos y el vientre, pero se negaba a verlo y a permitir que se lo disimularan con la ropa. Vestía como una quinceañera y se comportaba como tal. Lo único que no tenía arrugada era la cara, hinchada a fuerza de bótox. Cada vez que aparecía por la *boutique* para renovar su vestuario, tanto las modistas como Marina se echaban a temblar, porque sembraba el caos en el bien organizado taller. No obstante, era una clienta fiel y pagaba bien y sin rechistar no solo los modelos sino todos los suplementos y cambios que iba exigiendo en cada prueba. El resultado final de la prenda poco o nada se parecía al diseño original.

Sándalo ofrecía una colección de ropa que se renovaba anualmente y entre cuyos modelos la clientela, de muy alto poder adquisitivo, seleccionaba las prendas que se le confeccionarían a medida según el diseño original o con alguna modificación, pero también en ocasiones especiales se diseñaban prendas exclusivas para quien las solicitara. Lily se adaptaba a las dos líneas de confección, aunque rara vez un modelo de los ya existentes en la tienda se parecía al original después de pasar por las diversas pruebas que la confección requería.

Tras echar un vistazo al impoluto y enorme probador forrado de espejos en tres de sus cuatro paredes y asegurarse de que las perchas donde colgar la ropa estuvieran alineadas y listas, se preparó para la dura prueba que le esperaba. Cuando Lily pedía cita se aseguraba de no recibir a nadie más en la mañana o tarde escogida, porque la elección o prueba de prendas se alargaría bastante.

La esperada clienta se retrasó casi veinte minutos, con la misma excusa de siempre: el tráfico y la imposibilidad de aparcar cerca del concurrido Paseo de Gracia donde estaba ubicada la *boutique*.

—Hola, querida Marina —dijo al empujar la pesada puerta de cristal que daba acceso al interior—. Disculpa el retraso, pero hoy el tráfico estaba imposible. La próxima ve tendré que venir en taxi, pero es tan desagradable viajar en un vehículo donde antes ha estado otra persona…

Marina cerró los ojos un segundo y se mordió la lengua para no responder que siempre decía la misma frase.

—No importa, Lily.

Para Marina la puntualidad era esencial y el tiempo de los demás también, por lo que su frase no resultó todo lo convincente que debería. Se encontraba muy ocupada con la nueva colección que estaban a punto de lanzar y veinte minutos de su tiempo eran muchos minutos.

—¿Qué tienes de nuevo?

—Aún nada. Ya sabes que la colección de verano no estará disponible hasta dentro de quince días, como es habitual.

Aunque a la mayoría de clientas las trataba de usted, Lily le había pedido desde el primer momento que la tuteara, aduciendo que el tratamiento formal la hacía sentirse vieja, algo que no era.

—Ya lo sé, guapa, por eso he venido. Quiero verla antes que nadie.

—Lo siento mucho, pero no hacemos excepciones.

—Seguro que me puedes ensañar algo —dijo la mujer con un guiño—. Soy tu mejor clienta.

Marina suspiró tratando de infundirse calma. No lo era, su mejor clienta era Marta Sarriá que, aunque compraba algo menos, jamás ponía una pega a nada. Eso les hacía ganar tiempo y eficiencia. Lily era un incordio desde el mismo instante en que pisaba la *boutique*.

—No, Lily, lo siento mucho. No puedo enseñarte nada aún.

—Es que tengo el capricho de comprar algo hoy y ya he visto lo suficiente de la colección anterior. No hay nada más que me resulte atrayente.

—En ese caso, vuelve dentro de dos semanas.

Le molestaba sobremanera ese afán de ser especial, de ir por delante del resto del mundo.

—Lo quiero hoy.

—No es posible, salvo que desees un diseño exclusivo, que realizaré luego y lo tendrás disponible mañana.

—Está bien. —La mujer frunció el ceño, contrariada. Luego recordó que cualquier gesto de la cara podía provocarle una nueva arruga y relajó las facciones—. Echaré un vistazo y veré si podéis adaptarme algo de lo que tenéis para que parezca diferente.

Marina se echó a temblar. Sabía que Lily se vengaría pidiendo lo imposible, que les haría pagar con mucho trabajo la rabieta ocasionada por el hecho de no haberse salido con la suya, como una niña malcriada.

Resignada, la siguió mientras recorría los percheros deslizando una prenda tras otra con escaso cuidado y expresión de repugnancia, como si en lugar de los carísimos modelos estuviera tocando harapos llenos de pulgas. Tuvo que contenerse una vez más para no echarla de la *boutique*. Si fuera la propietaria lo haría sin dudar, pero no era el caso y debía reconocer que la cantidad anual facturada por Lily era considerable. Además, era amiga de una tía del dueño del negocio, lo que sacaba a relucir siempre que podía para obtener un trato especial. Marina se negaba a ello, lo que ocasionaba alguna que otra queja.

Se detuvo ante un mono de crepé verde largo hasta el suelo y con una caída fabulosa. Una prenda favorecedora y que disimularía a la perfección algún kilo de más en el vientre y caderas

de cualquier mujer. Sería perfecto para una cena o una fiesta informal.

—Quiero este, en otro tejido y con algunos cambios.

—Bien. Veamos el muestrario de telas y elige una. ¿Has pensado ya qué cambios quieres hacerle? —preguntó, aunque tenía una ligera idea de lo que iba a pedirle. Cualquier cosa que enseñara más carne.

—Corto y sin espalda.

Marina no entendía el afán de aquella mujer de mostrar unos muslos como palillos y cubiertos de piel arrugada.

—Eso lo convertirá en un modelo de mañana o de tarde, informal. Perderá todo el glamour del diseño.

—No, si se hace con la tela adecuada.

Cerró los ojos y visualizó la prenda tal como la quería la clienta y solo encontró adecuada una batista floreada. Lily pasaba los cuadrados de tela del abultado muestrario y se detuvo en un muaré rosa pálido. Un tejido recio que jamás permitiría la caída suave que la prenda necesitaba.

—Esta.

—Si me permites un consejo…

—Quiero esta tela. —No había asomo de duda en su voz ni en su cara. Había decidido y Marina era consciente de ello. También de que cuando hicieran la primera prueba no le gustaría nada el resultado. El muaré era una tela para grandes celebraciones y Lily quería usarla para un mono playero, que era en lo que iba a convertir el precioso diseño. Aun así, insistió tratando de evitarle a Carmen, la modista más experimentada y que efectuaba en las pruebas las interminables modificaciones que debería llevar a cabo en la prenda para satisfacer a la mujer.

—Es una tela rígida, Lily. Este diseño exige una buena caída. Si lo haces en muaré los perniles del pantalón quedarán muy abiertos y tú tienes las piernas delgadas, lo que hará que se vean más delgadas aún.

—Tú eres la modista, haz de forma que no sea así.

Tuvo que morderse la lengua para no decirle que era modista, no la virgen de Fátima, y no podía engordarle las piernas, como tampoco eliminar la piel que se le aflojaba en los muslos.

—Habría que modificar el diseño y eliminar los pliegues de la cintura para quitar amplitud a los perniles.

—Quiero los pliegues en la cintura.

Marina sentía que su paciencia se iba agotando por momentos, porque era imposible hacerle ver lo que era evidente hasta para alguien que no entendiese de moda.

—De acuerdo. —Aceptó consciente de que no la convencería y de que si insistía lo único que iba a conseguir era que el incipiente dolor de cabeza con que se había levantado fuera en aumento—. Te tomaré las medidas.

—Ya las tenéis, mido igual que siempre.

La miró y su ojo crítico y acostumbrado a calcular y medir le dijo que no, que estaba más

escuálida que nunca.

—Aun así, vamos a asegurarnos.

Cogió la cinta métrica y con mano experta tomó las medidas necesarias para confeccionar aquella prenda en concreto, y algunas más que necesitaría conforme se fueran produciendo los cambios. Lily, que se había desnudado para la tarea quedando en ropa interior, se vistió de nuevo, ocultando las estrías y el vientre fláccido que a menudo se empeñaba en mostrar.

—Te llamamos para la primera prueba.

—¿Mañana?

—No, imposible. Tenemos el taller a tope con la nueva colección, ya te avisamos.

—Lo necesito para finales de la semana próxima.

—De acuerdo, nos ponemos con él en seguida. La próxima vez no lo dejes para última hora.

No pudo evitar que la voz le sonara desabrida, reflejo del cabreo que la visita de aquella mujer siempre le producía. Tendrían que correr mucho para terminar la prenda a tiempo, si de verdad la necesitaba para esa fecha. Aunque lo dudaba mucho.

—Gracias, bonita, sé que puedo confiar en vosotras y que estaré espectacular en el coctel. Y recuerda, corto y sin espalda.

«Vete ya», susurraba su mente al borde de perder el control.

Al fin se marchó y se dirigió a la trastienda donde estaba situado el taller de costura. Carmen alzó la vista del bajo del vestido que remataba con puntadas minúsculas y escrutó la cara de su jefa.

—¿Muy malo?

—Como ya es habitual. Quiere el modelo Caribe corto, sin espalda y en muaré rosa.

—¡Madre de Dios!

—Parecerá una lechuga… rosa. —exclamó Sofía, la más joven de las dos modistas que trabajaban allí.

—No lo creo —sentenció Marina—; en cuando se vea en la primera prueba cambiará el diseño. Lo peor de todo es que lo quiere para finales de la semana próxima.

—¡Eso es imposible! ¿Y la colección? Hay fecha cerrada para el desfile de presentación.

—Me pondré con vosotras y os echaré una mano. Habrá que hacer muchas horas extra, me temo.

—Sobre todo con Lily.

—Sí, sobre todo con ella. Si por mí fuera la mandaría al diablo, pero ya sabéis que Augusto no quiere perderla como clienta. Es amiga de una de sus tías, así que tenemos Lily para rato.

Augusto Valdés era el dueño de Sándalo y, además de llevar las cuentas en persona, estaba muy implicado en todo lo concerniente a la *boutique*.

—Paga puntual y sin protestas —admitió Carmen.

—Sí, eso también. En fin, vamos al trabajo que nos van a faltar horas.

Marina se puso la bata con que cubría el habitual pantalón y camisa que usaba para trabajar y

se dedicó a modificar los patrones necesarios para confeccionar el modelo recién encargado. La aberración que la clienta pretendía llevar a cabo ofendía su sentido del buen gusto, y buen gusto tenía mucho. Y clase, toda la que le faltaba a Dolores Aranda con su piel fofa y las piernas como palillos que se empeñaba en mostrar a toda costa. Sus comienzos como modista en París habían añadido un plus de elegancia a la que ya poseía de forma natural. Su carácter huraño, en cambio, la hacía parecer fría e inaccesible incluso para sus empleadas, aunque era una jefa de taller justa que no dudaba en coger la aguja o las tijeras cuando era necesario, aunque su cometido principal fuera el diseño y la atención a la clientela.

Apenas habían pasado dos horas de la visita de Lily cuando recibió una llamada de Augusto, anunciando una visita para después del almuerzo, si no tenían citada a ninguna clienta. Le contrarió mucho lo que pensaba sería una inspección en toda regla, porque estaban saturadas de trabajo y cada minuto contaba para llevar a término los encargos. Había intentado contratar a una tercera modista de forma eventual, para atender la confección de las prendas de la nueva temporada de verano, pero no encontró a nadie con el suficiente nivel para dejarla sin supervisión, y prefería ocuparse ella misma del exceso de trabajo. De todas formas, carecía de vida social y amigos, todos se habían quedado en París cuando se vino a Barcelona, por lo que no le importaba pasar parte de la noche en el taller. La costura era su pasión y, en aquel momento de su existencia, también su vida.

Augusto Valdés se presentó puntual a la cita. Era un hombre que rozaba la cincuentena y que se mantenía esbelto y vigoroso gracias al ejercicio constante. Marina le ofreció una taza de café en el pequeño rincón dedicado a despacho que tenía alejado de telas y ropa, para evitar manchas, en una esquina del taller. También a salvo de oídos indiscretos.

Para recibirlo se había despojado de la bata y se había retocado el maquillaje, como solía hacer para las clientes más importantes. Jamás para Lily, ella no apreciaría la deferencia porque solo vivía pendiente de su persona.

—Buenas tardes, Marina —saludó su jefe.

—Buenas tardes, Augusto —dijo señalando el libro de piel negra donde anotaban los encargos. A pesar de que le enviaba un informe detallado de los mismos cada noche al terminar la jornada, a veces él deseaba supervisar en persona el registro y el proceso en que se encontraba cada uno de los encargos—. Supongo que quieres ver el libro de pedidos.

—Le echaré un vistazo luego, pero no es ese el principal motivo de mi visita.

—Pues tú dirás —preguntó tratando de no hacer cábalas por su cuenta. Augusto era un hombre que solía ir al grano, lo mismo que ella, y pronto sabría qué deseaba.

—Se trata de la atención al cliente.

Se envaró al instante. Su comportamiento con la clientela era impecable, aunque no era pródiga en halagos. Se limitaba a aconsejar, sugerir y solventar cualquier duda que surgiera. No le pagaban por contar chascarrillos ni por compartir chismes de unas clientas con otras.

—¿Qué ocurre con ello?

—Algunas clientas no están contentas con el trato personal que reciben. Dicen que eres fría y poco dada a propiciar la conversación.

Apretó los labios en un gesto involuntario.

—No me pagas por charlar, sino por vestir con elegancia a quien pueda permitirse los modelos de la *boutique*. Y creo que eso lo hago a la perfección. No pienso cotillear de unas clientas con otras. Nadie puede tener quejas de mi trato, soy correcta y educada con todo el mundo, incluso con quien no me cae bien. Se trata de Lily Aranda, ¿verdad? ¿Se ha quejado a tu tía o a ti?

—Ambos conocemos a Lily, y si fuera la única lo dejaría estar; pero no lo es. Otras clientas opinan que eres antipática y poco dada a las confidencias. Fría y esquiva, así te describen. Perdona mi brusquedad, pero no creo que desees que te ofrezca una versión edulcorada de la situación.

—Por supuesto que no; estoy de acuerdo contigo, ni soy simpática ni voy a contarle a nadie mi vida privada por mucho que intenten sonsacarme. Tampoco me interesa la de ellas. Si es eso lo que quieren las clientas, deberás buscar a otra encargada y jefa de taller para Sándalo. ¿Es eso a lo que has venido? ¿A pedir mi dimisión?

—Por supuesto que no, no seas tan suspicaz. No voy a despedirte ni aceptaré tu dimisión a dos semanas de lanzar una nueva colección; solo quiero proponerte una solución al problema.

—Tú dirás.

—Voy a contratar a alguien que se ocupe de la tienda, de tratar con las clientas, y tú te dedicarás en exclusiva a lo que se te da de maravilla: diseñar, coser y dirigir el taller.

Si le hubieran dado una patada en el estómago no le habría sentado peor. Augusto no le estaba pidiendo consejo, le exponía una decisión ya tomada, decisión que ella debería aceptar o marcharse. Y su profesionalidad le impedía hacerlo con una nueva colección a punto de ver la luz. Además, era consciente de que si salía de Sándalo su vida profesional bajaría otro escalón como ya sucediera al instalarse en Barcelona; y como le sucediera aquella vez, le costaría años de duro esfuerzo volver a donde estaba ahora.

—¿Cómo lo haremos? ¿Entrevistaremos candidatas al puesto? ¿Juntos o debo ocuparme yo? Te agradecería que esperases a que lancemos la colección, andamos muy cortas de tiempo, y para colmo Lily nos ha hecho un encargo complicado para la semana que viene.

—Ya tengo un candidato, creo que es idóneo para el puesto.

—¿Candidato? ¿Un hombre?

—Sí.

Alzó una ceja con gesto dubitativo.

—¿Gay?

—No lo creo, pero de todas formas no le he preguntado por su condición sexual, es irrelevante. Es un hombre muy agradable y, en general, las mujeres lo adoran, sienta lo que sienta él por ellas.

—¿Sabe costura? No trabajaré con un lego en la materia por muy encantador de serpientes que sea.

Augusto cogió el móvil y abrió un documento, que le mostró. Era un currículum que ostentaba la foto de un hombre moreno y atractivo. Joel Santillana, recién licenciado en una Escuela de Diseño y Moda en Sevilla. Ninguna experiencia laboral aún, pero excelentes calificaciones.

—¿Has corroborado estos datos? En los currículums se miente a menudo.

—No lo he hecho, porque su cometido no es diseñar; de eso te encargarás tú, como hasta ahora. Joel solo atenderá la tienda. Le haremos una prueba mañana y te prometo que, si no te convence, trataremos de buscar una solución.

No dijo que buscarían otra persona, sino una solución, con lo que estuvo convencida de que, por muy mal que lo hiciera, el puesto ya estaba adjudicado.

—De acuerdo; tendrá que realizar una prueba básica de costura y otra con Lily. Si las supera, no pondré objeciones.

—Estupendo. Avísame cuando venga Lily y procura que sea lo más pronto posible. Quiero que Joel se incorpore antes de que lancemos la nueva colección.

—Pasado mañana estará lista la primera prueba de muchas. Dile a tu candidato que venga armado de paciencia, porque la necesitará.

—Gracias, Marina; sabía que no pondrías objeciones.

«¿Me has dejado opción?», pensó con escepticismo. No obstante, no dijo nada. Se limitó a apurar el café y regresar a su mesa de trabajo en cuanto Augusto se marchó. Debía recuperar el tiempo perdido. Y asimilar los cambios antes de comunicárselos a las modistas, que observaron su expresión hermética y más seria de lo normal, pero no preguntaron el motivo. Ambas la conocían lo suficiente para saber que hablaría cuando tuviera que hacerlo.

Capítulo 2

Marina tardó todo un día en asimilar que tendría un colaborador masculino en la *boutique*. No se fiaba de los hombres y menos de uno relacionado con el mundo de la moda. Tenía sus razones, aunque prefería olvidarlas, esconderlas en el más profundo rincón de la mente y de los recuerdos, esos a los que nunca permitía aflorar. Pertenecían al pasado, a una etapa de su vida en que era joven e ingenua. Ya no era ninguna de las dos cosas, a sus treinta y cinco años se consideraba una mujer hecha a sí misma a costa de esfuerzo, horas de estudio y más horas aún con la espalda rota en todo tipo de máquinas de coser.

Su posición hubiera sido mucho más elevada de haber continuado en París, pero un hombre se cruzó en su camino destruyéndolo todo y convirtiéndola, de paso, en una mujer desconfiada y encerrada en sí misma. De la chica alegre y llena de esperanzas hacia un futuro prometedor que era en el pasado no quedaba nada.

Al venirse a Barcelona aceptando el puesto de jefa de taller y encargada de la *boutique* Sándalo había perdido mucho más que un brillante futuro en el mundo de la moda; había perdido la esencia de lo que fue y también las ilusiones y la ambición de progresar en su carrera. En poco tiempo se hizo al trabajo y añadió la de diseñadora a sus funciones, elevando las colecciones de la *boutique* muy por encima del nivel que tenían. Y no estaba dispuesta a permitir que ningún advenedizo le robara lo que había conseguido con tanto esfuerzo. Joel Santillana tendría que quedarse en el mostrador, como un simple dependiente y, aun así, no se lo iba a poner fácil. Marina Salazar ya no era ni joven ni ingenua, y por mucho encanto que el nuevo miembro de la *boutique* tuviera con las mujeres, ella era y seguiría siendo la máxima e indiscutible autoridad en Sándalo.

Llegó temprano el día previsto para la presentación de Joel Santillana con la intención de adelantar trabajo, pero también para hablar con Carmen y Sofía acerca de la nueva incorporación a la plantilla. No les había dicho nada; antes de hacerlo debía asimilar y calmar la rabia que le producía ceder parte de sus cometidos a un extraño, del que dudaba tuviera la capacidad necesaria para desempeñar del puesto.

Habían citado a Lily a las doce, la mujer nunca se levantaba antes de las diez, opinaba que era malo para la piel. Ella lo había hecho a las seis y media, y después de una ducha fría y tonificante se había maquillado con más esmero de lo habitual. Era necesario mostrar un aspecto pulcro e impecable. Se recogió el pelo dejando un par de mechones enmarcando el óvalo de la cara y se vistió con un sobrio pantalón negro y una blusa blanca de viscosa. Se miró al espejo y vio la imagen de una mujer fuerte y elegante, que no se dejaría avasallar. También atractiva,

aunque sus ojos oscuros mostrasen una severidad que ensombrecía la belleza que sin duda tenían. Los ojos y la figura estilizada y elegante eran su mayor atractivo, que se empeñaba en realzar solo para que las clientas supieran lo que podía hacer por ellas y no porque deseara la admiración de ningún hombre.

Al llegar al taller cambió la indumentaria por la bata blanca de trabajo. Aunque a veces la dejaba debajo, aquel día no quería que ni una minúscula arruga empañase su imagen sobria cuando se enfrentara a Joel Santillana.

Carmen y Sofía llegaron también antes de su hora. Las dos eran conscientes de lo apuradas que iban de tiempo y también de la cara más seria de lo habitual de su jefa, y pensaban que se debía a la dificultad de cumplir los plazos.

Marina esbozó una sonrisa al verlas y se dijo que eran unas auténticas profesionales.

—Gracias por llegar tan pronto. —A pesar de su seriedad no dudaba en agradecer a su equipo cualquier cosa que estuviera fuera de su cometido habitual—. Como siempre, se os pagarán las horas extra.

Ninguna tenía duda de ello, pero lo harían igualmente en caso contrario. Cada colección nueva que sacaban y se constituía en éxito les aseguraba un año más el puesto de trabajo. No había muchos talleres donde la meticulosidad y la perfección estuvieran tan bien pagadas como en Sándalo.

—Antes de comenzar tengo que comentaros una cosa. Hace un par de días que lo sé, pero he querido meditar un poco antes de comunicároslo.

Marina no pudo evitar que su voz se endureciera al hablar y sus empleadas empezaron a temer que abandonase la *boutique*.

—¿Qué ocurre?

—¿Augusto te ha despedido? ¿Te han ofrecido un puesto mejor?

—No se trata de eso. Solo quería comentaros que hoy vendrá un nuevo empleado para realizar una prueba.

—¡Una ayuda por fin!

—No se trata de un modisto, al menos no aspira a ese puesto. Viene con un titulito de diseñador en la carpeta, aunque Augusto me ha asegurado que solo se ocupará de atender a las clientas, que los diseños los seguiré haciendo yo.

—A las clientas también las atiendes tú.

Marina torció el gesto de forma casi imperceptible, pero no hasta el punto de que no se percatasen las mujeres que tan bien la conocían.

—Algunas me han tachado de antipática, y supongo que tienen algo de razón. Yo más bien pienso que me gusta llamar a las cosas por su nombre. Si fuera antipática le habría dicho a Lily que es muy mayor para vestirse como lo hace, que enseñar sus carnes fláccidas ofende el buen gusto y, en ocasiones, hasta la vista. En fin, esa no es la cuestión; Augusto ha contratado a alguien para que halague a la clientela, y no me corresponde a mí cuestionar sus decisiones. He

pedido que realice una prueba básica de costura, pero intuyo que, aunque no la supere, el puesto será suyo. También atenderá hoy a Lily, a ver cómo se desempeña. Augusto estará presente, aunque en el probador entrarás solo tú, Carmen. Como siempre.

—Esa es una prueba de fuego. Si consigue que nuestra clienta más terrorífica salga contenta, yo me descubriré ante él.

—Dudo mucho que pueda con ella —afirmó Sofía—. Es posible que hasta renuncie antes de comenzar.

—Ya se verá, aunque no confío demasiado. Lo he citado a las once y media para entrevistarlo antes de que llegue Lily.

—A ella no la esperes hasta las doce y media, como pronto.

—Por eso. Quiero al menos una hora con él antes de enfrentarlo a la prueba definitiva. Ahora, a trabajar, que hay mucha labor pendiente.

Carmen conectó una emisora de música clásica para que amenizara las largas horas de costura que tenían por delante, Sofía se sentó ante la remalladora y Marina asumió su tarea como una más de las modistas del taller. Eran apenas las nueve de la mañana y les esperaba una larga jornada laboral.

***

A las once y veinte Augusto cruzó la puerta de cristal de Sándalo acompañado de un hombre alto y delgado. Al escuchar el leve campanilleo que anunciaba la presencia de un visitante, las tres mujeres que se afanaban en el taller se miraron. Marina —que ya se había cambiado de ropa—, salió a recibir a quien hubiera entrado en la *boutique*, mientras que Carmen y Sofía se limitaron a dar un leve vistazo a través de la puerta que comunicaba ambas dependencias.

—Hola, Marina. Te presento a Joel Santillana, candidato al puesto libre como dependiente. Ella es Marina Salazar, diseñadora, encargada y jefa de taller.

Los dos se observaron analizándose uno al otro en profundidad. Por un instante fue como un choque de trenes, dos voluntades enfrentadas por los ojos. Los masculinos se suavizaron en seguida, pero ella mantuvo su pose fría mientras lo recorría con la mirada. Vestido de forma impecable con un pantalón negro, camisa blanca y chaqueta informal gris claro, sin ninguna duda todo confeccionado a medida, llevaba la ropa con elegancia natural. Era atractivo, mucho, con una mirada oscura y seductora que —no tenía dudas— causaría estragos en las clientas más sensibles.

—Encantado de conocerte. Puedo tutearte, ¿verdad? Si vamos a trabajar juntos… —También la voz, grave y profunda resultaba cautivadora. Sí, sin duda las mujeres caerían en sus brazos sin pensárselo siquiera a poco que lo intentase. Solo esperaba que sus modistas no lo hicieran, por el bien del taller.

—Puedes tutearme —admitió con voz firme—, pero aún no está decidida tu incorporación a Sándalo. ¿No te ha dicho el señor Valdés que debes realizar unas pruebas?

—Sí, claro. Estoy dispuesto a ello, pero confío en superarlas. —Esbozó una sonrisa que le

hizo apretar los labios con irritación.

Si Augusto Valdés no hubiera estado presente le habría dicho que guardara sus encantos para las clientas, porque no le iban a funcionar con ella. Por mucho que sonriera con la boca y con los ojos, no daría su aprobación si no lograba demostrar un mínimo de los cocimientos que decía tener.

—Empecemos pues. Sígueme, por favor.

Precedió a sus visitantes hasta el taller, donde las miradas de las dos mujeres que se afanaban sobre prendas delicadas se alzaron para recibirles.

—Carmen, Sofía, él es Joel Santillana. Efectuará una prueba para formar pante de nuestro equipo.

—Encantadas de tenerte por aquí. Necesitamos ayuda con urgencia y no solo con la clientela —saludó Carmen con amabilidad, alzando la prenda de terciopelo en la que trabajaba.

Marina observó que Sofía no articuló palabra, limitándose a mirar al recién llegado como si fuera un caramelo prohibido. ¡Mal empezaban!

—Ponte cómodo —dijo ofreciéndole la máquina de coser para que tomara asiento.

Él se despojó de la chaqueta y fue consciente de la mirada de sus dos ayudantes clavadas en la amplia espalda cubierta por la camisa blanca. Incluso ella no pudo evitar posar un momento sus ojos en el trasero que el pantalón negro cubría con precisión milimétrica. Joel se sentó ante la máquina de coser con soltura y, tras estudiar el mecanismo, procedió a enhebrarla. Una vez hecho, realizó varias costuras sobre tejidos diversos que Marina le fue proporcionando, algunas con mejor resultado que otras. No obstante, dejó evidencia de que tenía nociones de costura.

Lo mismo sucedió con la remalladora; a pesar de que era un modelo sofisticado que incluso a ellas les daba problemas cuando se desenhebraba. La peor parte de la prueba fue la de los acabados. Ni los remates ni los bajos quedaron con la calidad exigida en el taller, pero Marina tuvo que reconocer que jamás dejaría a un novato tocar siquiera esa parte de la confección visible en las prendas.

Se encontraba cosiendo unos botones corrientes cuando llegó Lily, quince minutos más tarde de la hora.

—Segunda parte de la prueba —comentó Augusto—. Si la haces bien, el puesto es tuyo, Joel.

Marina no tenía ninguna duda. Después de ver la mirada de sus dos modistas estaba segura de que a Lily se le caería el tanga en cuanto aquel hombre la mirase. Malditas fueran las mujeres que se dejaban seducir por unos ojos intensos y una sonrisa encantadora; muy encantadora, debía admitirlo, pero que estaba segura ocultaba algo. Su instinto le advertía sobre aquel fabuloso ejemplar masculino. Por fortuna, ella ya estaba de vuelta de todo, y no se dejaría cautivar por ningún encantador de serpientes por muy buena apariencia que tuviera.

—Lily, te presento a Joel. Hoy te atenderá él, si no tienes inconveniente. Por supuesto, la prueba la realizará Carmen, como es habitual.

Los ojos de la mujer brillaron maliciosos.

—Ningún inconveniente.

«Maldita bruja», pensó. «Podría ser tu hijo, si los tuvieras».

Joel se acercó a Lily con paso elástico. No se había puesto la chaqueta, algo que Marina anotó como punto en su contra. Cuando comenzara a trabajar tendría que dejarle claro que su atuendo debería ser siempre impecable.

—Hola, Lily. ¿En qué podemos servirte?

—Vengo a hacer una prueba de un modelo que he encargado.

Carmen salió con el mono en una percha. Extravagante, rígido y minúsculo. Marina estudió la cara del candidato a dependiente, que elevó una ceja.

—¿Puedo preguntarte dónde piensas usarlo?

—En un cóctel, el viernes próximo por la noche.

—¿No te parece demasiado informal para un cóctel?

—¿Tú crees? En realidad, yo quería algo diferente. De la nueva colección, pero Marina se ha negado en redondo a mostrarme ningún modelo.

—No vendemos la nueva colección hasta que ha sido presentada en un desfile, y eso será dentro de trece días —comentó hosca. Ni siquiera si Augusto se lo ordenaba le confeccionaría a aquella mujer caprichosa un modelo antes de la presentación oficial.

—Es lo acostumbrado, Lily —afirmó Joel, como si hubiera participado en muchos desfiles, cuando no lo había hecho en ninguno. Su título era muy reciente, ella se había encargado de investigarlo. Aparte de que ningún diseñador, por muy novel que fuera, dejaría de incluir un dato como ese en su currículum a la hora de presentarse a un trabajo. Joel Santillana acababa de salir de la academia y no tenía ninguna experiencia.

—A ver cómo me queda, pero no estoy nada convencida con el modelo —advirtió, entrando en el probador. Carmen la siguió y cerró la puerta tras ellas.

—¿Ese modelo es adecuado para un cóctel? ¿Tan corto? —preguntó en voz baja mientras esperaban el resultado de la prueba.

—Bienvenido al mundo de Lily Aranda. No se pone lo más adecuado, sino lo que más piel enseña. De todas formas, no será el modelo definitivo, aún habrá que modificarlo más de una vez, por muy apuradas de tiempo que estemos. El original es este.

Marina mostró el precioso mono verde.

—Entiendo. ¿Por qué no le habéis recomendado este?

—Porque Lily no se deja recomendar, y menos si está contrariada. Y lo está mucho por no lucir un modelo de la nueva colección, en primicia.

En aquel momento se abrió la puerta del probador. Al contrario que en otros comercios de ropa, esta era una habitación cerrada, no un cubículo cubierto por una simple cortinilla.

—¡Me queda horrible! —murmuró enfurruñada mientras se contemplaba en el espejo, cubierta por una prenda rígida y poco atractiva—. Mis piernas parecen dos palillos.

Marina estuvo a punto de decirle que se lo advirtió cuando propuso los cambios, y escogió el

tejido. pero se mordió la lengua y dejó que Joel lidiase con el problema.

—No es el modelo más adecuado para ti —dijo este entrando en el recinto—. Ese color no le favorece a tu piel. Además, los vestidos de cóctel no deben sobrepasar demasiado el borde superior de la rodilla.

—¿Quién lo dice?

—Hay una serie de normas no escritas, que por supuesto cada cual se puede saltar si le apetece. Pero hay una que no se debe omitir jamás y es la de ponerse algo que no resulta favorecedor. No a todos nos sienta bien lo mismo. A ti, por ejemplo, ese color te apaga la piel, y es una pena con lo bien cuidada que la tienes. Además, con ese modelo no te puedes poner un sujetador que te realce los pechos.

«Los pitracos», pensó Marina que, para su desgracia, los había visto más de una vez.

—No necesito sujetador —afirmó Lily, que a sus sesenta y ocho años se jactaba de tener unos senos de adolescente, aunque no se lo creyera ni ella misma.

—Es evidente. —La mirada apreciativa que Joel dirigió al torso plano de la mujer la asqueó—. Pero algunos modelos, para realzarlos, precisan un bello escote, y eso solo se consigue con un sujetador adecuado. Soy un hombre y sé de lo que hablo. ¿Por qué no te pruebas el modelo original, el verde? Con el sujetador que traías… porque traías, ¿no?

—Sí. pero el modelo verde no me gusta. Lleva meses en la percha.

—Pero resaltaría mucho tu tono de piel. Hazme caso y solo pruébatelo. No te lo tienes que comprar, es solo para que veas la diferencia en la luminosidad de la piel.

—Está bien. Si insistes…

—Por supuesto que insisto.

Le quitó a Marina el modelo de las manos y se lo entregó a la clienta. Después salió del probador cerrando tras de sí.

—¿La luminosidad de la piel? —masculló en voz baja—. Si los pergaminos egipcios eran mucho más luminosos.

—Pero ella no lo cree. ¿Tú quieres vender el modelo verde con el mínimo de arreglos?

—Ojalá, porque vamos con mucho retraso para la colección; pero no picará. Lily es muy maniática y si ha decidido que no le gusta porque es del año pasado, no se lo llevará.

—Tú déjame… —añadió con un guiño.

Se le revolvió la bilis al advertir la seguridad con que hablaba y también la expresión satisfecha de Augusto. Les vendría de maravilla que Lily cambiara de opinión, pero en su interior algo se rebelaba ante esa posibilidad. Si Joel conseguía que la mujer cambiara de opinión delante de Augusto se convertiría en el amo de Sándalo. Casi prefería pasarse noches enteras cosiendo para terminar a tiempo o incluso dejar algún modelo fuera de la colección.

Pocos minutos después el probador se abrió de nuevo y la cara satisfecha de la mujer —que se contemplaba extasiada en el espejo— no dejaba duda de lo que sucedería a continuación.

Joel entró de nuevo, decidido, y se colocó muy cerca de Lily, aunque no tanto como para

rozarla siquiera.

—¿Qué te parece? —preguntó—. ¿A que tu piel resplandece?

—La verdad es que sí. Me veo muy favorecida.

—Si además te compras un sujetador de esos especiales que resaltan el pecho serás la reina del cóctel.

Lily dejó escapar una risa tonta y coqueta que él premió con una deslumbrante sonrisa de anuncio de dentífrico.

—Bueno, ¿qué opinas? Te queda algo ancho en las caderas, pero ¿le decimos a Carmen que te lo ajuste un poco para que veas cómo quedaría?

—Sí, por favor.

Marina se giró para no delatar la rabia que sentía. Lily no había pedido nada por favor en los cinco años que llevaba trabajando en Sándalo, siempre les había hablado como una reina que dicta sentencia a sus súbditos.

La modista prendió unos cuantos alfileres con cuidado y las escuálidas caderas de la mujer parecieron tomar vida.

—¡Me queda divino!

—Así es.

—Pero es del año pasado… todo el mundo lo reconocerá.

—Seguro que se le puede hacer algo para que no sea así. ¿No crees, Marina?

Se volvió ligeramente hacia ella, que a duras penas podía ya contener su malhumor.

—Sin duda —respondió.

—¿Qué sugieres?

—La prueba es tuya, Joel. Haz las sugerencias que consideres oportunas. Si no las considero adecuadas, te lo haré saber.

—Quizás un cinturón de pedrería, cambiar el escote y acortar un poco el largo para que se vean los tobillos. Es la parte más sugerente de una mujer.

—¿Los tobillos? —preguntó Lily más que encantada. Y seducida—. Siempre pensé que eran los pechos.

—Te equivocas. Soy un hombre y sé lo que nos atrae. ¿Me permites, Carmen?

Se agachó con la agilidad de un felino y subió el bajo de los pantalones unos centímetros, Marina no tenía duda de que Lily debía estar aspirando el aroma de aquel hombre, situado a sus pies. Por su expresión debía oler de maravilla.

—¿Qué tal? —preguntó cuándo hubo terminado.

—¡Me encanta! Quedará espectacular. —Parecía una niña a punto de saltar de entusiasmo.

—¿Te decides por este entonces? —preguntó él mirando a su jefa a través del espejo.

—Sí, quiero este. Con un cinturón de pedrería y que muestre los tobillos. El escote lo más bajo que puedas.

—¿Y el otro? —preguntó Carmen agarrando la prenda que había quedado colgada en una

percha.

—Tiradla. Pagaré la tela y el trabajo que hayáis hecho, pero no quiero que se la adaptéis a nadie.

—No tenemos costumbre de hacer eso, Lily. Jamás.

—Bien. Asunto decidido. ¿Cuándo vuelvo para una nueva prueba?

—Pasado mañana —afirmó Carmen.

—¿Tú estarás?

La mirada melosa de Lily se posó en el rostro de Joel sin ningún disimulo ni pudor. Él, a su vez, dirigió la suya, interrogadora, a Augusto.

—Estará —afirmó este.

—Bien, vendré en taxi para llegar puntual. El tráfico en esta zona es terrible, y los aparcamientos, imposibles.

Joel salió del probador con la sonrisa satisfecha del gato que se ha comido al ratón. Marina sintió que el ratón era ella y que, si no se andaba con cuidado, el gato acabaría por adueñarse de toda la casa.

—Mañana a las ocho en punto —advirtió cuando Lily se hubo marchado derrochando miradas insinuantes—. Andamos muy justos de tiempo y hay mucho que remallar.

—¿Ese será mi cometido?

—Mientras no haya clientas que atender, sí; te ocuparás de las tareas de taller menos delicadas. No eres lo bastante bueno para permitirte los acabados finales; eso solo lo hacemos Carmen o yo.

—Me parece bien. Seré puntual.

—Más te vale.

Joel se marchó con Augusto, tal como había llegado, y ella entró al taller, donde sus modistas se guardaron mucho de hacer algún comentario. La conocían lo suficiente para saber que estaba de muy mal humor.

Capítulo 3

Tal como habían planeado, nada más salir de Sándalo, Lucas pasó por casa de su hermano para comunicarle el resultado de la prueba. Habían decidido usar los teléfonos con tarjeta prepago solo para emergencias y en clave, porque siempre se podían rastrear las llamadas en caso de sospecha.

La sonrisa que esbozó al cruzar el umbral era un claro indicativo del éxito de la misión. Sin embargo, no dijo nada hasta que la puerta estuvo cerrada y ambos instalados en el salón, una habitación insonorizada y a prueba de vecinos indiscretos e incluso micrófonos inalámbricos.

—Saluda al nuevo dependiente, consejero y galán de Sándalo. Esta tarde firmo el contrato y mañana a las ocho en punto comienzo.

—Deduzco que la prueba ha ido bien.

—Así es, pero intuyo que se debe a que el dueño estaba presente. He notado bastante reticencia en la diseñadora y encargada.

—Pensará que quieres robarle el puesto.

—Seguro que sí, porque va a ponerme a remallar.

—Soy un profano en la materia ¿Qué es remallar?

—El remate de las costuras interiores de las prendas para que no se deshilachen. Hay una máquina que lo hace y es la tarea más tediosa y rutinaria del mundo de la costura. No importa, dejemos que piense que quiero usurpar su lugar en Sándalo, y de ese modo se dedicará a protegerlo y me dejará a mí carta blanca con las señoras. ¡Que menudo ejemplar me ha tocado atender hoy! Creo que me han reservado «la flor y nata» de la clientela como prueba de fuego. Toda una encerrona de Marina Salazar para que fracasara. Lo que ella no sabe es que soy un hombre de recursos y con mucho encanto para las damas, aunque esta no lo era. Babeaba mirándome.

—¿Quién, Marina?

—¡Nooo! La clienta. La señora Salazar más bien ha intentado asesinarme con la mirada al comprobar que he conseguido endosarle a Lily Aranda un modelo que no quería, en poco más de veinte minutos. A pesar de que eso les proporcionará un respiro porque una de las modistas insinuó que andaban apuradas de tiempo, tengo la intuición de que hubiera preferido que fracasara.

—Siempre te quedará el recurso de seducirla.

—Preferiría no verme en la necesidad.

—¿Vieja? ¿Fea?

—Ninguna de las dos cosas, pero demasiado fría y estirada. No creo que me resultara fácil y tampoco es mi tipo, me gustan las mujeres fogosas. Mejor dedico mis atenciones a alguna clienta joven y rica que me facilite la entrada en la fiesta con una invitación oficial.

—Eso lo dejo a tu criterio. Tú eres el experto en el trabajo de campo, implique o no seducciones.

—Lo más agradable de la tarea —admitió con una sonrisa—. Pero con Marina Salazar mejor me limito a guardarme las espaldas y no tenerla como enemiga. Algo me dice que puede ser una adversaria terrible y despiadada. Aunque suponga un reto y yo pocas veces me resista a uno, no creo que el esfuerzo merezca la pena.

—Haces bien. El éxito de la operación es lo más importante.

—Brindemos por eso, por un éxito más.

Y Adrián descorchó una botella de buen vino con el que brindar junto a su hermano.

***

Durante un buen rato en el taller de Sándalo reinó el silencio, pero Marina era consciente de la tensión que se había generado entre sus empleadas. Por eso, cuando logró dominar la rabia que le había producido el éxito del candidato —y pudo hablar del tema sin que su voz acusara el malestar que la embargaba—, propició la conversación que Carmen y Sofía deseaban mantener. No tenía dudas de la impresión que Joel Santillana había causado en la más joven, su mirada lo decía todo, pero con Carmen no estaba segura. Sus años de experiencia le habían enseñado a mantener la compostura y a ocultar mejor sus sentimientos.

—¿Qué os ha parecido el señor Santillana? —preguntó sin dejar la tarea que llevaba a cabo.

—Guapísimo. —Fue la respuesta entusiasta de Sofía.

—De eso nos hemos percatado todas, pero mi pregunta no se refería al físico.

—No hay duda de que es atractivo —confirmó Carmen—, pero tiene más que una cara bonita. Carisma, simpatía y un algo que cautiva.

—Y un cuerpazo. Esa espalda, Dios mío, es digna de un dios griego.

—Cumplirá a la perfección la tarea para la que se lo contrata; se ha metido a Lily en el bolsillo en cuestión de minutos. Le ha vendido el mono verde a pesar de que no lo quería.

—Nos ha ahorrado muchas horas de trabajo y ni siquiera le hemos dado las gracias.

Las respuestas de sus empleadas le daban una idea muy clara de la opinión de ambas. También se las había metido en el bolsillo sin siquiera dirigirles una palabra de forma directa.

—Le vamos a pagar por ello, de modo que no debemos agradecerle nada. Será su trabajo —afirmó.

—Además, tiene buen gusto para la ropa. Las sugerencias que le ha aconsejado a Lily sobre las modificaciones son las mismas que le hubiéramos dicho nosotras, ¿no crees, Marina?

—Sin duda, pero a nosotras no nos hubiera hecho ni puñetero caso.

—Nosotras no tenemos una mirada seductora ni la hemos contemplado nunca como si fuera una delicada y tierna florecilla —rio Carmen.

—¿Así la ha mirado? —Sofia había permanecido en el taller durante la prueba—. No me extraña que haya comprado el mono verde. Incluso un traje de buzo se hubiera puesto con lo que le gusta la adulación.

—Ha mojado el tanga, fijo.

Marina bufó, irritada.

—¡Lo único que nos faltaba es una cola de clientas suspirando por los huesos del señor Santillana!

—Pues no es una idea que debas descartar. Sin duda aumentará las ventas en cuanto se corra la voz.

—Somos una *boutique* exclusiva, en eso se basa nuestra oferta. Prendas a medida y atención personalizada. No necesitamos, ni queremos, una invasión de mujeres salidas deseosas de una mirada ardiente del casanova de turno.

—Atención personalizada van a tener, sin duda —volvió a reír Carmen—. Es un seductor nato.

—Advertiré muy seriamente al señor conquistador de cuáles son los límites que nunca debe cruzar con una clienta. Traspasarlos será causa de despido inmediato, se ponga Augusto como se ponga.

—¿También vas a advertir de esos límites a las clientas? Porque preveo que algunas no se van a cortar un pelo cuando se meta en un probador con ellas.

—Tú o yo deberemos estar siempre presente en las pruebas. No permitiré intimidades de ningún tipo en la *boutique*. Lo que puedan hacer fuera de ella no es asunto mío, aunque me moleste sobremanera que Sándalo pueda convertirse en una casa de citas. ¡Maldito sea Augusto y el embrollo en que nos va a meter!

Volvió a centrar su atención en la costura. La visión de Carmen era sin duda acertada; conocía lo bastante a algunas de las mujeres a las que vestían, Lily Aranda entre ellas: viudas, divorciadas o solteras, incluso alguna atrapada en un matrimonio que mantenía como una costumbre, aburridas de la vida indolente que llevaban y ansiosas de un poco de diversión. Eran un caldo de cultivo perfecto para Joel Santillana.

—¿De verdad vas a ponerlo a remallar mañana? —preguntó Carmen, refiriéndose a una de las tareas más rutinarias del taller y de las que todas deseaban librarse.

—Hasta que se gasten las cuchillas —masculló. Luego, consciente de que había mostrado de forma muy evidente el desagrado que el hombre le producía, trató de justificar sus palabras—. No es bueno en otros cometidos, de modo que mientras no haya que atender a clientas remallará todo lo que se confeccione en el taller. Habrá que buscarle una bata de su talla.

La mirada de decepción de Sofía le causó hilaridad, que contuvo sin demasiado esfuerzo. Eso haría perder glamour al atractivo modisto, pero todas sabían que el remallado producía mucho residuo y ensuciaba la ropa. Si se presentaba una clienta sin cita, no podría atenderla sin cambiarse. La bata era lo más adecuado para trabajar y también para que su presencia en el taller

no produjese distracciones. O las menos posibles.

***

Lucas se presentó puntual en Sándalo al día siguiente. Estaba convencido de que Marina miraría con lupa su actitud y su comportamiento y, aunque había una parte del mismo que no podría evitar y era conseguir que las clientas lo adorasen, a ser posible de forma platónica, en el resto mostraría una actitud impecable y lo más profesional posible.

Sabía que la jefa de taller no era tonta y se había percatado de sus carencias a la hora de coser —un curso de pocos meses no le había dado la pericia necesaria para un taller como aquel—, y no le permitiría tocar ninguna penda que pudiera estropear. Sus tareas serían sencillas y él pensaba acometerlas con humildad y aceptación. Era fundamental mantener el puesto y ganarse la confianza tanto del personal como de la clientela antes de que comenzaran los encargos para la fiesta en la que pensaba dar el golpe, y si eso no era posible, al menos tener claro el objetivo.

Sofía llegó poco después, mientras aguardaba en la calle, lo saludó y, tras pulsar un pequeño timbre, Marina acudió a abrir la puerta de cristal que daba acceso a la boutique. A pesar de lo temprano de la hora, pues apenas eran las ocho de la mañana —aunque el comercio abría a las diez—s, la mujer presentaba un aspecto pulcro y arreglado. La bata blanca que llevaba sobre la ropa no le restaba un ápice de elegancia a su estilizada figura, el maquillaje y el pinado eran impecables y rebosaba energía por todos los poros de su cuerpo.

—Buenos días —los saludó de forma general.

Tras responder al saludo, Lucas la siguió hasta el taller. Carmen ya estaba sentada ante la máquina de coser y Sofía cogió una bata, similar a la que vestían sus compañeras, y se la puso.

Marina se dirigió a él y le pidió que la acompañara al pequeño despacho que tenía al fondo del taller, amueblado con una mesa y un par de sillas. Una vez sentados ambos le comentó:

—Aún no tenemos bata para ti, la encargaré a lo largo del día. Espero que no te moleste usarla.

—En absoluto.

—Solo en el taller, con las clientas deberás usar ropa de vestir y chaqueta. La corbata no es necesaria.

—De acuerdo.

Lo observaba con atención, esperando quizás un gesto de desagrado por su parte o un desliz que él no estaba dispuesto a cometer.

—El horario es de ocho a dos y de cinco a siete, con media hora por las mañanas para desayunar. No se permite traer comida dentro del taller ni de la tienda. Solo en este despacho se puede servir un café, de forma ocasional. A veces las jornadas se alargan para las modistas en época de colecciones nuevas o de alguna circunstancia que implique un aumento de encargos y se hace necesario un poco de cafeína.

—¿Por ejemplo?

—La nochevieja o alguna gala o fiesta determinada. Pero eso no afectará a tu horario.

—Estoy dispuesto a trabajar más horas si hace falta.

—En ese caso te lo haré saber. Y por supuesto se te pagará cada minuto que eches de más.

—Puedes contar conmigo para lo que sea necesario. Sé lo estresante que puede ser trabajar contra reloj a la hora de entregar prendas.

—¿Has trabajado antes? No vi en tu currículum ninguna experiencia laboral.

—Mi abuela era modista y en épocas de mucha faena todos ayudábamos a sacar trabajo delante. De ahí mi afición a la costura y a la moda.

—Entiendo. Y espero que también tú comprendas que esto no es un taller de modista de los de antes. Es una *boutique* de alta costura, cada puntada es arte. Las clientas pagan mucho dinero por las prendas y exigen perfección. Y yo también. En Sándalo no se permiten errores.

Lo seguía mirando con suspicacia, tal como había esperado.

—Contra lo que puedas pensar, mi abuela tampoco los permitía. Pero como conozco la diferencia, me matriculé en una escuela de diseño de Sevilla y saqué mi título con calificaciones brillantes. Supongo que ya lo sabes, que lo has investigado.

—Por supuesto. Aunque tengo una curiosidad. Si eres oriundo de Barcelona, ¿por qué Sevilla?

Esbozó una sonrisa. No era tonta en absoluto Marina Salazar.

—¿Por qué no? Me apetecía pasar una temporada en la capital hispalense y me lo podía permitir. Supongo que es un motivo tan bueno como cualquier otro.

—Sin duda. Bien, debo hacerte una aclaración más. No toleraré coqueteos ni ningún tipo de intimidad dentro de Sándalo, ni con las clientas ni con el personal femenino.

Lucas esbozó un guiño divertido.

—Puedes estar tranquila, no intentaré seducirte dentro ni fuera de estas paredes y tampoco a Carmen o a Sofía. A las clientas, me han explicado que debo halagarlas, ser amable y venderles lo invendible. No es mi intención ir más allá, te lo aseguro.

—Espero que sea así; este es un negocio serio y respetable, no quisiera que se corriese la voz de que alguien consigue algo más que ropa. Para evitar cualquier tontería por parte de las clientas, nunca entrarás al probador con una de ellas sin que Carmen o yo estemos presentes.

—¿No te fías de mí? ¿O acaso de las clientas? Sé defenderme solo, no necesito carabina.

—No me fío de nadie; ya te darás cuenta a medida que trabajes aquí. Me ha llevado cinco años hacer de esta *boutique* un lugar único y no toleraré que nadie, ¿entiendes?, nadie, lo tire por tierra.

Había rabia y dureza en sus ojos negros, y Lucas supo que estaba en lo cierto. Marina Salazar sería una enemiga temible, y él no podía permitírselo.

—No tengo la menor intención de tirar nada por tierra. Para mí, trabajar en Sándalo es una oportunidad que no desaprovecharé. Puedes contar con mi ayuda en todo lo que necesites.

—Eso espero. Ahora, sal, que tu cometido de espera. Hoy no hay programada ninguna visita de clientas; salvo que se presente alguna sin avisar para echar un vistazo, te pasarás la jornada en

el taller.

—¿Haciendo qué?

—De momento, remallar. ¿Alguna objeción?

—Ninguna. En realidad, pensaba que me pondrías a coser botones.

—En otra ocasión.

—Bien, si no tienes nada más que comentarme, voy al trabajo. Puesto que hoy no tengo bata, ¿puedo quitarme la camisa para no estropearla?

—Ni se te ocurra. Te daré una tela vieja para que te cubras un poco con ella. Mañana sin falta tendrás tu bata. ¿Talla L?

—Talla L.

—Bien, no perdamos más tiempo; estamos apurados.

Salieron del pequeño despacho dispuestos a comenzar la jornada.

Capítulo 4

Marina se propuso observar con detenimiento al nuevo empleado. En la conversación previa se había mantenido cordial y sumiso, si es que alguien con sus características y su empaque podría mostrarse como tal. Había aceptado sus condiciones y sus advertencias, pero ella tenía serias dudas de que estuviera dispuesto a cumplirlas, porque no había un gramo de humildad en él.

Era buena observadora, después del fiasco de su relación con Marcel se convirtió en una experta en estudiar y analizar hasta el mínimo gesto de quienes la rodeaban, y algo en su fuero interno la prevenía contra Joel Santillana. No le parecía lógico que alguien con su don de gentes y su facilidad para encandilar a las mujeres se conformara con un puesto de dependiente, sin duda el último mono de Sándalo. Estaba segura de que buscaba algo, su mirada intensa y un poco esquiva se lo advertía, haciéndole saltar todas las alarmas. Cada vez estaba más convencida de que pretendía arrebatarle el puesto de diseñadora y arrinconarla al taller, pero estaba listo si pensaba que se lo permitiría. Era dura de pelar, se había encallecido a fuerza de golpes; nunca, jamás, un hombre volvería a robarle lo que era suyo. Haría cualquier cosa, legal o ilegal, para impedirlo, y aquel mequetrefe con ínfulas de seductor no estaba a su altura.

Lo vio remallar metros y metros de satén negro para uno de los modelos de la colección de forma meticulosa y sin desviarse un milímetro del borde. Era bueno en esa tarea, se había percatado en la prueba del día anterior; en caso contrario no le habría permitido tocar ninguno de los trajes, aunque lo hubiera tenido todo día el mirando a las musarañas o limpiando el polvo de los mostradores. Sin duda, que él las liberase de tan tediosa tarea les brindaba un considerable alivio.

A la hora de desayunar, Sofía lo invitó a acompañarla, invitación que Joel aceptó de inmediato. Lo habitual era que fuesen las tres por separado, para no dejar el taller desatendido en el caso de que alguien se presentara de improviso, pero aquella mañana Marina comprendió que todo cambiaría en Sándalo.

Cuando ambos salieron de la *boutique* no pudo evitar que sus ojos los siguieran con interés. Sacudió la cabeza y murmuró:

—Espero que Sofia tenga la suficiente cordura para no pillarse por él, o le romperá el corazón. Es muy tierna nuestra niña para un tipo como el señor Santillana.

A sus veinticinco años era la más joven del taller, puesto que Carmen estaba ya en la cuarentena y la propia Marina contaba treinta y cinco.

—¿No deberías empezar a llamarlo Joel? Si va a formar parte del equipo hay que aparcar las

formalidades —dijo Carmen, con su habitual sabiduría.

—Por supuesto que pienso llamarlo por su nombre de pila; sin embargo, en mi mente seguirá siendo el señor Santillana, al menos hasta que lo tenga calado.

—No te gusta. —No era una pregunta.

—No. Ignoro el motivo, pero hay algo en él que me produce desconfianza.

—¿Crees que es un trepa?

—No tengo ninguna duda. Nadie puede ser tan simpático, tan agradable y tan condescendiente con todo lo que le he exigido si no tiene planes a largo plazo. Es ambicioso y no bajaré la guardia con él; yo no soy Sofía ni me impresiono con una mirada seductora o una sonrisa, por muy bonita que la tenga.

—Que la tiene.

—Que la tiene —admitió. Negarlo hubiera sido absurdo.

***

Lucas acompañó a Sofía a una cafetería cercana donde la chica solía desayunar. Se lo había puesto fácil, pues él tenía la misma idea desde que el día anterior había visto cómo lo miraba. Como lo hacían la mayoría de las mujeres, y aunque en cierto modo eso lo halagaba y le venía muy bien para su polémica profesión, la mirada suspicaz y en absoluto rendida de la jefa de taller era un soplo refrescante. No obstante, hubiera preferido encontrarla lejos del «ambiente laboral».

—Espero que te integres bien en el taller —dijo la chica cuando tuvieron delante unas tazas de café y unas tostadas.

—Estoy seguro de que lo conseguiré, aunque creo que a Marina no le he caído demasiado bien.

—No se lo tengas en cuenta, no es por ti. No le gusta que le impongan nada y Augusto le ha venido con una decisión ya tomada e irrevocable, aunque haya accedido a realizarte una prueba. En cuanto se acostumbre estará más que feliz de perder de vista a las clientas.

—¿No le gusta tratar con ellas?

—Algunas son bastante insoportables. Lily Aranda es de las peores, aunque me han dicho que contigo se comportó como un corderito.

—Solo necesita un poco de mano izquierda. ¿Nuestra jefa no la tiene? —preguntó deseoso de conocer mejor a la mujer con la que tendría que lidiar en los meses posteriores. Mientras más supiera de ella mejor sabría a qué atenerse.

Sofía ignoró la pregunta y se dedicó a comer, sin responderla. Lucas cambió de conversación, estaba claro que necesitaría más tiempo para que la chica se abriera a él. No deseaba presionarla ni que pensara que tenía un interés especial en la encargada. Le gustaba que no se hubiera apresurado a hablar mal de ella con un desconocido, eso le decía mucho del tipo de relación existente en el taller. Lo último que necesitaba era meterse en un avispero lleno de rencillas personales o piques profesionales.

—¿Hace mucho que trabajas en Sándalo?

—Casi cinco años, desde el momento en que Marina se hizo cargo de la *boutique*. Antes era anticuada, solo vestía a mujeres de cierta edad y muy conservadoras y le dio un giro espectacular. Nos contrató a Carmen y a mí entre muchas candidatas y formó un buen equipo. Al principio era yo quien remallaba —admitió entre risas—, y poco a poco me dio más responsabilidad, así que no desesperes. Te llegará el momento. Aunque de las tareas delicadas se ocupan Carmen o ella misma. Es una buena jefa, solo tienes que ganarte su confianza. Debes comprender que trabajamos con telas muy delicadas y caras y estropear una prenda significa perder bastante dinero en material y tiempo de confección.

—¿Nunca se ha planteado contratar a alguien más?

—Varias veces, pero pocos pasan la criba. Es muy exigente en lo que se refiere al trabajo, y suele decir que prefiere ocuparse ella misma a perder el tiempo enseñando a nadie.

—¿Tú crees que me habría rechazado de no haber estado el señor Peñalver tan decidido a contratarme?

—Te ha contratado para atender a la clientela, no como modisto. En eso no has superado ni el veinticinco por ciento de sus requisitos. Hubiera sido inflexible. Con Lily te desenvolviste bien y, ya que estás contratado, te encargará tareas fáciles y poco comprometidas para que ocupes tu tiempo y de paso nos liberes a nosotras del agobio de la colección.

—De modo que me voy a pasar la vida en la remalladora.

—Es muy posible al principio, pero no durará mucho. Cuando realicemos el desfile de presentación serás tú el que estará agobiado de trabajo porque empezaremos a recibir muchos encargos. Incluso es posible que anheles regresar al taller.

—Me gusta el taller, la compañía es muy agradable.

Sofía se ruborizó un poco y apuró su café.

—Será mejor que regresemos, hay mucha tarea y Carmen y Marina también tienen que desayunar. Esta última lleva desde la madrugada trabajando.

—¿No duerme?

—Poco, suele ser la primera en llegar, y en esta época a veces pasa la mayor parte de la noche en el taller.

—¿Y cómo lo concilia con la vida familiar?

La chica alzó una ceja.

—No tiene familia, vive sola por lo que sé.

—Todo el mundo tiene familia.

—Sus padres no residen en Barcelona; su madre es francesa y están afincados en un pequeño pueblo del sur de Francia. No sé el trato que tiene con ellos ni la frecuencia de sus encuentros, Marina es muy hermética en lo que se refiere a su vida privada.

Se levantaron y Lucas abonó la cuenta, rehusando el ofrecimiento de Sofía de hacerlo a medias.

—Mañana invitas tú —dijo con una amplia sonrisa, que ella correspondió ante la esperanza

de que al día siguiente también desayunaran juntos.

El resto de la mañana transcurrió entre música clásica y el ronroneo de las máquinas de coser y remallar. Todos trabajaron en silencio y con dedicación, aunque a Lucas le hubiera gustado un poco más de charla. Era crucial para él conocer bien a sus compañeras de taller, sobre todo a la enigmática jefa y encargada que Sofía parecía respetar por encima de cualquier cosa. Le sorprendió comprobar que trabajaba como una más, a pesar de su aire sofisticado y su expresión imperturbable. Lo mismo cogía la plancha para aplanar una costura que cosía un botón. No se le caían los anillos a la hora de realizar cualquier tarea, aunque esta fuera una labor de aprendiza o principiante. En las breves pausas que hizo para acudir al baño o beber un vaso de agua del dispensador que había en un rincón de la tienda —alejado de la ropa para evitar accidentes que pudieran manchar las delicadas telas—, pudo apreciar que su cara hierática jamás cambiaba y estaba seguro de que controlaba cualquier cosa que sucediera en las mesas de trabajo. Parecía tener ojos hasta en la nuca.

Cuando Carmen depositó sobre la superficie de la suya el mono verde que estaban adaptando a las medidas de Lily Aranda y comentó que habría que citarla para una prueba, pensó que le darían el encargo a él, pero Marina se levantó con presteza de la silla y entró en su pequeño despacho, desde el que no pudieron escuchar la breve conversación. Poco después, salió con los labios algo crispados.

—Mañana a las doce vendrá a probarse.

—Que serán las doce y media como pronto —añadió Sofía.

—Es muy posible.

—¿Algún problema, Marina? —preguntó Carmen al observar el tono algo brusco de su jefa. No era mujer que pudiera ocultar sus emociones, sobre todo las negativas, y la modista la conocía lo bastante para saber que estaba muy irritada—. ¿Ha puesto alguna pega?

—Ninguna. Solo ha preguntado si «ese muchacho tan simpático» estará en la *boutique*. Le he confirmado que sí, que nuestro nuevo empleado la atenderá, si es su deseo. Así que más te vale no faltar mañana —agregó dirigiéndose a Lucas—, o saldremos en las noticias de sucesos. Y prefiero salir en las de moda.

El tono mordaz era indiscutible, por lo que él trató de calmar la tensión.

—No suelo faltar al trabajo, soy puntual y responsable. Ya lo irás comprobando en el futuro.

—Más te vale.

—¿Algo que deba saber sobre la señora Aranda?

—Sí —intervino la más joven de las modistas—. Que no es una señora.

—Sofía —la amonestó Marina—. Es una clienta, y como tal no me parece apropiado que hables así de ella.

—¿Cuánto crees que tardará Joel en darse cuenta?

—Lo que el señor Santillana piense de Lily no me incumbe, y tampoco lo que pienses tú. Pero en este taller no toleraré que se falte al respeto a ninguna de las señoras que compran

nuestros modelos. Gracias a ellas tenemos trabajo y un sueldo por encima de la media.

El tono era suave y tranquilo, pero no carecía de firmeza. Lucas se percató de que Marina Salazar llevaba su taller con mano de hierro cubierta por guante de seda. Tal como era ella misma: una mujer dura como el pedernal mostrando al mundo una apariencia elegante, bella y comedida. Y se propuso averiguar más sobre la enigmática mujer que, con la espalda rígida, cosía un bajo con hilo invisible. Una obra de arte, sin duda, una perfección que él estaba a años luz de lograr.

Capítulo 5

Lily Aranda llegó puntual a la prueba, algo que no había sucedido jamás desde que era clienta de Sándalo. Vestía una minifalda juvenil de pequeños volantes mucho más propia de una quinceañera que de alguien de su edad, y Lucas enarcó las cejas al contemplarla cuando, nada más entrar y sin motivo aparente, se quitó la cazadora vaquera con la solapa cubierta de pedrería y mostró un top cuyo borde inferior apenas bajaba cinco centímetros del pecho, y un abdomen fláccido y lleno de estrías poco agradable de contemplar.

—Buenos días —saludó jovial agitando la cuidada melena—. Hoy he encontrado aparcamiento a la primera.

—¡Qué casualidad! —masculló Marina con poco disimulo.

Y Lucas pensó que era cierto lo que Augusto Peñalver le dijo al contratarlo: que la encargada de Sándalo era un genio del diseño y la costura, pero carecía de la paciencia y mano izquierda necesarias para tratar a la clientela.

—Estupendo, Lily. —Se apresuró a enmendar el poco acertado comentario de su jefa—. Así tendremos tiempo para hacer la prueba con tranquilidad. Aunque no tengo dudas de que te quedará como un guante, Carmen ha hecho maravillas para que la prenda resalte tu natural elegancia. Esa es la función de la ropa, ¿verdad? Resaltar lo bueno que tenemos y disimular los defectos. Que no es tu caso, por supuesto, en ti solo tenemos que favorecer.

La mujer sonrió y Marina apretó los labios por la coqueta reacción ante las aduladoras palabras de su empleado. Se dirigió con presteza al taller para avisar a Carmen, pero Lucas no tuvo dudas de que en realidad lo hizo para ocultar su evidente desaprobación y el brillo furibundo de su mirada. Aunque no tenía claro si esa desaprobación era hacia Lily, hacia él o hacia ambos. Pero, sin lugar a dudas, la jefa de taller no servía para vender ni un mísero pañuelo a una clienta indecisa, por mucha magia que tuviera en las manos a la hora de crear.

Tal como Marina le había advertido al día anterior en la charla informativa, esperó a Carmen para abrir el probador y permitirle el paso a la clienta, y aguardó fuera a que esta se hubiera vestido con el mono verde, adaptado a su talla. Tampoco tenía el menor interés en ver a Lily en ropa interior, que suponía muy escasa.

Cuando entró pudo comprobar que la prenda se ajustaba a la perfección a la escuálida figura, que los pequeños pliegues de la cintura disimulaban las estrechas caderas y conferían al cuerpo una elegancia y distinción que estaba muy lejos de tener con la ropa que había llevado poco antes.

—Te queda perfecto —dijo mirándola con atención—. Estás elegantísima.

—Quizás la espalda un poco más baja… Un escote en uve… —sugirió Lily contemplando el cuello casi cerrado por detrás.

El ligero fruncimiento de ceño de Carmen, vaticinando las horas necesarias para la modificación, lo hizo negar con énfasis.

—No, en absoluto. En según qué modelos es mejor sugerir que mostrar. A los hombres nos gusta imaginarnos lo que hay debajo de una prenda, excita nuestra fantasía y nuestros sentidos.

—¿Tú crees?

—Por supuesto; soy un hombre, lo sé de primera mano. Además, si no ajustas la espalda el delantero no marcará bien los senos. El pecho es más importante que la espalda. Está perfecto así. Yo creo que podemos terminarlo ya, ¿no te parece Carmen?

—Sí, si no hay más cambios lo terminamos.

—De acuerdo, lo dejamos así. —Levantó un pie que mostraba un tobillo fino por debajo del borde del pantalón rematado con un fino ribete color oro viejo.

Carmen la miraba como si tuviera dos cabezas, y se apresuró a asentir.

—Está perfecto, Lily.

—Vas a ser la sensación donde quiera que lo luzcas —añadió Lucas dando por finalizada la prueba y saliendo de la habitación.

Marina fingía entretenerse recolocando unas perchas, pero en realidad aguardaba el resultado de la prueba. Cuando vio aparecer a Lucas, pocos minutos después de iniciada esta, preguntó sin dudar.

—¿Cómo ha ido?

—Genial. Se puede terminar tal como está.

—¿En serio? ¿Ningún cambio? ¿Ninguna sugerencia?

—Ha insinuado la posibilidad de bajar el escote por la espalda, pero la he convencido para dejarlo así.

—¿La has convencido? ¿En diez minutos?

Él se encogió de hombros con naturalidad.

—¿Te molesta? Pensé que andabais justas de tiempo con la colección y que os vendría bien terminar este encargo cuando antes.

—Así es, pero Lily jamás ha salido del probador sin añadir un cambio, aunque fuera minúsculo. ¿Qué le has prometido? ¿Un polvo?

Las facciones de Lucas se endurecieron aún contra su voluntad, y también su voz.

—Mi trabajo aquí consiste en vender ropa, no en prostituirme. Y te aseguro que se puede conseguir sin necesidad de sexo, solo hace falta un poco de amabilidad y mano izquierda.

—¿Estás intentando decirme que yo no sé tratar a mis clientas?

—Si supieras, el dueño no habría tenido necesidad de contratarme.

—No te pases. Joel; aquí la que manda soy yo, y si le digo a Augusto que no sirves, vas a la calle.

—Pero sirvo, ¿no? Acabo de hacer algo que ninguna de vosotras ha conseguido con una de las clientas más difíciles que tenéis. ¿Acaso te molesta? ¿Prefieres que entre ahí y le diga que le cambiamos el escote de la espalda? Aún estamos a tiempo.

—No, nada de eso. No lo has entendido.

—¿Qué no he entendido?

La puerta del probador se abrió y ambos cambiaron la actitud beligerante que mantenían, aunque la conversación se hubiera desarrollado en tono bajo. Marina se giró de nuevo hacia las perchas y Lucas esbozó su más encantadora sonrisa para dirigirse a Lily.

—Espero que estés satisfecha con el resultado. —Buscó de forma intencionada la aprobación de la mujer para que Marina la oyese. Después de las palabras de la encargada era necesario afianzar su posición y su puesto de trabajo en Sándalo, al menos hasta la fiesta que se celebraría tres meses después.

—Estoy fascinada, señor…

—Joel, por favor. Tutéame. Yo lo hago contigo.

—Pues Joel, tus sugerencias me encantan. ¿Cuándo vengo a recogerlo?

—Pregúntale a Marina, ella es la encargada del taller.

—¿Marina?

Lily se volvió hacia la aludida, que permanecía de espaldas y se giró con presteza tratando de convertir el gesto duro de la boca en una sonrisa amable, sin conseguirlo del todo.

—Si no hay que cambiar nada, mañana.

—No lo hay —afirmó la mujer—. Joel y yo coincidimos en que así está perfecto.

—Genial, mañana lo tendrás.

Lily se despidió con efusividad y abandonó la *boutique*. La tensión —que no se había desvanecido del todo— se recrudeció y los acompañó al taller, manteniéndose con persistencia a lo largo de la mayor parte del día. Consciente de que se había dejado llevar y eso no le convenía, a última hora de la tarde Lucas se demoró un poco cuando Carmen y Sofía se marcharon. Se quitó la bata con parsimonia y se acercó a Marina, que parecía dispuesta a quedarse un rato más.

—Siento haberte hablado así esta mañana. No es el tono en que un empleado debe dirigirse a su superior, pero debo reconocer que me ofendieron tus palabras. Yo solo deseo hacer el trabajo por el que me han contratado, que es vender ropa. No tengo la culpa si las mujeres ven en mí a un hombre atractivo.

Ella alzó la mirada y clavó en él unos ojos cargados de dureza.

—Atractivo que tú potencias con tu comportamiento.

—Mi comportamiento en el probador ha sido impecable, puedes preguntar a Carmen.

—No tengo que preguntar nada, si no hubiera sido así ella me lo habría dicho.

—¿Entonces? Marina, no sé por qué te desagrado, no creo haber hecho nada que merezca tu desaprobación.

—No me desagradas. Solo soy cauta con los extraños.

—Te demostraré que no tienes nada que temer de mí.

—No temo nada de ti. Respecto a lo de esta mañana, acepto tus disculpas y lamento también si me equivoqué contigo. Ahora, tengo trabajo.

—Puedo quedarme un poco más, si necesitas ayuda.

—No, gracias, es algo que debo hacer yo; está todo controlado. En caso contrario se lo habría pedido a una de las chicas.

—Bien, hasta mañana entonces.

Salió y, más que ver, adivinó los ojos de Marina clavados en su espalda. Siempre sabía cuándo una mujer lo miraba, aunque no estuviera de frente. Y la jefa de taller estaba analizando cada centímetro de su cuerpo.

***

El fin de semana Lucas se reunió con su hermano para comentar los primeros días de trabajo. Se vieron en casa del menor, por la noche y con la habitual cautela que mantenían durante el tiempo que preparaban un golpe. El piso de Lucas era más céntrico y había más posibilidades de que los vieran juntos que en la casa de Adrián, situada en las afueras, en una urbanización de pequeños chalets individuales y separados por altos setos, en los que los vecinos apenas se conocían unos a otros. Era allí también, en un sótano perfectamente camuflado, donde guardaban la mercancía sustraída hasta que podían deshacerse de ella.

Cuando Adrián le franqueó la entrada, sus perspicaces ojos advirtieron cierta tensión en el rostro de su hermano. No obstante, aguardó hasta que este se instaló en el sofá, con las cortinas del salón corridas, para preguntar.

—¿Qué ocurre?

—No ocurre nada.

—Te noto tenso.

—Es por la encargada. Esa mujer es una piedra en el zapato, me vigila como un halcón. pero eso solo sirve para tenerme más alerta. No hay de qué preocuparse.

—¿Crees que sospecha algo?

—No hay nada de lo que sospechar, al menos por el momento. He sido amable con una clienta un par de veces y he remallado en esta semana más de lo que te puedas imaginar en silencio y sin rechistar. No, es solo que no sé qué le ocurre conmigo. No le gusto, y creo que el motivo es que se siente amenazada profesionalmente.

—¿No le gustas a una mujer? ¿En serio? Eso es nuevo.

Adrián rio. Lucas nunca había tenido que ir detrás de una fémina, todas, absolutamente todas, caían rendidas a sus pies. Jóvenes, maduras, ancianas, simpáticas, bordes, ninguna escapaba del influjo de su sonrisa. Cuando sonreía, ellas caían derretidas a su alrededor.

—Pues está sucediendo, y justo con una que me conviene tener de mi parte y no en contra.

—Deberás ganarte su confianza.

—Lo intento. Soy amable, considerado, dócil. Acato sin rechistar cualquier norma o tarea

que me imponga. El empleado perfecto, pero no consigo ganarme su confianza.

—A lo mejor tienes que intentarlo de otra forma. Sedúcela.

—Preferiría no llegar a eso.

—¿Por qué? No sería la primera vez.

—Una cosa es seducir a una mujer que está predispuesta y otra muy diferente hacerlo con una reacia y luego dejarla atrás.

—Nunca te ha preocupado eso. Has dejado atrás a muchas mujeres, sobre todo si estaban implicadas en un golpe. Daños colaterales, siempre has dicho.

—No es que me preocupe. Es… no sé. Además, dudo mucho que se dejara seducir, es dura como el pedernal.

—Tú eres el experto en eso.

—No obstante, me gustaría saber más de ella. He sondeado a una de las modistas, con la que sí parece surtir efecto mi sonrisa de chico malo, pero solo he podido averiguar que nuestra jefa de taller es una mujer muy hermética y celosa de su vida privada y que vive sola. Su madre es francesa y reside junto a su padre en un pueblo del sur de Francia del que ignoro el nombre. Averigua lo que puedas; necesito saber su pasado, su presente y hasta la talla de su ropa interior.

—¿No te has fijado lo bastante para adivinarlo tú? Me refiero a la talla.

—La M sin duda, pero no hablo de eso y lo sabes. Debe haber estudiado en algún sitio y trabajado en otro, lleva en Sándalo solo cinco años. Es una auténtica artista y eso no se aprende en una escuela por muy renombrada que sea, sino con práctica en un lugar donde se exige la perfección. Su mirada dura, no, durísima, tiene el trasfondo de un pasado. Nadie es tan hermético si no tiene algo que ocultar. Quiero conocer ese pasado, por si supone un punto vulnerable y necesitara usarlo en algún momento.

—¿Piensas chantajearla?

—No tengo pensado nada aún, pero sabes que me gusta tener todas las salidas cubiertas y planes B, C, D y todos los que sean precisos.

—Me pondré a ello de inmediato. ¿Alguna posible candidata para acompañante a la fiesta?

—Aún no. De momento solo he conocido a una clienta, Lily Aranda, ya te hablé de ella. Pero confío en encontrar algo mejor. Aparte de que no me atrae la idea de acompañarla, no creo que tenga joyas demasiado valiosas. Su gusto es bastante vulgar y se decanta más hacia la bisutería cara, pero no es eso lo que buscamos.

—De todas formas, la investigaré. Tal vez posea unas joyas maravillosas y vulgares plagadas de piedras del tamaño de puños.

—Pudiera ser.

—Pero a ti no te gusta.

—Para nada. ya sabes que prefiero a las mujeres con clase, y esta no siempre va acompañada de un alto poder adquisitivo. Marina Salazar tiene clase; Lily Aranda no.

—Las investigaré a las dos. ¿Cuándo podrás hacer algún avance?

—El fin de semana próximo se presenta la nueva colección en un desfile. Espero hacer contactos allí; Sofía, una de las modistas, me ha dicho que después de eso las clientas acudirán en tropel a la *boutique* buscando los nuevos modelos para la temporada estival.

—¿Estarán invitadas a la fiesta que nos interesa?

—Confío en que algunas lo estén.

—En ese caso, durante la semana que falta sé un buen chico y trata de ganarte a la jefa.

—Y tú descube los misterios de la jefa, solo por si acaso.

—De acuerdo, me pondré a ello mañana mismo. ¿Te veo el domingo en casa de mamá?

—Por supuesto. Una vez que estoy en Barcelona hay que retomar las buenas costumbres familiares. ¿Tienes preparados los montajes de las fotos de mi gira por Centroeuropa con la compañía de teatro?

—Sí, te las mando al correo esta misma noche.

—¡Odio mentirle de esta forma!

—Yo también, pero fue lo único que nos pidió papá antes de morir, que siguiéramos con el engaño para protegerla.

Ambos hermanos estaban de acuerdo en eso, y no podían hacer nada al respecto. Sabían que si su madre se enteraba de su verdadera profesión sufriría mucho y no pararía hasta conseguir que lo abandonaran.

—También que no nos dejáramos atrapar —añadió Lucas con cierto regocijo.

—Eso no fue una petición, sino una orden. Que cumpliremos a rajatabla.

—Por supuesto. Ahora, basta de trabajo y vamos a cenar. ¡Me muero de hambre!

—Tu siempre estás hambriento, Lucas.

—Gasto muchas energías.

—Cenemos pues.

Capítulo 6

Marina aguardaba nerviosa la presentación de los nuevos modelos de la temporada. Al fin todo estaba terminado, una vez más habían dado lo mejor de sí cada uno de los componentes del equipo y, mal que le pesara, también Joel. Había trabajado incansablemente, codo con codo, en cada una de las tareas que se le habían encomendado, todas rutinarias y aburridas. No había puesto ningún reparo ni a la hora de quedarse hasta tarde ni por no tener la posibilidad de dejar alguna impronta visible en los modelos, su tarea permanecería en la sombra sin que pareciera importarle. Se había ganado a Sofía y a Carmen durante los días de duro trabajo, aunque ella aún estaba reticente. Se comportaba como un hombre encantador, pero sabía por experiencia cómo el encanto a veces ocultaba perversas intenciones. A menudo se sorprendía mirándolo con la sensación de ver a un actor muy bueno representando un papel. En otras se decía a sí misma que era una paranoica, que lo sucedido con Marcel la había vuelto precavida en exceso y que con toda probabilidad Joel Santillana fuera lo que aparentaba ser: un hombre simpático, atractivo como el demonio, y que, sin lugar a dudas, dejaba muchos corazones rotos a su paso, y nada más. Pero no podía evitarlo, confiar en el sexo masculino no le resultaba fácil en los últimos años.

Aquella noche —la última antes del desfile—, mientras las chicas y Joel recogían el taller y se despojaban de las batas de trabajo, recorrió la tienda y no pudo evitar sonreír contemplando los modelos que verían la luz la tarde siguiente. Para el desfile de presentación, y como era habitual, habían reservado la sala de eventos de un conocido hotel, especialmente habilitada para la ocasión. Allí, clientas habituales y también otras que no lo eran tanto, disfrutarían de la primicia de lo que encontrarían en la *boutique* a partir de la semana siguiente. Había sido una de sus mejores colecciones, pudo disponer de tejidos poco corrientes y de alto precio, vetados en otras ocasiones, y les sacó todo el partido posible. Había un modelo azul zafiro en satén de seda natural que le gustaba de forma especial. Largo, estilizado y de líneas tan simples y elegantes que resaltaría el cuerpo de cualquier mujer alta y delgada. La única concesión de la penda era un espectacular escote asimétrico en la espalda que bajaba casi hasta la cintura; lo compraría ella misma si tuviera vida social. Pero no la tenía y era absurdo gastar ese dineral en adquirirlo solo por el capricho de colgarlo en su armario.

—Es precioso. —La voz de Carmen a su lado la sobresaltó un poco. No la había escuchado llegar, absorta como estaba en sus elucubraciones mientras contemplaba la prenda, sin duda la joya de la colección. Joel y Sofía llegaron tras ella.

—Sí, se venderá bien.

—No todas las mujeres pueden llevarlo —afirmó Joel convencido.

—Cierto. Hay que tener un cuerpo muy estilizado y con las curvas justas para que luzca y no parezca un simple vestido más. Si Lily se lo pusiera sería un palillo vestido de azul.

—¿Tú crees que querrá comprarlo? —preguntó Sofía frunciendo el ceño—. Sería un desperdicio.

—No, es demasiado simple y recatado para su gusto. Y si lo quisiera, lo destrozaría con los cambios —comentó Carmen.

—¡Por encima de mi cadáver! El modelo zafiro se venderá así, o no se venderá —sentenció decidida—. Cualquier modificación sería desastrosa.

—¿Ves por qué Valdés me ha contratado a mí para la venta? ¡No debes decirle eso a una clienta, Marina!

—¡Ni se te ocurra aconsejar cambio alguno en él! Solo en el color, aunque este es perfecto, pero el tejido y el diseño, deberán permanecer inalterables. Usa tu encanto si es preciso, pero si lo vendes con modificaciones…

—Lo sé, estaré en la calle en diez minutos. O peor aún, peligrarán mis pelotas. No te preocupes, trataré tu traje con mimo y solo lo aconsejaré a mujeres capaces de lucirlo en todo su esplendor.

—Más te vale.

—Ahora, y puesto que hemos finalizado la colección a tiempo y sobrevivido, ¿por qué no lo celebramos? —propuso Joel—. Vayamos a tomar una copa; yo invito.

Marina miró la cara ilusionada de Sofía y la sonrisa complacida de Carmen, y supo que les agradaría un rato de esparcimiento. Incluso lo necesitaban después de las largas horas de tensión y trabajo de los últimos días. Sin embargo, ella rehusó.

—No tenemos costumbre de salir a celebrar este tipo de cosas, pero desde luego podéis ir vosotros.

—¿Tú no nos acompañas?

La mirada masculina se clavó en ella con cierto desafío.

—No suelo salir a tomar copas. Os divertiréis más sin mí.

—¿No sueles salir a tomar copas, o no lo haces con los empleados? ¿Te consideras demasiado importante para departir un rato con nosotros? ¿O piensas que menoscabará tu autoridad?

Se sintió ofendida y muy irritada por la observación. Para ella Carmen y Sofía no eran sus empleadas, todas formaban un equipo bien coordinado que llevaban a cabo una tarea común. Aunque a él sí lo consideraba un asalariado con el que no deseaba confraternizar. Joel Santillana, en el taller y, a ser posible, con la bata puesta. Cuando se la quitaba resultaba demasiado perturbador, incluso para alguien tan controlado como ella.

—Por supuesto que no. Simplemente, no salgo.

—¿Nunca?

—Nunca. Con nadie.

—¿Sabes que el hecho de que el jefe celebre los logros con los empleados ayuda a crear sensación de equipo? No te lo tomes como una salida, sino como una prolongación del trabajo. Ni siquiera tienes que disfrutarlo.

Maldito fuera, pensó, le estaba echando un pulso y si se marchaba sería como despreciar a Sofía y a Carmen. Que no se lo merecían, porque habían trabajado muy duro. Nunca se había planteado celebrar nada con ellas, se había vuelto una antisocial y una ermitaña, metida en su casa y en sí misma desde hacía cinco años.

—De acuerdo —cedió, mirando a ambas que la observaban con expectación—, una copa, pero no puedo quedarme mucho rato. Mañana debo madrugar.

—No tienes que hacerlo —replicó él—. El trabajo está terminado, la *boutique* abre a las diez y todo está listo para que recojan los trajes y los trasladen hasta el hotel. No necesitas levantarte al alba; descansa, mañana es tu gran día y debes presentar buen aspecto.

—Yo siempre presento buen aspecto cuando es necesario, y no pretendas decirme lo que debo hacer.

—No era mi intención, solo me preocupaba por tu salud. Has llevado un ritmo de trabajo frenético estas semanas y es evidente que estás agotada. Mañana es tu gran día, y deberías disfrutarlo.

—Yo decido lo que debo disfrutar y lo que no.

—Por supuesto; no volveré a darte ningún consejo. Toma con nosotros una copa, y eres libre de marcharte cuando te apetezca.

Tras cerrar la tienda salieron al exterior. La noche era agradable para finales de mayo, y cierto ambiente festivo de fin de semana se extendía por la amplia avenida del Paseo de Gracia. Después de caminar un poco decidieron entrar en Banker’s bar, no deseosos de alejarse mucho del garaje del edificio de la *boutique*, donde tenían aparcados los coches.

Lucas miró al techo y esbozó una leve sonrisa al observar que estaba decorado con cajas de seguridad. Muy apropiado.

Se acomodaron en una de las mesas y pidieron las consumiciones. Un *gin-tonic* para Carmen, mojito para Sofía, vino blanco para Marina y él se permitió un ron con hielo, a palo seco. Aguantaba bien el alcohol, pero si se le subía a la cabeza, aunque fuera un poco, tomaría un taxi para volver a casa. No se podía arriesgar ni a una simple multa de tráfico en aquel momento.

Mientras esperaban las bebidas se dedicó a observar a sus compañeras de mesa. Sofía, acomodada frente a él, sonreía relajada, sin duda salía de copas con frecuencia. Tuvo muy claro desde el primer momento qué tomar. Carmen, a su izquierda, se lo pensó un poco antes de decidirse, pero para quien supuso un reto elegir la bebida fue para Marina. Se la veía tensa, no sabía si por la salida en sí o por su presencia a su lado. Al sentarse, las piernas de ambos se rozaron y ella apartó la suya como si hubiera tocado un avispero. Sin el menor disimulo alejó la silla todo lo que le permitió el exiguo espacio de que disponían hasta la mesa contigua y se

mantuvo derecha en el asiento, marcando distancia. No estaba ni relajada ni cómoda y a él esa rigidez le empezó a pasar factura también. Fue consciente de las piernas femeninas marcadas por una falda que se le ajustaba a los muslos al sentarse, piernas largas y sin duda firmes bajo la tela. Todos se habían quitado las chaquetas ligeras que llevaban y dejaban ver la ropa que durante el trabajo ocultaban las batas. Vaqueros y camiseta, Sofía; pantalón y blusa, Carmen, y vestido ajustado, pero no ceñido, Marina. No pudo evitar imaginarse lo bien que le sentaría el modelo azul de la colección, cómo realzaría su cuerpo esbelto y elegante.

Por suerte el camarero llegó en aquel instante portando una bandeja con vasos, copas y frutos secos para picar, porque estaba empezando a verla como una mujer, y no era buena idea. En algunas mesas habían servido comidas y estuvo tentado de pedir algo más consistente que unos pistachos, pero dudó de que Marina quisiera tomar nada más que esa copa. Sabía que le había costado aceptar y no quería arriesgar lo conseguido. Una cena con las mujeres con quienes trabajaba le ayudaría a integrarse y también a conocerlas un poco mejor. En el taller eso no era posible, siempre inmersos en tareas delicadas y bajo la férrea mirada de la jefa.

Cogió su vaso y lo alzó proponiendo un brindis.

—Por la colección.

—¡Por Sándalo! —añadió Carmen.

—¡Por Marina, la mejor diseñadora del mundo! —No se pensó siquiera si decirlo, se dejó llevar. De alguna forma tenía que ganársela y quizás la adulación en el terreno profesional fuera el mejor modo.

Ella se envaró al instante y supo que otra vez se había equivocado.

—Deja las zalamerías para las clientas, aquí no son necesarias.

Y de nuevo sintió que su control se evaporaba con aquella mujer. Por mucho que tratara de actuar como su personaje requería, agradable y sumiso, las frases punzantes de Marina lo impulsaban a responder con irritación.

—¡No estoy siendo zalamero, solo digo lo que pienso!

—Son las clientas quienes tienen que decir lo que opinan de los modelos. No necesito la adulación de nadie, sino ventas.

—Las tendrás sin lugar a dudas, la colección es magnífica. ¿No es cierto, Carmen? Tal vez si se lo dices tú, te crea. Está claro que a mí, no.

Tuvo que implicar a la modista para evitar que su irritación continuara saliendo a flote. No sabía qué le pasaba, Marina sacaba una parte de él que siempre había controlado. Cuando interpretaba un papel, se olvidaba de Lucas, de su forma de ser, de sus emociones y de sus pensamientos. Pero con ella no era así, tenía que hacer grandes esfuerzos para controlar al hombre que era en realidad. Sus desprecios le afectaban, sus juicios de valor lo enfurecían… y su cuerpo lo excitaba, por mucho que intentara controlarlo. El leve contacto contra su rodilla que se produjo al sentarse había enviado señales por todo su organismo, que hubiera preferido no sentir.

—Es magnífica, y lo sabe —respondió la aludida—. Y mañana lo sabrá toda Barcelona; el

lunes tendremos la *boutique* llena.

—Entonces será el momento de demostrar lo que vales, Joel.

El tono de Marina se había suavizado un poco, quizás la copa que llevaba ingerida tuviera algo que ver.

—¿Qué modelo creéis que se venderá mejor? —preguntó Sofia.

—El azul es el más bonito, será la estrella de la colección, pero no el más vendido —aseguró Carmen.

—¿Por el precio? —Lucas trataba de averiguar todo lo posible sobre las futuras clientas—. ¿Habrá quien no se lo pueda costear?

—El precio no tiene mucho que ver, es porque se trata de un vestido que solo se podrá usar en contadas ocasiones. No es adecuado para un coctel ni para una fiesta informal. Y es tan espectacular que será recordado y, por consiguiente, poco apto para llevarlo muchas veces.

—Y las mujeres no repetís vestido cuando vais de fiesta —añadió con un guiño.

—Algunas mujeres no lo hacen —intervino Marina, y por primera vez la escuchó hablar sin rastro de animadversión en el tono—. Otras, si la prenda nos gusta, no tenemos inconveniente en lucirla en más de una ocasión.

Al mirarla comprobó que su rostro también se había suavizado; sin embargo, al sentirse observada volvió a endurecer el rictus de la boca.

—El azul te quedaría genial, parece hecho para ti.

—Es un modelo más de la colección, y excesivo para mí.

—¿Demasiado caro? ¿No te lo puedes permitir?

—Excesivo, en todos los sentidos. Solo soy una modesta empleada que diseña para otros. No lo he creado pensando en mí, aunque en cada colección suelo introducir algo que yo me pondría, y en esta ocasión es el Zafiro.

Quiso decirle que le gustaría verla con él, aunque fuera solo unos minutos, pero se guardó mucho de comentarlo. El ambiente se estaba distendiendo, justo lo que había pretendido al formular la invitación, y no pensaba estropearlo aludiendo a nada personal.

—¿Piensas que no se venderá?

—Seguro que sí, pero no demasiado. Alguien lo querrá en exclusiva para llevarlo en la fiesta de Feliciano Peñalver. Es el acontecimiento más importante del verano y el vestido es muy adecuado para lucirlo allí.

Se hizo el sorprendido y preguntó:

—¿Nuestras clientas acuden a fiestas de ese nivel?

—Por supuesto. —Rio Carmen—. Vestimos a la flor y nata de Barcelona, y también a algunas mujeres adineradas del resto de España. De momento solo has conocido a Lily, que tiene pasta a espuertas, probablemente más que la mayoría de nuestras clientas, pero ella no suele estar invitada a ciertos eventos. A este, al menos, no acudió el año pasado.

De forma imperceptible, Lucas hizo una seña al camarero para que trajera otra ronda.

Necesitaba soltar las lenguas ahora que había llegado al tema que le interesaba. Marina hizo un gesto de rechazo cuando le pusieron otra copa delante, retirando la vacía.

—Debería irme…

Él clavó los ojos oscuros en los femeninos y preguntó:

—¿Te espera alguien?

—No.

—En ese caso, ¿qué te impide quedarte un poco más?

—En teoría nada, pero… no quiero beber demasiado, mañana es un día importante.

—Entonces quizás será mejor que pidamos algo de comida, y ya cenamos. Yo invito, por supuesto.

—Todavía no has cobrado ningún sueldo, ¿puedes permitírtelo? Este no es un local barato.

—No, pero tenemos dos opciones. O hacemos un *simpa* o nos ofrecemos a fregar los platos después de la cena. ¿Qué prefieres?

—Irme a casa —respondió Marina haciendo ademán de levantarse.

Él alargó la mano y la agarró del brazo para detenerla. Bajo la tela del vestido apreció músculos firmes y un calor que jamás hubiera adivinado en la actitud fría de la mujer. Como esas corrientes de aguas cálidas escondidas bajo tierra y que nunca salen a la superficie.

—Era broma. ¿No sabes diferenciar una broma de una afirmación?

—Por supuesto que sí. Pero ya te dije que no podría quedarme mucho, y si cenamos esto se alargaría demasiado.

—¿Y qué? Acabas de confesar que no te espera nadie. Estamos aquí a gusto, después del duro trabajo de estos días nos merecemos un poco de relax. Puedo permitirme pagar la cuenta, no te preocupes por eso. ¿Acaso no te apetece pasar un rato con tus compañeros de trabajo?

Sabía que acababa de tocar un tema sensible. A pesar de su apariencia de jefa de taller exigente supo que sus empleadas le importaban y que no heriría sus sentimientos.

—De acuerdo; por una vez y sin que sirva de precedente. —Sacudió el brazo para librarse de la mano que lo sujetaba y él abrió los dedos, liberándola—. La cuenta corre a cargo de los gastos de promoción de Sándalo.

—¿Tenemos eso? —preguntó Carmen, incrédula.

—Lo tenemos, solo que nunca lo hemos usado para cenas.

—Pues ya es hora. ¡Por Sándalo! —Sofía alzó su copa en un nuevo brindis—. Y por muchos éxitos más que garanticen nuestro puesto de trabajo.

Lucas brindó también sintiendo una sensación cálida en su interior. Siempre se sentía cómodo entre mujeres, pero con aquellas, y de forma especial esa noche, estaba muy a gusto. Era de esos entornos y esas personas a las que le costaba dejar atrás cuando terminaba un trabajo. También él sufría los daños colaterales a veces, e intuía que esta sería una de ellas. Sándalo —y su personal femenino— estaba calando hondo en él a pesar de que solo llevaba un par de semanas trabajando allí. Pero lo apartaría de su mente por aquella noche, ya lidiaría con ello

cuando llegase el momento

Pidieron comida, una botella de vino para acompañarla, y el ambiente se distendió. Luego tendrían que dejar los coches en el garaje y regresar a casa en taxi, pero ninguno estaba dispuesto a no brindar por la colección como esta se merecía. Marina se relajó y él tuvo que hacer auténticos esfuerzos para seguir siendo Joel y contener a Lucas, que pugnaba por salir.

Capítulo 7

Marina llegó con varias horas de antelación al hotel donde se celebraría el desfile, para comprobar que todo funcionara como estaba previsto. El evento debía ser un mecanismo bien engrasado o sería un fracaso, y precisamente aquel año no se lo podía permitir porque sentía sobre su cabeza una espada de Damocles presta a caer sobre ella.

Comprobó que los trajes estaban en sus respectivas perchas, planchados y listos para ser lucidos, los complementos reposando en sus estuches y las cajas de los zapatos alineadas contra una de las paredes de la habitación acondicionada como vestuario. Las modelos también llegaron puntuales, así como peluqueros y maquilladores. Comenzaba a relajarse cuando una figura harto conocida y a la que no esperaba ver tan temprano le causó un ligero sobresalto. Joel, de espaldas a ella, hablaba con la empleada del hotel responsable del evento. Con un incipiente enojo —que trató de doblegar en aras de la educación—, se acercó a la pareja.

—¡Joel! ¿Qué haces aquí tan pronto? —preguntó tratando de dar un tono calmado a su voz.

—He venido con tiempo por si había que echar una mano.

—Está todo controlado. Sara es muy profesional y eficiente en su trabajo, nunca ha habido ningún problema.

—Eso intento —afirmó la aludida con una sonrisa deslumbrante—. No sabía que teníais un nuevo empleado en Sándalo.

—Joel lleva con nosotras apenas un par de semanas.

—También parece muy eficiente.

—No es por ponerme medallas, pero Marina es muy estricta en lo que a contratación de personal se refiere. Me siento honrado de que me haya elegido.

—No tengo dudas de que eres muy capaz. Pero no tenéis que preocuparos ninguno de los dos. Id a la cafetería a tomar algo mientras yo me ocupo de ultimar unos detalles. Si surge algún problema os avisaré. Luego me reuniré con vosotros, si tengo tiempo.

La mirada elocuente que Sara le dedicó a Joel exasperó a Marina más aún. Debía reconocer que estaba espectacular vestido con un esmoquin negro y la sonrisa más deslumbrante que nunca. Hasta ella tuvo que reconocer que pocas veces había visto a un hombre tan atractivo, porque no era algo que viniera de la ropa o de un cuerpo casi perfecto, sino de un magnetismo interior que le emanaba por cada poro de la piel. Sacudió esos pensamientos, más enfadada aún por haberlos tenido. Ella no era una mujer que babeara por un tío cachas. La voz le salió muy irritada al preguntarle de nuevo, una vez se quedaron a solas:

—¿Qué demonios haces aquí a estas horas?

—Ya te lo he dicho, ofrecer mi ayuda. He pensado que podía hacer falta una mano adicional.

—Tu trabajo consiste en aceptar órdenes, no en decidir por tu cuenta. Os dije a los tres que vinierais a las seis y media, y apenas son las cinco.

—No quería arriesgarme a encontrar un atasco o a llegar tarde por cualquier otra contingencia. Y te perdono el exabrupto porque sé lo nerviosa que estás y lo mucho que te juegas.

—No me juego nada —masculló—, tú mismo dijiste ayer que la colección es magnífica y será un éxito. ¿O solo tratabas de adular a la jefa?

—Vamos a tomar algo, anda, y suaviza la cara. Parece que quieras asesinarme, y no desearás dar la impresión de que no somos un equipo bien avenido en Sándalo. Tenemos que vender una colección, «tu colección», y para eso la actitud que mantengamos entre nosotros es importante.

Tenía razón, el maldito capullo tenía razón. Trató de recomponer una expresión sonriente y lo acompañó a la cafetería tal como les había aconsejado Sara minutos antes. Incluso ignoró el gesto de agarrarla con suavidad por el codo para guiarla hasta uno de los cómodos sillones. Contuvo el impulso de decirle que no era una cría que necesitara que la llevasen, pero no quiso que pensara que le daba alguna importancia al contacto, que no le pareció tan inofensivo ni tan casual como resultaba a simple vista. Los dedos masculinos no se limitaron a posarse sobre la piel del brazo, sino que la acariciaron con suavidad, y la quemazón que le produjeron le hicieron desear golpearle la mano con fuerza para apartarla. No lo hizo, se sentó con cuidado para no arrugar el vestido de gala que llevaba, negro y sobrio para no atraer las miradas sobre él en lugar de los que se exhibirían en el desfile. Lo había diseñado y cosido ella misma fuera de Sándalo, en los largos y solitarios fines de semana que pasaba en casa, al igual que el resto de su vestuario.

Joel se situó frente a ella, poniendo cierta distancia entre ambos, y la contempló con atención.

—¿Qué quieres tomar? Hoy invito yo, y no admitiré una negativa.

—Un café con hielo, por favor.

—¿Café? ¿Seguro? ¿No sería mejor una tila?

Le dedicó una mirada asesina que provocó una carcajada en él.

—De acuerdo, de acuerdo, café.

Lo vio alejarse en dirección a la barra con el andar felino y seguro de quien sabe que despertará miradas a su paso. El esmoquin, hecho a medida sin ninguna duda, le quedaba como un guante, marcando la espalda y la estrecha cintura. Mientras se tocaba de forma involuntaria el lugar donde la había agarrado se preguntó qué aspecto tendría vestido con unos simples vaqueros desgastados… y nada más.

Sacudió la cabeza con rapidez —apartando esos pensamientos tan impropios y tan desacertados— y recompuso la cara para que no advirtiese su desliz. Se dedicó a mirar el suelo, la tapicería o cualquier otra cosa que le impidiera observarlo al regresar.

Solo giró la cabeza cuando le escuchó decir, mientras colocaba las consumiciones sobre la mesita y se sentaba en el sillón de enfrente, marcando las distancias:

—Espero salir vivo del desfile.

—¿Por qué no habrías de hacerlo?

—Porque tú pareces estar hoy más enfadada conmigo de lo habitual. Pensaba que anoche habíamos enterrado el hacha de guerra.

—¿Estamos en guerra?

—Dímelo tú; yo solo quiero realizar mi trabajo lo mejor posible. ¿Qué estoy haciendo mal? ¿Por qué te desagrada todo lo que hago?

—No me desagrada todo lo que haces.

—Entonces soy yo, es personal.

—No me gusta la gente que utiliza su físico para conseguir lo que desean.

—Yo no tengo la culpa de medir uno ochenta y cinco y tener una cara agradable. ¿Preferirías que fuera bajo, rechoncho y estuviera marcado de cicatrices?

—Yo no he dicho eso, no me malinterpretes. No me refiero a cómo eres, sino a cómo te comportas.

—¿Cómo me comporto, según tú?

Se agachó ligeramente acercándose sobre la mesa baja donde estaban depositados los vasos, el café de ella y la tónica con limón de él. Marina se echó hacia atrás, temerosa de que se acercara demasiado.

—Coqueteas con todas las mujeres que tienes cerca.

Él ahondó en los ojos castaños provocándole un desasosiego difícil de ocultar.

—¿Contigo también?

—Por supuesto que no —afirmó endureciendo la voz—, si lo hicieras sí que no saldrías vivo.

Joel lanzó una carcajada y se retiró hacia atrás. Bebió un largo trago y ella se relajó.

—No coqueteo, es mi forma de ser: amable, simpático…

—No. Lo haces a propósito; estoy segura de que no eres así, que te esfuerzas en parecerlo. Es eso lo que me molesta de ti.

Por un momento los ojos oscuros del hombre mostraron un atisbo de seriedad, solo por unos segundos, para luego volver a brillar cargados de diversión.

—¿Y tú estás interesada en descubrir al auténtico, a ese hombre que imaginas oculto en mi interior?

—En absoluto; ese hombre me interesa tan poco como el otro, aunque quizás me gustaría más.

—Pues me temo que te voy a decepcionar, lo que ves es lo que soy; no hay más.

En aquel momento Sara se les unió. Marina no pudo evitar una punzada de decepción, porque estaba segura de que había tocado un punto en Joel oculto hasta el momento, aunque él hubiera afirmado lo contrario.

La sonrisa de él se hizo más intensa, más provocadora cuando se dirigió a la responsable de eventos del hotel y le preguntó qué deseaba tomar.

—Un café con leche, por favor.

Él volvió a levantarse y la chica, a la que conocía de desfiles anteriores, lo siguió con una mirada llena de admiración.

—Es un encanto vuestro nuevo empleado —afirmó—. Os venderá hasta lo más invendible.

—Sí, ha sido una estupenda incorporación al equipo —admitió. Como él bien había dicho, no podían permitir que se filtrase que había rencillas entre el personal.

—¿Casado? ¿Novia?

Había tal interés en la chica que por un momento se peguntó también por el estado civil de su dependiente, algo que hasta el momento no se había planteado, dando por sentado que estaba soltero y libre.

—No tengo ni idea. Trabaja bien, y es lo único que me interesa. No sé nada de su vida personal.

—Claro. Pero sería un desperdicio que a un hombre así lo disfrutara una sola mujer.

Él regresó con la consumición de Sara y tras observar las sonrisas que se intercambiaron decidió que lo último que le apetecía era verlos tontear el uno con la otra. Apuro su café y se despidió aduciendo que quería averiguar cómo iba el maquillaje de las modelos.

***

A las seis y media, puntuales, Sofía y Carmen se incorporaron al equipo para ayudar a vestir a las chicas que desfilarían, y a solventar cualquier posible problema que surgiese. Aunque todos los trajes habían sido probados con antelación para que quedasen perfectos, no sería la primera vez que una modelo se ponía a dieta intensiva de un par de días por su cuenta o aparecía hinchada por un periodo inoportuno. Por fortuna, no parecía que eso fuera a suceder aquella tarde; a la hora prevista todo estaba dispuesto para que comenzara el desfile. La pasarela, situada en el centro de la gran sala, con varias filas de sillas a ambos lados —ya ocupadas por la flor y la nata de la sociedad—, estaba esperando el comienzo. Marina se situó en la puerta del improvisado vestuario, desde donde podía ver el desfile y también estar atenta a cualquier contingencia que se pudiera presentar dentro.

Lucas se sentó junto a Sofía y a Carmen en uno de los laterales. con la esperanza de que ellas le contaran el quién es quién de la clientela invitada. Mujeres de todas la edades y estilos conversaban entre sí, y esperaba con ansia que el desfile terminara y todos se reunieran en una sala adjunta a disfrutar de la copa que se ofrecería a continuación. Porque había mujeres muy guapas a las que no le importaría acompañar a la fiesta de Feliciano Peñalver. Ni despojarlas de sus más valiosas joyas. Aquella noche, tras el desfile, comenzaría su verdadero trabajo.

El primer modelo hizo su aparición en la pasarela y un leve murmullo se extendió por la sala. Era un vestido de tarde, fresco y vaporoso al que la delgada modelo no sacaba todo el partido posible dada su escasez de curvas. No entendía el concepto de las nuevas pasarelas de mostrar mujeres carentes de formas. Aun así, el modelo era magnífico.

Paseó la vista por la sala hasta distinguir, entre los pocos hombres asistentes, a quien acudiría

como un cliente más. Adrián estaba sentado al fondo, con un elegante traje gris oscuro y —en apariencia— sin perder detalle de los modelos que, uno tras otro, desfilaban por la pasarela. Solo en apariencia; Lucas le había pedido que acudiera como observador, porque, como solía decir su padre, cuatro ojos ven más que dos. Sin embargo, no se saludarían siquiera, aquella noche serían dos desconocidos en medio de un evento de moda. Y de muchas mujeres hermosas.

Sin poder evitarlo, su mirada iba una y otra vez hacia la que permanecía de pie en la puerta del vestuario con mirada crítica, y en su mente se formuló una pregunta. ¿Reía alguna vez? ¿Se relajaba alguna vez? ¿Había algo, o alguien, que la hiciera disfrutar y perder el control? Aquella noche llevaba el pelo recogido en la nuca con dos mechones enmarcándole el rostro, tratando de darle un aire desenfadado que no lograba del todo. La pose erguida, la mirada esquiva, destruían cualquier efecto de suavidad que el peinado pudiera conseguir.

Sobria, elegante y dura, esa era la mujer que había llevado Sándalo a lo más alto, casi seguro que a costa de su vida personal. Su hermano deseaba conocerla, y con esa intención había acudido al desfile, porque no estaba averiguando demasiado sobre su pasado. Parecía salida de la nada cuando llegó a Barcelona, cinco años atrás. Casi tanto como Joel Santillana, aunque él, junto con Adrián, habían inventado un pasado, un perfil de Facebook con montajes de fotos de adolescente, de viajes, de una ficticia vida personal. Pero Marina Salazar surgió al llegar a la ciudad sin nada más. Ni redes sociales ni otra cosa de la que tirar.

El desfile finalizó con atronadores aplausos y la subida a la pasarela de la diseñadora junto a la totalidad de las modelos, para recibir su merecido triunfo.

«Sonríe, maldita sea. Gánate al público y venderás el triple».

Después, todos se dirigieron a la habitación contigua, donde varios camareros ya se disponían a circular con bandejas repletas de bebidas que ofrecer a los invitados.

—Enhorabuena, ha sido todo un éxito. Aunque yo no tenía ninguna duda. —Se acercó a felicitarla de los primeros y lo hizo de corazón. Ella sostenía una copa en la mano de la que no había tomado ni un sorbo.

—Gracias.

—Supongo que eso se traducirá en ventas en los próximos días.

—Es lo que suele suceder, sí. Al menos lo que espero que ocurra.

Una mujer en la treintena, con el tipo de belleza que da una buena peluquería, maquillaje profesional y ropa cara se les acercó.

—Me encanta la colección, Marina. Quiero reservar el modelo azul en exclusiva para la fiesta de Peñalver. Pagaré la exclusividad, por supuesto.

—Pase la próxima semana por la *boutique* y haga la petición formal.

—Quiero que me lo reserves desde este momento.

Lucas esbozó su más encantadora sonrisa.

—La atenderemos con gusto, señora…

—Sarriá. Marta Sarriá. ¿Y usted es…?

—Joel Santillana, nuevo empleado de Sándalo. Me encargaré de atender a los clientes de ahora en adelante para que Marina pueda dedicarse en cuerpo y alma a diseñar esos modelos maravillosos que han desfilado esta noche.

—Tutéame, por favor, y yo haré lo mismo. Debemos tener la misma edad. Además, hay algo íntimo en la persona que te viste, ¿verdad?

—Así es.

—Pues bien, Joel, eres testigo de que he reservado el vestido azul. El lunes a primera hora iré a hacer la petición formal.

—Estaré encantado de atenderte.

Marta se fue y se quedaron solos por un momento.

—No pierdes el tiempo, ¿eh? Ya te has ganado otra clienta. Lleva dos años comprando en Sándalo y jamás nos ha pedido que la tuteáramos.

—¿Molesta?

—Por supuesto que no. Se te contrató para eso. Aunque sin tu ayuda hemos vendido el modelo zafiro. Hay que sacarlo de la colección.

—Es una lástima, porque no lo lucirá como lo hubieras hecho tú. Habrá que adaptarlo, imagino.

—Se le confeccionará uno a su medida. Marta es más baja que yo y tiene menos pecho. En cambio, es más ancha de caderas.

—¿Y el que está ya confeccionado?

—Se retirará de la tienda y se guardará en el almacén. Va a pagar por tenerlo en exclusiva y lo hará muy bien, de modo que ni siquiera se mostrará al público para evitar que nadie más se encapriche.

—Entiendo. Pues sigo pensando que es una pena, que debería ser tuyo.

—Ni puedo permitírmelo ni tendría ocasión de usarlo. Mi vida social es nula.

—¿Por qué?

—¿Por qué no tengo vida social?

—Sí.

—Porque no soporto ni la falsa adulación ni la mentira, y los eventos donde se puede llevar un vestido como ese están llenos de ambas cosas. Ahora basta de charla, se te paga para que vendas mi colección, o eso has dicho esta tarde. Date una vuelta por el salón y engatusa a alguna clienta para que compre, puesto que, al parecer, yo no sirvo para eso.

—Podrías, solo con que sonrieras un poco.

—Imposible, tengo atrofiado el músculo de la sonrisa desde hace mucho tiempo.

Se sorprendió de sus palabras que implicaban cierto sentido del humor.

—¿Estás bromeando conmigo, o me lo estoy imaginando?

—Ni en tus mejores sueños, Joel. Vete a trabajar y demuestra que vales para lo que se te ha contratado.

Se alejó de ella dispuesto a hacer su trabajo, que no consistía solo en vender modelos carísimos. Pero por unos momentos Marina había bajado la guardia e intercambiado con él unas frases sin animadversión y, por mucho que lo negara, en tono de broma. Quizás, solo quizás, pudiera llevarla a su terreno. Y estaba seguro de que tendría una sonrisa preciosa, si lograse desentumecer los músculos necesarios.

Adrián había ido como observador tanto al desfile como a la copa que se ofreció después. Fue solo, aunque no le faltara alguna amiga que lo pudiera acompañar —no era ningún monje—, pero cuando estaba trabajando prefería no inmiscuir a nadie en sus actividades, por muy lúdicas que parecieran. Solo Lucas y él, guardándose las espaldas el uno al otro, como siempre habían hecho.

Desde su puesto de observación en la sombra vigiló todo el recinto, sin perder detalle de la colección que se mostraba ni de los espectadores que disfrutaban de ella, con la esperanza de adquirir alguno de los modelos.

Le dedicó especial atención a la mujer que, cual fiero dragón, guardaba la puerta del vestuario, sin duda la diseñadora y jefa de taller de Sándalo de la que su hermano le había hablado. Tenía razón, poseía clase y algo duro en su interior, pero también una belleza de esas que dejan marca. No se le escapó que los ojos de Lucas volvían a ella una y otra vez, con demasiada frecuencia. Ni la breve conversación que mantuvieron en el coctel que se ofreció después del desfile, en la que ambos estaban más tensos de lo razonable entre compañeros de trabajo. Ambos parecían dos animales dispuestos a saltar uno sobre el otro y devorarse a dentelladas. O a besos. No era buena ninguna de las opciones para lo que se traían entre manos.

Deambuló por la habitación un rato y después, cuando la vio sola, se le acercó. Quería conocerla, más allá de la opinión de su hermano.

—Estupenda colección —dijo a modo de saludo.

—Gracias. ¿Está interesado en alguno de los modelos?

—Directa al grano, ¿eh?

—Perdone, pero me ha parecido que no está acompañado, y eso solo puede significar que desea adquirir algo. La mayoría de los hombres que asisten a los desfiles lo hacen para acompañar a sus parejas. Además, no solo ha estado en el desfile, sino que se ha sumado a la copa, por lo que deduzco que desea comprar. Aunque debo advertirle que el modelo zafiro ya está reservado en exclusiva.

Sonrió ante la perspicacia de la mujer. Ni siquiera pensaba que se hubiera dado cuenta de su presencia. Deberían andar con cuidado con ella, era observadora e inteligente y podría atar cabos con facilidad.

—Quiero hacer un regalo, en efecto, ese es el motivo de mi presencia aquí.

—Pues pase la próxima semana por la *boutique* y vea la colección con detenimiento, si aún no tiene decidido el modelo.

—Preferiría no hacerlo… Verá, no deseo que ningún conocido me vea allí, la mujer a la que

quiero hacer el regalo no es precisamente mi esposa.

La cara de Marina se endureció al instante.

—Entiendo; es para su amante.

Se encogió de hombros con indolencia.

—Pues quizás deba prescindir de la sorpresa y que sea ella quien acuda a elegir qué prefiere. Además, la colección no es *prêt-à-porter*, sino que los modelos se confeccionan a medida, por lo que no nos bastará con que nos diga la talla.

—En ese caso, le compraré una joya.

—Será lo mejor. Si no quiere que lo vean en la *boutique*, ¿por qué ha venido? Hay mucha gente aquí que quizás podría identificarlo.

—Es posible, pero este es un sitio público y si me encuentro con un conocido siempre puedo decir que me apetecía tomar una copa gratis.

Los ojos negros lo escrutaron con curiosidad y su voz se endureció aún más.

—¿Por qué creo que es eso lo que en realidad pretende? Beber de balde.

—Podría ser. ¿Va a pedirme amablemente que me vaya?

—En absoluto. La barra libre no la pago yo y, como puede ver, hay escasez de caballeros. Beba cuanto quiera y haga de comparsa.

Dos mujeres, sin duda madre e hija a juzgar por el parecido, se les acercaron. Ambas rubias, menudas y vivarachas.

—Marina, este año te has superado. ¡Los modelos son maravillosos! —comentó la de más edad, mientras la otra callaba con una mirada de resignación.

—Gracias, señora Millán.

—También ese hombre que al parecer has contratado para atender la tienda es un encanto. Porque es cierto, ¿no? Ese figurín vestido de esmoquin es tu nuevo empleado.

—Sí, así es.

—El lunes pasaremos sin falta para verlo todo. Los trajes y el empleado.

Pudo adivinar más que ver el suspiro de exasperación que trataban de controlar tanto Marina como la mujer más joven.

—¿Tiene algún título nobiliario?

—¿Quién, el dependiente?

—Sí. Es muy apuesto y si fuera marqués, o incluso conde, sería perfecto para mi Diana. —Señaló con un gesto a la chica que la acompañaba. La aludida alzó las cejas con escepticismo mientras contenía una sonrisa.

—Me temo que solo es un dependiente, a secas.

—Es una lástima. De todas formas, iremos a conocerlo mejor.

—Cuando quiera.

La mujer se volvió hacia él y preguntó:

—¿Y usted, joven? ¿Es noble?

—Me temo que yo solo he venido para beber gratis, señora Millán.

—Eso lo hacen muchos nobles, sobre todo en estos tiempos. ¿Cuál es su nombre?

—Eros.

—¿Eros? Un nombre bien raro. ¿Es antiguo?

—Tan antiguo como el amor. Perfecto para la diosa cazadora…

—Ay, qué simpático… ¿Nos acompaña a tomar algo? Para beber no hace falta que tenga título. Iba a ofrecérselo al chico de la tienda, pero veo que está saturado de trabajo.

Todos miraron hacia Lucas, que tomaba una copa rodeado de féminas que parecían muy divertidas en su compañía. De soslayo observó a Marina, que apretaba los labios con fuerza. Su hermano tenía razón, no era santo de la devoción de su jefa, las chispas que saltaban entre ellos un rato antes no tenían nada de eróticas y mucho de irritación, al menos por parte de ella. Lucas, en cambio, parecía divertido con el enfrentamiento, algo que debía vigilar. No podía relajarse con aquella mujer

—Encantado, señora Millán.

Siguió a madre e hija decidido a averiguar si esta última era candidata a ser la acompañante de su hermano en la fiesta de Feliciano Peñalver, aunque por su mirada escéptica no la imaginaba cayendo rendida ante los encantos de Lucas. No obstante, decidió sondearla mientras le ofrecía una copa que agarró de la bandeja de un camarero que pasaba. La madre los dejó solos a los pocos minutos y se alejó para saludar a una conocida.

—¿Estás interesada en el dependiente de Sándalo?

Ella rio.

—No especialmente. Es atractivo, pero no mi tipo.

—Es la ropa entonces la que te llevará a la *boutique* pasado mañana.

—Tampoco. Es mi madre quien lo está. Es un poco *snob*, ya has podido comprobarlo.

—¿Por qué la sigues entonces?

—Es más cómodo que enfrentarme a ella. Si hay que venir a un desfile y encargar un modelito de colección, se hace y luego me deja tranquila una temporada.

—Entonces no estás interesada en cazar un título nobiliario.

—Más bien no. Son muy aburridos, me atraen más otro tipo de hombres. Sobre todo, uno que no busque mi fortuna o, mejor dicho, la de mi padre. Yo soy más pobre que las ratas, en realidad.

—Sin embargo, vistes de diseño.

—Lo paga mi madre. Y solo uso esa ropa en determinados eventos; yo suelo comprar en tiendas menos exclusivas.

—¿En la fiesta de Feliciano Peñalver, por ejemplo?

—No creo que asista a ella, irán mis progenitores, pero lograré escabullirme, siempre lo hago. ¿Y tú, que pintas en un desfile como este? Y solo.

—Ya lo he dicho, beber gratis… y a lo mejor también pescar un título nobiliario.

—En ese caso pierdes el tiempo conmigo, no lo tengo. Somos lo que se llama «nuevos

ricos». Por eso mi madre busca con desesperación emparentar con la nobleza.

—Me alegro de que tú no. Eso me permite tomar una copa contigo sin expectativas. Olvidemos los títulos y disfrutemos de la velada.

—No será por mucho tiempo. Ella regresará en breve.

—Aprovechemos entonces.

Desde lejos observó a Lucas ejerciendo su trabajo y se permitió, por una vez, relajarse y disfrutar de una copa en agradable compañía femenina, sin complicaciones.

Capítulo 8

Lucas llegó a su casa tarde y agotado. Había hecho muchos contactos con vistas a la fiesta de Peñalver, tantos que Adrián tendría que investigar a cada una de las posibles candidatas para averiguar cuál era la más adecuada.

Se dio una ducha rápida y llamó a su hermano para intercambiar opiniones sobre el evento. Lo había visto deambular por el salón donde se sirvió el coctel y también conversando con Marina y con una joven rubia. A pesar de lo tardío de la hora, necesitaba saber su opinión sobre la diseñadora de Sándalo.

Adrián respondió al instante, señal de que esperaba su llamada.

—Buenas noches. ¿Sabías que te telefonearía?

—Por supuesto. Te conozco y sé que estarías deseando comentar lo sucedido. Desde la otra punta de la habitación notaba tus ganas de saber mi opinión, aunque nuestras miradas no se cruzasen.

—Si estás muy cansado para hablar ahora…

—Tan cansado como tú, y mañana no hay que madrugar.

—Tú no madrugas nunca, cabrón, trabajas desde tu casa y te organizas los horarios como quieres.

De cara a la Hacienda Pública Adrián se ganaba el sustento como autónomo realizando contabilidades para algunas empresas, labores de *marketing* y otros trabajos a nivel particular, como cortina de humo para sus actividades menos legales.

—Me refería a ti. ¿Qué quieres saber?

—Todo.

—La colección es muy buena.

—Dime algo que no sepa.

—La clientela variada, puedes escoger entre varias mujeres a tu acompañante.

—¿A quién me aconsejas? Te he visto hablar con una rubia muy bonita.

—Lo dejo a tu elección, hablaste con más mujeres que yo, pero te recomendaría que dejaras de lado a la señorita Millán. No asistirá a la fiesta y su madre puede ser un auténtico grano en el trasero, por muy bonita e interesante que sea la chica.

—Vi que te acapararon un buen rato.

—Digamos que me dejé acaparar. La madre es muy cotilla y me ha dicho cosas interesantes. Aunque creo que la hija se siente bastante exasperada por su progenitora. Está loca por emparejarla con un noble, incluso indagó si tú o yo teníamos algún título.

—¿En serio?

—Si. La chica es bastante agradable, pero mejor no te arriesgues con la madre. Aparte de que no creo que Diana caiga rendida a tus pies.

—Diana, ¿eh?

—Sí, Diana.

—De acuerdo. Te vi hablando también con Marina. ¿Qué opinas de ella?

—Lo mismo que tú, que de tonta no tiene un pelo. Es sagaz, dura, brillante… y lo más peligroso de todo, te gusta.

—¡No me gusta! —La repuesta le salió demasiado rápida, demasiado vehemente—. Solo me intriga.

—Lucas… te pasaste la noche buscándola con la mirada entre conversación y conversación.

—Porque me retó a ganarme el sueldo y quería asegurarme de que lo veía.

—Lo que tú digas, solo te pido que tengas cuidado. El amor no es buen consejero en nuestra profesión.

—¡Amor! ¡Por favor, Adrián! Eso no existe, no es más que una palabra.

—Que no tiene cabida en nuestra existencia, recuérdalo.

—Jamás lo he olvidado. No he sido un monje, pero nunca me he encoñado con una mujer.

—Lo sé; solo te pido que controles la curiosidad que te inspira tu jefa.

—Investígala, necesito saber todo lo posible de ella, de su presente y de su pasado. Por el bien del trabajo que tenemos entre manos, nada más.

—De acuerdo.

—Ahora, buenas noches. Te acabo de mandar por *email* una lista de las mujeres que debes investigar. Todas asistirán a la fiesta de Peñalver.

—Perfecto; me pondré a ello en seguida. Buenas noches, Lucas. Descansa.

—Tú también. La lista puede esperar a mañana.

—No tenía intención de empezar ahora. Te llamo cuando tenga algo.

Cortó la comunicación y se quedó un rato pensativo, observando el teléfono. No le gustaba Marina, tenía todo lo que le molestaba en una mujer: era brusca, desagradable, borde y fría. Sin embargo, lo excitaba, pero eso no suponía ningún problema porque él controlaba su libido y también porque ella le patearía las pelotas a la menor insinuación. Los problemas solo podrían llegar si descubría su farsa, y era muy capaz de hacerlo porque era inquisitiva y también inmune a su encanto. No se dejaría embaucar de ninguna manera.

***

Tras llegar del desfile, pasadas las dos de la madrugada, Marina aún sentía en su interior el brote de adrenalina causado por el éxito. Incapaz de echarse a dormir, se sirvió una copa de vino y abrió el ordenador. Joel la había sorprendido al acatar sus deseos sin protestar, haciendo contactos tal como le había ordenado. No tenía dudas, mal que le pesara, de que vendería la colección como ninguna de las anteriores se había vendido. Por una parte deseaba el triunfo y la

popularidad que le aportaría, pero el hecho de que él contribuyera le molestaba mucho. Demasiado. Algo en su interior se rebelaba contra él, se negaba a aceptar los evidentes signos de buena voluntad que le ofrecía de continuo. Su instinto, aguzado en los últimos cinco años, le advertía que debía mantenerse alerta con aquel hombre sexi y atractivo porque le traería más problemas que alegrías.

Sentía una curiosidad malsana, hasta el punto de que había investigado su perfil de LinkedIn para encontrar que era bastante reciente y se limitaba a su curso de diseño y a su empleo en Sándalo. Nada de lo que hubiera hecho con anterioridad estaba reflejado en él.

Puesto que, por el momento, el sueño no se dignaba aparecer, decidió averiguar algo más personal y lo buscó en Facebook. Su carismática sonrisa la recibió desde una foto de perfil bastante reciente. Y su mirada intensa, que parecía clavarse en ella, lo mirase desde el ángulo que lo mirase. Entendía el efecto que causaba en las mujeres porque, incluso desde la pantalla, algo se agitaba en su interior al contemplarlo. Por suerte, ya no era aquella jovencita confiada, predispuesta al amor, sino una mujer hecha y derecha, capaz de controlar la atracción sexual que pudiera emanar de un hombre como aquel.

El perfil de Facebook de Joel contenía un amplio surtido de fotos de su vida: reuniones con amigas y amigos, practicando deporte, incluso alguna en que se veía muy joven, adolescente casi, con el pelo más largo de lo que lo tenía ahora. También una en la playa, en bañador, con el pelo húmedo cayéndole sobre la frente, y se le secó la boca al contemplarlo. Tenía el magnífico cuerpo que había imaginado, de miembros largos y fuertes, sin músculos marcados, pero también sin un gramo de grasa. Un cuerpo digno de hacerle los honores. El suyo, con sus necesidades ignoradas desde hacía mucho tiempo, respondió con un incipiente deseo, que aplacó de inmediato. Cerró la fotografía causante de su desazón y, tras comprobar que no había indicios de pareja en su vida, también el perfil. No era un buen momento para investigarlo, porque aquella noche había vuelto a saber de la mujer que había en ella, celosamente guardada y protegida por capas de hielo y firme determinación. La sugerencia de Joel de que el vestido azul, su preferido de la colección, estaba hecho para que ella lo luciera la había hecho sentir el deseo de poseerlo, de sentir sobre su cuerpo la suavidad de la tela y ver en los demás la admiración que despertaría con él. Pero eso pertenecía a otra vida, a una mujer que ya no era. El vestido se había reservado y ella se estaba dejando llevar por pensamientos y deseos largo tiempo comprimidos. No debía hacerlo. No lo haría.

Se tomaría algo que la ayudase a dormir y a la mañana siguiente todo volvería a ser como antes. Esa grieta que se había abierto en su fortaleza tenía que cerrarla. Nunca volvería a ser débil.

***

El lunes llegó cargado de trabajo, como todos esperaban. Marina agradeció a su equipo, nada más llegar, la labor realizada el sábado anterior durante el desfile, y entre todos colocaron los modelos, ya devueltos por la empresa contratada para su transporte, en las perchas más visibles

de la *boutique*. El modelo zafiro, envuelto en su bolsa cerrada, quedó aparte para llevarlo al almacén situado en el sótano, donde guardaban tanto los tejidos y demás material necesario para la confección como los modelos de otras temporadas. Una especie de almacén y santuario a la vez. Pasado y presente de la tienda.

—¿Por qué no te lo pruebas antes de bajarlo? —sugirió Joel mientras lo colocaba con cuidado sobre uno de los mostradores—. Nos encantaría verlo en todo su esplendor, algo que no ha conseguido la modelo ni tampoco logrará Marta Sarriá cuando se lo ponga.

Marina tuvo que hacer un esfuerzo para no caer en la tentación. Sabía que él tenía razón, que la prenda se adaptaría a su elegante cuerpo como una segunda piel, pero también que eso la convertiría a los ojos de todos en una mujer, y tenía que seguir siendo la jefa de taller, exigente e implacable, sobriamente cubierta con la bata blanca, como una coraza protectora.

—No —negó tajante—. Ya está reservado. Además, no me quedaría bien.

—Te quedaría perfecto, es tu talla —insistió dispuesto a salirse con la suya.

—¿Cómo estás tan seguro?

—He vestido a suficientes mujeres para saberlo.

—¿Vestido o desnudado? —preguntó con la voz cargada de aspereza.

—Ambas cosas, por supuesto, pero no me pareció de buen gusto mencionarlo.

—Sofía, bájalo al almacén, por favor. Debemos guardarlo antes de abrir, para que nadie intente comprarlo. Marta lo quiere en exclusiva. —Cambió de tema con brusquedad, zanjando el asunto, y se dio la vuelta para evitar los ojos oscuros que la analizaban. No entendía la fijación que tenía su empleado, se esforzó en remarcar esa palabra en su mente, con ese modelo en concreto ni con que ella se lo pusiera.

Sofía obedeció sus indicaciones y cogió la bolsa de tela que protegía la prenda, bajando a continuación. Los demás siguieron con la tarea de preparar la tienda para las posibles clientas que se presentaran sin cita durante la mañana.

Estas no se hicieron esperar, tanto la colección como el nuevo dependiente habían llamado lo bastante la atención como para que se reunieran unas cuantas al poco rato de abrir. Lily Aranda fue una de ellas. Llegó arrasando, como casi siempre; con prisa y ganas de ser atendida en primer lugar, pero ya había dos hermanas de mediana edad, a las que Joel estaba mostrando un conjunto de top y pantalón. Marina se acercó a ella, tratando de ignorar la cara larga de su clienta más caprichosa.

—Vengo a ver la nueva colección; no pude asistir al desfile.

—Pasa por aquí, en estos percheros están los modelos.

—Quiero que me atienda el chico —exigió con un mohín enfurruñado.

—Imposible, Joel se encuentra ocupado en este momento. Y no es «el chico», sino nuestro encargado de tienda. Si quieres esperar a que termine, te atenderá gustoso y, si no, tendrás que conformarte conmigo.

—Tengo prisa.

—En ese caso, te enseñaré la colección yo misma. La conozco mejor que nadie, porque soy quien la ha diseñado.

De mala gana, Lily la siguió hasta las perchas alineadas en la parte más visible de la tienda y deslizó con desgana la mano sobre varias de las prendas expuestas.

—No veo nada demasiado interesante.

—Este vestido podría quedarte bien, con tu constitución.

—¿Tú crees? Joel, ¿qué opinas?

El aludido alzó la mirada, y se excusó con las mujeres a las que atendía.

—Disculpen un segundo.

Se acercó y, cogiendo la percha, le echó una ojeada.

—Marina tiene razón, te quedará genial. En seguida estoy contigo, será cuestión de unos pocos minutos.

—¿No puedes atender tú a esas señoras, Marina?

—No puedo. —La voz le salió como un latigazo, dura y cortante—. Las atenderá él. Por favor, Joel, continúa con las hermanas Suarez; yo me encargaré de Lily, y si tiene prisa, que vuelva mañana con cita.

Obediente, él se dirigió de nuevo al mostrador y Lily esbozó un gesto de disgusto.

—De acuerdo. ¿Cuánto tardará?

—El tiempo que sea necesario. No estamos en el centro de salud con límite de minutos.

—En ese caso, dame cita para mañana; prefiero que me atienda él. Sabe mis gustos y mis preferencias.

Marina, más que irritada, se acercó al grueso libro de citas y anotó con cuidado una hora para la mañana siguiente. Lily sacudió la corta melena con coquetería al pasar junto al mostrador y se despidió.

—Hasta mañana, Joel. Vendré a las doce y espero que me atiendas como es debido.

—Por supuesto, Lily. Estaré esperándote.

Marina entró en el taller con la furia reflejada en los ojos. Aborrecía a aquella mujer, que se creía superior al resto del mundo por el hecho de poseer una fortuna que ni siquiera había ganado ella. Aborrecía tener que atender a personas caprichosas y ególatras.

Se sentó ante el tablero de diseño con la intención de dar forma a algunos nuevos modelos para la fiesta de Feliciano Peñalver. Quería tener varios diseños preparados que mostrar a algunas de las clientas habituales que pudieran asistir. En aquel momento se puso a trabajar sobre una de las mujeres con la figura más difícil: Luisa Roldán medía apenas un metro cincuenta, de complexión delgada, pero que varios años atrás se había sometido a una cirugía de aumento y elevación del pecho. Los senos le salían casi desde los hombros, dos enormes bolas prietas y redondas que a poco que se descuidara le rozaban la barbilla. Solía acudir con su novio, que era quien pagaba y también opinaba sobre todo, sin entender un ápice de costura. Ella se dejaba aconsejar por él tanto en la elección de modelo como en las pruebas. El hombre insistía en que la

ropa se le ajustara al cuerpo al milímetro, algo muy difícil de conseguir en según qué diseños, porque no había espacio suficiente entre el hombro y el nacimiento del pecho para ajustarlo sin que hiciera bolsa. Era necesario crearle modelos adecuados a su figura para no tener problemas después.

Estaba inmersa en el dibujo de un vestido con escote palabra de honor, al que se le podría añadir unos tirantes finos de la misma tela o de pedrería. Si lo aceptaba, les facilitaría mucho el trabajo de confección. En caso contrario, volverían a lidiar con los habituales problemas para ajustarle la ropa.

Mientras dibujaba con pericia, no logró calmar el latente enfado que bullía en su interior y, cuando veinte minutos más tarde, Joel entró en el taller alzó la vista hacia él y, señalándolo con un dedo amenazante, murmuró:

—¡Que sea la última vez que me desautorizas delante de una clienta! Y de Lily Aranda, menos.

—Yo no…

—Le dije, y lo escuchaste perfectamente, que la atendería yo porque tú estabas ocupado. Sin embargo, dejaste a las hermanas Suarez, que son tan buenas clientas como Lily, para acceder al capricho de esta, por encima de lo que yo había establecido. Que no vuelva a suceder.

Había tal frialdad en su voz que notó como él se envaraba y apretaba los puños, conteniéndose. Deseó que no lo hiciera, que saltara, que se pusiera borde incluso para así continuar con su regañina.

—Por supuesto —admitió, aunque no había rastro de sumisión en su voz—. Pensé que estaba cumpliendo con mi trabajo de agradar a la clientela, a toda, y solo pretendía conseguir que Lily esperase un poco y no se marchara sin hacer un buen encargo; no era mi intención cuestionar tu autoridad ni saltarme la cadena de mando, pero no volveré a ignorar una orden tuya, implícita o explícita. Sé muy bien cuál es mi posición en Sándalo.

Por el rabillo del ojo comprobó que Carmen y Sofía observaban el enfrentamiento, pues eso era lo que estaba sucediendo. A pesar de que Joel parecía ofrecer palabras de disculpa, sabía que le estaba echando un pulso como un niño regañado injustamente. También estaba segura de que, de no encontrarse presentes las dos modistas, él habría rebatido sus palabras y quizás cuestionado su forma de actuar. Lamentaba haberse dejado llevar y no haberlo llamado al despacho para recriminarle su comportamiento. En aquel momento le hubiera gustado una discusión en toda regla, incluso que él le faltase al respeto para ponerlo de patitas en la calle. Por muy bien que estuviera realizando su trabajo, Augusto no podría admitir una falta de respeto flagrante y aceptaría el despido.

—¿Algo más? —preguntó él, en tono mordaz, cambiando el peso del cuerpo de una pierna a otra—. ¿Qué tarea debo realizar ahora? ¿Algo que remallar?

La campanilla de la puerta de entrada, anunciando un cliente, le dio la respuesta que pedía.

—Alguien ha entrado; ve a atenderlo.

—Como ordenes.

Salió del taller, desafiante, con la cabeza erguida y el paso felino que lo caracterizaba, mostrando a los tres pares de ojos que lo contemplaban la amplia espalda marcada por la chaqueta gris claro que parecía ensancharle los hombros y estrecharle la cintura. A la mente de Marina volvió la fotografía de la playa que viera la noche anterior y apretó los dientes.

«Maldito seas, Joel Santillana».

Consciente de que le costaría centrarse en el dibujo que tenía delante, apagó la pantalla y se levantó.

—Voy a tomar un café. Si me necesitáis me dais un toque al móvil.

—Claro.

Salió por la puerta lateral, que comunicaba el taller directamente con la calle y que apenas se usaba mientras la *boutique* permanecía abierta. Una vez en la acera respiró hondo y se dirigió a una cafetería cercana dispuesta a tranquilizarse. El enfrentamiento con Joel la había alterado y necesitaba un rato a solas para recobrar su habitual compostura.

Capítulo 9

Los días siguientes Lucas fue testigo de la importancia de Sándalo en el mundo de la moda. Por la *boutique* desfilaron un número considerable de mujeres que con frecuencia hicieron encargos a precios desorbitados. Conoció a lo mejor y lo peor de la sociedad tanto catalana como española, anotó varios nombres como posibles candidatas y le vendió a Lily Aranda tres modelos de la nueva colección, sin apenas modificaciones, lo que le valió la admiración de Sofía y Carmen y una mirada indescifrable de Marina.

La actitud de esta hacia él se suavizó un poco después del rapapolvo ocasionado debido a Lily, puesto que tuvo extremo cuidado en no contradecirla y seguir sus indicaciones a rajatabla. La fiesta se aproximaba y no podía arriesgarse a que lo despidiera o lo apartara de la clientela que acudiría a la misma. Por mucho que a menudo tuviera ganas de enfrentarse a ella, de zarandearla verbalmente y enfrascarse en una discusión en la que no tuviera que acabar disculpándose. También deseaba borrarle el rictus adusto que tenía de forma casi permanente instalado en su boca.

Cada día le intrigaba más su personalidad, la actitud que mantenía con sus compañeras de taller era diferente de la que le mostraba a él. Cuando se inclinaba sobre la mesa para trabajar en algún boceto su rostro se suavizaba mostrando un atisbo de su verdadera personalidad. Intuía que Marina Salazar no siempre había sido la mujer fría y dura que mostraba al mundo y que su actitud distante y controlada solo era una pose o quizás una defensa.

Si no tuviera una tarea en la que centrar su atención estaría más que dispuesto a averiguarlo, a descubrir quién era en verdad esa mujer que solo relajaba su actitud inclinada sobre un cuaderno de bocetos y cuya sonrisa no había vislumbrado jamás.

Durante un par de semanas estuvo tan ocupado en la tienda que apenas apareció por el taller, los pedidos se acumulaban en la mesa y el trabajo de costura no daba tregua.

Cuando el *boom* de la nueva colección cesó un poco, comenzaron a llegar nuevas clientas buscando vestidos para la fiesta de Feliciano Peñalver. Y se dispuso a desplegar sus dotes de seducción para conseguir su objetivo, que no era otro que una invitación a la misma. Por mucho que eso supusiera enfadar a su jefa de nuevo y sentir sobre él la mirada acusadora e iracunda que le dedicaba cuando coqueteaba con las mujeres. Era una lástima no poder mostrarle a Lucas, al verdadero hombre que era, y no al simpático y encantador Joel. Aunque estaba seguro de que Lucas tampoco le gustaría, era lo bastante estricta como para desaprobar al ladrón que se ganaba la vida con el producto del robo. Marina era una mujer de la que tendría que pasar por mucho que lo excitara, eso no podía negarlo. Estaba seguro de que se debía a la atracción de lo

prohibido, porque era tabú puesto que podría dar al traste con toda la operación, y no solo él estaría expuesto sino también Adrián. No estaba acostumbrado a ignorar a una mujer que le calentaba la sangre y mucho menos si suponía un reto, porque le encantaban los retos, pero debería dejar pasar aquel. Nunca sabría si la controlada señorita Salazar perdía su rigidez en la cama. Si su mirada se enturbiaba con la pasión o su dura boca exhalaba gemidos con el placer al llegar al orgasmo. Mientras esperaba la celebración de la fiesta se limitaba a apartarla de su mente en la medida de lo posible, puesto que la veía a diario, escondido en la personalidad de Joel.

Una de las clientas más temidas, por las dificultades que su cuerpo presentaba, acudió aquella mañana tras haber concertado una cita. Rubia, menuda y con grandes senos, Luisa Roldán llegó acompañada de su pareja e intérprete. Marina le había comentado que era él quien elegía, pagaba e incluso hablaba en su nombre, y también le advirtió que no emitiera ningún consejo. No sabían si ella era muda, no conocía el idioma o solo estaba anulada por su acompañante, pero le quedó muy claro que con Luisa Roldán no debía comportarse como con el resto de las mujeres que asistían a la tienda, sino mantener una discreta posición detrás de Marina. En esta ocasión, ella se ocuparía de atenderlos.

Esta mostró a la pareja algunos bocetos que le sentarían de maravilla a la joven, no tendría más de veinticinco años, pero fueron rechazados de forma tajante. El cliente, porque la chica no había dicho ni una palabra, tenía una idea en mente de lo que deseaba. Nada de vestidos de tirantes ni corte imperio, sino algo ajustado y con manga francesa.

Él no era Marina ni tenía su experiencia, pero después del breve curso que había realizado sabía la dificultad de adaptar ese diseño al cuerpo de la mujer. Tentado estuvo de insinuar que cualquiera de los otros modelos propuestos sería más apropiado, pero una mirada de advertencia por parte de su jefa le hizo guardar silencio y mantenerse al margen.

Esta abrió el bloc de dibujo y trazó unas pocas líneas en él, bocetando sobre la marcha un sobrio vestido con escote en pico, que sería perfecto para una mujer más alta y con menos pecho.

—Esto es justo lo que queremos —aprobó el hombre con una sonrisa, y mostró el cuaderno a la interesada, que afirmó con gesto categórico.

—El escote delantero más bajo y el de la espalda también —añadió el intérprete.

—De acuerdo —murmuró Marina con resignación—. Escojamos la tela.

El tejido que escogió fue un satén con lentejuelas azul claro, que costaría la misma vida ajustar a aquellos pechos enormes sin que quedaran bolsas por encima y por debajo. Tras concertar una cita para la primera prueba, se marcharon, sin que la mujer hubiera pronunciado una sola palabra.

Marina entró en el taller y arrojó con brusquedad el cuaderno sobre la mesa de trabajo. Joel la había seguido y se sentó frente a ella, contemplando el diseño.

—¿Por qué no has intentado convencerlo de que este vestido no le sentará bien a la chica?

—Porque no serviría más que para perder el tiempo.

—Ni siquiera lo has intentado.

—No hubiera aceptado ningún consejo, Joel —intervino Carmen—. Cuando tiene una idea prefijada, nada de lo que digamos sirve más que para irritarlo y para que luego, en las pruebas, esté más pendiente de cualquier pequeño fallo.

—Pero esos pechos…

—Son los que, con toda seguridad, él ha escogido, porque ninguna mujer con ese cuerpo tas menudo nace con senos tan enormes.

—No comprendo cómo a un hombre le puede gustar algo tan poco natural —añadió tratando de no imaginar cómo serían los de la mujer que, con gesto serio y concentrado, añadía detalles al boceto simple que había realizado minutos antes.

—¿Cómo te gustan a ti? —preguntó Carmen con una risita.

Por un segundo se sintió como un niño pillado en falta al que le han adivinado el pensamiento, pero se sobrepuso de inmediato.

—Que quepan en mi mano. —Rio ahuecando la palma con una sonrisa pícara—. Mi abuela decía que «teta que la mano no cubre, no es teta sino ubre», y yo opino lo mismo.

Marina cortó las risas que las palabras habían provocado en las dos modistas con una mirada reprobatoria.

—Dejemos esta conversación tan poco apropiada, hay mucho trabajo por hacer. Joel, ¿puedes bajar al almacén y traer la tela elegida? Necesito estudiarla para ver cómo hacer el corte que ajuste mejor.

—Claro.

Salió de la habitación sintiendo sobre su espalda los ojos cargados de reproche de la mujer. Cuando regresó, el taller estaba sumido en silencio y solo se escuchaba el sonido de las máquinas trabajando. No había ninguna cita más para aquella mañana, por lo que se puso la bata y se aprestó a echar una mano en las tareas sencillas que le permitían hacer. Nada complicado aún, pero ya había ascendido del simple remallado porque el trabajo se acumulaba con los encargos de la colección y los que se preveían para la fiesta.

***

Después de almorzar en casa de su madre, como solían hacer algunos domingos, los hermanos Ortiz se reunieron en el coche de Lucas a instancias de Adrián. Aparcado en una calle algo apartada, aguardó con impaciencia las noticias que, según le explicara en un mensaje de WhatsApp, este tenía que comunicarle.

—Creo que he localizado a tu Marina —dijo cuando estuvieron instalados en el vehículo.

—¿Mi Marina? —preguntó con el ceño fruncido ante el posesivo.

—Es tu jefa, por lo tanto, más tuya que mía.

—No inventes cosas raras, ni te imagines cosas que no hay, por favor. Es mi jefa y nada más. ¿Qué has averiguado?

—He encontrado a una tal Marina Lefevre que cursó estudios de diseño en una reputada

escuela francesa y trabajó en varios talleres de poca monta hasta terminar en el de Éric Tibusch. Alta costura donde se realizan auténticas obras de arte a mano. En 2014 se inscribió para presentar su propia colección al Premio LVMH para jóvenes diseñadores, pero nunca lo hizo. De improviso pidió la cuenta, dejó el trabajo y desapareció. Varios meses después, Marina Salazar se hizo cargo de Sándalo, una *boutique* barcelonesa que iba cuesta abajo, y la revitalizó hasta convertirla en la que es ahora. Pienso que ambas son la misma persona.

—Puede ser. Sofía me dijo que su madre es francesa, puede que usara el apellido de esta al principio de su carrera y el paterno en España. Pero lo de la colección es muy extraño. Marina es una profesional y muy competitiva, no me cuadra que renunciara a presentarse al premio una vez conseguida la inscripción.

—Sí que es extraño —afirmó Adrián—. Por lo que he podido averiguar no es fácil presentarse al LVMH, muchos la intentan y pocos lo consiguen, hay que ser muy bueno. No tiene lógica que renunciara, salvo que le sucediera algo grave.

—¿No has encontrado nada personal en redes sociales? —Él no lo había conseguido, pero Adrián tenía más experiencia en buscar en Internet.

—No; con ninguno de los dos nombres aparece en ellas. No figura en Facebook, Instagram o Twitter. En LinkedIn solo aparece Marina Salazar y su trayectoria en Sándalo.

—Es bastante antisocial, pero si quiere ser alguien en el mundo de la moda debe tener alguna red social. En esta época nadie es nadie si no aparece en varias. ¿No tiene vida privada?

—Por supuesto que debe tenerla, pero tan privada o tan escasa que no es fácil de encontrar. No obstante, seguiré investigando.

—La noche antes del desfile fuimos a tomar una copa después del trabajo todos los empleados y tuvimos que convencerla para que nos acompañase. Afirmó que nunca sale, pero al día siguiente durante el cóctel se movía con soltura entre la gente, no parecía una ermitaña.

—No me dio esa sensación cuando hablé con ella.

—De todas formas, no llames la atención con tus investigaciones. Marina, Salazar o Lefevre, no es lo importante. Ya están comenzando a aparecer clientas haciendo encargos para la fiesta y debemos centrarnos en ellas.

—¿Algún nombre?

—Sí, Marta Sarriá ha encargado en exclusiva el precioso modelo azul de la colección para lucirlo en la fiesta. La esperamos de un momento a otro para tomarle las medidas. Necesito que me digas si es soltera o tiene pareja y si acudirá sola o acompañada.

—¿Crees que podría ofrecerte la invitación que necesitas?

—Pudiera ser. No me desagradaría ir con ella, y el dineral que está dispuesta a pagar por la exclusividad me hace pensar que es muy muy rica. El vestido es lo bastante sencillo como para admitir unas joyas espectaculares y sospecho que las lucirá. Esa mujer tiene buen gusto, no es Lily Aranda.

—Esperemos que también tenga buen gusto en hombres y te escoja como acompañante.

—¡No me hables como si fuera un complemento más al atuendo de la mujer! —No pudo evitar que la voz le saliera irritada.

—¡Ehhh! ¿A qué viene eso? Nunca te ha molestado que te hable así; de hecho, siempre nos hemos reído juntos de tu encanto y la ventaja que eso supone para nuestro trabajo.

—¡No me hagas caso! Estoy cansado; ya sabes que cuando preparamos un golpe no duermo bien.

—Pues vete a casa, relájate y descansa. Te necesitamos con todas tus facultades en esto.

—Y lo estaré, por supuesto. Siempre lo estoy.

—Tal vez lo que te hace falta es echar un buen polvo. Llama a alguna amiga.

—Dudo mucho que me quede alguna después del tiempo que llevo fuera de Barcelona. Las mujeres no perdonan cuando te largas sin decir ni adiós, y eso es lo que hice después del último golpe.

—Eso es lo que haces siempre, pero seguro que no tienes problema para encontrar una compañera de cama. La encargada de los eventos del hotel donde se celebró el desfile estaría más que encantada.

—No me gusta mezclar sexo y trabajo, ya lo sabes.

—Yo no diría que la chica forme parte de tu trabajo. Por lo que sé, el desfile solo se repetirá dentro de un año y para entonces ya estarás a muchos kilómetros de distancia.

Esas palabras, aunque llenas de realidad, le molestaron. No quería pensar en el momento en que tuviera que marcharse. Aún faltaban un par de meses para ello, si todo salía bien y podía dar el golpe en la fiesta. Pero no era lo más probable. En caso contrario, habría que estudiar la casa de la persona elegida, las costumbres y horarios, lo que les llevaría más tiempo. Y su tapadera en Sándalo era perfecta mientras durase la operación.

—La cosa se puede alargar, ya lo sabes.

—Por supuesto, Lucas, pero no un año. Si el golpe presenta dificultades lo abortamos y buscamos otro. Ya sabes que la regla número uno es no arriesgar. Nuestra seguridad es prioritaria.

—Por supuesto. Pero la operación está en los comienzos, y de momento se está desarrollando bien. A pesar de las reticencias iniciales de Marina, mi posición en la *boutique* se está afianzando. ¡Ya hasta me dejan hacer costuras rectas! —rio con humor—. En unos veinte años podré pegar botones.

—En veinte años tendrás canas, tripa, y tu encanto dejará mucho que desear. Hay que dar el golpe antes.

—Esperemos que no, tengo intención de mantenerme en forma. Y por supuesto, daremos el golpe en el tiempo previsto.

—Bien, me marcho entonces. Si descubro algo más de tu jefa te llamo.

—Yo sondearé otro poco a Sofía, a ver si sabe algo de la colección no presentada hace cinco años.

—Con discreción, Lucas.

—Por supuesto.

Su hermano bajó del coche dejándole una sensación que nunca había tenido antes, y era el deseo de eternizar aquel trabajo y no tener que marcharse, para nunca más volver. Porque su vida —hasta el momento— había sido un continuo fluir hacia adelante, un dejar personas atrás. Esa vez, en aquel taller llevado con una mano férrea, se había sentido parte de algo, porque Marina, a pesar de su rigidez y de su dureza, les hacía participantes de todo lo relacionado con el trabajo y las colecciones. Los problemas y las dificultades de cada prenda se compartían. Él, que siempre había trabajado en solitario, se sentía parte de un equipo, y la sensación le gustaba. Le costaría dejar Sándalo atrás, estaba seguro de ello.

Pero aún no, todavía tenía tiempo para disfrutarlo.

Condujo hacia su casa con la mente ocupada en el misterioso pasado de Marina. Nadie aparecía de la nada a los treinta años sin haber dejado un rastro detrás. Salvo que, como él, se cuidara de borrarlo. Él tenía un motivo para hacerlo pero, ¿y Marina? ¿Lo tenía? Esa mujer cada día le intrigaba más.

Capítulo 10

Lucas atendía a una clienta que había acudido sin cita y se esforzaba para que encargase uno de los modelos menos apreciados de la colección cuando un mensajero entró en la *boutique*.

—¿Marina Salazar?

—Sí, es la encargada.

—Traigo un sobre que debo entregarle en mano.

Tras pedir disculpas a la señora que atendía, entró al taller para regresar en unos segundos con una Marina muy sorprendida. Esta se hizo cargo del envío y volvió a entrar a la zona de costura con el ceño fruncido, dejándolo muerto de curiosidad.

Cuando terminó de formalizar el encargo que había conseguido vender y se reunió con sus compañeras para que lo añadieran a los pedidos, Marina le tendió una tarjeta con cara adusta.

—También te incumbe —dijo observándolo.

Apenas le echó una ojeada comprendió que se trataba de la invitación a un evento de moda en el que se reunían diseñadores nacionales e internacionales. Incluía la presencia de la prensa dedicada a la moda en sus diversas variantes: femenina, masculina, niños y bodas.

—Está dirigida a ti —afirmó tras leer el nombre de su jefa en la cartulina.

—La envía Augusto y en una nota aparte me «sugiere» que vayamos juntos, como representación de Sándalo. La invitación incluye un acompañante y ha insinuado que seas tú.

—No tengo inconveniente, salvo que prefieras ir con otra persona.

—Prefiero no ir, pero esto —dijo señalando el papel manuscrito que tenía sobre la mesa— no es una sugerencia sino una orden. Así que el sábado tendremos que acudir juntos a un evento del que quisiera mantenerme lo más alejada posible.

—No comprendo que te dediques a la moda con lo poco que te gustan los saraos. Deberías saber que una cosa lleva implícita la otra.

—Me encanta mi trabajo, pero no la promoción que conlleva. Me encantaría quedarme en el taller.

—¿Es por eso por lo que tus colecciones se venden como colecciones de Sándalo y no de Marina Salazar? ¿Porque no quieres ser la cabeza visible?

—Es un acuerdo que forma parte de mi contrato y a Augusto le pareció bien. La protagonista es la *boutique*, no yo.

—Pero si no las registras con tu nombre, nada le impide a otra persona diseñar una colección y venderla en Sándalo.

Por los ojos femeninos pasaron fulgores de rabia y su voz sonó baja y amenazadora cuando

se dirigió a él de nuevo.

—Inténtalo y te arrancaré las pelotas con mis propias manos.

—No estoy hablando de mí. Jamás se me ocurriría hacer algo semejante.

—Más te vale que ni se te pase por la imaginación. Estás advertido.

—Y yo vuelvo a repetir que no es mi intención. No voy a quitarte el puesto, me gusta mi trabajo aquí; al contrario que a ti, me encanta la gente, tratar con la clientela, incluso remallar metros y metros de tejido. Soy el encargado de tienda y aprendiz de taller y no pretendo ser otra cosa.

—Espero que digas la verdad, porque si hay algo que no soporto es a los mentirosos. Ni a los falsos aduladores para conseguir sus objetivos.

—Te aseguro que no quiero tu puesto y te doy permiso para cumplir tu amenaza si lo intento —dijo con una mano en el pecho para evidenciar la seriedad de sus palabras. Después se volvió hacia las estupefactas Carmen y Sofía, que no podían creer la escena que estaban presenciando —. Vosotras sois testigos de que le otorgo el derecho a dejarme sin testículos si intento quitarle el trabajo.

—¡No tiene maldita la gracia, Santillana! Estoy hablando muy en serio.

—Yo también. Y creía que ya habíamos avanzado hasta utilizar nuestros nombres de pila. Venga, Marina, cálmate y vamos a trabajar. Los pedidos se acumulan y no tenemos tiempo que perder con malos rollos que ni tienen sentido ni llevan a ninguna parte.

Se puso la bata y se sentó a coser sin dar más importancia al arrebato de su jefa. Al menos en apariencia, porque en su interior le empezó a pesar el papel que interpretaba y la mentira que suponía. Confiaba en que Marina nunca lo descubriera porque le arrancaría algo más que las pelotas: la cabeza. Tendría que desaparecer como un furtivo, como el ladrón que era, porque por nada del mundo querría enfrentarse a esos ojos oscuros acusándole de mentirle. Aunque en el sentido estricto de la palabra no había mentido porque solo había afirmado que no le quitaría el puesto, y no lo haría; se sentía como un traidor y un falso, palabra que ella misma había utilizado. Por primera vez en su vida lamentó engañar a alguien porque, aunque en teoría no iba contra Marina que él robase las joyas a una de sus clientas, sabía que se sentiría traicionada si llegaba a enterarse. Debería tener mucho cuidado de que no lo hiciera, de que nunca llegara a asociar a Joel Santillana con ninguna desaparición. Por lo tanto, el robo debería efectuarse después de la fiesta, en el domicilio de la mujer que eligiera como víctima. Marina acababa de decidir su forma de actuar en aquel trabajo.

El resto de la jornada fue tensa y al final de la misma todos deseaban marcharse a casa. Todos menos Marina, que necesitaba refugiarse en el trabajo para recuperar la calma que las palabras de Joel le habían arrebatado.

***

Cuando todos se marcharon, Marina, a solas en el taller, volvió a sacar la invitación. No le gustaba asistir a ese tipo de eventos, pero Joel tenía razón. Desde el momento en que decidió

dedicarse al mundo de la moda, asumió que tendría que participar en ellos. Lo que más le molestaba de aquel en concreto era que debería asistir con él. No le gustaban sus métodos para vender la colección ni los diseños de Sándalo, aunque los encargos habían aumentado desde que trabajaba en la *boutique*. Pero lo que de verdad no deseaba era verlo fuera del entorno de trabajo. No quería ver al hombre atractivo en que se convertía fuera del taller donde aún conseguía verlo como un enemigo del que protegerse. Aún recordaba la noche que salieron a tomar una copa, en la que casi se dejó llevar y ser ella misma, la de antes. La que siempre fue. Sin embargo, no le daban opción.

Guardó la tarjeta y trabajó un poco más en unas modificaciones que una clienta nueva, atraída sin duda por los rumores sobre el atractivo encargado de tienda, le había pedido sobre un modelo de la colección. Poca cosa, pero se esmeró en ellas porque era la mejor forma que conocía de relajar tensiones y evadirse del mundo. Luego, cincuenta minutos más tarde de que sus compañeros se hubieran marchado, abandonó el taller usando la puerta lateral.

Apenas dio unos pasos por la acera en dirección al garaje, una figura abandonó la pared donde estaba recostada a escasos metros de la puerta y se le acercó. Lo reconoció al instante por su forma de caminar.

—Joel… ¿Qué haces aquí?

—Es evidente que esperarte.

—A veces abandono el taller de madrugada.

—Hubiera seguido aquí hasta que salieras.

—¿Por qué?

—Porque quiero hablar contigo sin que haya nadie delante. Si quieres arrancarme la cabeza o cualquier otra parte del cuerpo, que sea sin testigos.

—Carmen y Sofía forman parte de Sándalo; no tengo secretos con ellas.

—¿Seguro?

—Por supuesto.

—¿Saben el motivo real de por qué piensas que te voy a echar de tu puesto? Porque es eso lo que crees, ¿verdad? Por eso has reaccionado de esa forma esta tarde.

No podía negarlo, sabía que Joel leería en su cara como en un libro abierto si decía lo contrario. No sabía mentir, por eso se limitaba a mantener un silencio hermético respecto a sus reacciones. Se encogió de hombros y echó a andar, pero él le agarró el brazo para impedírselo.

—No, no te vayas sin responderme. Llevo casi una hora esperando para preguntártelo. —Hablaba en susurros, pero con firmeza—. ¿Qué te hace pensar que pretendo ocupar tu puesto en Sándalo?

—Reconoce que eso es lo que parece. Llegas aquí y en pocas semanas te metes a la clientela en el bolsillo. No tengo otro motivo.

—Sí que lo tienes, pero no insistiré. Respecto a tus acusaciones solo cubro un espacio que a ti no se te da bien. La idea es formar un equipo para vender más.

—No tiene lógica que quieras ser solo un dependiente.

—Encargado de tienda. Me ascendiste tú.

—Llámalo como quieras, pero ambos sabemos lo que es. No me creo que no seas ambicioso y te conformes con eso.

—No te lo niego, soy ambicioso, pero ahora solo deseo aprender. Y quiero hacerlo de una de las mejores.

—Para luego dar la puñalada por la espalda. ¿Qué importa si es antes o después? Lo harás.

Estaba diciendo más de lo que pretendía, de lo que debía, incapaz de contenerse, y eso la enfadaba. Estaba dejando salir su vulnerabilidad, sus temores siempre presentes, pero algo en Joel la impelía a soltar lo que llevaba dentro, lo que siempre ocultaba celosamente.

Él suspiró y la agarró por ambos brazos, situándose enfrente. La calle estaba casi desierta, ya las tiendas habían cerrado y pocos transeúntes circulaban por ella.

—Mírame, Marina, no eludas mis ojos. Ellos te dirán la verdad. Te juro por lo más sagrado que nunca te quitaré el puesto. Aprenderé de ti y de tu taller todo lo que pueda, y luego me marcharé a buscarme la vida en otra parte. Y jamás olvidaré quién me lo enseñó.

No pudo evitar obedecerle y en los ojos negros vio algo que nunca contemplara antes. Sinceridad. Sintió que una de las barreras con las que llevaba años protegiéndose caía con estrépito a su alrededor. Pero las palabras de él, de que se marcharía cuando llegara el momento, no la tranquilizaron, sino que causaron el efecto contrario. No quería que se fuera, pero tampoco que se quedara. Por primera vez en su vida estaba confusa, sin tener claros sus deseos. La mirada de Joel la atrapó, se sentía incapaz de apartar los ojos de él. Las manos sobre sus antebrazos no eran tan poderosas para sujetarla como la intensidad de aquella mirada negra como la noche.

—De modo que te marcharás —susurró en voz baja.

—Cuando llegue el momento.

—¿Lo sabe Augusto? —Fue una pregunta pueril, pero debía decir algo para no mostrar lo que la confesión de Joel le había provocado.

—Nunca hemos hablado de ello, pero supongo que lo imagina.

—Claro. Nadie permanece de dependiente mucho tiempo sin querer dar un paso más.

—Pero no aquí; te lo prometo.

Al fin logró desprenderse del hechizo de su mirada, y de la sujeción de sus manos sobre sus brazos. Joel la soltó con suavidad y se apartó un paso.

—Iremos a ese evento, y promocionaremos tu colección. La haremos inolvidable, la más vendida del año. Pero tenemos que hacerlo unidos, Marina. Déjame formar parte de tu equipo, rememos juntos en esto.

—De acuerdo, pero…

—Si te traiciono perderé las pelotas, me arrancarás la piel a tiras, las uñas de los dedos y hasta la cabeza. Lo sé.

La sonrisa que esbozó su boca la desarmó. Era la misma que usaba con las demás mujeres,

pero a la vez era diferente. O eso quiso pensar.

—Me alegra que lo tengas claro —murmuró tratando de dar a sus palabras el tomo divertido de las de él, sin conseguirlo del todo.

—Clarísimo. Y ahora que hemos enterrado el hacha de guerra, ¿qué tal si picamos algo en algún bar de la zona? Es tarde y tengo hambre.

Todas las alarmas saltaron en su cabeza. Y en otras partes de su cuerpo también.

—No hemos enterrado nada. Iremos juntos al evento, pero nada más. Ya te dije que no salgo, lo de la noche que celebramos al fin de la colección fue algo extraordinario, no se convertirá en habitual.

—Como prefieras. Yo voy a quedarme tomando algo por aquí. Si cambias de opinión, llámame.

—Buenas noches, Joel. Desfruta de tu cena. Nos vemos mañana.

Se marchó en dirección al garaje, sintiendo sobre ella la mirada del hombre que permanecía en la acera. Antes de alejarse lo suficiente su estómago, traicionero, rugió de hambre ante el recuerdo de las delicias que habían degustado aquella noche. Pero siguió caminando sin mirar atrás, y sin dejarse tentar. No era buena idea cenar con él. Bastante malo sería acudir juntos y de buen rollo al evento. Bastante malo había sido dejarse atrapar por esa mirada intensa que había llenado de calor todo su cuerpo. Tan malo como volver a sentirse mujer después de cinco años, por la mirada de un hombre para el que flirtear era como respirar, y que sin duda tenía una larga relación de conquistas en su haber. Pero ella no sería una más, sabía controlar sus instintos y sus pasiones y no caería en las redes de un donjuán de pacotilla, por muy bueno que estuviera. Que lo estaba.

Capítulo 11

Aunque Lucas había quedado con Marina en que irían juntos al evento, esta se había negado a hacerlo en el mismo coche y a darle su dirección para que la recogiese. Decidieron encontrarse en la puerta del salón donde se llevaría a cabo a las ocho de la tarde, una hora razonable para no llegar con retraso, pero tampoco ser los primeros.

No pudo evitar una sonrisa al verla allí de pie, ataviada con un elegante vestido de coctel de color vino con escote asimétrico. El lado izquierdo no llevaba tirantes, se sostenía sobre el pecho bien torneado y en el derecho una flor cubría el hombro. Era un vestido ajustado, solo lo suficiente para resaltar el cuerpo esbelto, pero sin resultar ordinario. Se definía a la perfección con la primera frase que le enseñaron en la academia de moda: un vestido ajustado para ser elegante debe permitir que el cuerpo se mueva dentro. No debe apretar, sino realzar. Y aquel vestido realzaba el cuerpo de Marina como ninguno que le hubiera visto antes, de la misma forma que los zapatos de tacón a juego embellecían las piernas, lo que le iba a colocar en una posición difícil, porque le mostraba a la mujer atractiva que ocultaba en Sándalo. Y Lucas era muy sensible a esa mujer. No obstante, esbozó su sonrisa de Joel Santillana y se acercó a ella.

—¿Hace mucho que esperas? —preguntó temeroso de haber incurrido en el terrible delito de la impuntualidad.

—Solo unos minutos.

También Marina analizó el traje negro de corte moderno que él llevaba.

—¿Voy bien? ¿Algo que objetar a mi atuendo? —preguntó temiendo que pusiera objeción al hecho de que no llevara corbata., aunque la guardaba en el bolsillo por si acaso.

—No, es perfecto.

—Tú vas estupenda. Muy elegante. —Estuvo a punto de añadir que también sexi, pero se contuvo a tiempo—. Entremos.

Entraron a la vez lo bastante cerca para que fuera evidente que iban juntos, pero sin rozarse siquiera. Lucas se guardó mucho de que su mano le tocara el brazo desnudo o la espalda como solía hacer cuando acompañaba a una mujer.

La sala no estaba muy concurrida aún, pero reconocieron a miembros de la prensa y un par de diseñadores en boga. Marina presentó a su acompañante a varios de ellos como su colaborador en Sándalo, sin especificar nada más.

A pesar de que no le gustaban ese tipo de eventos no estaba tensa ni incómoda. Hablaba con todos, con una copa de cava en la mano a la que apenas daba un sorbo de tarde en tarde. Lucas la dejaba llevar la conversación manteniéndose en segundo plano.

Tras las presentaciones no tardaron en separarse, interactuando cada uno por su lado, pero con un fin común, que era promocionar la *boutique* y la nueva colección.

Lucas comprendió que Marina no era tan antisocial como pensaba, incluso observó que de vez en cuando una sonrisa muy tenue afloraba a su boca, pintada casi del mismo tono del vestido. Una boca en la que prefería no fijarse, porque estaba prohibida para él, por muy tentadora que le resultara. ¡No quería ni imaginar su reacción si intentaba besarla!

Sin embargo, le costaba apartar la mirada de ella, de su esbelto cuerpo, de su cuello delgado y de sus piernas torneadas. Por eso se dio cuenta al instante cuando ella se tensó y bebió de golpe y sin una mueca lo que le quedaba de la copa, que debía estar caliente y asqueroso. Porque no hay nada más repugnante que el cava cuando ha perdido el frío y las burbujas.

Nerviosa, Marina se separó con rapidez de la mujer con la que hablaba y se dirigió a un rincón apartado, donde depositó la copa vacía sobre una mesa auxiliar. El instinto de Lucas le hizo acercarse a ella, con la excusa de ofrecerle una nueva bebida recién cogida de la bandeja de un camarero que pasaba. Sabía que algo la había alterado, y mucho, su capacidad de observación y de detectar gestos fuera de lo habitual se estaba disparando.

Cuando llegó a su lado, esbozó su sonrisa más encantadora a la vez que le ofrecía la nueva bebida.

—Toma, seguro que tienes sed.

—Gracias, Joel. —La aceptó sin protestar y tomó un largo sorbo.

—¿Todo bien?

—Sí.

La respuesta fue escueta, demasiado escueta. Y la voz se le volvió áspera al hablar de nuevo.

—¿Has hecho muchos contactos? —le preguntó tratando de disimular su nerviosismo, algo que no consiguió.

—Algunos. ¿Y tú?

—Sí.

Lucas tenía cada vez más claro que algo la estaba alterando. Comprendió que no era algo, sino alguien, cuando vio a un hombre que se acercaba a ellos con una sonrisa en los labios y Marina se tensó mucho más. Parecía una cuerda a punto de romperse. Los labios se curvaron en una mueca y la mano apretaba tanto la copa que temió que la fuese a romper.

—Hola, Marina —saludó el recién llegado—. ¡Cuánto tiempo!

—Mucho, ciertamente —masculló ella más seca aún que de costumbre.

—¿No me presentas? —Se giró hacia Lucas y le tendió la mano—. Soy Marcel Belrose.

—Joel Santillana. Encantado —respondió estrechándola, aunque con reticencia.

El hombre esbozó una sonrisa torcida y continuó dirigiéndose a ella.

—¿No le has hablado de mí?

—¿Debería?

—Formo parte de tu pasado.

—Un pasado que prefiero olvidar.

—Aunque te pese, soy tu marido.

—Exmarido —masculló—. Ya no eres más que un mal recuerdo.

—Veo que has rehecho tu vida, os he visto llegar juntos. —Miró a Lucas con curiosidad.

Ante las tensas palabras de Marina, este alargó el brazo y le rodeó la cintura con él, gesto que ella no rechazó. Su intuición no le había engañado.

—Así es. Y si no me ha hablado de ti es porque no te considera importante.

—Estuvimos casados dos años.

—Nosotros llevamos cuatro siendo pareja. Una feliz pareja —afirmó ella acercándose para hacer más estrecho el contacto.

—Me alegro de que se haya disuelto toda esa rabia que sentías contra mi persona. Quizás podamos trabajar juntos de nuevo.

Ella se aproximó un paso más, hasta recostarse contra él cuerpo de Lucas, que aumentó la presión en la cintura.

—Joel es mi compañero de vida y de trabajo. Nunca más volvería a colaborar contigo.

—Sé que eres la diseñadora de Sándalo, y quizás podamos hacer alguna colección conjunta de nuevo. Juntos éramos fabulosos, formábamos un buen equipo.

—Nunca fuimos un equipo, lo sabes bien Y espero que te mantengas alejado de nosotros y de Sándalo. Ya no soy la misma de antes, no te enfrentes a mí o lo lamentarás.

Hasta el momento Lucas no había intervenido, la dejó librar su batalla, limitándose a ofrecerle el apoyo de su presencia, pero sintió que había llegado el momento de hacerlo, que debían presentar un frente común. Ese «nosotros» había sido muy revelador.

—En Sándalo no hay sitio para nadie más, y en la vida de Marina, tampoco. No sé el motivo de vuestra ruptura ni me interesa, solo quiero que sepas que el hueco que dejaste ahora lo ocupo yo, y como ella bien te ha dicho, más te vale mantenerte alejado de nosotros.

Había tal amenaza en su voz que Marcel se replegó al instante. No había podido evitar salirse del personaje de Joel, simpático y agradable, y dejar que Lucas tomara el relevo.

—Solo era una sugerencia. Que sigue en pie por si cambias de opinión.

—No cambiaré de opinión; jamás volveré a trabajar contigo.

La voz femenina sonó firme y Lucas le apretó un poco más la cintura en un mudo gesto de apoyo. Y decidió cortar la conversación con aquel tipo que le empezaba a resultar odioso.

—Si no te importa, íbamos a comer algo cuando has aparecido.

—Hasta otro momento, entonces.

—Mejor no. No te vuelvas a acercar a mí, Marcel, ni esta noche ni en el futuro. Para mí el pasado está muerto y ni siquiera me apetece intercambiar contigo un saludo.

Sin soltarla, Lucas se dio la vuelta en dirección a la mesa del bufé, donde un surtido de canapés fríos estaba a disposición de los asistentes. Marina empezó a temblar bajo su mano, a medida que se alejaban.

—No quiero comer nada —susurró.

—Coger un plato es la mejor excusa para irnos de la sala y salir a la terraza. Creo que necesitas tomar un poco el aire.

—Lo cierto es que sí.

La soltó y, tras llenar un plato con unos cuantos bocados, la tomó de la mano y salieron al aire tibio de la noche. Se sentaron en unos cómodos sillones de mimbre y, al fin, ella enfrentó su mirada.

—Gracias por seguirme el juego y admitir que eras mi pareja.

—Intuí que debía hacerlo, aunque no estaba seguro de si me ganaría una bofetada de esas que hacen época cuando te agarré por la cintura. Lo hice para dar credibilidad a nuestra relación, fue instintivo.

—En otras circunstancias es muy posible que te hubiera abofeteado por el atrevimiento, pero esta tarde estaba justificado. Me alegro de que decidieras arriesgarte, eso ha convencido a Marcel sin género de dudas.

Lucas se encogió de hombros quitando importancia al asunto.

—Tengo la cara muy dura, no me hubieras hecho mucho daño.

—Nunca has probado una bofetada mía, pego fuerte. —Trató de bromear sin conseguirlo.

—Tampoco me vuelvo loco por vivir la experiencia. Prefiero tu amabilidad de ahora.

Marina suspiró.

—No soy una persona amable, no le pidas peras al olmo. Solo estoy un poco descolocada; no esperaba encontrarme esta noche con mi pasado.

—¿Si lo hubieras sabido habrías rehusado la invitación?

—Por supuesto que no, no soy ninguna cobarde. Solo hubiera estado preparada y no me encontraría ahora tan nerviosa.

Las manos le temblaban de forma imperceptible, dando muestra de lo alterada que estaba.

—¿Qué pasó? ¿Le tienes miedo? ¿Te maltrataba?

—No, pero hizo algo que nunca podré perdonarle. —La mirada se le volvió lejana y sombría.

—No parece pensar lo mismo. Ha insinuado que quiere trabajar contigo.

—Por encima de mi cadáver. O del suyo, porque esta vez no seré tan tonta como en el pasado.

—No vas a contarme qué sucedió, ¿verdad?

Marina alzó la vista hacia él, algo más serena, y enfrentó su mirada.

—Te mereces saberlo, pero hoy no puedo hablar de ello. Hace seis años que no lo veía y estoy demasiado enfadada por su pretensión de que todo sigue como antes. No sería fiel a la verdad.

—Eres de las que no perdonan, ¿verdad?

—Ciertas cosas, no.

—Tendré cuidado de no enfadarte.

—Me enfadas continuamente, Joel, pero no te guardo rencor por ello. Sería diferente si me hirieras de alguna forma.

—Trataré de no hacerlo.

—Me gustaría que me dijeras qué puedo hacer para agradecerte lo de esta noche. Para mí era importante demostrarle a Marcel que he dejado el pasado atrás.

—¿Cualquier cosa? —preguntó serio, sin el asomo de sonrisa que solía esbozar.

Ella se tensó.

—Menos cederte mi puesto o sexo de ningún tipo.

—No quiero tu puesto, ya no sé en qué idioma explicártelo. Y sexo no me falta. No, es algo mucho más sencillo.

—Dime.

—Quiero verte con el vestido azul de la colección, ese que guardamos en el almacén.

—¿Qué obsesión tienes con él? ¿Por qué ese interés?

—Porque sé que ese vestido está hecho para ti. Si yo tuviera que diseñarte uno, sería justamente así.

—Está bien, si eso es lo que quieres, sea. Pero no saldré del almacén ni estarán presentes Sofía o Carmen. Es una prenda exclusiva y nunca nadie va a saber que me lo he probado siquiera.

—De mi boca no saldrá una palabra. Ya me dices cuándo tendré el honor.

—La próxima semana, si quieres.

—Por supuesto que quiero. Te lo recordaré.

—No será necesario, nunca olvido una deuda.

A Lucas no le gustaron sus palabras, que se refiriera a lo de aquella noche como algo que debería pagar y una vez hecho se olvidaría. Prefería pensar que lo sucedido había cambiado algo entre los dos.

—Ahora será mejor que entremos, ya me he recobrado de la sorpresa. —Marina se levantó despacio, cuidando que el vestido ajustado no se le subiera más de la cuenta, y Lucas no pudo evitar que la decepción se reflejase en su cara. Hubiera alargado hasta el infinito aquel rato de charla a solas.

—¿Te apetece volver ahí dentro? —preguntó con gesto de fastidio.

—En absoluto, y menos con Marcel rondando por la sala, pero se supone que debemos, ¿no? Hemos venido a dejarnos ver.

—Y ya nos han visto. ¿Qué te parece si nos escapamos?

Una leve sonrisa, muy tenue y muy fugaz, curvó la boca de Marina. Sonrisa que le hizo desear con ahínco marcharse con ella a cualquier lugar, lejos de la gente.

—¿En serio me estás proponiendo irnos sin que el sarao haya terminado? ¿Y la antisocial soy yo?

—No soy antisocial, no puedes culparme de eso, solo que no me apetece estar ahí dentro con

tu ex. Se supone que soy tu pareja y si hace o dice algo inapropiado que pueda ofenderte me veré obligado a enfrentarme a él. Tal vez a usar los puños…

—¿Los puños? No seas melodramático, Joel. Nuestra fingida relación no te obliga a tanto.

Sin embargo, Lucas sentía cada vez más ganas de estrellar los nudillos contra la cara prepotente de Marcel y borrar la sonrisa a ese hombre que, estaba seguro, era el responsable del mal carácter de Marina.

—Ya lo sé, pero no puedo evitar sentirme incómodo. Y puesto que somos pareja no puedo abandonar el cóctel sin que tú lo hagas también.

—De acuerdo, vámonos.

Entraron de nuevo a la sala y, tras dar una vuelta por ella y descubrir que no había ningún asistente que se hubiera incorporado en el rato que permanecieron en la terraza, se marcharon.

La noche era cálida e invitaba a estar en la calle, incluso a tomarse algo en una terraza.

—Me gustaría dar un paseo —propuso Lucas mirándola y tratando de aprovechar que parecía haber bajado la guardia respecto a él—. ¿Me acompañas?

—Supongo que te lo debo.

—Lo de Marcel me lo pagarás esta semana con el vestido azul. El paseo es porque hace una noche estupenda y tal vez te apetezca pasar un rato al aire libre tanto como a mí. No te sientas obligada.

—De acuerdo, pero sin que sirva de precedente.

Comenzaron a caminar uno al lado de otro. Con los tacones Marina casi alcanzaba la oreja de Lucas. Este comentó con una sonrisa:

—Ya sé que nunca sales, y te prometo que no proclamaré a los cuatro vientos que has dado un paseo, y menos conmigo. No contaré nada de lo sucedido hoy, porque intuyo que en Sándalo no saben nada de Marcel.

—No, no suelo hablar de mi pasado, sea bueno o malo.

—¿Por qué? Puedo entender que no quieras hablar de tu matrimonio si terminó mal y no tienes buenos recuerdos, pero ¿y el resto? Has debió tener una vida anterior.

—Poco atrayente. Nada relevante que contar y no creo que le interese a nadie.

—¿Y si te digo que a mí me interesa?

—No tientes tu suerte si no quieres terminar ya el paseo.

—De acuerdo, caminemos en silencio.

—No es necesario; si tienes ganas de conversar, habla sobre ti. También tu vida antes del currículum que presentaste está vacía.

—¿Qué quieres saber? —preguntó cauteloso.

—Lo que quieras contarme, respeto el derecho de los demás a no hablar de sí mismos.

Comprendió que para averiguar más sobre ella, antes debería dar información sobre sí mismo. Durante unos segundos sopesó qué podría contarle que no le comprometiera, y decidió ofrecerle la misma versión que Adrián y él le daban a su madre sobre su vida.

—No está vacía, tengo treinta y cinco años, pero en el currículum decidí no incluir mis empleos anteriores porque no eran relevantes para el puesto. Y, hablemos claro, no daban impresión de mucha seriedad.

—¿A qué te dedicabas? ¿*Gigoló*?

—Era actor de teatro en una compañía de tercera. O de cuarta… Siempre dando tumbos de un pueblo a otro. Sobrevivía económicamente porque no tengo gustos caros y me encanta actuar, pero debo admitir que no soy muy bueno. Nunca me han cogido en un *casting* para una compañía importante. Hace un año, y a instancias de mi madre, decidí que ya era hora de sentar cabeza.

—¿Y por qué el mundo de la moda?

—Porque siempre era yo el que se ocupaba de hacer arreglos en el vestuario cuando algo se estropeaba o alguien bajaba o subía de peso. Aprendí los rudimentos de mi abuela modista y me las apañaba bastante bien. Me gustaba hacerlo y es una profesión tan buena como cualquier otra. Lo que sí tengo claro es que no serviría para estar sentado en una oficina de ocho a cinco, me gusta la gente, charlar con ella.

—Sobre todo las mujeres.

—No voy a negarte eso.

—No podrías, aunque quisieras. Coqueteas con ellas en cuanto se te acercan. Con todas.

—Eso es trabajo. Soy actor, ¿recuerdas? Augusto me contrató con un fin determinado y trato de hacerlo lo mejor posible.

—En ese caso no eres tan mal actor como piensas. Me he creído tu papel de casanova trasnochado.

—También yo me he creído el tuyo de chica dura. Y no lo eres.

—Por supuesto que lo soy. Esta noche estoy un poco descolocada porque me he encontrado cara a cara con un pasado que prefiero no recordar, y he bebido más cava del que suelo tolerar. Pero mañana volveré a ser la Marina de siempre. La del gesto adusto y las palabras desabridas. La que te arrancará las pelotas al menor desliz.

—¿Aún lo quieres? ¿Por eso te ha afectado tanto verlo?

Las palabras le salieron a Lucas sin pensar y se sorprendió esperando la respuesta con demasiado interés. Marina lo miró con expresión de asombro, como si sus palabras le hubieran descubierto algo inesperado.

—No. Acabo de descubrir que no siento nada por él, que ni siquiera le odio ya.

—Me alegro.

—Yo también.

Se hizo un silencio cargado de tensión. De repente parecía como si ambos hubieran dicho palabras que no habían llegado a pronunciar. De repente la noche se había cargado de electricidad como cuando está a punto de estallar una tormenta. Continuaron caminando uno al lado del otro sin pronunciar palabra. Pasados unos minutos Marina interrumpió el silencio.

—Creo que es hora de regresar. Es tarde y mañana tengo cosas que hacer.

Decepcionado, él se mentalizó para poner fin a aquel paseo, aunque hubiera querido seguir caminando toda la noche. Sin embargo, sabía que su tiempo de gracia había terminado y que este había sido un regalo inesperado.

—Nos hemos alejado bastante, ¿dónde tienes el coche? —preguntó con la esperanza de recorrer el camino inverso hasta la zona donde se celebraba el evento. Resistiéndose a poner fin a aquella velada en la que había podido ser él mismo, sin interpretar ningún papel.

—Vine en taxi, no conduzco si pienso que voy a beber.

—Yo tampoco. He venido andando, no vivo lejos.

—Pediré uno.

Marina tomó el móvil para solicitar un vehículo que la llevara a casa. Lucas la miraba con intensidad debatiéndose entre lo que deseaba hacer y el sentimiento de que no debía dar el paso. Por el bien del golpe. Por su propio bien emocional. Al final, ganó el deseo y apenas ella guardó el teléfono se le acercó y, agarrándole la cara entre las manos, la besó. No pudo contenerse, el haber vislumbrado a la mujer que en verdad era había quebrado la firme voluntad que regía su comportamiento con las mujeres relacionadas con el trabajo. Pero ella no era una mujer como las demás, y era consciente de que no se le iba a presentar otra oportunidad, que nunca volvería a tenerla como aquella noche. Eso fue lo que se dijo para convencerse a sí mismo mientras acercaba su boca, despacio, dándole la oportunidad de apartarse si lo deseaba. No lo hizo, aceptó su beso y lo devolvió con cautela. No fue un beso violento ni cargado de pasión, sino lento y lleno de reservas. Precavido. De tanteo. Ninguno de los dos se dejó llevar ni perdió el control mientras sus lenguas se enredaban en un juego erótico que no habían previsto mantener. Sin embargo, la caricia se alargó mucho, tanto que casi les faltaba el aire cuando se separaron.

—Esto… no ha pasado —afirmó Marina mirando con auténtico pavor a los ojos negros que la contemplaban con intensidad.

—No ha pasado. Los dos hemos bebido mucho cava esta noche, y tu ex te ha alterado. No eres la de siempre.

—No lo soy, puedes estar seguro. Nunca volveremos a mencionar esta noche; ni lo que ha sucedido ni lo que nos hemos contado.

—Palabra de honor.

—Espero que tengas honor.

—Eso creo —susurró bajito, esperando que ella nunca descubriera a Lucas Ortiz.

Un coche se acercaba y ambos miraron en dirección a los faros, para no mirarse el uno al otro.

—Creo que es mi taxi —afirmó Marina acercándose al vehículo que acababa de aparcar junto a la acera.

No le invitó a compartirlo, temía demasiado lo que podría suceder si no se separaban de inmediato. Sí, había descubierto que ya no sentía nada por Marcel aquella noche, mientras otra

mano apretaba su cintura transmitiéndole sensaciones que creía olvidadas. Se había dejado llevar por las confusas emociones de la noche, no debía haber aceptado el paseo y tampoco el beso. Debía haberle abofeteado cuando comprendió sus intenciones en vez de esperar a sentir su boca con el corazón latiéndole desbocado como una adolescente. «Maldito Marcel, que me ha hecho bajar la guardia», pensó mientras recostaba la cabeza en el respaldo del asiento. Guardia que tenía que volver a levantar porque Joel Santillana no era para ella. Por mucho que su beso la hubiera conmovido hasta los cimientos. Él se marcharía de Sándalo, y si se quedaba no podría confiar en él. Nunca podría confiar en un hombre de nuevo, y mucho menos en aquel que, si no le robaba una colección, le robaría el corazón, lo que era mucho más peligroso.

Lucas la vio partir en aquel taxi, de pie en la avenida, con el pulso acelerado y la frustración saliéndole por cada poro. Había logrado contenerse y no entrar con ella en aquel coche. Si se lo hubiera pedido, Marina no lo habría dejado en mitad de la calle en plena noche. Pero si lo hubiera hecho no hubiera podido dejar de besarla y la noche se les habría ido de las manos a los dos. No podía permitírselo. Si se acostaba con ella, cuando realizara el robo sentiría que la traicionaba y le había dicho que tenía honor. Al menos un poco.

Comenzó a caminar hacia su casa, que no estaba demasiado lejos, pero tampoco tan cerca como había afirmado. Necesitaba que el aire de la noche le despejara las ideas y le mitigara la frustración que sentía por haberla dejado irse.

Capítulo 12

Cuando Lucas llegó aquella mañana a Sándalo sabía que iba a encontrar a una Marina más seria y adusta que de costumbre. Pero comprobarlo, a pesar de que era lo mejor para ambos, le causó una decepción difícil de soportar.

La noche del sábado se le antojó muy lejana, aunque solo había transcurrido una jornada, al enfrentarse a los buenos días escuetos con que respondió a su saludo. Ni siquiera apartó la mirada de las piezas de tela que ensamblaba en aquel momento para mirarlo. Como siempre, ella había sido la primera en llegar y, por muy temprano que quiso hacerlo él para verla a solas, Carmen también se encontraba en el taller cuando entró en el mismo.

—Buenos días, Joel —saludó la modista, más amable que su jefa—. Me ha dicho Marina que lo del sábado no fue nada del otro mundo.

—Ya sabes cómo son esos eventos. Te dejas ver, charlas un poco, tomas una copa… y poco más. Es para diseñadores y prensa, no para clientes, por tanto no te tienes que esforzar demasiado

—No, no lo sé; nunca he asistido a uno.

—La próxima vez le diremos a Augusto que te invite también —prometió.

—¡Quita, quita! Nada se me ha perdido en esos sitios, yo estoy más que feliz en mi máquina de coser.

—Ya imagino porque es muy temprano y estás trabajando a pesar de que no hay ninguna urgencia en este momento.

La mujer se encogió de hombros y respondió al comentario.

—Marina me pidió ayer que viniera antes para ver juntas unos arreglos en el vestido de Luisa Roldán. Como sabes, viene hoy a probarse.

—Pero creía que ya estaba el vestido listo para la prueba.

—Quería comentar con ella unos detalles —respondió la aludida alzando los ojos por un breve momento, para volver a concentrarse de nuevo en la tarea, minuciosa al parecer, que estaba realizando.

—Con Luisa nunca se sabe —corroboró Carmen—. Por dos milímetros pueden hacernos desmontar el vestido por completo. Si la *boutique* fuera mía les negaba la entrada. Me da muy mal *yuyu* esa pareja.

—Su cuerpo es un reto y una prueba de habilidad para el taller —afirmó Marina.

—Y el novio, marido o lo que sea, una prueba para nuestros nervios.

—Por suerte han venido con tiempo y no con los agobios de última hora, como otras veces.

Después del tenso momento inicial, que con toda seguridad había salvado la presencia de Carmen, Lucas comprendió que la actividad en el taller era la de siempre, y lo sucedido el sábado anterior, algo que debería olvidar, como si nunca hubiera sucedido. Sin embargo, él no pensaba olvidar la promesa de su jefa, mejor verla como tal y no como a la mujer que había vislumbrado por unas breves horas, de probarse el vestido de fiesta que guardaban en el almacén.

Marina mantuvo durante toda la mañana una actitud silenciosa, quizás un poco más de lo habitual. No era extraño, no era muy dada a charlar mientras trabajaba; a menos que surgiera un tema sobre alguna prenda y debiera dar instrucciones, se mantenía al margen de las charlas. Pero Lucas estaba convencido de que aquel día su mutismo iba dirigido a él de forma especial, a hacerle saber que nada había cambiado entre ambos. Sumergida en la colocación de unos apliques de pedrería en extremo delicados, apenas participó en las breves conversaciones que surgieron. Cuando a las doce del mediodía Luisa Roldán llegó, acompañada de su sempiterno acompañante, Marina y Carmen se perdieron con ambos en el probador. Lucas no hizo ni siquiera el intento de acompañarlas y dejó que ambas mujeres se ocuparan de la prueba.

Nada más entrar al probador las dos supieron que no iba a resultar fácil. El vestido le quedaba ajustado a la perfección en la cintura y las caderas, pero por debajo y por encima del pecho, aunque ceñido, no estaba tan pegado como una segunda piel.

—Hace unas bolsas aquí —dijo el hombre cogiendo la tela por debajo del seno. A duras penas esta cedió medio centímetro por mucho que tiró.

—Es por el corte —afirmó Marina a pesar de saber que no serviría de nada—, y la tela de lentejuelas no se ajusta tanto como otras.

—Esta es una de las mejores *boutiques* de la ciudad, ¿no? Arregladlo. No querréis que vaya a la fiesta del señor Peñalver hecha un adefesio con un vestido que hace bolsas.

—No hace bolsas, el diseño es así —se atrevió a argumentar Carmen.

—Puedo coger la tela con los dedos, por lo tanto, no está totalmente ajustado. Aquí no es posible. —Intentó hacer lo mismo con la cadera sin conseguirlo.

—Es por la gran diferencia que hay entre la cintura y el pecho y la poca distancia entre ambos —argumentó Marina—. Por eso les propuse un corte diferente.

—No queríamos un corte diferente. Vosotras sois las expertas, solucionadlo.

Miró a la chica que se contemplaba al espejo con gesto crítico y, ante el mudo interrogatorio de su pareja, o lo que fuese, asintió sin pronunciar palabra.

—De acuerdo —atajó Marina la nueva réplica que su modista estaba a punto de hacer—. Tendremos una nueva prueba dentro de dos días. Señala dónde hay que ajustar, Carmen, por favor.

—Ahora mismo. Espero no pincharla.

La aludida obedeció, tratando de clavar los alfileres con delicadeza, aunque la tarea estaba resultando muy difícil porque apenas unos milímetros de tela se despegaban de la piel. Después, ambas salieron del probador con el modelo en la mano mientras Luisa se vestía. Marina

acompañó a la pareja hasta la puerta cuando terminaron acordando una nueva prueba para dos días después. Deseaba terminar el encargo antes de que hubiera mayor afluencia de clientas para la fiesta de Peñalver.

Al entrar en el taller, se encontró con la mirada de Carmen, que rezumaba irritación.

—¡Menudo imbécil! —Y a continuación imitó el tono del acompañante de Luisa—. «¡Vosotras sois las expertas! Arregladlo». Pues como somos las expertas, haz caso de lo que te aconsejamos.

Marina, se dejó caer en su silla y se pellizcó el puente de la nariz para despejar las ideas.

—¿Qué vamos a hacer para ajustar más el vestido? —preguntó Carmen, con la prenda en la mano.

—Meterle una pequeña pinza debajo del pecho y hasta la cintura. No hay otra forma. De la pequeña holgura hasta el hombro no se ha percatado, de modo que solo tocamos la parte inferior. De todas formas, no coseremos el hombro aún por si acaso.

—Sabes que para eso es necesario quitar las lentejuelas del tejido y luego no hay vuelta atrás. Si no les gusta, la tela quedará inservible y todo el trabajo realizado hasta ahora, también.

—Correremos el riesgo.

—Solo son unos milímetros.

—Sí, con una tira de lentejuelas que quite creo que será suficiente.

—¿En serio vas a destrozar la tela, que no es barata precisamente, para ajustar unos milímetros? ¿No puedes engañarlo de alguna manera? Decirle que lo has hecho y volver a probarlo. A lo mejor no se percata —preguntó Sofía, incrédula.

—Se daría cuenta, es muy minucioso; además aquí no engañamos a los clientes. Vamos a ello, tenemos la nueva cita pasado mañana. —Suspiró con pesadez y cogió el vestido, dispuesta a asumir ella el riesgo de estropear la prenda—. Lo haré yo.

—¿Por qué no sales a tomar algo y te despejas un poco? Se te ve agobiada —sugirió Lucas al ver su cara tensa.

Normalmente cerraban la tienda y salían a almorzar a las dos, aunque no siempre iban a su casa. Si había mucho trabajo tomaban algo rápido por los alrededores, por parejas, y mantenían el taller abierto. Intuía que aquella sería una de esas ocasiones.

—Más tarde. Ahora necesito dejar esto más o menos planteado. Pero es casi la hora de almorzar, puedes marcharte ya si lo deseas.

—No lo decía por mí, sino por ti. Creo que necesitas un respiro; luego lo retomarás con nueva energía. Ve y relájate

—No, Joel. ¿Acaso tienes algún interés en que abandone ahora el taller?

La respuesta fue tajante y acompañada de una mirada tan suspicaz que Lucas respondió en tono irritado.

—Por supuesto que no. ¿Qué crees que quiero hacer? ¿Estropear algo? ¿Sabotear el taller? ¿Poner una bomba?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo piensas. Siempre piensas lo peor de mí, y no creo haberte dado motivos para ello. —«Aún no», pensó—. No pagues conmigo los sinsabores que te causan otros. —Nada más decirlo se arrepintió y continuó para aclarar a qué se referían sus palabras—. Si el vestido no se puede ajustar más, díselo claramente a ese tipo y no te vuelvas contra quien solo quiere que te relajes un poco. Y te tomo la palabra y me voy a comer, tengo hambre y es casi la hora. Yo sí necesito despejarme un rato. Quédate con tu taller y soluciona tú sola el problema. Sofía, ¿vienes? Te invito a almorzar.

—Encantada.

La chica se desprendió de la bata, lo mismo que Lucas, y salieron juntos por la puerta lateral. Marina enterró la cara entre las manos ahogando un suspiro. Delante del personal trataba de controlar sus emociones y mantener una actitud fría y profesional, pero fue incapaz de hacerlo en aquella ocasión. Carmen se acercó a ella, tomó el vestido entre sus manos y, con una mueca, miró el lugar donde había señalado los ajustes. Después acercó una silla a su jefa y murmuró:

—Has salido de complicaciones peores que esta. Conseguiremos que queden satisfechos.

—Lo sé. Costará, pero al final se irá con un vestido que le estallará como estornude. Le haremos doble costura, como siempre, para evitarlo.

En la ropa muy ajustada solían pasar una costura encima de otra para hacerla más resistente.

Carmen miró a su jefa, cuya cara no relajaba la tensión a pesar de reconocer que saldrían airosas del reto.

—No es el vestido lo único que te agobia, ¿verdad? Esta mañana me has hecho venir temprano y la cuestión no era tan urgente ni tan importante como para no esperar a la hora habitual. Ya estabas alterada antes de que la pareja feliz viniera a probarse, llevas toda la mañana tensa como una cuerda de piano.

—No estaré relajada hasta que entreguemos el dichoso vestido —murmuró en un tono poco convincente que no engañó a la modista, que negó con la cabeza.

—Tu malhumor tiene que ver con Joel, ¿no? ¿Qué pasa con él?

—Nada.

—No es cierto, siempre estás recriminándole cosas. No lo haces con Sofía ni conmigo, eres comprensiva con los errores y nunca nos tratas con desconsideración.

—No me fío de él, eso es todo.

—Tiene razón al decir que no ha hecho nada para que le des ese trato. Nunca me meto en tus asuntos, Marina, pero el chico no se lo merece.

—Lo sé. Sin embargo, no puedo evitarlo.

—Pensaba que ya lo estabas aceptando, que habías superado la desconfianza del principio. ¿Acaso tuvisteis algún encontronazo el sábado en el evento? ¿Por eso estás hoy tan susceptible con él?

—No, el sábado todo fue bien. De hecho, se comportó bastante decente. No coqueteó con

nadie, ni se pasó la noche con una legión de mujeres alrededor, sonriendo a diestro y siniestro y derrochando encanto —afirmó con una voz que se iba endureciendo a medida que soltaba la frase.

La penetrante mirada de Carmen se suavizó, comprendiendo.

—Incluso me hizo un favor —continuó Marina en un tono más suave. Necesitaba hablar con alguien y desahogarse, y Carmen era discreta. No tenía amigas en Barcelona y su madre estaba demasiado lejos. Por primera vez en cinco años se sintió sola—. Me libró de alguien que me estaba molestando y ahora… estoy en deuda. Le he prometido que me probaría el modelo zafiro de la colección para que me viera con él. No comprendo la fijación que tiene con eso.

—Yo sí. Ni la modelo que lo llevó en el desfile ni Marta Sarriá le harán justicia al diseño; en cambio, tu cuerpazo lo hará lucir en todo su esplendor.

—¡Mi cuerpazo! —bufó—. No es para tanto, y aunque lo fuera no tengo ganas de mostrárselo a Joel realzado por un modelo que sí, tiene razón, diseñé pensando en mí. No quiero que me vea como mujer. Soy su jefa.

—No dejarás de serlo por ponerte durante unos minutos el vestido. Pero, si tanto te desagrada la idea, ¿por qué le prometiste hacerlo?

—Porque el sábado estaba tonta… y me sentía agradecida.

—Dile que has cambiado de idea.

—¿Y que piense que me perturba ponérmelo en su honor? Nunca. Le dije que no os comentara nada a Sofía o a ti, pero creo que es mejor que estés presente.

—Porque sí te perturba.

—Un poco —admitió.

—Por mí no hay problema. ¿Cuándo tienes pensado hacerlo?

—¿Puedes quedarte esta misma tarde? Sé que has entrado más temprano, pero solo serán unos minutos y así me libro de ello de una vez. ¡No me gusta tener deudas pendientes, y menos con él!

—Te atrae, ¿verdad?

—Tengo ojos en la cara, eso es todo. Aunque parezca lo contrario, soy una mujer, y sensible a un hombre atractivo, y Joel lo es mucho. Pero para mí no es más que un cuerpo agradable de mirar, sentado a una máquina de coser. Y yo debo seguir siendo para él la jefa que lleva este taller con mano de hierro; por eso me parece una malísima idea lo de ponerme el puñetero modelo zafiro y vestirme de mujer… para él. Pero no me echo atrás de mis promesas y asumo mis errores, de modo que esta tarde me probaré el vestido y asunto zanjado. Ahora veamos cómo solucionar el tema de Luisa Roldán y sus espantosos pechos.

A la mente de Marina, y sin que pudiera evitarlo, acudieron las palabras de Joel afirmando que le gustaban los senos que cupieran en sus manos, y se estremeció ante la idea de que estas pudieran cubrir los de ella alguna vez. Apretó los labios para alejar tan nefastos pensamientos y maldijo la tarde del sábado anterior, a Marcel por aparecer de nuevo y a Joel por mostrarse tan

encantador y tan diferente a como era de forma habitual. Pero sobre todo se maldijo a sí misma por no controlar a la mujer que había en ella, y que llevaba años conteniendo con férrea voluntad. Porque estaba aflorando con el hombre equivocado, y no volvería a cometer el mismo error de nuevo.

Carmen entendió que la conversación íntima había finalizado y ambas se pusieron manos a la obra para quitar las lentejuelas de la zona de debajo del pecho con precisión milimétrica. Después, cerraron el taller y se marcharon a almorzar a su vez.

Regresaron a la hora de reabrir la *boutique* y encontraron a Joel y a Sofía en la puerta, esperando. Una vez dentro de la zona de trabajo, y mientras Sofia encendía las luces de la tienda, Marina se acercó a él y le susurró en voz baja:

—Esta tarde después del cierre saldaré mi deuda. —No había cordialidad alguna en su voz.

—¿Deuda? —preguntó él, asombrado.

—El vestido azul.

—Marina, si tanto te desagrada hacerlo, déjalo. No me debes nada.

—Yo considero que sí y, por supuesto, lo pagaré. Aunque he cambiado de opinión sobre lo de hacerlo a solas y Carmen estará presente.

Lucas ahondó en los ojos castaños, que no pudieron sostener su mirada más que unos segundos, y asintió.

—De acuerdo. A la salida.

***

A las ocho, como siempre, Lucas apagó las luces de la *boutique* echando el cierre y Sofía se marchó. Los demás fingieron tener algo que rematar y permanecieron en el taller un poco más. Una ligera tensión se había apoderado de los tres, como si fueran a llevar a cabo algo terrible, pecaminoso y clandestino. Sin pronunciar palabra, Marina bajó al almacén y subió con la funda del traje encerrándose en el probador. Lucas la siguió con la mirada con el pulso alterado como si fuera un quinceañero que va a ver desnuda a una chica por primera vez. Pero ni él era un adolescente ni Marina aparecería sin ropa. De hecho, el vestido era sobrio, de manga larga, aunque la espalda sí quedaba al descubierto en su mayor parte.

Carmen y él se miraron por un momento y tuvo la sensación de que ella leía sus pensamientos, e incluso más allá de los mismos. De que adivinaba cómo se sentía con exactitud y cuánto había esperado ese instante.

Pocos minutos después la puerta se abrió y Marina salió del pequeño recinto con paso lento y la cabeza alta y desafiante como una reina que aparece ante sus súbditos por primera vez. Lucas contuvo el aliento. Tal como imaginaba, la esbelta figura quedaba resaltada por las líneas sencillas del vestido, los senos altos y bien formados se mantenían firmes bajo la tela sin sujeción alguna. La espalda descubierta hacía imposible el uso de ningún tipo de sujetador. Muy pocas mujeres podrían lucir la prenda y salir airosas, pero Marina la hacía resaltar con creces.

—No me equivoqué —susurró con voz ronca mientras la miraba con una intensidad difícil de

contener. Y de disimular—. El vestido y tú formáis un tándem especial. Ninguna mujer lo lucirá igual.

—Espero que ya estés satisfecho —masculló Marina intentando no dejarse llevar por las ganas de exhibirse y dejarse admirar. Ni admitir que mariposas gigantes aleteaban en su estómago ante el escrutinio de que era objeto. Sabía que los ojos negros veían debajo de la tela, que adivinaban con exactitud la forma de sus pechos, su cintura y su vientre. Y no le desagradaba la sensación, al contrario.

—Date la vuelta, por favor… Déjame ver la espalda.

—Solo unos minutos … —gruñó tratando de parecer malhumorada, sin conseguirlo—. Esto ya está durando demasiado.

—No hablamos de tiempo. Es la única oportunidad que tendré de verte con el vestido, de modo que voy a aprovecharla.

Marina se giró despacio sintiendo como la mirada oscura la recorría entera, también por detrás. Desde el cuello hasta los tobillos, que permanecían ocultos. Supo el momento exacto en que los ojos masculinos se deslizaban por la espalda desnuda y se detenían en el trasero más tempo del necesario.

Carmen dejó de estar presente, a pesar de que no les quitaba ojo a ninguno de los dos, y el momento se volvió íntimo, denso, y la atmósfera en la habitación se cargó de tensión sexual contenida. A pesar de no verlo, sentía su respiración tan agitada como la de ella, tenía la sensación de que la estaba acariciando, aunque los separasen un par de metros de distancia. Un intenso hormigueo se extendía por todo su cuerpo sin que pudiera evitarlo.

Apretó los puños deseando escapar de allí, de las sensaciones que estaba experimentando con una sola mirada, y no quiso ni pensar en lo que sentiría si alguna vez llegaban a tocarse.

Se volvió de nuevo, irritada, más con ella misma que con él. Sin embargo, no fue capaz de mirarlo a los ojos temerosa de lo que pudiera ver en ellos, y también de lo que Joel pudiera averiguar a través de los suyos.

—¿Ya es suficiente? —preguntó con brusquedad.

—Nunca será suficiente —afirmó él con voz suave y deslizando de nuevo los ojos por la delantera del vestido, como si la acariciase con ellos, para terminar clavándolos en los de ella—. Jamás me cansaré de ver una obra de arte como esta. Como diseñador, por supuesto —añadió, consciente de que Carmen estaba allí, algo que por un momento había olvidado, y que los observaba con atención y una sonrisa en los labios. Lo que en aquel momento agradeció sobremanera, porque no sabía qué habría hecho de encontrarse a solas. Seguramente cargarse todo el golpe de un plumazo y conseguir que lo despidieran.

—Bien. La obra de arte estará abajo en el almacén para que la contemples siempre que lo desees, en una percha. Nunca volverá a subir a este piso —afirmó Marina dirigiéndose hacia el probador con el mismo caminar pausado con el que llegó.

—Lo sé —susurró Lucas en un murmullo. Luego se enfrentó a los ojos de la modista, que lo

miraban con una sonrisa burlona bailando en ellos—. Sí —admitió—. Soy un hombre, y es preciosa. Y si no hubieras estado presente me habría abalanzado sobre ella cavando mi tumba.

—Entonces me alegro de haberme quedado, porque me gusta que trabajes con nosotras.

—A mí también me gusta estar aquí. Pero ahora será mejor que me marche, que aún se puede torcer la noche y yo acabar en el paro. No tengo mucho control sobre mí mismo en este momento. Despídeme, ¿quieres?

—Por supuesto.

Cuando Marina salió del probador encontró a Carmen sola y lista para abandonar el taller.

—¿Y Joel?

—Se ha marchado. Tenía prisa.

—Pues lo podía haber dicho y nos habríamos ahorrado todo esto.

—Pero ya pasó, ya te has librado de la deuda. Es lo que querías, ¿no? Dejarla zanjada cuanto antes.

—Eso es cierto. Gracias, Carmen, por quedarte.

—De nada. Ha sido un placer. Joel tiene razón: verte con el vestido puesto ha sido como contemplar una obra de arte. Lo digo como modista.

—Gracias de nuevo. Ahora vámonos a casa, que ha sido un día largo e intenso.

«Sobre todo intenso», pensó mientras daba vuelta a la llave que cerraba el taller.

Caminó hacia el garaje sintiendo aún el cuerpo acalorado y el pulso latiendo con intensidad en las venas. Mientras lo hacía, atisbó las sombras que comenzaban a poblar la calle temiendo que Joel apareciera entre ellas para hacer algún comentario sobre lo sucedido, lejos de los oídos indiscretos de Carmen. Porque no tenía duda de que la excitación, la tensión había sido mutua, y ambos lo sabían.

No había rastro de él por los alrededores y, aunque respiró con alivio, quizás, solo quizás, se sintió un poco decepcionada.

Capítulo 13

Lucas había encargado a Adrián que investigase a Marcel. Había dejado pasar una semana desde el sábado en que lo conociera, pero se sentía tan avasallado por lo que Marina le había hecho sentir aquella noche que necesitó tiempo para recomponerse y que su hermano, que lo conocía mejor que nadie, no adivinase lo que le estaba pasando. Los dos sabían que implicarse emocionalmente con una mujer relacionada con un golpe era muy peligroso, por eso se tomó unos días para sosegarse antes de reunirse con él.

No obstante, sabía que el tiempo se le acababa y que debía dejar de lado a su jefa y ponerse en serio a buscar una acompañante adecuada para la fiesta. Ya debería estar en ello, aunque empezaba a tener claro que Marta Sarriá era la candidata más idónea. Sin embargo, la sola idea de acompañarla luciendo el vestido que él consideraba de Marina, por mucho que la clienta hubiera pagado un dineral por tenerlo en exclusiva, se le hacía muy difícil.

Tras varios días de pesquisas, Adrián lo citó en su casa para compartir información, como solían hacer, al caer la noche.

Sentados con una copa en la mano, Lucas escuchó la información que aquel había recabado.

—Marta Sarriá Bermúdez. Treinta y cinco años, casada con Jorge Antúnez, veintiocho años mayor y que padece Alzheimer en estadio 5. Está recluido en una residencia especializada a la que su esposa acude de visita una vez al mes para cubrir el expediente. El resto del tiempo se dedica a disfrutar de la fortuna de su marido y a vivir la vida. No se le conoce amante fijo, aunque es frecuente verla bien acompañada tanto de día como de noche por los locales de moda. No se corta a la hora de aparecer en público con hombres y tampoco se pierde un acontecimiento social. Creo que es perfecta para nuestros planes. No le hará ascos a acudir contigo a la fiesta ni a un buen revolcón, si surge, y tiene dinero suficiente para poseer un joyero bien surtido.

Lucas lo sabía. Desde el primer momento su instinto lo llevó hacia ella, y la mirada cargada de interés de la mujer le había hecho saber que cualquier acercamiento por su parte sería bien recibido. No obstante, algo en su interior era reacio a hacerlo.

—De acuerdo —admitió consciente de que era la mejor opción—. Será ella.

Trató de apartar de su mente los ojos de Marina, que lo mirarían con reproche en cuanto comenzara su labor de seducción. Era hora de dejarse de miramientos y pasar a la acción.

—¿Has podido averiguar algo de Marcel Belrose? —preguntó cambiando el tema espinoso de la conversación.

—Es un diseñador mediocre afincado en París. Hace años obtuvo una mención especial en el premio LVMH para nuevos diseñadores con su primera colección. Aunque no lo ganó, sí se

habló mucho de él en el mundillo como una joven promesa. Entrevistas en revistas especializadas y mucho movimiento mediático durante un tiempo. Sin embargo, los siguientes trabajos apenas destacaron y no despuntó como se esperaba. Sobrevive en el mercado, pero nada más. ¿Por qué te interesa? ¿Tiene alguna relación con nuestro trabajo? ¿Asistirá a la fiesta de Peñalver cargado de joyas?

—Estuvo casado con Marina. Él forma parte de ese pasado de mi jefa que desconocemos.

—¿Cómo lo sabes?

—Estuvo en el evento al que asistimos juntos. Me lo presentó. En realidad, se presentó él, pensando que me incomodaría. Un tipo bastante narcisista y pretencioso.

—¿Por qué cree que te incomodaría conocerle?

—Nos vio llegar juntos y se imaginó que somos pareja. No lo desmentimos.

—¿Marina admitió ante su ex que sois pareja? ¿En serio? ¿Ya no quiere abrirte la yugular con la tijera de corte?

—Sigue queriéndolo, no lo dudes, pero al parecer era importante para ella que su exmarido pensara que está con alguien. Hubiera servido cualquiera, y yo estaba disponible y a mano. No sé qué pasó entre ellos, pero desde luego no le hizo ni pizca de gracia encontrárselo. En aquel momento a quien deseaba abrir la yugular era a él. El tipo quería que trabajaran juntos en una colección y la negativa fue tan tajante que la forma en que me trata a mí me pareció encantadora. Sé que su separación no debió ser precisamente amistosa, por eso te pedí que lo investigaras, no porque tenga alguna relación con nuestro trabajito.

—Cierto, mientras más sepamos de Marina y de su pasado, más poder tendremos sobre ella en caso de que haga falta neutralizarla.

Lucas sintió un escalofrío ante las palabras de su hermano.

—Por Dios, Adrián, eso de neutralizarla ha sonado muy truculento. Nosotros no hacemos esas cosas, no somos matones. Si un golpe presenta problemas nos retiramos y ya vendrá otro. Ninguno de los dos necesita el dinero para vivir, con las inversiones que tenemos podríamos darnos una buena vida sin necesidad de seguir con esto. Al menos yo lo hago por la diversión y por seguir la tradición familiar.

—Hablaba en sentido figurado, no era una amenaza. Somos ladrones de guante blanco, no nos manchamos las manos de sangre. Pero tal vez sea necesario un pequeño toque de atención para que no meta las narices donde no debe. Su suspicacia me preocupa. ¿Acaso a ti no?

—Sí, a mí también. Pero preferiría no tener que chantajearla con su pasado. —La sola idea le resultaba repulsiva. Esperaba que todo fuera sobre ruedas y desaparecer con cierta dignidad del taller y de la vida de las tres mujeres sin dejar atrás malos recuerdos—. Ni con ninguna otra cosa.

—Yo también lo espero. Entonces, ¿Marta Sarriá será la elegida?

—Sí.

—No pareces muy entusiasmado.

—En esta ocasión preferiría no tener que flirtear con una mujer para conseguir el objetivo.

Adrián alzó las cejas, divertido.

—¿En serio? Pero si para ti es como respirar, lo llevas en tu naturaleza.

—Esta vez no me sale con tanta facilidad —se excusó.

—¿Es por la mujer en cuestión? ¿Te desagrada? Podemos buscar a otra candidata, aún estamos a tiempo.

—No, no —suspiró—. Marta está bien.

—Ese era el plan, ¿no? Te pareció adecuado.

—Sí, no me hagas demasiado caso. Estoy cansado.

Adrián observó a su hermano con detenimiento y Lucas se sintió como cuando era pequeño y su madre lo observaba tratando de descubrir si había hecho alguna trastada.

—Espera… ¿No habrá alguna mujer que te interese y no desees que se entere de tu posible asuntillo con Marta?

—¡Por supuesto que no! Qué bobada… Es solo que estoy cansado, duermo poco y pienso mucho. En la fase de preparación de un golpe es lo habitual y mi jefa es una explotadora que nos hace trabajar muchas horas en el taller. La *boutique* está saturada de encargos y llevamos un ritmo frenético. No puedo negarme a echar una mano para evitar suspicacias y no descanso lo suficiente.

—Lucas, si hay algún problema deberías decírmelo.

—No lo hay, Adri, te lo aseguro.

El diminutivo que solía usar de pequeño le salió sin pensar. En vez de seguir indagando Adrián decidió esperar y observar a su hermano con atención. Era evidente para él que no se estaba comportando en aquel golpe como solía hacerlo. Estaba seguro de que le ocultaba algo, su instinto nunca le fallaba.

—De acuerdo. Sigamos adelante con el plan original. Pero si es necesario hacer cambios, no hay problema.

—No lo será. Todo va a ir bien. Esta semana está prevista la primera prueba y desplegaré todo mi encanto con Marta Sarriá. Y si es necesario me la llevaré a la cama —aseguró con el mismo entusiasmo de alguien que va al matadero—. Ahora me marcho, necesito descansar.

—¿No te quedas a cenar?

—Otro día. Ya te he dicho que estoy agotado y mañana la «explotadora» nos ha convocado antes de la hora. ¡Ya podía contratar a alguien más, nos va a matar! —Puso en las palabras el tono más despectivo que su curso de arte dramático le había enseñado, esperando convencer a su hermano.

—De acuerdo. Ya me cuentas.

—Por supuesto.

Lucas se despidió y se marchó lo más rápido que pudo. Había tenido la intención de cenar allí, pero desde hacía un rato se sentía como un escolar pillado en falta. Adrián era muy sagaz y no quería mentirle, pero tampoco podía dejar que adivinara la atracción que Marina ejercía sobre

él. Pero la controlaría, se esmeraría en su seducción a Marta Sarriá e ignoraría las miradas tormentosas que su jefa, la explotadora, le dirigiría. Con un poco de suerte sería ella, Marina, quien marcara las distancias cuando empezara su cortejo solapado a la clienta.

***

La primera prueba para el vestido azul estaba fijada para el martes a primera hora de la mañana. Lucas estaba decidido y preparado para empezar el flirteo sin más demoras. Debía asegurarse sin dilación la invitación a la fiesta que tendría lugar en tres semanas y debía comenzar cuanto antes a tantear el terreno.

Se había vestido para la ocasión con una camisa negra y pantalón gris claro que sabía le sentaban bien. Algo que corroboró la mirada de las tres mujeres que ocupaban el taller cuando llegó, incluida Marina. Estaba acostumbrado a que las féminas lo mirasen así, pero le sorprendió que también lo hiciera ella. Fue fugaz, solo duró un momento, pero sus ojos relampaguearon y lo recorrieron de arriba abajo con admiración.

No se puso la bata ni pidió tarea de costura, se limitó a esperar que su clienta llegase.

Esta acudió puntual, como solía. Y le dedicó una sonrisa que no admitía equívocos al saludarlo.

Carmen la acompañó hasta el probador, dónde ya el vestido colgaba de una percha, para ayudarla a vestirse. Cuando estuvo lista, Marina y él entraron también.

Nada más verla, Lucas supo que no se había equivocado. Ni por asomo el modelo le quedaba como a la mujer que lo había creado, aunque las medidas estaban tan ajustadas que necesitaría poco retoque. Solo estrechar algo el pecho que, al no poder usar sujetador, quedaba ligeramente flojo, y acortar un poco el bajo.

—¿Cómo lo ves, Joel? —preguntó Marta ignorando a las dos mujeres y girándose coqueta ante el espejo.

—Estás arrebatadora. No habrá otra igual en toda la fiesta —afirmó él con una mirada capaz de derretir a las piedras. La de Marina, en cambio, se endureció a través del espejo, pero la ignoró—. El vestido es perfecto para ti, ha sido todo un acierto elegirlo.

—¿Verdad que sí? Desde que se lo vi a la modelo me dije que tenía que ser mío, que yo lo luciría mejor.

—Infinitamente mejor.

—Hay que ajustar aquí, y te queda un poco largo, Marta. —comentó Marina con voz neutra mientras sus ojos acusadores lo miraban—. ¿Son esos los zapatos que llevarás?

—Sí. Mandaré que los forren del color el vestido, para que hagan juego. Ya tengo aprendida la lección; a las pruebas hay que traer los zapatos y el sujetador definitivos.

—Con este vestido no puedes llevar sujetador.

—Ya lo sé, y no lo llevo. Tampoco es que lo necesite, ¿verdad?

La mirada incendiaria que le dirigió mientras alzaba el busto, hizo sonreír a Lucas con picardía e irritó a Marina, que apretó los labios.

—En absoluto —admitió rotundo—. Pocas mujeres pueden decir eso. El vestido te realza los pechos… o los pechos realzan el vestido, no sabría decirte. Pero desde luego, el efecto es espectacular.

—Luciré zafiros con él. ¿Lo ves adecuado?

—Muy adecuado —afirmó sintiendo que se aceraban al punto que necesitaba saber—. La sobriedad de líneas del vestido te permitirá llevar cualquier joya por muy ostentosa que sea.

—Por eso lo elegí. No hago exhibición de joyas muy a menudo, solo en las grandes ocasiones. Y la fiesta de Peñalver lo es.

—Es el acontecimiento del verano. Espero que la prensa se haga eco con un amplio reportaje para poder contemplarte con todo lujo de detalles. Aquí en el probador y con maquillaje de diario no es lo mismo.

—¿No asistirás?

—Por supuesto que no. Los simples empleados de *boutique* no estamos invitados.

—¿No eres diseñador?

—Tengo ese título, pero no desempeño aquí esa labor. La artífice de la colección es Marina.

—¡Qué lástima! Me encantaría verte allí. Imagino que debes bailar de maravilla.

—No lo hago mal. Sobre todo, el tango. Me encanta esa pieza tan sensual en que los cuerpos giran y se rozan apenas al compás de la música.

—Es una lástima. Sería un gustazo bailar el tango contigo.

—Pienso lo mismo.

—Creo que ya hemos terminado por el momento —interrumpió Marina, con gesto huraño. Más huraño de lo habitual—. Corregiremos estos pequeños detalles y volveremos a probar otra vez antes de la entrega definitiva. ¿Cuándo puedes pasarte?

—Cuando queráis. Es un placer venir a Sándalo. No tengo inconveniente en probarme todas las veces que haga falta —rio, coqueta—. Lo importante es que el vestido quede perfecto —afirmó.

—¿Te parece el lunes próximo?

—¿Tan tarde? ¿No puede ser antes?

—Lo intentaremos, pero no te prometo nada. El tuyo no es el único vestido que tenemos encargado para la fiesta de Peñalver.

—Claro, lo comprendo. Si está antes solo tenéis que llamarme y acudiré rauda.

Una sonrisa radiante, una caída de pestañas y Lucas supo que Marta Sarriá había mordido el anzuelo. De lo que no estaba seguro era de si llegaría vivo a la fiesta.

Marina y él salieron del probador mientras Carmen ayudaba a la clienta a despojarse del vestido. Después salió a su vez para que se vistiera a solas con su ropa. Apenas se cerró tras ella la puerta que comunicaba la tienda con el taller, su jefa lo taladró con la mirada y ordenó con voz baja y amenazante:

—Quiero verte en mi despacho en cuanto Marta abandone la *boutique*.

—¿En tu despacho? ¿Te refieres a ese pequeño…?

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. No te retrases.

Y salió desapareciendo también por la puerta con un fuerte taconeo y el porte de una reina dispuesta a dictar sentencia. De muerte.

Lucas la miró sintiendo la sangre correr al galope por sus venas. Nunca había conocido a una mujer tan temperamental y que lo excitara tanto. Jamás había sentido que la posibilidad de que le arrancaran la piel a tiras fuera tan tentadora. Lo soportaría con gusto si para hacerlo lo arrastraba a cualquier rincón de Sándalo y le permitía extraer de ella esa pasión que prometía su mirada. Sería una fiera en el sexo, no tenía dudas. Sin embargo, estaba prohibida, debería limitarse a la almibarada sonrisa de Marta Sarriá.

Cuando al fin acompañó a esta a la salida, se dirigió al pequeño cubículo que Marina había definido como despacho. Al citarlo allí intuía que la bronca sería monumental, porque no era la primera vez que le recriminaba algo en presencia de las modistas. Y eso hizo que aumentaran las ganas de besarla y absorber de su boca la rabia, el enfado y cualquier cosa que quisiera darle. Al entrar al taller se estiró la camisa para ocultar la evidencia del estado de excitación que sentía.

—Creo que van a tirarme de las orejas —susurró al pasar ante Sofía y Carmen con un guiño intencionado.

—Yo creo que más bien te las van a arrancar —respondió esta última.

Alzó las manos con los dedos cruzados y siguió andando. La puerta del despacho estaba abierta, sin duda Marina habría escuchado sus palabras. No le importó. La furia con que lo miraba aumentó su excitación. Cerró la puerta y se enfrentó a ella.

—Al citarme aquí supongo que deseas mantener la conversación en privado.

—¿Qué demonios ha pasado en el probador? Te advertí que no tontearas con las clientas.

—No lo he hecho, hemos mantenido una conversación sobre la fiesta, baile y ropa. Si alguien ha tonteado ha sido ella, yo me he limitado a seguirle la corriente. Augusto me contrató para eso.

—¿Para ensalzarle los pechos?

—Los pechos están cubiertos por un vestido que es lo que vendemos. Ropa. Tu ropa.

—Ha sido inapropiado.

—¿Si le hubiera dicho que le resaltaba los brazos o los tobillos también habría sido inapropiado?

—Por supuesto que no. Pero no es eso lo que le has asegurado.

—No, porque no era lo que quería oír. No alzó los brazos hacia mí, precisamente, para llamar mi atención.

—Y tú no te cortaste un pelo en mirar.

—Claro que no, soy un hombre. Y a mí en concreto me encantan los senos bien formados y que se sostienen por sí solos, sin necesidad de meterles silicona. Son una especie en extinción y no voy a apartar la vista cuando me los exhiben.

—Ha sido más que eso. Estabais los dos coqueteando abiertamente, os ha faltado lanzaros

uno sobre el otro.

—¡No exageres! Solo hemos intercambiado unas cuantas frases animadas. A algunas mujeres les gusta el flirteo verbal; no todas son un cardo borriquero como tú.

—Me importa un comino lo que pienses de mí. Te prohíbo que utilices mi *boutique* para tus devaneos.

—¿Tu *boutique*? Que yo sepa el propietario es Augusto Valdés; tú eres tan empleada aquí como yo, por mucho que tengas más categoría profesional y ganes el doble.

—Eso es un golpe bajo.

—Te lo has buscado.

—De cualquier forma, no volverás a usar el probador para tus flirteos.

—Díselo a las clientas. Yo cumpliré con mi trabajo de vender ropa, y si para eso tengo que decirle a una mujer que me gustaría bailar el tango con ella, lo haré. No es nada malo. Si tienes alguna queja al respecto, informa a Augusto. Él fue quien me contrató, y él debe marcar mis límites. Pero no lo hará, porque las ventas han aumentado un cuarenta y cinco por ciento desde que estoy aquí.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó suspicaz.

—Soy bueno con los números.

—Me refiero a como sabías las ventas anteriores.

—Me informé antes de aceptar la propuesta de Augusto. No quería trabajar en una tienda de medio pelo.

—¿Una tienda de medio pelo? —Los ojos parecían querer escapar de las órbitas, las venas del cuello estaban a punto de estallar—. ¿Cómo te atreves a insinuarlo siquiera? Sándalo es la mejor *boutique* de Barcelona y una de las mejores de España.

—Porque sabía que te ibas a poner así. Relájate, Marina, alterarse de esa forma es peligroso, y no merece la pena. No ha sido para tanto, pero si insistes no volveré a aceptar un flirteo de Marta Sarriá, al menos en el probador. Si lo hago será fuera de Sándalo.

La cara de Marina se tornó lívida, y agarró el borde de la mesa con ambas manos, tan fuerte que los nudillos se le pusieron más blancos que el rostro.

—¿Vas a enrollarte con ella?

—Si me lo ofrece no le haré ascos a bailar un tango con ella. O lo que surja.

—¡No puedes hacer eso, maldito seas! —Los ojos echaban chispas.

—¿Por qué no? ¿Los encargados de tienda deben guardar una ética como los médicos o los profesores? Somos adultos y si nos apetece enrollarnos, nada nos lo impide. No te preocupes, será fuera de «tu» preciosa *boutique*. ¿O acaso estás celosa?

—Por supuesto que no, menuda ocurrencia. Puedes tirarte a media Barcelona, pero fuera de Sándalo. Porque, aunque no sea mía, sí está vinculada a mi nombre y no permitiré que se la asocie con una casa de citas.

—Eso no sucederá, nunca haré nada que perjudique a la *boutique*, pero la vida sentimental de

un dependiente no arruinará la fama que has creado. Sándalo es Marina Salazar, y tu reputación es intachable. Tanto que tuvieron que contratarme a mí, para darle un poco de vida. Ahora, con todo aclarado, ¿has terminado ya o tienes alguna otra bronca que echarme? Porque te recuerdo que tenemos mucho trabajo.

—Puedes irte. Cierra la puerta al salir, voy a quedarme un rato aquí ordenando el papeleo.

—A la orden, jefa.

Se cuadró con un saludo militar y salió a tiempo de escucharla murmurar:

—¡Maldito payaso!

Marina se derrumbó y enterró la cara entre las manos, odiándose por haberse dejado llevar por la rabia y el enfado hasta el punto de dar una imagen de mujer celosa. No era eso, no eran celos, se repitió una y otra vez para sí misma. Aunque no negaba que entre ambos existía una poderosa química, no era tan ingenua como para no pensar que él tenía una vida amorosa —o al menos sexual— fuera de Sándalo. Pero verlo coquetear con Marta Sarriá delante de sus narices se le había antojado un desafío por su parte, una provocación en toda regla, y premeditada además, para sacarla de sus casillas. Lo había conseguido; el muy cabrón lo había conseguido. Al menos tuvo el buen sentido de no dejarse llevar en medio del taller, delante de las modistas. Su salida de tono se produjo en privado y esperaba que Joel la olvidase lo antes posible y no la volviera a mencionar jamás.

Sintiéndose desestabilizada por completo trató de calmarse revisando las cuentas de la *boutique*, algo innecesario, pues las llevaba al día.

Pero al menos consiguió calmarse lo suficiente para, un rato después, salir del despacho con su apariencia habitual y continuar el trabajo.

Capítulo 14

Cuando Marina llegó a su casa aquella noche aún conservaba el regusto amargo de lo sucedido con Joel por la mañana. No había podido librarse en todo el día de la sensación que le arañaba las entrañas desde que lo vio coquetear con Marta Sarriá en el probador. Pero sobre todo de la punzada lacerante que le produjeron sus palabras cuando le confirmó que estaba dispuesto a enrollarse con ella fuera de su lugar de trabajo.

Hubiera querido golpearlo, gritarle que no podía hacerlo, encontrar mil excusas válidas para apartarlo de aquella idea —y de aquella mujer—, pero no las había. Él tenía razón, no existía ningún código ético que le impidiera liarse con una clienta, por mucho que a ella le pareciera una aberración. Pero lo que de verdad la tenía nerviosa e irritable eran las otras palabras que Joel había insinuado y que se habían filtrado, insidiosas, en su mente, por mucho que trataba de eludirlas. ¿Estaba celosa? No, imposible. Ella era una mujer cabal, con dos dedos de frente, jamás se colgaría de alguien como Joel Santillana por mucho que reconociera su atractivo animal, esa sexualidad que exudaba por cada poro en todos sus movimientos. Esa mirada capaz de derretir hasta el más frío de los pensamientos. Una cosa era ser una mujer y reconocer al macho sexi y atrayente y otra muy distinta sentir algo más allá de la simple apreciación de su atractivo. No estaba celosa, se repitió una vez más aquel día. Solo enfadada por su actitud provocativa.

Se sirvió una copa, algo muy inusual en ella que apenas bebía, para que la ayudase a pensar con claridad. A determinar ese sentimiento de enojo que había sentido en el probador cuando lo escuchó decir a Marta que el maldito vestido azul había sido una magnifica elección. Hasta el momento siempre había sostenido que era ella la que lo luciría en todo su esplendor. Era a ella a quien se había comido con la mirada cuando se lo probó, haciéndola sentir especial y, sobre todo, mujer, algo que hacía tiempo no se permitía. Sin embargo, el muy marrullero también había paseado la mirada por los pechos ondulantes de Marta con evidente aprobación.

Bebió otro trago para aclarar las ideas, aunque en vez de aclararlas lo que estaba consiguiendo era sentirse más confundida. Más irritada. Y no lograba dilucidar si esa irritación iba dirigida hacia Joel o hacia ella misma por permitir que su comportamiento la perturbara.

Debía reconocer que desde el encuentro con Marcel su mundo se había agitado, y no estaba segura de si se debía a la aparición de este o a haber descubierto en su encargado de tienda una faceta diferente a la que veía a diario. ¡Joder, si hasta se habían besado! ¿Cómo se dejó llevar de esa forma?

Una cosa había quedado clara esa noche, y era que ya no sentía nada hacia su exmarido, ni

amor ni odio, solo indiferencia y desprecio hacia un hombre tan narcisista que jamás reconocería el daño que había causado. Era hasta patética su pretensión de que volvieran a trabajar juntos.

Bebió de nuevo, recordando el instante en que lo descubrió en la sala. Se tensó, incapaz de dilucidar cómo se comportaría si tenía que enfrentarlo; no lo veía desde el momento del divorcio, su recuerdo había permanecido encerrado en un compartimento de su mente donde no hiciera daño durante más de un lustro. Sin embargo, cuando se acercó, cuando tuvo que hablarle se sorprendió de no experimentar ya nada de los sentimientos desgarradores de amor y odio que tuviera en el pasado. Quizás se debía al tiempo transcurrido, o quizás al apoyo que le ofrecía la presencia de Joel a su lado y su mano firme apoyada en la cintura.

Sin duda esa noche algo cambió entre ambos, el posible rival solapado de la *boutique* se convirtió en cómplice, el hombre frívolo e insustancial pasó a ser confiable. Y ella, dejó de ser jefa irascible para volverse humana. Y mujer. ¡Maldita fuera una y mil veces aquella noche de sábado! ¡Malditos Marcel y Joel!

Con rabia apuró el vaso, tentada de servirse otro para aliviar la quemazón que tenía en las entrañas. No lo hizo. Solo llegó a la firme determinación de parar aquello que estaba empezando a sentir, fuera lo que fuese. Si una vez logró apagar el profundo amor que sentía por Marcel, no sería difícil cortar la incipiente atracción que le producía Joel. Sobre todo, si se dedicaba a coquetear delante de sus narices con todas las mujeres que se le cruzaran por delante, incluida Marta Sarriá.

***

Lucas rememoró una vez más la escena vivida en la prueba de Marta Sarriá. Nunca había tenido que esforzarse tanto para halagar a una mujer. En sus golpes había utilizado mucho el coqueteo y el flirteo para llevar a las féminas a su terreno, pero en esta ocasión le estaba resultando muy difícil. Duro, incluso. No conseguía la fluidez de palabra de otras ocasiones, necesitaba echar mano de los cursos de interpretación realizados cuando decidió meterse de lleno en la profesión de su padre. No estaba seguro de si el problema estaba en que no conseguía empatizar con Marta, por mucho que ella estuviera más que receptiva, o que sus intentos estuvieran bloqueados porque la mujer a la que deseaba en realidad estuviera presente.

Le había costado mucho llevar a cabo su interpretación bajo la mirada intensa y enfurecida de Marina. Su entrepierna se agitaba cada vez que los ojos marrones se clavaban en los suyos amenazando con destriparlo allí mismo. Lo que los pechos que Marta erguía ante él no lograban, lo estaba consiguiendo su jefa, embutida en la sobria vestimenta que usaba en la tienda. Se moría de ganas de arrancarle el pantalón negro y la camisa blanca abotonada hasta muy arriba mientras lisonjeaba a otra mujer.

Su actuación debió ser notable porque el enfado de Marina también lo fue. Se había tragado cada una de sus palabras y actitudes sin sospechar que no eran más que pura interpretación. Una cosa le había quedado clara, y no porque Marina se lo hubiera exigido, y era que, para conseguir la invitación que necesitaba, debía desplegar sus dotes de seducción fuera de Sándalo, y lejos de

la mujer que reinaba allí. Debía averiguar el teléfono privado de Marta a toda costa. Quizás entonces fuera capaz de llevar a cabo su cometido, imprescindible para los planes que Adrián había diseñado, aunque jamás había sentido menos deseos de seducir a una mujer por mucho que lo tentase con zafiros.

***

Durante un par de días la tensión motivada por el episodio del probador y la consiguiente discusión entre Marina y Lucas se dejó sentir en el taller. Además, una carga de trabajo extra, causada por un encargo de la señora Millán para su hija con motivo de un viaje, incrementó las tareas. Era imperativo comenzar con los patrones y el corte de las prendas que deberían estar terminadas y entregadas antes de la fiesta. Todo el taller se había metido de lleno en la tarea.

—Tendremos que posponer la prueba de Marta Sarriá un par de días —anunció Carmen a Marina—. No habrá problema para terminar su vestido porque estaba casi perfecto, pero esto necesitará varias citas. Diana Millán no es una clienta quisquillosa, pero ya sabes que es muy delgada y suele necesitar más de una visita.

—La avisaré luego, ahora estoy modificando el patrón —respondió la diseñadora, sin levantar la cabeza de la mesa sobre la que trabajaba.

—Si te parece puedo llamarla yo —se ofreció Lucas viendo una oportunidad de oro para hacerse con el número de teléfono que le interesaba.

—¿Tú? —preguntó Marina con el ceño fruncido.

—¿Por qué no? Soy el encargado de atender a las clientas, ese debería ser cometido mío.

—Siempre se ha encargado Marina —intervino Carmen, apaciguadora. No deseaba ser testigo de un nuevo encontronazo entre Joel y su jefa, ni de más tensión en el taller.

—Ella está ahora muy ocupada con los modelos de Diana. Y con toda seguridad a Marta no le agradará que le retrasemos la prueba, de hecho, la quería antes. Si le telefoneo, yo me llevaré el rapapolvo correspondiente y trataré de apaciguarla. Si hace falta, cargaré con las culpas. ¿Qué dices, jefa? ¿La llamo?

—De acuerdo —admitió Marina, consciente de que él tenía razón—. No tengo tiempo ni humor para escuchar quejas en este momento. Pero Joel… nada de tonterías.

—Por supuesto; llamaré desde aquí y podrás castigarme a remallar de cara a la pared si no soy buen chico.

La mirada de Carmen cargada de diversión le arrancó a Lucas un guiño subrepticio.

—El teléfono está en su ficha de cliente, abajo, en el almacén. En la carpeta que hay en la estantería del material —informó Marina, y Lucas se dirigió a la planta baja a toda prisa, antes de que cambiase de opinión. Poco después volvía a subir con la carpeta en la mano y el número de teléfono memorizado, dispuesto a llamar desde el teléfono fijo del taller, para que su conversación fuera escuchada sin problemas.

—¿Marta Sarriá? —preguntó en tono profesional cuando la mujer respondió.

—Sí, soy yo.

—Soy Joel, el encargado de tienda de Sándalo.

—¿Llamas para adelantar la prueba de mañana? Genial.

—Me temo que se trata de todo lo contrario. Ha surgido un imprevisto y debemos retrasarla un poco.

—Marina me aseguró que intentaría tenerlo antes, no después. Me gusta que la ropa esté terminada con bastante antelación.

—Lo sé, me lo ha dicho, pero va a ser imposible. No obstante, la culpa no es del taller, sino mía.

—¿Tuya? —La voz se tornó más suave y también el ceño con que Marina lo observaba.

—Sí, por problemas familiares no he acudido al trabajo estos días y tampoco estaré mañana. Esta circunstancia ha originado un pequeño retraso que se solucionará en breve. No te preocupes que tu vestido estará listo con la antelación que deseas, Marina se está ocupando en persona de ello.

—De acuerdo. ¿Cuándo podré pasarme?

—¿Cuándo? —preguntó alzando la mirada hacia la aludida, que mostró tres dedos.

—En tres días, a la misma hora. De todas formas, te llamo para confirmártelo. ¿Te parece?

—Está bien. Vais a tener que hacer algo para compensarme… —Había insinuación en la voz femenina, pero Lucas se guardó mucho de responder en el mismo tono. Se limitó a replicar en tono profesional.

—Me ocuparé yo mismo de ello.

—Eso espero.

Cortó la llamada. Los ojos suspicaces seguían clavados en él.

—¿De qué te ocuparás?

—De llamarla para confirmar la prueba.

La expresión de Marina se relajó, como si se hubiera quitado un gran peso de los hombros.

—Gracias. También por cargar con la culpa.

—No tiene importancia. Somos un equipo y lo que cuenta es sacar adelante el trabajo. Los problemas familiares son algo que todos comprenden.

—¿Tienes familia? —preguntó Sofía con curiosidad—. Nunca hablas de ellos.

—No, pero Marta no lo sabe. Espero que no me delatéis.

—En absoluto. Cuando vayamos mal de tiempo, le echaremos la culpa a tu familia —bromeó Carmen.

La campanilla de la puerta, anunciadora de que alguien había entrado en la zona de tienda, le hizo salir dispuesto a recibir al cliente.

—Vamos a ganarnos el sueldo. —Salió del taller con el paso elástico que lo caracterizaba—. Hola, Lily. —Lo escucharon saludar.

—¡La que faltaba! Éramos pocos y parió la abuela…

—Hay que decirle que no se presente aquí sin cita, y menos en esta época —se lamentó

Sofía, temiendo más encargos con prisas.

Lucas esbozó su mejor sonrisa y se acercó a Lily.

—Hola, Joel —respondió ella con coquetería.

—No te esperábamos hoy. ¿Tienes cita?

—No, pero no la necesito. Soy vuestra mejor clienta. Estoy segura de que no hay inconveniente en que me atendáis en unos arreglillos. —Alzó una bolsa de plástico que llevaba en la mano.

—Llamaré a Marina, aguarda un segundo.

Entró en el taller con las cejas alzadas.

—Lily está ahí fuera. Trae «algunos arreglillos» —comentó en voz muy baja—. ¿Hacemos ese tipo de cosas aquí? ¿Arreglos?

Marina suspiró y se masajeó el puente de la nariz, gesto que solía hacer cuando estaba muy agobiada.

—No, no hacemos arreglos, pero ella trae a veces modelos de otras temporadas para que le hagamos algún cambio. La mayoría de las veces solo pide que lo pongamos más corto, más estrecho o con más escote. Nunca está satisfecha de cómo le queda la ropa durante mucho tiempo, y cada modificación implica varias visitas.

—Las modificaciones no la volverán más joven —sentenció Sofía.

—¿Qué le digo? ¿Que no puede ser? ¿Que vuelva más adelante? —preguntó Lucas requiriendo instrucciones—. No he querido tomar ninguna iniciativa sin saber tu opinión, Marina.

—Dile lo que quieras, ahora mismo no puedo lidiar con ella. Haz lo que sea necesario, pero no cojas esa bolsa por nada del mundo. Convéncela de que está preciosa con todo o de que vuelva cuando pase la fiesta. Ahora las tonterías de Lily nos arruinarán los plazos de entrega, no podemos ocuparnos de ellas.

—De acuerdo; veré qué puedo hacer.

Salió del taller dispuesto a ganarse como fuera la aprobación de Marina. Necesitaba borrar el ceño fruncido cuando lo miraba y la desaprobación de sus ojos oscuros. Y no por el bien del golpe, sino porque quería que volviera a mirarlo como el sábado en que conoció a Marcel. Como un colega, no como un enemigo.

—Marina está ocupada —dijo con su mejor sonrisa a la mujer que aguardaba junto al mostrador principal—. Ya sé que eres una clienta muy especial, pero le resulta imposible atenderte en este momento puesto que has venido sin cita. ¿Te importa si lo hago yo?

—Por supuesto que no. En realidad, tenía esa esperanza. Entre nosotros, tú me entiendes mejor que ella.

—Bien, en ese caso explícame qué necesitas.

Lily abrió la bolsa y sacó dos prendas.

—Esta falda es de la primavera pasada, pero tengo un problema con ella —dijo mostrando

una prenda minúscula que apenas debería llegarle a medio muslo—. He adelgazado de cadera y ensanchado de cintura.

—Vaya… ese es un problema. —«Un problema imposible».

—Muy grande, me molesta muchísimo.

—¿Por qué no te la pruebas, que yo vea cómo te queda? Así sabré mejor qué hay que hacer.

—Encantada.

Se dirigió al probador con paso rápido, y Lucas la siguió hasta la puerta.

—Avisa cuando estés vestida.

—Puedes entrar —susurró coqueta—. Seguro que no tengo nada que no hayas visto antes.

—Sería un placer, pero las normas al respecto son muy estrictas. Me jugaría el puesto, y no queremos eso, ¿verdad?

—Claro que no.

Cerró la puerta sin querer imaginar el aspecto de la mujer con aquella ridícula faldita de adolescente y tratando de definir una estrategia para lograr que se fuera con la bolsa intacta.

No se equivocaba en sus suposiciones. Cuando entró en el probador no permitió que la patética imagen de las piernas como palillos demasiado expuestas le borrase la sonrisa.

—¿Dónde te molesta con exactitud?

La mujer metió el dedo índice en la ajustada cinturilla.

—Aquí en la cintura. Habrá que ensancharla.

—Pero eso es imposible si se estrecha la cadera.

—¿Por qué no? Seguro que hay una forma. Pagaré lo que sea.

—No es cuestión de dinero, es que… no te quedaría bien. Mira… —alargó la mano y rozó la cinturilla con la punta de los dedos—, si ensanchamos aquí te hará bolsas y parecerá que tienes un michelín, que no tienes. Yo no te recomiendo que lo toques, así te queda perfecta.

—¿Tú crees? Es que me molesta un poco.

—¿Nunca has oído eso de que para presumir hay que sufrir?

—Sufrir nunca ha sido lo mío.

—En ese caso haz algunos ejercicios para reducir la cintura un poco y que te apriete menos. Sería una lástima estropear tu figura con un michelín inexistente. Si no lo consigues, vuelve en un mes y ya veremos cómo solucionarlo.

—De acuerdo. Gracias, Joel. Ahora a ver qué podéis hacer con esto. Me hace muchísimo daño.

Sacó de la bolsa una blusa de seda, de tacto delicado y suave.

—¿Qué es lo que te hace daño? ¿Eres alérgica a la seda? Porque es uno de los tejidos más suaves que existen.

—No, es esto. Habría que quitarlo.

Dio la vuelta a la prenda.

—«Esto» es la costura del hombro, la que une el delantero y la espalda, no se puede quitar.

—Pero es que yo no puedo soportarlo —casi gimoteó, con gesto compungido.

Lucas pasó la yema de los dedos por la superficie aterciopelada de la costura.

—Está bien aplanada, es imposible que te haga daño.

—Pues me lo hace, y mucho. Tengo la piel muy delicada.

—Lamento decirte que no se puede quitar.

—Yo no entiendo de costura —insistió tenaz—, pero vosotros sí. Algo habrá que podáis hacer.

—Déjame pensar en ello. Llévate la blusa y si se me ocurre algo te aviso. Si no, lo comentamos la próxima vez que vengas, ¿te parece? Como será un arreglo complicado, mejor que estemos menos agobiados de trabajo para que podamos dedicarle toda nuestra atención a tu problema.

—De acuerdo. Menos mal que tú te esfuerzas en encontrar soluciones. ¿Cuándo vuelvo?

—Te cojo hora y te llamo, el libro de citas lo lleva Marina y ahora mismo no sabría decirte.

—Muchas gracias. Es un placer trabajar con vosotros. Estoy segura de que encontrarás una solución a mi problema.

Salió del probador sintiéndose satisfecho. Había capeado el temporal por el momento.

Cuando minutos después entró al taller, llevaba alzado el pulgar de ambas manos.

—Misión cumplida. Se ha llevado la bolsa intacta. Eso sí, para la próxima visita deberemos tener previsto como quitar una costura del hombro y que la prenda se siga sosteniendo.

—¡Eso no se puede hacer! —exclamó Sofía.

—No te preocupes, se olvidará en cuanto llegue a su casa. Lily se mueve por impulsos —aseguró Carmen—. Lo que ha sido una proeza es conseguir que se vaya sin dejar ningún arreglo. Te debemos una, Joel.

—Nada de deudas. ¿Qué tal si me lo pagáis tomando una copa conmigo esta noche? Las tres. Me gustó mucho cuando lo hicimos aquella vez antes del desfile, y lo necesitamos para liberar estrés.

Marina estuvo a punto de negarse, pero al final asintió. Estarían todos, no era lo mismo que verlo a solas.

—De acuerdo, creo que una copa y un rato de charla fuera del taller nos sentará bien a todos.

Con esas breves palabras la tensión que flotaba en el taller desde hacía días se esfumó. Lucas se dedicó a remallar silbando alegremente, Marina centró su atención en los patrones con interés, pero sin fruncir el ceño, y Carmen los observaba a ambos con una sonrisita en la boca.

Capítulo 15

Al terminar la jornada todos se sentían contentos de salir y pasar un tiempo de ocio. Lucas, más feliz de lo que le gustaría, aguardó en el taller a que las mujeres pasaran por el baño para una sesión rápida de chapa y pintura, como sugirió Carmen.

La idea de un rato distendido después de la jornada le atraía tanto que no quiso pensar en las consecuencias. Se dijo que no debería haber ninguna para sus planes. En su memoria llevaba grabado el número de Marta Sarriá, solo tenía que posponer un poco la llamada que debía hacerle.

Se convenció de que la salida de aquella noche no supondría ninguna diferencia en su proyecto ni cambiaría su relación con Marina. En ningún momento estarían a solas ni se trataba de una cita; solo una reunión de compañeros de trabajo para desconectar y relajar el ambiente en el taller, algo tenso los últimos días. Todos lo agradecerían, porque Carmen y Sofía estaban atrapadas en medio de las desavenencias existentes entre Marina y él.

Cuando al fin las chicas aparecieron, la espera había merecido la pena. Libres de las batas de trabajo, con el maquillaje retocado y el peinado rehecho, las tres se veían muy atractivas. Centró su mirada en Carmen para hacer el cumplido de rigor sin ponerse en evidencia.

—Estáis preciosas las tres. ¿Tendré que pegarme con alguien para defender a mis damas? —Alzó un puño amenazante.

—¡Qué payaso eres, Joel! Las damas del siglo veintiuno nos defendemos solas —protestó Sofía.

—¿Deberemos defenderte nosotras a ti? También estás cañón. —La frase de Carmen hizo reír a todos.

—Espero que no, que la velada transcurra en paz y armonía.

Salieron del taller y avanzaron por la calle con paso alegre. Se quedo algo rezagado al lado de Carmen, mientras las otras dos mujeres se adelantaban unos metros. No pudo evitar que sus ojos se posaran en las piernas desnudas de Marina, emergiendo bajo el vestido veraniego que llevaba. En el taller, cuando se cubría con la bata, lograba olvidar su cuerpo de infarto, pero ahora lo estaba mostrando en toda su belleza bajo la liviana tela. La falda ondeaba al andar marcando el trasero, a pesar de no ser ceñida. Los brazos al descubierto mostraban los músculos delicados de quien hace ejercicio con moderación. ¿Cuál sería? Y lo que más le intrigaba, ¿de dónde sacaba el tiempo? Porque por lo que sabía su jefa dedicaba la totalidad de sus horas a Sándalo y al trabajo.

Sorprendió a Carmen observándolo, sonrió como un niño pillado en falta y preguntó sin

siquiera pensarlo:

—¿Marina hace algún deporte?

—No tengo ni idea. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada en concreto. Simple curiosidad.

—Pues no sé. ¿Y tú? ¿Practicas alguno? Solo por si ella también siente curiosidad y me pregunta.

«Correr para escapar, escalada para acceder a lugares difíciles, *hapkido* para defenderme. Nadar por placer».

—Un poco de todo. Me gusta el deporte en general. Si te pregunta puedes decírselo.

—No dudes que lo haré.

Continuaron caminando unos minutos. Sofía llevaba la voz cantante, más conocedora del ocio nocturno, hasta detenerse en una terraza.

—¿Qué os parece? —preguntó—. Aquí la comida es buena a precio razonable.

—Por mí bien —aceptó Marina—. Hace una bonita noche para estar al aire libre.

Se acomodaron en el mismo orden de la vez anterior, como en un acuerdo tácito. Lo que situó a su jefa a la derecha. Desecho el impecable peinado que ostentara en la tienda a lo largo del día, se había dejado el pelo suelto sobre los hombros. Apenas los rebasaba en un par de centímetros, pero le daba un aire juvenil y relajado. Lucas no pudo dejar de pensar en cómo sería su aspecto en su casa, libre de maquillaje y de la ropa elegante que usaba para el trabajo.

El camarero acudió y pidieron las consumiciones, en esta ocasión tinto de verano o cervezas bien frías. Y unas raciones para picar.

—¡Tienes que explicarnos cómo has conseguido que Lily se llevara los arreglos sin hacer! —pidió Sofía.

Lucas frunció el ceño.

—¿Es necesario hablar de trabajo? Se supone que estamos aquí para desconectar.

—Pues no sé de qué otra cosa podemos conversar. El taller y nuestra pasión por la costura es lo único que tenemos en común.

—Podemos aprovechar para conocernos un poco mejor —propuso, y sintió bajo la mesa una leve patada proveniente de Carmen. No la iba a engañar—. Pasamos muchas horas juntos cada día y apenas sabemos nada los unos de los otros.

—¿Te refieres a cosas como nuestras comidas favoritas, si preferimos el mar o la montaña o si hacemos deporte?

—Sí justo eso.

—Pues vale, empiezo yo; puesto que soy la de edad más avanzada supongo que me corresponde.

Devolvió la patada con suavidad viendo que la mujer había entendido su estrategia.

—¡No andes presumiendo de años, que estás estupenda!

—Tengo los que tengo y me conservo bien, no voy a ocultarlos. Son cuarenta y tres y los

llevo sin problema. Eso sí, no hago ejercicio para mantener el cuerpo firme. Nada de ejercicio, aunque como sano. Cuando estoy de vacaciones prefiero el turismo de cuidad; ni mar ni montaña. Me desagradan la arena de la playa y los bichos del campo, salvo los de dos patas. A esos los tolero siempre que no sea por mucho tiempo ni interfieran en mi ordenada vida. Hasta aquí lo que estoy dispuesta a contar de mí. Sofía, te cedo el testigo —concluyó sirviéndose de la fuente de carne que el camarero acababa de colocar sobre la mesa, junto con las bebidas.

—Yo soy la pipiola del taller, me temo; pero eso no significa que no haya vivido. Tengo veinticinco años y, en la actualidad, un noviete de pocos meses. Nada muy serio aún. Voy al gimnasio los fines de semana y me machaco en todas las clases que puedo, porque de lunes a viernes acabo reventada y solo me apetece tirarme en el sofá; vosotros sabéis mejor que nadie lo agotadora que es nuestra profesión. No le hago ascos a nada de comer, incluidos los dulces. Y en vacaciones me voy a un pueblecito del Valle de Arán, donde viven mis abuelos desde que se jubilaron. No es que me entusiasme el turismo rural, pero por unos días me apetece alejarme de la gran urbe, de las distancias y el metro. Y dejarme mimar. Mis abuelos me criaron porque mi madre trabajaba muchas horas y mi padre estaba siempre de viaje, de modo que prácticamente vivía en su casa.

Cuando la chica calló Lucas dirigió la mirada hacia Marina invitándola a hablar. Ella acepó el reto, aunque algo renuente.

—Respecto a la edad, soy el término medio. Tengo treinta y cinco años, como sano, aunque tengo cierta debilidad por el chocolate, que tomo con moderación y siempre lo más negro posible. Para ir de vacaciones me gusta el mar, pero no en verano cuando las playas están masificadas. Eso de tener al señor de la sombrilla de al lado metido bajo la mía no me va. Suelo pasar las vacaciones de verano en el sur de Francia con mis padres y en invierno me pierdo en alguna playa del sur unos días. No hago deporte con regularidad, no tengo tiempo, pero me gusta el baile moderno.

—¿Haces baile moderno? —preguntó Lucas sorprendido—. Jamás lo hubiera imaginado.

—Sigo clases online siempre que puedo.

—¿Cuándo nos vas a deleitar con una exhibición? —preguntó imaginando aquel cuerpo elástico moviéndose al ritmo de la música.

—Cuando las ranas críen pelo —comentó riendo—. Ahora te toca a ti sacar tus intimidades.

—Tampoco ha sido tan íntimo lo que habéis contado. Pero estoy dispuesto a abrir mi alma. Al igual que tú tengo treinta y cinco años, estoy soltero y sin compromiso, soy omnívoro y multideportivo, si esa palabra existe.

—¿Qué demonios es eso, Joel? —preguntó Sofía jocosa.

—Que me gusta el deporte en general y practico todas las modalidades que puedo siempre que sea en solitario. Corro, nado, escalo… siempre que tengo tiempo me gusta mantenerme en forma.

—Continúa así, que lo estás consiguiendo —corroboró la chica con una mirada apreciativa a

los anchos hombros.

—¿Vacaciones preferidas? —Se animó a preguntar Marina, que hasta el momento no se había pronunciado, limitándose a asimilar la información que los otros ofrecían.

—El mar, siempre que sea posible. —A su mente acudió la casa en primera línea de playa que poseía en una cala menorquina, lejos de la civilización, del ruido y del bullicio, donde se refugiaba entre un golpe y otro—. Y como Marina, fuera de temporada alta. ¿Algo más? —preguntó clavando los ojos en ella e imaginándola tendida a su lado en la arena solitaria.

—Nada más.

—Bueno, chicos, terminado el tercer grado, ataquemos la comida. Me muero de hambre —comentó Carmen.

La cena transcurrió de forma distendida. Un grupo de compañeros que comen juntos después de una jornada de trabajo; pero para Lucas fue mucho más. Cada detalle que descubría de la vida de Marina lo convencía de que esta, al igual que él, ocultaba su verdadera personalidad al mundo y de que el culpable era Marcel, su exmarido.

Mientras comía trataba de imaginar a la de antes, más parecida a la que se sentaba a la mesa en aquel momento que a la del taller. Relajada, risueña y confiada. Se dijo que era una lástima que las circunstancias que la habían puesto en su vida le impidieran conocerla mejor, llegar hasta el fondo de aquella mujer que guardaba su intimidad y su personalidad con celo. Le hubiera encantado descubrir sus capas hasta llegar a lo más íntimo de su esencia.

Una nueva y leve patada proveniente de Carmen le hizo comprender que estaba mirando a su jefa de forma muy delatora y dejando asomar sus pensamientos. Su personaje de Joel se hacía añicos en presencia de Marina; por mucho que intentara ignorar a Lucas, este terminaba por aflorar.

Volvió a centrar su atención en la comida y a desviar la conversación hacia temas banales. Se esforzó por charlar con Sofía, situada enfrente, y no girar la cabeza hacia Marina.

Cuando ya no quedaba nada en los platos y se acercaba el momento de la despedida, trató de encontrar una excusa para prolongar la sobremesa. Sin embargo, Sofía se levantó mirando la hora en el móvil.

—Debo irme ya, me queda un largo camino en metro hasta casa y quiero charlar un rato con mi chico antes de dormir.

Carmen se levantó a su vez.

—Yo te acerco en coche, no tengo prisa —ofreció.

Lucas supo que la sobremesa había terminado. Pidieron la cuenta y dividieron el importe entre cuatro. Después se levantaron y comenzaron a caminar. Su mente se esforzaba, frenética, en encontrar una excusa para quedarse con Marina a solas un poco más. Al final optó por improvisar, aunque la excusa fuera pueril. Cuando ya casi estaban llegando al garaje donde guardaban los coches, situado junto a la *boutique*, le dijo en voz baja.

—¿Tienes prisa? Me gustaría comentarte una cosa en privado.

Ella miró a las dos modistas que ya se disponían a entrar y murmuró:

—Si no es muy largo. Estoy cansada y mañana también nos espera un día duro.

—Puedo llegar antes y echar una mano. Aunque mi horario es el de tienda, ya sabes que no tengo inconveniente en unirme al de taller cuando hace falta.

—Ya lo sé, y lo tengo en cuenta.

Ambos permanecieron en la calle, ya solos, después de despedirse de sus compañeras. Marina miró a su interlocutor con curiosidad.

—¿Qué querías decirme? —preguntó.

—Paseemos un poco. Aquí parados en medio de la calle damos una impresión rara.

Ella comenzó a andar y Lucas acomodó el paso a su lado mientras su mente giraba, vertiginosa, buscando un tema convincente. «Improvisa, Lucas, improvisa».

—Ejem… quería preguntarte… por el tema de las vacaciones. Imagino que hasta que no pase la fiesta no será posible tomarnos días libres.

Marina giró la cabeza, sorprendida por la pregunta.

—No hay nada establecido sobre el tema. Pero en el taller nadie coge vacaciones en temporada alta, y la fiesta lo es para nosotros, así como la primavera. ¿No te comentó nada Augusto al respecto?

—No le pregunté. Supuse que tendría algunos días libres en verano, como todo el mundo.

—Septiembre aún es verano; puedes pedirlos entonces, aunque no el mes completo. Las chicas y yo solemos rotar durante ese periodo y luego cada una pide el resto cuando prefiere. No creo que haya problema en que te marches unos días entonces.

—¿Cuándo te irás tú?

—Aún no lo sé. Puesto que viajaré a Francia me da lo mismo.

—Irás a ver a tus padres.

—Sí. Mi madre es francesa y están afincados en Montpellier, al sur.

—¿Vivías allí con Marcel?

—No, residíamos en París.

—Y apostaría la cabeza a que trabajabas con uno de los grandes. Por mucho talento natural que tengas, que lo tienes, no basta para hacer lo que tú logras con una tela. Las puntadas invisibles, el ajuste de la prenda al cuerpo, aunque sea tan difícil como el de Luisa Roldán, hay que aprenderlo.

Marina se detuvo en medio de la calle y lo miró. La contemplaba a su vez con expresión inocente.

—¿Por qué quieres saberlo?

—¡No seas suspicaz! Porque eres mi jefa y quisiera que también fueras mi amiga. Porque sé que solo si te conozco mejor lograré entenderte y evitar esas situaciones incómodas en el trabajo. A veces no sé cómo comportarme contigo, me descolocas y, debo confesar que, otras veces, también me irritas.

—Lo de la irritación es mutuo.

—Lo sé.

—De acuerdo —suspiró—. Te hablaré de mí, pero tú deberás hacer lo mismo. Quizás tengas razón y si nos conocemos mejor lograremos evitar discusiones y momentos tensos que afectan al trabajo.

—Es lo justo. *Quid pro quo.* Y puesto que la conversación se puede alargar, sentémonos en algún sitio y deja que te invite a una copa. La noche está muy agradable.

—Está bien. La verdad es que no tengo ganas de seguir andando, estoy cansada.

Recorrieron unos metros más hasta encontrar una terraza con mesas libres, y se acomodaron en ella. Esta vez frente a frente. Tras pedir unos cocteles sin alcohol, puesto que ambos debían conducir, Marina se decidió a responder a la pregunta formulada con anterioridad.

—Tienes razón, después de trabajar en un par de talleres de poca monta al terminar los estudios, trabajé cuatro años en el de Éric Tibusch; allí aprendí todo lo que sé, es un jefe que solo admite la perfección.

—Lo mismo que tú. No pudo tener mejor alumna.

—Me gusta hacer las cosas bien, eso es todo.

—¿Por qué lo mantienes en secreto? Porque imagino que ni Carmen ni Sofía lo saben.

—No, no se lo he contado. Solo a Augusto, para que pusiera la *boutique* en mis manos. pero le pedí que no lo divulgara a los cuatro vientos.

—No comprendo el porqué. No es algo de lo que avergonzarse, al contrario. Muy pocas modistas tienen la oportunidad de trabajar con alguien como él.

Ella clavó la mirada en su copa medio llena y dudó si sincerarse o cortar las confidencias en aquel punto. Luego alzó los ojos hacia el hombre que la contemplaba sin asomo de burla o de coqueteo. Un hombre muy diferente al que trabajaba cada día en Sándalo. Y sintió la imperiosa necesidad de sincerarse con él. De hablar de lo que nunca hablaba, de ese pasado que estaba enterrado en lo más hondo de sus recuerdos y que había dejado de doler. Quizás era el momento de sacarlo.

—Solo deseaba alejarme y olvidar la que había sido mi vida hasta entonces.

—¿Fue por tu ruptura con Marcel?

Dudó unos segundos antes de contestar.

—Sí.

—¿Qué pasó? ¿Tan traumático fue que te hizo dejarlo todo para empezar de cero en otro país?

—Para mí lo fue. Era joven y estaba muy muy enamorada. Nos conocimos en la escuela de diseño y tuvimos un corto *affaire*. Después cada uno tiró por su lado, pero el mundo de la moda es bastante cerrado y volvimos a encontrarnos cuando yo trabajaba ya para Eric. Retomamos la relación con la intensidad de dos adultos, nos casamos y fuimos felices un par de años. Ambos intentábamos abrirnos camino como diseñadores y decidimos preparar una colección conjunta y

presentarnos al premio LVMH para jóvenes diseñadores con el nombre de señores Belrose. En Francia la mujer adopta el apellido del marido al casarse. Sin embargo… —Hizo una breve pausa antes de continuar hablando. Era evidente que le costaba hacerlo—. Yo trabajaba y fue él quien se encargó de presentarla. A nombre de Marcel Belrose, yo no figuraba para nada a pesar de que la mayoría de los diseños eran míos. Cuando me mostró los documentos trató de convencerme de que lo había hecho para tener más posibilidades de ganar, que el mundo del diseño era eminentemente masculino, que la colección seguía siendo de los dos. Yo no lo veía así, me sentí traicionada y ofendida. No pude seguir con él, por mucho que trató de convencerme de que no pidiera el divorcio. Afirmaba que éramos felices. Que teníamos un gran futuro juntos. Le dije que si quería salvar nuestro matrimonio retirara la colección del concurso, y se negó rotundamente. Ese fue el punto de inflexión. Me marché del piso, de París y me fui a casa de mis padres a lamerme las heridas. Tan dolida estaba que no fui capaz de denunciarle como me aconsejó mi padre para al menos recuperar mis diseños. Solo quería no volver a verlo en mi vida, y empezar de cero lo más lejos posible. Así llegué a Sándalo. Marcel nunca entendió mi reacción, siempre pensó que era desproporcionada. Ni admitió haber hecho algo mal. Puso todas las trabas posibles al divorcio, que se convirtió en una batalla legal. Incluso escondió algunos objetos personales a los que tenía mucho cariño para que volviera a buscarlos y tratar de convencerme. Preferí perderlos a verlo de nuevo.

—Menudo cabrón. Ahora entiendo tus recelos hacia mí. Marina —alargó la mano sobre la mesa y agarró la de ella, acariciándola con suavidad—, yo no voy a robarte la colección, ni el puesto, ni el nombre. Puedes estar segura de ello. —La voz le salió ronca y sincera. «Si no fuera un desatino, solo te robaría el corazón, pero no debo».

—No te lo tomes como algo personal, Joel, pero me cuesta confiar en la gente. Sobre todo, en los hombres.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez que sienta la tentación de enfadarme contigo.

—Yo intentaré no pensar que todos los hombres sois iguales. Ahora te toca a ti.

Lucas suspiró hondo. Ojalá no se viera obligado a mentirle demasiado.

—¿Qué quieres saber?

Marina se lo pensó un momento. Hubiera podido preguntarle sobre su vida laboral, pero puesto que ella acababa de abrirle sus heridas más profundas se decidió por lo personal. Como él había dicho: *quid pro quo.*

—Antes dijiste que estabas soltero y sin compromiso, pero imagino que un hombre como tú debe tener algún amor escondido en el armario.

—¿Un hombre como yo? —bromeó, satisfecho. Si le preguntaba sobre su vida amorosa no necesitaría mentir.

——¡No te hagas el tonto! Sabes que eres atractivo, sexi y que tienes un efecto devastador sobre las mujeres. Es imposible que no tengas una historia a tus espaldas.

—No la tengo, pero eso de efecto devastador me gusta. ¿También sobre ti?

—Yo soy una mujer atípica, no me «devasto» fácilmente.

—O sea, que no.

Ella negó con firmeza.

—¡Qué se le va a hacer! Siempre existe la excepción a la regla. No, en serio, mi trabajo es bastante nómada y siempre he sabido que pillarme por una mujer era un error, salvo que deseara cambiar mi estilo de vida errante.

—Ahora has decidido sentar cabeza, y echar raíces, ¿no? Tienes un empleo estable.

—Que no es definitivo —sintió la necesidad de aclarar. Mentir lo menos posible.

—Ya sé que cuando aprendas lo suficiente te marcharás.

—Así es. Aún no sé dónde terminaré mis días. Tal vez no me adapte a permanecer en el mismo lugar mucho tiempo y siga dando tumbos por ahí.

—Si aprendes lo suficiente puedo recomendarte a Éric Tibusch, si te interesa. Allí se respetaba mi opinión.

—¿Lo harías?

—Solo si llegas a ser lo bastante bueno… y si prometes no revolucionar al personal femenino con tu presencia.

—No puedo prometer eso —bromeó—. Tampoco estoy seguro de que sea lo que quiero. Pero aprecio tu propuesta en lo que vale. Gracias.

Marina se sintió azorada ante la mirada de agradecimiento que le dedicó. No sabía por qué le había ofrecido recomendarle. ¿Significaba que empezaba a confiar en él? ¿Que estaba bajando la guardia? Se sintió al borde de un abismo a punto de caer. Los profundos ojos negros de Joel ahondaban en los suyos causándole una profunda desazón. Haciéndole desear cosas que no quería desear. Supo que era el momento de terminar la velada.

Apuró su vaso en un gesto inequívoco y definitivo.

—Ha sido un placer este rato de charla, Joel. Pero se hace tarde y mañana debo madrugar.

—Debemos —afirmó él terminando también su bebida de forma apresurada—. Iré temprano para ayudar.

—Gracias.

Tras abonar la consumición regresaron sobre sus pasos en silencio. Siempre les sucedía lo mismo. Después de una charla plagada de confidencias, se sentían cohibidos y sin saber qué decir. Sin embargo, no era un silencio incómodo el que los acompañó hasta los coches. En la puerta del garaje se despidieron para dirigirse cada uno a su vehículo.

—Hasta mañana, Joel.

—Hasta mañana, jefa. ¡Que sueñes con angelitos vestidos de diseño! —dijo con un gesto cómico, típico de Joel Santillana. Lucas, en cambio, solo quería besarla.

Se dio la vuelta sin hacerlo, pero contento de haber descubierto más cosas sobre ella.

Capítulo 16

Lucas aprovechó que Marina y Carmen habían salido a desayunar para telefonear a Marta Sarriá desde su móvil. Era una llamada personal, por lo que no quiso usar la línea fija de la *boutique*. Debería haberlo hecho la tarde anterior, pero la salida se había alargado más de lo previsto. Cuando su hermano le escribió aquella mañana para preguntarle si había algo nuevo se limitó a negarlo. No mencionó la conversación personal con Marina ni lo que había averiguado sobre su vida anterior. A pesar de que cuando estaban preparando un golpe Adrián y él compartían la información hasta en los mínimos detalles, no consideró relevante poner en su conocimiento los pormenores de la ruptura del matrimonio de su jefa. Si lo hiciera sentiría que estaba traicionando la confianza que había depositado en él. Ya le costaba bastante mantener la mentira de su doble personalidad, pero esta era necesaria. Le dolería ver en sus ojos la certeza de que no había estado equivocada respecto a él y, aunque no fuera a robarle el puesto, sí le estaba mintiendo y utilizándola para sus fines. Marina no se lo perdonaría. Por suerte desaparecería de su vida antes de que lo descubriera.

Suspiró alejando esos pensamientos que lo mortificaban y llamó a Marta desde el baño, antes de que nadie notara su ausencia. Esta respondió cuando ya estaba a punto de cortar la comunicación, aliviado de posponer durante otro rato la conversación y lo que implicaba.

—¿Diga?

—¿Marta Sarriá?

—Sí.

—Soy Joel Santillana. De Sándalo.

—Ah, no te había identificado. Apareces como un numero desconocido.

—Porque te llamo desde mi teléfono personal.

—Intuyo entonces que el motivo no es la prueba del vestido.

—No, no exactamente. ¿Te importa?

—En absoluto. —La voz sonó alegre y jovial—. Recuerda que prometiste compensarme por el retraso de la misma.

—Estoy dispuesto.

—¿Y… qué tipo de compensación tienes en mente?

—¿Qué te parece si te invito a una copa para conocernos mejor?

—Me parece bien… por el momento. ¿Cuándo?

—A partir de las ocho de la tarde, cuando tú digas.

—Mañana entonces sobre las diez, y mejor una cena. Hoy tengo un compromiso. Te mandaré

la ubicación.

—Perfecto. Que esto quede entre nosotros, es preferible que en Sándalo no se enteren.

—¿Marina os tiene prohibido alternar con la clientela? —rio con ganas—. ¿O te quiere para ella sola?

—Ni una cosa ni la otra. No me tiro a mi jefa, y tampoco existe prohibición alguna, solo que prefiero mantener mi vida privada al margen del trabajo.

—Me parece prudente. Mañana nos vemos.

—Hasta mañana.

Cortó la comunicación sintiendo que al fin había dado el primer paso necesario para proporcionarse la ansiada invitación. Pero no se sentía en absoluto contento, ni relajado como debería estar, ante el hecho de haber comenzado la fase importante de su objetivo. Esperaba que no fuera preciso intimar demasiado. Le gustaban las mujeres y nunca le había hecho ascos a una que se le insinuara, mucho menos si era atractiva, pero no le apetecía en absoluto enrollarse con esta. Aunque lo haría si no tenía opción, y por las palabras de Marta intuía que ella tenía muy claro lo que deseaba de él.

***

Lucas lamentó su cita con Marta la tarde siguiente. Pocos minutos antes de la hora de cierre Marina les reunió, algo poco habitual.

—Tengo que pediros un favor —les comentó paseando la mirada de uno a otro.

—Claro, lo que necesites —accedió Sofía.

—¿Podríais quedaros esta noche unas horas más? Me gustaría dejar listos para prueba todos los modelos de Diana Millán. Me ha pedido por favor si podría venir mañana antes de abrir al público porque debe salir de viaje por la tarde. Calculo que nos llevará unas tres horas tenerlos listos, pero si le quedan bien se podrán terminar en seguida y andaremos más desahogados con los trajes de la fiesta. Por supuesto se os pagará cada minuto extra y yo lo consideraría, además, un favor personal.

—Yo no tengo inconveniente —aceptó Carmen.

—Llamaré a mi chico y pospondré nuestra charla vespertina. Solemos hacer una videollamada después de la cena las noches que no nos vemos.

—¿Joel? —indagó al ver que él no respondía.

—Tengo un compromiso —admitió contrariado—. Intentaré cancelarlo, pero con tan poca antelación, no sé si podré hacerlo. Disculpa un minuto.

Salió a la tienda y entró en el probador para llamar con privacidad. El teléfono de Marta estaba apagado y no deseaba correr el riesgo de dejarle un mensaje que no pudiera ver antes de las diez. Ya no iba a gustarle que pospusiera la cita, pero si la dejaba plantada a última hora y sin opción a réplica podía despedirse de la invitación a la fiesta. Por mucho que desease que Marina estuviera en deuda con él, aquella noche era a ella a quien debería dejar en la estacada.

—Lo lamento, no he podido localizar a mi amiga —se excusó regresando al taller.

—No importa —dijo seria—. Os he avisado con muy poco margen, pero Diana no me ha dado mucho más a mí.

—Lo siento mucho, de verdad. Si pudiera me quedaría.

—No te disculpes, Joel, no estáis obligados a echar horas extra, aunque se os paguen. Y menos tú, que no perteneces al taller. Tu horario es de diez a dos y de cinco a ocho, el tiempo que la *boutique* permanece abierta al público. No tienes por qué hacer más.

—Pero me hubiera gustado echar una mano. Somos un equipo y me gusta añadir mi granito de arena y arrimar el hombro.

—El equipo sobrevivirá sin ti. Es la hora, hasta mañana. —Lo despidió con frialdad.

Lucas salió del taller por la puerta lateral mascando la frustración. En la calle volvió a llamar con el mismo resultado negativo y echó a andar en dirección al garaje. No tenía mucho tiempo para ir a su piso a darse una ducha y cambiarse. Marta le había dicho que le enviaría la ubicación del lugar donde debían reunirse. Esperaba que no fuera ella quien lo dejara tirado, porque no se lo perdonaría, por mucho que la necesitara.

Sofía miró a Carmen al quedarse las tres solas, y murmuró:

—Cuando un hombre queda con una «amiga» para follar no hay equipo que valga.

—No está obligado a quedarse. Ni vosotras tampoco. —La voz de Marina sonó fría y cortante—. Empecemos con el trabajo y dejemos al señor Santillana que ocupe su tiempo como mejor le parezca. A vosotras os estoy muy agradecida.

—Vamos a ello —intervino Carmen—. Cuanto antes empecemos, antes nos iremos a casa.

***

Lucas recibió la ubicación cuando salía de la ducha. Su malhumor se estaba disparando ante la posibilidad de que Marta hubiera olvidado su cita, pero al recibir el mensaje y comprobar que no era así tampoco sintió el alivio que esperaba.

Tras la ducha y un nuevo afeitado a la cerrada barba que le ensombrecía la mandíbula al final del día, se vistió para la batalla. Era lo que solía decirle Adrián cuando intentaba conquistar a una mujer. Escogió un pantalón negro y una camisa azul, que dejó abierta varios botones sobre el pecho. Se roció un poco de su colonia habitual, esa que volvía locas a las féminas, y se sintió como aquellas jovencitas del siglo diecinueve que trataban de atrapar marido mostrando todos sus encantos. Cuando terminó se miró al espejo y tuvo ganas de cambiarse lo que llevaba por un vaquero y una camiseta y pasar las manos por el pelo para eliminar el efecto del fijador. Tenía ganas de ser él mismo por una noche. De no afeitarse dos veces al día, de librarse del papel de Joel Santillana, que empezaba a pesar demasiado. En vez de eso, se estiró la camisa sobre los pantalones y salió a reunirse con Marta.

Ella lo esperaba en un céntrico restaurante de moda, frecuentado por personajes cuyas caras salían a menudo en revistas y televisión. Si había esperado discreción, aquella anoche no iba a tenerla. No le hizo ninguna gracia, porque estaba seguro de que alguien se plantearía si era el nuevo entretenimiento de la mujer y una legión de periodistas empezaría a pisarle los talones.

Había esperado mantener el anonimato hasta la noche de la fiesta, después de la cual desparecería sin dejar rastro.

—¿Crees que es prudente que nos vean aquí? —preguntó tras responder al beso en la mejilla con que ella lo saludó.

—¿Por qué no?

—Creía que estabas casada.

Marta lanzó una sonora carcajada.

—Y lo estoy, pero no te preocupes, que mi marido no va a enterarse. No lo haría ni aunque nos enrollásemos delante de él; sufre Alzheimer en estado avanzado, lo que me deja libre como un gorrión. ¿Tal vez tú no lo eres? ¿Tienes algo que ocultar?

—Nada en absoluto. Soltero y sin compromiso. Es solo que me había imaginado este encuentro diferente.

—¿Más íntimo? ¿Quieres que nos vayamos a otro sito? ¿Que nos saltemos la cena? Dijiste tomar algo juntos…

Lucas empezó a sudar bajo la camisa.

—No, no estaba proponiendo eso. Es solo que me ha sorprendido el lugar. No esperaba…

Marta lanzó una nueva carcajada.

—Entiendo. Tu sueldo no te permite pagar la cuenta en un restaurante como este. No te preocupes y disfruta de la cena. Yo escogí el lugar; por lo tanto, invito yo. ¿No serás de esos hombres anticuados que insisten siempre en pagar?

—Para nada, sobre todo cuando no puedo hacerlo sin ayunar dos meses seguidos.

—Cenemos entonces.

Se acomodaron uno frente al otro. Su saneada economía le hubiera permitido pagar la cuenta, pero la de Joel no, por lo que aceptó la invitación A pesar del inconveniente que suponía un sitio tan de moda, Lucas trató de relajarse y disfrutar de la exquisita comida. También aprovechó la ocasión para averiguar lo posible sobre las intenciones de su compañera de mesa cos respecto a la fiesta.

Cuando los deliciosos platos de cocina de vanguardia estuvieron ante ellos se decidió a abordar el motivo de su presencia allí, cuando lo que deseaba era encontrarse en el taller rodeado de metros de tela, maniquíes a medio vestir y ser observado por la cara adusta de Marina. Sin duda se estaba volviendo loco de remate.

—Intentaré que la prueba del vestido sea lo antes posible —comentó para sacar el tema que le interesaba.

—Gracias, Joel. Sé que lo harás.

—No depende de mí, pero haré lo que pueda.

—Me gusta tener el vestido con bastante antelación. No quiero sorpresas de última hora.

—No las tendrás. Marina es muy profesional y se cortaría las venas antes de dejar a una clienta tan especial en la estacada. Tendrás tu vestido.

—Eso espero.

—Imagino que alguien tan previsora como tú ya tendrá todos los complementos.

—Sí, he pensado en una gargantilla de zafiros tan ostentosa que es difícil de llevar con cualquier vestido. Pero cuando vi este, mi primer pensamiento fue que combinarían de maravilla y me apresuré a reservarlo.

—Sí, ese modelo admite joyas muy llamativas. Quizás si el día de la prueba pudieras llevar una foto te aseguraría si es adecuada.

—Ya está decidido, Joel, la llevaré digas lo que digas. Y no te puedo llevar una foto porque la gargantilla se encuentra en una caja fuerte en el banco. Ni loca se me ocurriría tener algo tan valioso en mi casa. La sacaré para la fiesta y al día siguiente volverá a su lugar habitual y seguro.

—Haces bien. ¿Solo llevarás zafiros?

—Diamantes discretos en las orejas y en la muñeca; la estrella será la gargantilla.

—Muy apropiado. ¿Algún complemento más?

—No tenía pensado ninguno.

—Pues te falta uno esencial para ser la envidia de la concurrencia femenina.

—¿En serio? ¿No bastarán los zafiros?

—Bastarán, por supuesto, pero si puedes añadir un buen acompañante, serás la mujer más envidiada de la noche.

Marta rio con ganas. La mujer discreta que acudía a la tienda no se parecía a la de aquella cena. Sin duda estaba en su elemento, como lo estaría en la fiesta de Peñalver, brillando con luz propia.

—Por supuesto. No era mi intención acudir sola. Tengo un par de opciones a la vista, pero aún no me he decidido. ¿Quién sabe si a última hora aparece el acompañante perfecto?

—Siempre puede aparecer, por supuesto.

Marta alzó su copa y lo miró con intención.

—Por los acompañantes perfectos.

—Por ellos.

Lucas captó la indirecta y por un momento pensó cuál sería el precio por obtener tal honor. Y si estaba dispuesto a pagarlo. Aquella noche no. Aquella noche bastante había hecho con acudir a la cita y dejar tiradas a sus compañeras en el taller. Con correr el riesgo de defraudar a Marina cuando estaba consiguiendo que se abriera a él.

—¿Qué tal es trabajar en Sándalo? —preguntó Marta cambiando de conversación.

—Estupendo. El mejor empleo que he tenido nunca.

—¿En serio? Marina es una artista en su trabajo, pero da la impresión de que como jefa debe ser difícil de complacer.

—En absoluto. No te negaré que es exigente, pero solo así se puede rozar la perfección. Y ella la roza. Sin embargo, cuando haces algo bien no duda en elogiarlo.

—Vaya, vaya… Imagino que te refieres al terreno laboral.

—Por supuesto. No la conozco en otro.

—¿Te ha caído alguna bronca de su parte? Con esa mirada que tiene de forma habitual, imagino que enfadada debe parecer que se han desatado todas las furias del infierno.

Lucas rio con ganas recordando más de un momento tormentoso entre ambos. Las furias del infierno eran poca cosa comparadas con sus enfrentamientos.

—Más que broncas, reprimendas. Pero debo decir que merecidas. Soy bastante novato y aún no alcanzo el nivel de destreza que mi jefa exige.

—En el trabajo.

—Ajá.

—¿Qué parte de mi vestido harás tú?

—El remallado completo. Y algunos detalles menores.

—No es mucho.

—Lo nuestro es un trabajo de equipo. —Al decirlo sintió de nuevo el deseo de estar en otro lugar—. Cada uno hace lo que mejor sabe y arrima el hombro en lo que puede. Esta época antes de la fiesta es complicada para cumplir los plazos de entregas. De hecho, yo debería estar en el taller echando horas extras.

—Sin embargo, estás aquí.

—Así es.

—Me halaga.

—No soy de los que dejan tirada a una mujer. Pero me tocará entrar antes mañana para compensar —mintió.

—¿Muy temprano?

—Me temo que sí, mucho.

—¿Significa eso que no habrá una copa después de la cena?

—Hoy no. En otra ocasión.

—De acuerdo.

—La próxima vez yo invito y elijo el sitio.

—Me parece bien.

Lucas terminó el contenido de su plato y miró de reojo el reloj de pulsera. Eran las doce y diez.

—¿Quieren postre? —preguntó solícito el camarero retirando el servicio.

—Yo no —rehusó Marta—. Si engordo dos gramos Marina me tirará de las orejas, pero tú puedes tomar lo que te apetezca.

—Tampoco yo quiero nada más. Podemos marcharnos.

—Muy bien.

Marta depositó en la bandeja la tarjeta de crédito para abonar la cuenta, sin mirar siquiera el importe, y salieron del restaurante. Se despidieron con un beso en la mejilla alejados unos metros de la puerta. Lucas rogó por que ningún periodista de los que solían pulular por los lugares de

moda a la espera de cazar una primicia los hubiera visto. Con paso rápido se dirigió a su coche y sin pensarlo siquiera enfiló la dirección del Paseo de Gracia y de Sándalo. Tal vez aún estuvieran trabajando. Tal vez aún pudiera redimirse. Tal vez él pudiera terminar la noche sin la frustración que lo embargaba en aquel momento.

Sin embargo, las luces del taller estaban apagadas cuando pasó junto a él, aminorando la marcha, y la quietud reinaba en la calle. Ni rastro de Marina, Sofía o Carmen.

Más frustrado de lo que quería admitir continuó calle adelante sin detenerse. Al menos había salvado la noche con Marta solo con una cena, pero no sería así la próxima vez si quería asegurarse la entrada a la fiesta. Y tenía que asegurársela.

Capítulo 17

Marina llegó al taller con media hora de antelación. Diana era puntual, y la noche anterior quedaron sus modelos listos para la que esperaba fuera la última prueba. Carmen, Sofía y ella misma habían trabajado hasta casi las once y media para conseguirlo. Después, las tres se habían ido a tomar una cena tardía en una de las terrazas que aún permanecían abiertas en la zona.

Le estaba cogiendo el gusto a tener un poco de vida social con sus compañeras después de una dura jornada. Había estado encerrada en sí misma y en el trabajo demasiado tiempo; era el momento de comenzar a vivir de nuevo. Aquella noche la conversación, de forma inevitable, giró en torno al miembro ausente y, para su pesar, Sofía no dejó de hacer cábalas sobre el tipo de amiga que le había impedido quedarse a trabajar un rato más, cuando siempre se había ofrecido a ello.

Trató de que las especulaciones de su modista más joven no la irritaran ni alterasen el momento de disfrute, pero no lo consiguió del todo. No tenía dudas de que Joel llevaría una vida sexual activa, muy activa, de que incluso tendría una larga lista de candidatas a gozar de sus noches, pero una cosa era suponerlo y otra saber con certeza lo que estaría haciendo en aquel momento. Y las conjeturas de Sofía no ayudaban. Por mucho que se repitiera que su irritación hacia Joel se debía a que lo necesitaba en el taller, en su fuero interno sabía que no era verdad. Que la palabra «amiga» se le había clavado como una espina ponzoñosa y dolía. Por mucho que ella no quisiera ser una de sus mujeres —jamás caería tan bajo como para formar parte de sus conquistas—, le afectaba que en aquel momento estuviera con otra. No obstante, se esforzó en apartar esos pensamientos de su mente y disfrutar de la salida. pensando que debían repetirlo más a menudo. Permanecieron hasta la una y cuarto en la terraza y después se marcharon, conscientes de que debían madrugar por muy a gusto que se sintieran en aquel momento.

Cuando Marina se acercó al taller por la mañana lo primero que vio fue a Joel, que aguardaba junto a la puerta, recostado con indolencia en la pared.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —se extrañó, suponiendo que se encontraría en la cama con alguna belleza y llegaría justo a su hora.

—Buenos días. Sospechaba que tú vendrías pronto también. Anoche no pude quedarme, pero aquí estoy por si hace falta echar una mano.

Marina abrió la puerta y ambos pasaron al interior, encendiendo luces y conectando el aire acondicionado.

—Logramos dejar los trajes de Diana listos para la prueba.

—No os quedasteis hasta muy tarde.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has hablado con Sofía?

—Vine después de la cena, sobre las doce y media, y estaba la luz apagada. No sabía si habíais terminado o lo haríais hoy a primera hora.

—¿Volviste? —preguntó con el asombro relejado en la cara.

—En cuanto pude escaparme. Me fue imposible anular la cena con tan poca antelación, pero regresé cuando terminó. Somos un equipo y me supo fatal que no pudieras contar conmigo anoche. Pero aquí estoy.

El alivio de saber que se trató solo de una cena fue tan patente que no estuvo segura de haberlo disimulado. Carraspeó ligeramente y añadió:

—Gracias. Los trajes de Diana están preparados para la prueba, pero eso no significa que no haya mucha tarea aún por hacer. No vas a estar mano sobre mano.

—Me pongo la bata y en cinco minutos estoy listo.

Marina lo contempló a hurtadillas. Estaba guapísimo con aquella camisa de finas rayas grises combinada con un pantalón del mismo color. La bata era la antítesis del erotismo y en aquel momento de euforia no le apetecía nada verlo con ella.

—No es necesario que te la pongas… aún. Diana no tardará en llegar y no te daré ninguna tarea que suelte hilos o pelusa antes de la prueba.

—Muy bien. En ese caso, empecemos.

Se sentaron a trabajar en silencio, hasta las ocho, hora en que hicieron acto de presencia Carmen y Sofía. Si alguna de ellas se extrañó de verlo allí tan temprano no lo dijo.

A las nueve menos veinte llegó Diana acompañada de su madre que, tras echarle un largo vistazo a Lucas, se lamentó una vez más de que no tuviera título nobiliario. Su hija alzó los ojos al techo, como solía hacer cada vez que la mujer mencionaba el tema que la tenía obsesionada.

Los vestidos estaban bastante bien, solo uno de ellos necesitaba un ligero ajuste en la cintura. El resto se podía terminar. Les dieron nueva cita y ambas mujeres se marcharon. No tenían ninguna prueba más aquella mañana por lo que podían dedicarse por entero a coser.

A las once y cuarto, cuando Marina y Carmen se disponían a salir para desayunar, escucharon la campanilla de la puerta, indicando que alguien había entrado en la *boutique*.

Lucas se quitó la bata con premura y salió dispuesto a realizar su trabajo. Regresó minutos después con cara de asombro.

—Es Luisa Roldán. Viene sola y quiere hablar contigo, Marina. Parece algo nerviosa y agitada.

—¿Sola? ¿Estás seguro?

—Muy seguro, sí, aunque es posible que su pareja esté aparcando y llegue en breve.

—Bien, veré qué quiere. No recuerdo que tuviera ninguna cita hoy.

—No la tenía —afirmó Carmen—. Después de la última vez que su amigo volvió a rechazar las modificaciones, aún no hemos tocado su vestido. Ya no sé qué hacerle para ajustarlo más.

—Ve tú a desayunar si quieres, me ocupo yo.

—No, esperaré. Esto es muy inusual y tal vez me necesites.

Marina salió a la tienda seguida de Lucas y encontró a su clienta un poco alterada, tal como él había comentado.

—Hola, Luisa. ¿Tenía alguna cita y la he olvidado? Si es así, disculpe, pero no hemos podido modificar el vestido aún. —«No tengo ni puñetera idea de qué más hacerle».

—No, no tengo cita.

Era la primera vez que le escuchaban la voz desde que la conocían. Tono bajo y apocado, como pidiendo disculpas. El tono de alguien que no está acostumbrada a hablar por sí misma.

—En ese caso, ¿en qué podemos ayudarla?

—Quiero anular el encargo del vestido.

Una inmensa sensación de alivio inundó el pecho de Marina. Perdería el dinero con gusto si no tenía que enfrentarse a nuevas modificaciones, que ya no sabían cómo resolver. Habían quitado una fila de lentejuelas en el delantero para meter unas minúsculas pinzas debajo de los pechos, pero no consiguieron que la tela se ajustase como el acompañante de Luisa quería, y nunca lo lograrían.

—Lo pagaré, por supuesto —continuó esta—. Sé que habéis empleado un tejido caro y que lleva muchas horas de trabajo.

—Ya hablaremos de eso. ¿Por qué quiere anularlo? ¿Porque no le queda bien? Ya les dijimos que ese corte no es el más idóneo para usted y que ajustarlo a su cuerpo sería complicado.

—Porque no me gusta. —La voz era tan baja que Lucas tuvo que acercarse para oírla—. No me gusta el corte, ni la tela… ni nada. Y preferiría que me tutearan… No me siento cómoda con al tratamiento.

—Entiendo —declaró pasando de inmediato al tú—. Lo escogió tu pareja sin tener en cuenta tu opinión.

—Ya no estamos juntos —declaró en un tono algo más alto, como refirmándose.

—Bien. En ese caso, olvidamos el vestido.

—Supongo que ya es muy tarde para encargar otro.

—Hay muy poco tiempo, sí, y estamos muy ocupados con los modelos para la fiesta —afirmó Marina—. No puedo garantizarte que tengamos otro a tiempo. De todas formas, ¿qué idea tienes?

—Me gustaba el diseño que hiciste, el de corte imperio. Pero imagino que ese también me realzará el pecho.

—Sí. Tu ex siempre pedía diseños que lo hicieran destacar y te hice ese siguiendo su criterio. Pero te quedaría mejor que el de ahora.

—Quiero algo que lo disimule. Tengo cita con el cirujano para revertir la operación de aumento. Deseo recuperar mi cuerpo. Y mi vida.

—¿Algo tipo túnica, tal vez? Es lo mejor para disimular unos senos tan voluminosos con tu estatura pequeña.

Luisa se aplastó los pechos con las manos.

—Algo que no haga que cada hombre con el que me cruzo mire mis pechos en vez de a mí. ¡Los odio!

—Podríamos apañar algo. En el almacén tenemos un modelo de hace dos años. Es una túnica de chiffon verde oscuro, muy liviana, con forro de algodón. Si te gusta podríamos arreglártelo a tiempo. Le añadimos una pedrería suave en escote y bocamangas para darle un toque de *glamour*. Es bastante discreto, si es lo que deseas.

—¿Puedo verlo?

—Por supuesto. Joel, ¿puedes decirle a Carmen que lo suba?

—En seguida.

Marina permaneció en el probador con Luisa, que parecía avergonzada, mientras Lucas se dirigía al taller.

—Gracias.

—No hay de qué. Me alegro de que hayas recuperado tu libertad y tu capacidad de decisión.

—No ha sido fácil. Pero hay un momento de inflexión en que te planteas que no puedes seguir dejando que te anulen por amor. Porque el amor acaba por convertirse en odio. Lamento si ha sido en un momento en que os complica la vida.

—No te preocupes; nos dejaremos la piel para que tengas un vestido a tu gusto.

—Pensarás que soy débil y tonta por dejarme anular así. Me daba vergüenza venir a probarme con él… pero no era capaz de imponerme.

—No debes avergonzarte de nada. A veces el amor nos ciega y nos convierte en quien no somos. Irás a la fiesta con un modelo precioso, ya verás.

Pocos minutos después Carmen entró en el probador con una funda de tela en la mano. De ella extrajo un sobrio vestido con suaves pliegues que caían desde el cuello.

—Pruébatelo antes de decir nada. Te quedará largo, pero eso se arregla en un santiamén. No es exclusivo, pero con tan poco tiempo no puedo ofrecerte otra cosa.

—Es justo lo que quiero —comentó Luisa cuando se contempló en el espejo poco después—. Parece como si hubiera absorbido mis pechos y estilizado mi cuerpo. Me gusta. Si me lo podéis terminar a tiempo, me lo quedo.

—Lo tendrás. Y el año próximo te haré el modelo de corte imperio que te gustaba; aún guardo el diseño.

—Confío en tener menos pecho entonces. ¿Quedará bien?

—Quedará perfecto.

—Entonces, de acuerdo. Formalicemos el pedido de este y nos vemos el año próximo. Gracias de nuevo.

—No tienes que darlas. Las mujeres debemos ayudamos entre nosotras. Te daremos hora para que vengas a probarte en un par de días.

—Muy bien. Espero vuestra llamada.

La dejaron sola para que se cambiara. Cuando abandonó la *boutique* y regresaron al taller, Carmen esbozó el signo de la victoria.

—¡Nos hemos librado del puto vestido de lentejuelas! Me estaba dando pesadillas. Y ganas de patear los genitales del capullo del novio. Pobre chica, que terrible debe ser que te anulen de esa forma.

—Sí; menos mal que ha reaccionado.

—Eso merece una botella de cava, por lo menos —propuso Lucas, deseoso de promover una nueva reunión—. Esta noche a la salida…

—Esa noche tendremos que quedarnos de nuevo. Al menos yo lo haré —lo interrumpió Marina—. Hay que adaptar un nuevo vestido para Luisa, le he prometido que no la dejaremos en la estacada. ¿Puedo contar con vosotros?

—Claro que sí —aceptó Sofía.

—Conmigo también —afirmó Carmen.

—¿Joel?

—Por supuesto, Marina. No haré planes de momento, hasta que salgamos un poco del caos previo a la fiesta. Pero después, nos beberemos esa botella.

—Después nos beberemos todas las botellas que quieras. Cuando entreguemos el último vestido nos pillaremos la cogorza del siglo, si lo deseas. Y dormiremos tres días seguidos.

—Te tomo la palabra. Será interesante averiguar por qué te da el alcohol: si por ponerte divertida o llorona.

—Después de entregar las prendas ten por seguro que no lloraré. Y ahora, chicos, al trabajo, que hay mucho.

—Vamos a ello.

Capítulo 18

Los días que siguieron fueron una auténtica locura. Llegaban al taller al amanecer y se marchaban pasada la hora habitual de cierre, tomándose un breve descanso para almorzar rápido en alguno de los locales cercanos. La presión se intensificaba por momentos, la falta de sueño y el cansancio se hacía patente en todos los miembros del equipo, aunque eso no dificultaba la convivencia ni la relación entre ellos. Marina era consciente del esfuerzo que todos llevaban a cabo y les mostraba su agradecimiento siempre que podía.

Lucas había conseguido soslayar una segunda cita con Marta hasta que la actividad del taller se normalizara y empleaba cada minuto que no dedicaba al sueño al trabajo. Incluso sus reuniones con Adrián se limitaban a alguna llamada telefónica breve y concisa. Querían entregar todos los vestidos una semana antes del evento y relajar el ritmo de trabajo unos días para terminar algunas cosas no urgentes antes de distribuir las vacaciones, que se tomarían en septiembre de forma escalonada.

El trabajar diariamente y de forma intensiva codo con codo había aumentado la camaradería y la unión que antes tenían. Lucas empezó a ver a Marina como una compañera más que como a la jefa que era. También como una mujer más asequible y cercana. Más deseable también. Cuando al anochecer la veía masajearse el cuello y los hombros doloridos tenía que hacer un gran esfuerzo para contener las manos y no ofrecerle el alivio de una friega con aceite perfumado que la calmase. La atracción que sentía por ella se hacía más fuerte cada día y la certeza de que con cada hora que pasaba se acercaba el momento de decirle adiós, llenaba sus noches de insomnio e inquietud.

También los recelos que Marina sentía hacia él se estaban apaciguando. Verlo cada día esforzándose por mejorar, por aprender, sin rechistar por muy tediosas que fueran las tareas que le encargaba, la empezaban a convencer de que se había equivocado en su juicio. Incluso se le había pasado por la cabeza, cuando la locura de la fiesta terminara y el trabajo volviera a unos cauces normales, permitirle que diseñara algún modelo de forma ocasional.

Aquella mañana tenían concertada una sola prueba, de la que se encargarían Carmen y Marina, mientras Lucas y Sofía se afanaban en sus respectivas máquinas de coser, sin tregua ni descanso.

Cuando estaban en el probador, la clienta preguntó:

—¿Y el encargado de la tienda, ese tan guapo? ¿Ya no trabaja aquí?

—Sí, está en el taller. En estos momentos todas las manos son necesarias allí.

—Pensaba que había dejado el trabajo, que había subido de estatus.

—¿Subido de estatus? No entiendo —Todas las alarmas sonaron con fuerza en la mente de Marina.

—Hace un par de semanas lo vi en uno de los restaurantes más exclusivos de Barcelona acompañado de Marta Sarriá. Desde luego, no hay duda de que pica alto.

No pudo evitar tensarse y la voz le salió dura sin que pudiera evitarlo.

—Debe de confundirse.

—En absoluto. Cenaron juntos, en actitud muy cómplice, según uno de los camareros al que conozco bien. Llegaron por separado, pero se fueron juntos. ¿No sabías nada?

—Tampoco tengo por qué saberlo. Lo que mis empleados hagan en su tiempo libre, forma parte de su vida privada y no tienen que notificármelo. El señor Santillana cumple con su trabajo, y es lo único que me incumbe.

—Pensé que se había buscado una fuente de ingresos más lucrativa.

—Sigue cobrando su nómina igual que siempre. Y trabajando de sol a sol, como todos.

A través del espejo Carmen notó la tensión de su jefa, la forma en que, a pesar de defender a su empleado, contenía la furia que los comentarios maliciosos de la clienta le provocaban. La prueba se convirtió en una pesadilla de insinuaciones malintencionadas en las que el protagonista masculino fue tachado casi de prostituirse.

Cuando al fin la clienta abandonó la *boutique*, Marina entró en el taller hecha una furia. Carmen la seguía rogando en su mente que Joel tuviera el buen sentido de apaciguarla y no provocarla más.

—¡Santillana, a mi despacho!

Lucas alzó la mirada de los botones que cosía con cuidado, extrañado. Hacía mucho que Marina no lo llamaba por el apellido, signo inequívoco de que estaba muy enfadada con él. No tenía ni remota idea de qué había hecho para provocar el fuego en la mirada y la ira que destilaba la voz de su jefa. Desde hacía días se dejaba la piel en el taller a pesar de que no le correspondía. De que no estaba obligado a echar horas extra. De que estaba cansado, sin vida social y sin una comida decente y relajada al mediodía. La siguió sintiendo crecer también un fuerte enfado en él.

—¿Qué ocurre? ¿A qué viene ese tono? —preguntó en cuanto la puerta del pequeño recinto se cerró a su espalda.

—¿Estás liado con Marta Sarriá? —bramó Marina en un tono que traspasaba las paredes del despacho.

La pregunta lo pilló de sorpresa; luego supo que sus temores se habían hecho realidad, y que alguien los había visto en el restaurante. Sin embargo, Marina no tenía ningún derecho a tratarlo como a un niño que se ha portado mal.

—Y si así fuera, ¿qué? No es asunto tuyo.

—¡Te advertí que…!

—No tonteara con las clientas en la *boutique*. Y lo he respetado. Lo que haga con ellas en la calle, en mi tiempo libre, no te incumbe; no salpicará de ignominia tu maravillosa *boutique*.

—Marta Sarriá está casada.

—Deja que ella se ocupe de su matrimonio. Ni te va ni te viene.

—Una clienta ha lanzado acusaciones de que te prostituyes. De que vas con ella por dinero.

No se sintió ofendido por lo que la mujer hubiera dicho, sino por la certeza que veía en los ojos de Marina.

—Marta es una mujer lo bastante atractiva como para que me acueste con ella sin recibir dinero a cambio. No me prostituyo, me llevo a la cama a quien me place, por puro disfrute. Pero si lo fuera, a ti lo único que debe importarte es que los botones que estoy cosiendo no se caigan en mitad de la fiesta.

—Me importa que se relacione a Sándalo con prácticas poco éticas. No me gusta que nadie cuestione a mi personal.

—«Tu personal» tiene edad suficiente para defenderse solo y asumir sus actos. Preocúpate de tu vida sexual, si es que la tienes, que yo me ocuparé de la mía. Y ahora, jefa, si has terminado de echarme la bronca, como si fuera un crío de cinco años, vuelvo al trabajo. Y pongo en tu conocimiento que hoy me iré a mi hora. Hace mucho que no me «prostituyo» y a mi cuerpo ya le va faltando marcha.

Salió del despacho cerrando con brusquedad. Marina apoyó las manos en el respaldo de la silla hasta sentir los nudillos blancos por el esfuerzo que le había costado contenerse. Maldito Joel, que tenía razón. Su reacción había sido desproporcionada una vez más, pero la sola idea de imaginarlo en brazos de Marta la había sacado de sus casillas.

Permaneció unos minutos en el despacho, respirando hondo para calmarse, y después salió a un taller cargado de tensión.

***

Durante el resto del día el silencio espeso y agobiante se extendió como una losa sobre todos. Lucas trataba de controlar las miradas que no deseaba dirigir a Marina, pero que se le escapaban cada poco rato. Era consciente del estrés y el cansancio a que estaban sometidos. Quizás a él también se le había ido la situación de las manos. Quizás hubiera bastado con decir que solo había cenado con Marta para evitar el patético espectáculo que habían dado, porque estaba claro que tanto Carmen como Sofía lo habían escuchado todo a pesar de tener la puerta cerrada. Ninguno había sido moderado a la hora de hablar ni de controlar el tono de voz. Pero la idea de que ella pensara que era capaz de aceptar dinero a cambio de sexo, lo enfureció.

Ajena a sus miradas subrepticias, Marina mantenía los labios apretados con fuerza, mientras se afanaba en casar las piezas de un pantalón sin lograrlo. Algo rutinario para ella se estaba convirtiendo en un auténtico reto, porque no hacía más que deshacer el trabajo una y otra vez, sin que el resultado la dejara satisfecha.

Tanto Carmen como Sofía, atrapadas en el taller y en la tensión reinante, miraban con anhelo el reloj digital, que arrastraba los minutos con demasiada lentitud hacia el final de la jornada. Ambas, sin que se hubiesen puesto de acuerdo, pondrían cualquier excusa para marcharse a su

hora en caso de que Marina les pidiera que se quedaran un rato más aquella noche. Sin embargo, eso no sucedió. Esta era consciente de que no sería buena idea prolongar la jornada ese día. También necesitaba calmarse, porque la tarde no le había cundido nada y las miradas que Joel no dejaba de dirigir hacia su mesa de trabajo, tampoco.

Cuando a las ocho en punto las dos empleadas se levantaron, cubrieron las máquinas de coser y él salió para cerrar la tienda, Marina no intentó retener a ninguno de ellos, aunque el trabajo se acumulaba en las perchas y maniquíes diseminados por la estancia. Permaneció ante su mesa, dispuesta a continuar un rato más cuando todos se fueran. Nadie le preguntó si tenía intención de seguir trabajando porque nadie tenía intención de acompañarla. El ambiente en el taller estaba demasiado cargado y todos deseaban abandonarlo cuanto antes.

—Hasta mañana —saludaron Carmen y Sofía.

Él ni siquiera se molestó en despedirse antes de dejar la habitación.

Marina respondió de la misma forma mientras todos salían por la puerta lateral con premura. Y se quedó sola, una vez más. Nadie la esperaba. Nada le urgía en otro lugar y esperaba que el trabajo calmara su agitado espíritu si lograba concentrarse lo suficiente. Aunque sospechaba que aquella tarde nada podría apaciguarla, ni siquiera la costura, su lugar *zen* desde hacía años.

Una vez a solas se dejó llevar, aflojó la contención que se había impuesto y enterró la cara entre las manos. Estaba perdiendo el norte y eso era malo para el trabajo, porque dudaba que aquella tarde la tarea les hubiera cundido como debía a ninguno. Sus asuntos personales estaban afectando al taller y a las tareas cuando se acercaban a la fecha de la fiesta de forma inexorable.

Trató de apartar de su mente a Joel y cómo su comportamiento la alteraba cada día más. Su coqueteo con las mujeres que pasaban por Sándalo había pasado de irritarla a resultarle insoportable. Su sola presencia en el taller la acaloraba, y saberlo fuera, en la tienda, atendiendo a alguna mujer le provocaba unos celos tan brutales que necesitaba toda su fuerza de voluntad para no salir a comprobar qué estaba haciendo. Qué estaba diciendo. Cómo estaba mirando a quien estuviera con él. Y lo de aquella mañana había colmado el vaso. Era libre de acostarse con Marta o con quien le pareciera. Lo que hiciese al salir del trabajo no debía importarle. No podía seguir creando tensión en el taller por mucho que ella misma se sintiera como una olla a presión a punto de estallar. Tenía que controlarse, o no llegarían a tiempo con las entregas. Se tomaría unas vacaciones después de la fiesta, iría a visitar a sus padres y pondría la distancia necesaria con Joel hasta recobrar el control.

Unos leves golpes en la puerta la sobresaltaron. Quizás se tratara de Carmen que, arrepentida de dejarla sola, había decidido trabajar un rato más. Sin embargo, cuando contempló a través de la mirilla el exterior no pudo evitar que le temblaran las manos y tuvo que apoyar la frente contra la madera. Joel estaba al otro lado de la puerta, solo. Por un momento dudó si abrir, pero la luz estaba encendida, él la habría visto y no tenía ninguna excusa para no hacerlo. Tal vez solo hubiera olvidado algo.

Abrió y se hizo a un lado para dejarlo entrar, pero la figura recortada a contraluz no se movió

del umbral. No llevaba la chaqueta que utilizaba para trabajar, se había desabrochado un par de botones de la camisa blanca y remangado las mangas hasta los codos. Y la miraba con una intensidad que le aceleró el pulso, los ojos negros cargados de un inconfundible deseo.

—¿Has olvidado algo?

—No. Solo he venido a decirte una cosa. —La voz ronca, la respiración agitada, le dejaban muy claro el motivo de su regreso—. Marta Sarriá me importa una mierda. Solo cené con ella, y luego volví para trabajar, pero ya no estabais. Tampoco me interesan Lily, Diana o cualquier otra que venga a Sándalo o pasee por Barcelona. La que me hace hervir la sangre es una borde que solo tiene para mí palabras desagradables, miradas asesinas y amenazas de arrancarme las pelotas. Es lo que hay y no puedo evitarlo, por mucho que lo intente. Ahora, decide si me mandas al diablo o me dejas pasar. Pero si lo haces, si me franqueas la entrada, ten por seguro que ni tú ni yo seremos los mismos cuando salgamos de aquí.

Durante unos largos minutos se miraron, el cerebro batallando con el cuerpo, pero Marina sabía quién iba a ganar la batalla. Se apartó de la puerta sin dejar de mirarlo. Él entró y cerró a su espalda con suavidad, echando el cerrojo por dentro. Y ahí terminó toda su suavidad y su contención.

Se volvió y agarrándole la cabeza entre las manos buscó su boca y se hundió en ella. El mundo entero se disolvió a su alrededor, las lenguas se enredaron en un torbellino de deseo largo tiempo contenido que al fin ha encontrado la vía de escape. Como una botella de cava recién descorchada, como la lava de un volcán que arrasa con todo. Las manos de Marina se alzaron con vida propia bajo la camisa buscando piel, cálida y morena. Las de Lucas apretaron el trasero para que no le cupiera duda de la reacción que producía en él. Marina se restregó contra la erección que le empujaba el vientre mientras seguían devorándose la boca uno al otro. Lenguas, labios y dientes en acción. Cuando necesitaron separarse para tomar aire se miraron a los ojos, la respiración anhelante, el deseo imponiéndose a todo. El cabello de Marina suelto sobre los hombros, deshecho el peinado, los ojos brillantes, los labios hinchados y enrojecidos hicieron sentir a Lucas que no podía esperar más.

—Ven —susurró con voz enronquecida, agarrándola de la mano y sacándola del taller, donde había poco espacio desocupado. La llevó hasta el probador a grandes zancadas, mientras con la otra mano se iba desabotonando la camisa. Cuando llegaron a su destino, mostraba en su totalidad el amplio pecho moreno, salpicado de vello oscuro, en donde Marina enterró la boca, lamiendo, besando y mordiendo. Mientras, las manos hábiles de ambos, acostumbradas a vestir y también a desnudar, se deshacían de la ropa, sin ninguna contención. Cuando las prendas estuvieron desperdigadas por el probador, Lucas la tendió en el suelo y la cubrió con su cuerpo, incapaz de contenerse ni un segundo más que el necesario para ponerse un preservativo. La penetró de golpe, con ímpetu que fue recompensado con un largo gemido de placer por parte de Marina, que apoyó los pies en el suelo para alzar las caderas y recibirlo más adentro.

Comenzó una furiosa danza de cuerpos entrelazados, excitados y temblorosos, dando y

exigiendo a la vez, entre intensos gemidos de placer, sobre el duro suelo del probador.

A pesar de la intensidad de los movimientos trataron de postergar el clímax, para que no terminase en unos pocos minutos. Cuando llegó, las largas uñas de Marina se clavaron con fuerza en los brazos marcando territorio mientras el gemido largo y prolongado de Lucas se extendió en el aire inundando la noche, como el lobo que aúlla a la luna. Como el macho alfa que ha alcanzado su victoria, solo que no había victoria para él, sino rendición. Rendición ante aquella hembra que, estaba seguro, iba a cambiar su destino.

Se dejó caer desmadejado junto a ella, tratando de recobrar la respiración, que no la calma ni la compostura.

Cuando ambos recuperaron los latidos normales en el corazón, se miraron a los ojos con una muda interrogación en ellos.

—¿Y ahora? —Fue ella quien expresó con palabras los pensamientos de ambos.

—Ahora nos iremos a tu casa o a la mía, porque no me voy a conformar con esto. —Vio inquietud en los ojos castaños, y suavizó sus palabras. Ya habría tiempo de tomar decisiones—. Por la mañana mantendremos «la conversación». Ahora no.

—De acuerdo. Prefiero tu casa, si no te importa.

Lucas asintió y comenzaron a vestirse en silencio, casi con timidez, asimilando lo que acababa de suceder. Después cerraron el taller y salieron a la calle uno junto al otro, sin tocarse, sin hablarse casi, pero muy conscientes de la mutua presencia.

Una vez en el garaje Marina se dirigió hacia su plaza de aparcamiento, pero Lucas la agarró de la mano y negó con la cabeza.

—Iremos en el mío. Es absurdo utilizar los dos vehículos si vamos al mismo lugar. Tampoco voy a darte la posibilidad de escapar, esta noche no.

—No pensaba escapar —afirmó—. Esta noche no.

Por un momento se sostuvieron las miradas.

—Me alegro.

Subieron al Opel negro y Lucas condujo alejándose del populoso centro de Barcelona en dirección a Sants, un barrio más tranquilo y también más discreto. No era su residencia habitual, había alquilado un piso amueblado para los meses que durase la preparación y ejecución del golpe a nombre de Joel Santillana. También acorde al sueldo de un diseñador que empieza su andadura. El camuflaje debía ser perfecto.

Marina lo siguió hasta el ascensor con paso firme. Él no hizo el menor intento de besarla siquiera en el reducido cubículo, pero su mirada estaba cargada de promesas. Era una locura pasar toda la noche con él, lo sabía. Lo sucedido en el probador se podía explicar por la intensa tensión sexual existente entre ellos desde hacía semanas. Tensión que debía ser liberada por el bien de todos, pero acompañarlo a su casa, pasar toda una noche juntos, era otra cosa. Sin embargo, cuando se lo había sugerido, con poco margen para la negación, ni se había planteado contradecirle. Tampoco el revolcón rápido había sido suficiente para ella, necesitaba más.

Necesitaba lo que toda mujer, por mucho que se negara a admitirlo: besos, caricias, quizás palabras. Los ojos oscuros de Joel le prometían que tendría todo eso y más. Iba a vivirlo, y ya afrontaría después lo que viniera. Hacía demasiado tiempo que no se sentía atraída por un hombre y, aunque este fuera el menos indicado, no se negaría el placer de satisfacer el deseo que le inspiraba. De dejarse llevar por la química que existía entre ambos. Por una noche, una única y larga noche.

El aspecto del piso la sorprendió. Era bastante anodino, aunque tuviera un par de fotografías de él en una estantería, que ya había visto en su perfil de Facebook. Pero pocos objetos personales. Nada que pudiera darle más información sobre aquel hombre enigmático que tan pronto bromeaba y coqueteaba con cualquier mujer como la atravesaba con la mirada más ardiente que le habían dedicado jamás, haciéndola sentir única y especial.

No tenía dudas de que la noche sería memorable, a juzgar por el encuentro apasionado que acababan de vivir y por el cosquilleo que sentía en su interior.

—Ponte cómoda —dijo él señalándole el sofá—. Yo prepararé algo para comer.

Por un momento Marina se sintió descolocada. No pensaba que fuera a agasajarla con una cena, sino que volvería a saltarle encima para continuar donde lo habían dejado apenas cruzaran el umbral. Aunque no habían tomado nada desde el mediodía, no sentía hambre, al menos no de comida. Pero Joel parecía tener otros planes.

Se sentó en el sofá mientras él desaparecía tras una puerta, para regresar minutos después. Se había cambiado la ropa formal por unos vaqueros y una camiseta blanca que se ceñía a su torso marcando cada músculo que el deporte había fijado en él. Descalzo y algo despeinado, un mechón de pelo había escapado del fijador que lo mantenía hacia atrás y le caía sobre la frente. Sintió ganas de hundir los dedos en los gruesos mechones y revolverlos aún más.

—Vuelvo en unos minutos.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Está todo controlado. No esperes nada muy sofisticado, solo algo para matar el hambre y coger fuerzas. El sexo siempre me abre el apetito, y más si es intenso como el de hace un rato. Considérate en tu casa.

—¿Puedo quitarme los zapatos?

Él le dedicó una mirada abrasadora.

—Puedes quitarte todo lo que quieras, no seré yo quien proteste.

—Con los zapatos es suficiente. Me encanta andar descalza.

—Ya tenemos algo en común —bromeó alzando un pie desnudo.

Salió de la habitación y Marina se dedicó a observarlo todo con interés: la tapicería oscura del sofá, las cortinas blancas, el mueble bajo anodino, las fotografías de motivos geométricos enmarcadas y colgadas en la pared. Todo neutro y sin que delatara la arrolladora personalidad de su dueño. Se preguntó quién le habría decorado la casa. Sin duda alguien que no lo conocía bien.

Regresó poco después con una bandeja en la que había depositado unos platos con fiambre

cortado, queso, rebanadas de pan, patatas fritas y aceitunas. Ella lo miró alzando las cejas.

—Ya te advertí que no esperases una cena *gourmet*. No cocino y tampoco suelo comer en casa. Esto es para emergencias —dijo señalando el contenido de la bandeja

—Podía haber preparado yo algo.

—Las existencias de mi frigorífico dejan mucho que desear. Cuando tengo invitados encargo comida a un restaurante, pero esto no estaba previsto y no me apetece esperar a que la sirvan. Tengo prisa por terminar con la cena. ¿Vino? De eso si tengo un buen surtido. ¿Tinto o blanco?

—Blanco y frío, a ser posible.

—Por supuesto.

Volvió a salir para regresar con una botella en una cubitera con hielo y dos copas. Sirvió la bebida y le ofreció una a su invitada, bebiendo a continuación de la otra. Después cogió un trozo de queso y se lo llevó a la boca.

—Terminemos cuanto antes con esto —dijo como un niño goloso que ansía llegar al postre. Y Marina lo imitó sintiendo la anticipación en las entrañas.

Cuando no quedaba nada en la bandeja la llevó a la cocina, terminó de escanciar el resto de vino en las copas y se sentó de nuevo, muy cerca esta vez. Se humedeció los labios y sin mediar palabra buscó los de Marina para saborear el líquido en ellos. Enterró los dedos en la corta melena mientras la besaba recostándola contra el respaldo del sofá. Ella se entregó al beso con los cinco sentidos, y se olvidó del mundo, que continuaba girando a su alrededor.

Lucas se había prometido tomarlo con calma a pesar de la impaciencia que sentía en su interior. Pensaba disfrutar del regalo inesperado de aquella noche, consciente de que quizás no se repitiera jamás. Durante un rato compartieron besos, enredados en un abrazo casi casto, solo las bocas en acción explorando y acariciando. Poco a poco las manos comenzaron a tomar vida propia y a buscar bajo la ropa, a tocar casi con timidez, como si fuera la primera vez que lo hacían. Como si el episodio del probador no hubiera existido.

Al fin empezaron a librarse de las prendas que estorbaban. La blusa de Marina, la camiseta de Lucas, cayeron sobre el sofá para permitir que las bocas explorasen libres de obstáculos. Cuando ella se despojó del sujetador y sus senos se alzaron firmes y desnudos, él la alzó para sentarla a horcajadas sobre su regazo. Erguida, altiva y con la vista nublada por la pasión, era la visión más bonita que había contemplado jamás. Se dio un festín con los pechos, mientras ella le revolvía el pelo a placer con las manos y con la boca. Se movía sobre él provocándole la erección más dolorosa de su vida, pero era incapaz de abandonar aquellos pezones oscuros para librarse de los opresores vaqueros.

Al fin fue Marina quien lo apartó para despojarse de la ropa que le quedaba. Durante un leve momento se quedaron desnudos uno frente al otro, contemplándose.

—¿Me dejas tomar el mando? —preguntó ahondando en los ojos negros.

Lucas le tendió el preservativo que acababa de sacar del bolsillo del pantalón.

—Soy todo tuyo. Haz conmigo lo que quieras.

—Te vas a arrepentir de esas palabras, Joel Santillana.

—Aunque lo haga el resto de mi vida, merecerá la pena.

Lo empujó con suavidad sobre el sofá, le colocó el condón con cuidado, y volvió a ocupar su posición anterior. Se sentó sobre él y comenzó a moverse. A besarlo, a excitarlo, si es que aún podía estarlo más, sin permitirle entrar en su interior.

—Marina… necesito…

—Sé lo que necesitas. Aún no.

—Voy a correrme fuera.

—No lo permitiré.

Y se detuvo para empezar a besarlo con lentitud, a deslizar la punta de los dedos por el vello oscuro que rodeaba las tetillas.

—Joder…

—Me has dado permiso.

—Y ya me estoy arrepintiendo.

Una risita traviesa brotó de la boca femenina.

—Cierra los ojos.

Mientras la obedecía, ella se alzó levemente y lo hundió en su interior con un solo movimiento. Y se quedó quieta.

—Muévete… —suplicó él con impaciencia.

—No.

—Vas a matarme.

—¿Hay mejor forma de morir?

—Sí, esta. —Y comenzó a alzar las caderas del sofá con movimientos vigorosos, alzándolos a los dos.

Marina se unió a ellos impulsándose con las rodillas, cabalgándolo como si no hubiera un mañana. Porque no lo había. Para ella solo existía esa noche, la mujer que se había liberado de su coraza y el hombre al que llevaba deseando contra su voluntad desde hacía semanas. El resto estaba fuera. Al resto ya se enfrentaría al amanecer.

Cuando se desplomó exhausta sobre el hombro de Lucas, temblaba como una hoja sacudida por el viento. Y se sentía igual. Aunque quizás él lo hubiera adivinado porque la rodeó con los brazos y la besó en el pelo.

Después de un rato, levantó la cabeza y lo enfrentó. Él le devolvió una mirada cargada de intensidad.

—¿Vamos a la cama? —propuso mirándola con complicidad.

—¿Hora de dormir?

—Ni por asomo. No te he invitado a mi casa para dormir. Aún no te he hecho el amor en una cama.

—¿Quieres un tercer asalto? Creía que los hombres no podíais… que todo eran faroles.

—Deja que yo decida qué puedo y qué no. ¿Vamos?
—Mañana tenemos que trabajar.
—Y trabajaremos. No hay noche de pasión que una buena dosis de cafeína no solucione.
—De acuerdo, vamos.
Desnudos y cogidos de la mano entraron al dormitorio.

Capítulo 19

La alarma del móvil sacó a Marina de un sueño pesado y profundo. Sonó antes de lo habitual, la había adelantado apenas Lucas se quedó dormido muy poco rato antes. Sentía las extremidades laxas y como si fueran de algodón. Hacía mucho tiempo, de hecho, creía que jamás, había vivido una noche tan intensa ni siquiera en sus primeros tiempos con Marcel.

Se levantó despacio y buscó su ropa, desperdigada por el salón. Pasó por el baño para adecentarse un poco y se contempló en el espejo. Los ojos cargados de sueño, pero brillantes, los labios hinchados y magullados por besos más intensos de la cuenta, un ligero chupetón rojizo en la unión del cuello con el hombro, mostraban la evidencia de la intensidad de la noche. Necesitaría una buena dosis de maquillaje para ocultar lo sucedido.

Se alisó el cabello con los dedos, incapaz de hurgar en la intimidad del mueble sin invitación y salió para despedirse, antes de llamar un taxi que la recogiese. Se acercó a la cama revuelta donde Lucas dormía y no pudo ni quiso privarse del placer de deslizar las manos por la espalda desnuda. La había acariciado hasta la saciedad, incluso conservaba alguna marca de sus uñas afiladas y fogosas.

—Joel —llamó sacudiéndolo con suavidad—. Joel.

Él se despertó de golpe, incorporándose sobresaltado.

—¡¿Qué…?!

—Tranquilo, soy yo. No quería asustarte, solo decirte que me marcho.

Él se sacudió el sueño.

—¿Te vas? ¿Dónde? Son las seis de la madrugada y no entras hasta las ocho —afirmó mirando el reloj digital de la mesilla.

—A mi casa. Necesito una ducha.

—Puedes dártela aquí. Acompañada o sola, como prefieras.

—También debo cambiarme de ropa. No puedo presentarme así a trabajar —dijo señalando las prendas que llevaba puestas, arrugadas y maltrechas—. Estoy hecha un desastre.

Él se sentó pesadamente en la cama.

—De acuerdo. Dame un minuto para despertarme y te llevo.

—No es necesario, puedo pedir un taxi.

—Ni hablar.

Saltó de la cama con agilidad. Marina no supo de dónde sacaba la energía porque ella apenas podía moverse.

—De verdad, Joel, no hace falta. Debes estar agotado.

—Tanto como tú. Estoy acostumbrado a dormir poco. Cinco minutos… —pidió entrando en el baño.

Ella no supo identificar la sensación que le produjeron sus palabras. ¿Hacían alusión a otras noches de sexo tan tórrido como el que acababa de compartir con ella? ¿También se levantaba de la cama para acompañar a sus amantes al amanecer? Prefería no pensar en ello. No quería enfadarse con él, no en aquel momento.

Lucas salió del cuarto de baño y se vistió con los mismos vaqueros y camiseta de la noche anterior. Juntos y en silencio salieron del piso en dirección al garaje.

—¿Dónde vives? —le preguntó mientras ponía el vehículo en marcha.

Marina le dio la dirección y, apenas enfilaron el camino por las calles que ya comenzaban a estar transitadas, le pidió:

—Joel… esto… lo que ha sucedido esta noche es algo que debe quedar entre nosotros. No quiero que trascienda al taller.

—No tenía intención de comentarlo. Al menos hasta que tengamos ocasión de hablar sobre ello. Sé que ayer te prometí tener una conversación al respecto, pero ahora mismo no me siento capaz. Antes tengo que pensar con calma y solucionar un par de asuntos.

—¿Crees que es necesario?

—Lo es. Por favor, dame un poco de tiempo.

—Tienes todo el que quieras. Pero tampoco importa si nunca más volvemos a mencionarlo.

—A mí me importa.

—De acuerdo. Pero mientras tanto, esto no ha sucedido. Nada de miradas intensas en el trabajo.

—Eso no puedo prometértelo porque no lo he logrado nunca, pero trataré de controlarlo.

—Joel…

—Está bien, nada de miradas.

—Ni de volver después de que todos se hayan ido.

—No, eso no lo haré, porque antes tenemos que aclarar algunas cosas.

Marina giró la cabeza y miró el perfil masculino recortado en la penumbra, atento al escaso tráfico, y una sensación de fatalidad de apoderó de ella.

El vehículo se detuvo ante su puerta minutos después.

—Dejaste el coche en el garaje ¿Quieres que pase en un rato a buscarte?

—Iré en metro. No quiero que lleguemos a la vez al taller. Entra hoy a tu hora habitual de abrir la tienda.

—Como quieras.

Se desabrochó el cinturón de seguridad y alargó la mano para abrir la puerta, pero Lucas no se lo permitió. La agarró por la nuca y la beso de nuevo. Con intensidad. Con pasión. Después la soltó y dejó que abriera la portezuela.

—Hablaremos de ello —prometió.

Marina asintió y se bajó del coche, perdiéndose en el portal con paso rápido.

Lucas permaneció largo rato observando el lugar por donde había desaparecido, con el corazón palpitante y la cabeza hirviendo de pensamientos atropellados. La noche anterior, mientras esperaba que acudiera el sueño esquivo, con el cuerpo suave y cálido en sus brazos una idea había tomado forma en su mente. Una idea que debía madurar porque suponía una decisión importante.

Regresó a su casa barajando pros y contras y al llegar a la misma, pasadas las siete de la mañana, desechó la idea de dormir un poco más antes de acudir al trabajo. No podría conciliar el sueño. Se metió en la ducha, permaneciendo bajo los chorros hasta que sus músculos cansados se relajaron lo suficiente. Después se preparó un tazón enorme de café bien cargado que lo ayudase a afrontar la dura jornada que tenía por delante.

Dura porque apenas había dormido un par de horas después de las intensísimas sesiones de sexo, y también porque había prometido ni siquiera mirarla. Y no sabía qué le iba a resultar más difícil. La Marina que se le había mostrado aquella noche poco tenía que ver con la diseñadora fría y la jefa de taller implacable, sino con la mujer que siempre había intuido que era en realidad. Apasionada, divertida e incluso juguetona. Y a esa mujer la quería en su vida, no importaba lo que tuviera que hacer para conseguirlo. Ni a lo que tuviera que renunciar.

***

Marina llegó a la *boutique* diez minutos antes de las ocho. Vestida con pulcritud y elegancia, como siempre. Sin embargo, aquella mañana se había detenido largo rato ante el armario para elegir su atuendo. Deseaba estar atractiva y sexi, por lo que en lugar de los habituales pantalones y blusas o vestidos discretos escogió una falda ceñida por encima de las rodillas y un top de tirantes a juego. Tenía citadas a varias clientas para sesiones de pruebas a lo largo de la mañana y pocas probabilidades de cubrirse con la anodina bata. A pesar de haberle exigido a Joel que ni siquiera la mirase, sabía que él encontraría el modo de hacerlo.

Había necesitado una capa generosa de maquillaje para cubrir los estragos de la noche, pero al terminar se encontró satisfecha del resultado. Y atractiva. Su rostro no presentaba ningún indicio de lo sucedido. No podía decir lo mismo de su cuerpo dolorido en lugares concretos, y mucho menos de su mente que se empeñaba en volver a los detalles una y otra vez.

Mientras se encaminaba hacia el metro no podía dejar de pensar en la promesa de Joel de que hablarían de lo sucedido, lo que le hacía sospechar que tampoco para él aquella había sido una noche de sexo más. Si hubiera sido así, habría aceptado su sugerencia de no volver a mencionar el asunto. Para ella, desde luego, había sido algo más por mucho que se hubiera propuesto lo contrario. Había sido incapaz de mantener los sentimientos apartados de la atracción que aquel hombre le provocaba, había dejado que rompiera la coraza con que se protegía, y en aquel momento se encontraba sensible como una cría enamorada que ha vivido su primera noche de amor. No estaba segura de qué había significado para él, pero sin duda había sido algo porque de lo contrario no desearía tener una conversación sobre ello. También había dicho que no le

importaban ninguna otra mujer más que una «borde que solo deseaba arrancarle las pelotas», sonrió al recordarlo, porque no era precisamente eso lo que quería hacerles a sus pelotas en aquel momento.

«Calma, Marina», pensó, «no te montes la película antes de escuchar lo que quiere decirte. A lo peor, a la fría luz del día no piensa lo mismo o sus palabras no tienen nada que ver con tus deseos». Porque debía reconocer que deseaba que hubiera algo más después de aquella noche. Que su fuerte determinación de no volver a enredarse en una relación se había hecho añicos y estaba dispuesta a correr el riesgo con aquel hombre tan poco apropiado, pero que la hacía sentir viva de nuevo. Aunque tuviera que meterlo en cintura con su comportamiento con las clientas.

Llegó a la *boutique* y ya Sofía esperaba en la puerta. Entraron y Carmen se les unió casi de inmediato.

Los primeros minutos los dedicó a repartir las tareas de la mañana, y después de revisar las pruebas en el cuaderno de citas entró en su pequeño despacho a poner al día la contabilidad. Salió del mismo a las diez en punto cuando escuchó abrirse el cierre metálico que protegía la entrada de la tienda. Supo que Joel debía haber llegado y comenzaba la jornada laboral, marcada por numerosas pruebas aquella mañana. La fiesta se acercaba y habría mucho público que atender para los últimos retoques y entregas.

Cuando entró en el taller Carmen le comentó:

—Joel ya está en la tienda esperando a la primera clienta. Le he pedido que se comporte con seriedad. ¡No quisiera otra bronca como la de ayer!

—¿Se nos escuchaba?

A pesar de que la discusión había tenido lugar en el despacho ninguno había conseguido moderar la voz.

—A todo volumen. Menos mal que no entró nadie en la *boutique* mientras os tirabais los trastos a la cabeza.

—Hoy no discutiremos, hay demasiado trabajo que sacar adelante. Seremos comedidos en nuestras diferencias de ahora en adelante —afirmó sin poder evitar que una sonrisa aflorase a sus labios—. Lamento si ayer os hicimos sentir incómodas.

—Parece que el temporal ya ha pasado, porque él está de lo más sonriente.

Sintió un cosquilleo en el vientre

—¿Sonriente?

—Mucho, y de un estupendo humor.

—Bien, al trabajo entonces.

Y salió del taller al escuchar la campanilla que anunciaba a la primera clienta.

Lucas la vio entrar y sintió que se le removía hasta la última fibra de su ser. El impecable maquillaje ocultaba la fatiga del rostro, pero los tacones bajos eran claro síntoma del cansancio que soportaban las piernas. Esas que se le habían enroscado en la cintura horas antes. Estaba preciosa, y sexi y… desvió la vista hacia la clienta antes de que Marina notara su mirada de

admiración y la reacción que le estaba provocando. Y le regañara por ella.

La mañana comenzó a complicarse cuando la primera prueba se alargó más de lo esperado. El retraso se iba acumulando a medida que pasaba el tiempo porque todas querían afinar detalles en la que sería la última prueba antes de la fiesta. A la una había ya tres clientas esperando turno para el probador, acomodadas en sillas que normalmente permanecían vacías. Marina, dentro del mismo con Carmen, acusaba la tensión y Lucas se quedó en la tienda conversando con las mujeres que esperaban y algún que otro acompañante masculino mientras Sofía continuaba trabajando dentro.

Si alguno pensaba que la mañana no podía resultar más estresante, entró Lily Aranda con una bolsa de plástico en la mano. Lucas se dirigió a ella y, tras saludarla, le ofreció la última silla libre. Si llegaba alguien más tendría que esperar de pie. Y ellos se quedarían sin almuerzo, dada la hora que era.

—Gracias, pero no puedo sentarme, tengo mucha prisa. Vengo a encargar una modificación para este vestido y lo necesito para la semana que viene. ¿Puedes decirle a Marina que estoy aquí?

—Estas señoras están esperando lo mismo. Marina te atenderá cuando te corresponda.

—¿No me has oído? Tengo prisa —exigió como una niña malcriada.

—En ese caso vuelve otro día, te daré una cita.

—Imposible, estoy muy ocupada. Puedes encargarte tú.

—Claro; dime qué quieres y se lo transmitiré encantado.

—Tengo que probarme para explicártelo. Hay una arruga extraña en la cintura.

—Lo siento, Lily, el probador está ocupado y para usarlo deberás esperar el turno correspondiente.

—No necesito probador, solo que tú veas el problema.

A continuación, dirigió la mano a la espalda y con rapidez bajó la cremallera. El vestido cayó al suelo con una leve sacudida de los brazos y quedó en tanga en medio de la *boutique* ante la atónita mirada de todos los presentes. Ni siquiera llevaba sujetador y los pechos fláccidos caían sobre las costillas mientras abría la bolsa y sacaba un vestido estampado de flores.

Lucas, incrédulo, se acercó a ella con la intención de colocarse delante y taparla con su cuerpo. Justo en ese momento Marina abrió el probador y salió acompañada de Diana Millán y su madre. Se quedó estupefacta y lo miró con gesto acusador.

—¿Qué… está ocurriendo aquí?

Lucas alzó las manos con gesto inocente.

—Yo no he hecho nada. Lily no ha querido esperar a su turno en el probador.

—No tengo ningún problema en mostrar mi cuerpo —afirmó la mujer—. Es algo natural.

Marina apretó los labios. La fuerte tensión en la mandíbula y el esfuerzo que hacía para mantener la calma eran evidentes.

—Puedes mostrarlo donde quieras, pero aquí no, Lily. Es una falta de respeto para los demás.

Cúbrete por favor.

—Necesito probarme y no puedo esperar. No tengo nada que los demás no hayan visto antes, ¿verdad? Tenéis que hacerme unos arreglos urgentes en este vestido.

La sonrisa coqueta que dirigió a la concurrencia irritó más a su interlocutora, que apartó a Lucas y agarró a Lily por el brazo para sacarla de la zona de espera, metiéndola en el probador. Los ojos de la mujer brillaban de triunfo. Los de Marina de cólera.

—Vístete y márchate —ordenó arrojándole el vestido que Lucas había recogido del suelo—. No vas a salirte con la tuya. En este momento el taller está saturado y no podemos hacer ningún arreglo urgente.

—Quizás el chico…

—¡Aquí no hay ningún chico! El señor Santillana es el encargado de tienda.

Los ojos de Lily refulgieron de rabia.

—Me quejaré al dueño. ¿Tienes idea de quién soy?

—Puedes ser todo lo amiga de su tía que quieras; aquí solo eres una clienta más. Aunque quizás sería más propio decir exclienta. Porque no volveremos a atenderte a menos que te comportes con educación y decoro. Ahora, por favor, vístete y márchate. Tienes cinco minutos, si en ese tiempo no sales te sacaré a la calle tal como estás.

Salió entornando la puerta a su espalda.

—Disculpad el penoso incidente. No la hemos atendido saltando el orden, solo he querido evitaros este bochornoso espectáculo. En seguida continuaremos con las pruebas.

Lily salió indignada del probador y pasó altiva en dirección a la puerta.

—No volveré a pisar esta tienducha cutre y maloliente. Lamentarás haberme tratado así.

Se sacudió los pies en la entrada y se marchó. La tensión reinante en el local se disipó y un murmullo divertido llenó la sala.

Mientras Marina entraba de nuevo al probador con otra clienta, Lucas no perdía de ojo a una adolescente sentada junto a su madre. La había visto grabar lo sucedido a escondidas y guardar el móvil a continuación en el bolso bandolera que tenía enganchado al respaldo de la silla. Se acercó a ella consciente de que si no hacía algo el patético trasero de Lily Aranda se haría viral en internet en menos de doce horas. Y a Marina le daría un síncope.

Se acercó a madre e hija y, mientras les dedicaba unas palabras abrió la cremallera del bolso con habilidad y sacó el teléfono del bolsillo interior, guardándolo en el de su pantalón. Fue una maniobra rápida y fluida de la que nadie se percató.

Se escusó unos minutos, consciente de que una adolescente no pasa sin su teléfono demasiado tiempo, y entrando en el baño lo desbloqueó con facilidad, qué previsibles eran los jóvenes respecto a la seguridad de sus móviles, y borró el video. Le dio lástima no mostrárselo a sus compañeras del taller, se habrían reído muchísimo, pero debía restituir el teléfono antes de que la chica se percatara de su falta.

Cuando regresó no le resultó complicado devolverlo a su lugar y esperar con paciencia a que

la mañana terminara, casi una hora después de la hora de cierre habitual.

Al entrar en el taller Marina se desplomó sobre una silla presa de agotamiento. Su mirada buscó la de Joel y la de Carmen y los tres estallaron en carcajadas. Eran conscientes de haber vivido una de las situaciones más surrealistas de su vida.

Capítulo 20

Durante dos días Lucas se debatió en un mar de dudas. La decisión que debía tomar no era fácil porque no lo implicaba solo a él, sino también a Adrián y al trabajo en el que ambos llevaban invertidas muchas horas y también bastante dinero, aunque esto último no era lo que más le preocupaba.

Después de pasar la noche con Marina no se sentía capaz de continuar con los planes para dar el golpe en la fiesta de Peñalver. El recuerdo de las horas vividas y los sentimientos que le habían provocado, mucho más allá del deseo, se filtraban a cada momento en su mente; sus manos recordaban el tacto; su boca, el sabor; y todo su cuerpo, los estremecimientos de placer de los dos. La química brutal que emanaba de ambos, la pasión y la ternura de después, cuando las miradas se quedaron prendidas y no hicieron falta las palabras. No podría, aunque quisiera, acostarse con otra ni para dar el golpe ni por ningún motivo. No habría otra en su vida en mucho tiempo, aunque las cosas no fueran como deseaba.

Conocía a Marina lo suficiente como para saber que le costaría aceptar su realidad —si es que lo hacía—, pero la opción de ocultarle su verdadera identidad y seguir adelante sin hacerla partícipe de su pasado no era una opción, aunque la hubiera sopesado. Eso sería lo fácil, lo cobarde, y él nunca lo había sido.

Además, siempre sentiría sobre su cabeza la espada de Damocles de que algo o alguien lo descubriera, y entonces sí que no le perdonaría. Tampoco él quería mentirle, debía saber la verdad de su boca y no a través de terceros. Para bien o para mal su futuro juntos pasaba por sincerarse, y solo cabía esperar que sus sentimientos hacia él fueran tan fuertes que aceptara y perdonara, además de su delictiva forma de ganarse la vida, las mentiras que hasta el momento le había dicho. Que supiera diferenciar a Lucas de Joel. Que comprendiera que estaba poniendo su vida, su pasado y su futuro en sus manos.

Pero antes de eso, debía contarle a Adrián sus planes. Él era parte implicada y daño colateral en su decisión y era justo ponerle al corriente de sus intenciones.

***

Lucas se presentó en casa de su hermano aquella noche tras una llamada previa en la que no le adelantó el motivo de su visita. El asunto era demasiado espinoso para abordarlo por teléfono. También demasiado urgente para demorarlo. Se sentía atado de pies y manos con Marina mientras no lo solventara.

Aguantó la mirada sagaz de su hermano, al que no le había pasado desapercibido su nerviosismo, hasta estar ambos sentados en el sofá con una copa en la mano. Solo entonces se

decidió a soltar la bomba.

—Adri, esta no es una visita de cortesía.

—Ya lo sé; pareces sentado sobre un avispero. Además, has usado mi diminutivo, lo que no presagia nada bueno. ¿Qué sucede?

—Tengo que decirte una cosa que no te va a gustar.

—Tú suéltala y ya veré si me gusta o no.

—Es sobre el golpe de la fiesta de Peñalver —comentó tanteando el terreno.

Adrián no pareció sorprendido.

—No has conseguido la invitación. —No era una pregunta.

—Podría conseguirla sin problema. El caso es que no quiero hacerlo.

—¿No quieres ir a la fiesta en compañía de Marta Sarriá?

Alzó la cabeza con valentía y afrontó la mirada de su hermano.

—No quiero dar el golpe.

Un breve silencio se estableció entre ambos.

—Supongo que tienes un motivo de peso.

—Tengo un motivo, no sé si lo considerarás de peso.

—Lucas, ¿quieres dejar de dar rodeos y decir claramente lo que te pasa? Marear la perdiz no es tu estilo. Sea lo que sea, intuyo que no me estás pidiendo opinión, que tu decisión está tomada.

—Sí. El motivo es que no puedo hacerle esto a Marina.

Una leve sonrisa curvó la boca del menor de los Ortiz.

—De modo que se trata de tu jefa. No sé por qué no me sorprende. ¿Te ha descubierto? ¿Supone un peligro y no quieres apretarle las tuercas para que no te delate? ¿O, como imaginaba, hay algo más personal en tu determinación?

—Me he enamorado de ella y no puedo traicionarla —admitió con firmeza—. No quiero usarla como trampolín para acceder a la fiesta a través de una de sus clientas. Tampoco desaparecer de su vida como un furtivo, como si nunca hubiera estado en ella, dejándole la incertidumbre de mi ausencia y de mi comportamiento estos meses.

—De modo que es más grave de lo que pensaba.

Lucas bebió un largo trago.

—Muy grave, sí —afirmó rotundo—. Si lo tomamos como una enfermedad, yo la calificaría de terminal.

Adrián asintió, aceptando la decisión de su hermano. Sabía que alguna vez podía ocurrir, que el amor entrase a saco en la vida de alguno de ellos, arrasando con todo. Y siempre tuvo la intuición de que a Lucas le gustaba Marina más de lo que afirmaba.

—Por el golpe no te preocupes, no es el primero que abortamos y tampoco es que lo necesitemos para sobrevivir. —Ambos hermanos tenían unas saneadas cuentas fruto de sus golpes anteriores y sabiamente invertidas, que daban buenos dividendos. Si lo deseaban, ninguno tendría que trabajar nunca más, ya fuera de forma lícita o ilícita. Pero la vida ociosa no iba con

ninguno de ellos—. ¿Qué piensas hacer? Si no quieres marcharte y dejarla atrás…

—Voy a sincerarme, a decirle quién soy y lo que soy. Te dejaré al margen, por supuesto.

—¿Crees que es sensato? ¿No te denunciará?

—No lo sé; no se lo tomará bien y no estoy seguro de su reacción cuando se entere. Pero correré el riesgo. No hay otra forma si quiero algo con ella.

—¿Piensas que te corresponde?

—No estoy seguro de la profundidad de sus sentimientos, pero de que estos existen no tengo dudas. Nos acostamos juntos hace un par de días. Nos enrollamos como animales en celo en el taller y luego aceptó pasar la noche en mi casa. Nunca lo hubiera hecho si no sintiera algo por mí. —Suspiró antes de seguir hablando—. Estoy loco por ella y tengo que intentarlo, Adri. Es muy posible que me mande al diablo, que me esté jugando incluso la libertad, pero necesito hacerlo. No quiero mentiras entre nosotros, ni que sienta que la he traicionado además de mentirle. No quiero ser otro hombre que la utilizó para sus fines. Voy a poner mi vida en sus manos, y que decida qué hacer con ella.

—Sí que estás colado, sí.

—Si me manda al diablo lo aceptaré; si me denuncia asumiré mis culpas, siempre estuvo ahí la posibilidad de que me atraparan.

—Que te denuncie no significa que te atrapen. Encontraremos la forma de que desaparezcas sin dejar rastro. Ya tenemos varios planes para ello.

—Pero no significa que lo consiga. Siempre existe el riesgo, y si eso sucede, no te preocupes por tu seguridad, no le diré nuestro apellido ni te asociaré a mis delitos. En lo que a Marina respecta, trabajo solo.

—No me preocupa eso, sino tú. ¿Qué harás si, aunque no te denuncie, sus sentimientos hacia ti no son lo bastante fuertes para aceptar lo que eres?

—Me marcharé, pero no como un mentiroso ni un traidor. Con ella necesito ser yo, Lucas, y no un personaje ficticio creado para la ocasión. Sé que la posibilidad de que perdone y acepte lo que soy es muy pequeña, no me engaño respecto a eso, pero debo aferrarme a ella porque mentirle no es una opción. No, si quiero crear algo juntos. Nunca he sentido nada igual por una mujer, y debo intentarlo.

—Adelante entonces… y suerte, Lucas, porque vas a necesitarla.

—Lo sé. También necesito otra copa, por favor —dijo alzando el vaso vacío.

—Si te la tomas te quedas a dormir aquí. Lo de ni una simple multa de tráfico sigue vigente porque tu tapadera como Joel Santillana ha engañado a bastantes personas, pero no pasará un filtro de la policía.

—Por supuesto. Quizás sea esta mi última noche de libertad, porque hablaré con ella mañana. Tenemos una conversación pendiente y sus miradas en el taller no hacen más que recordármelo. Ya se está demorando demasiado, pero antes debía hablar contigo y decirte como están las cosas.

—Me alegra que lo hayas hecho. Cuenta con mi apoyo, y espero que la próxima vez que nos

veamos no sea en La Modelo.

—Por si acaso, recuerda que los bocadillos no deben ser de chóped. Odio el chóped.

Con una sonrisa afrontaron una segunda copa, conscientes ambos de lo incierto de su futuro. De que podría ser la última que saborearan en mutua compañía.

***

Durante todo el día siguiente Lucas sintió una garra apretada en el vientre, como cuando era pequeño y debía entregar malas notas en casa. Era consciente de que le esperaba un mal rato, pero estaba decidido a afrontarlo cuanto antes. No podía soportar más la incertidumbre ni la mirada de Marina que lo instaba a solucionar de una vez el limbo emocional en el que estaban. A mediodía, cuando regresó de su almuerzo, se acercó a ella y en un aparte le susurró:

—¿Puedo ir esta noche a tu casa para hablar?

Los ojos castaños se clavaron en los suyos tratando de deducir sobre qué versaría la conversación, pero Lucas desvió la mirada, sin permitirle averiguar nada.

—Claro. Ya sabes mi dirección. Hoy me marcharé a mi hora.

—Estaré allí sobre las nueve.

—Perfecto.

***

A las nueve menos dos minutos Lucas llamaba al timbre como un reo que espera su sentencia de muerte. Él, que se jactaba de su sangre fría a la hora de dar un golpe, era un manojo de nervios en aquel momento.

Marina lo invitó a entrar con un gesto. El aire culpable y retraído de su visitante le hizo saber que no escucharía lo que deseaba y decidió adelantarse a su rechazo o a sus excusas.

—Joel, no es necesario que tengamos ninguna conversación sobre lo que sucedió la otra noche. Somos adultos, nos acostamos y fue fantástico, pero no tiene que haber nada más.

Oírla pronunciar aquel nombre, que no era el suyo, le puso un nudo en la garganta y, por primera vez, se le hizo imposible de soportar.

—No he venido a hablar de lo que pasó, sino de mí. ¿Puedo sentarme?

—Por supuesto. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. —Se acomodó en un sillón, algo alejado de la silla que ocupó ella. Necesitaba espacio—. Solo quiero hablar. Tengo que contarte una serie de cosas sobre mí, y no es fácil.

La mirada de Marina se volvió recelosa, pero no pronunció ninguna palabra. Suspiró y se lanzó de cabeza al precipicio.

—Para empezar, Joel no es mi nombre.

Los ojos oscuros escrutaron los suyos, y le costó un mundo mantener la mirada. Pero debía hacerlo, tenía que afrontar su realidad. Y las consecuencias que conllevara la confesión que estaba a punto de hacer. No podía seguir engañándola; a ella no.

—¿Qué significa que no es tu nombre? ¿Es un nombre artístico?

—Algo así.

La voz de Marina se volvió suspicaz y Lucas supo que era el principio del fin.

—¿Cómo te llamas en realidad?

—Lucas.

—¿Lucas Santillana?

—No —confesó agachando la cabeza—. No es ese mi apellido, y tampoco soy diseñador.

Los ojos femeninos se tornaron duros, más duros de lo que Lucas los había visto nunca.

—¿Quién demonios eres? ¿Cómo te llamas en realidad? —Fue una exigencia más que una pregunta.

—Solo Lucas, por favor. No me obligues a decirte mi apellido, no puedo hacerlo, pero tampoco quiero mentirte más.

Estaban solo a un metro de distancia uno del otro; sin embargo, un abismo parecía haberse instalado entre los dos. Un abismo hondo y negro, que se hacía insalvable por momentos.

—Si no eres diseñador, ¿qué haces en Sándalo? ¿El título de la escuela de Sevilla es falso? Yo comprobé que habías estado allí y es evidente que sabes coser aunque no seas un virtuoso de la aguja.

—El título es real, hice el curso y saqué las calificaciones que acredita. La que es falsa es la documentación personal que presenté para inscribirme.

Marina respiró hondo. De repente le parecía estar de nuevo al borde del precipicio, como seis años atrás. Con el corazón herido, traicionada y humillada. Pero esta vez no sucumbiría al dolor. Tenía razón su madre cuando le dijo que el corazón solo te lo rompen del todo la primera vez. Las demás solo lo hieren, aunque las heridas, en esta ocasión, estaban siendo muy profundas.

—No creo que sea fácil conseguir una documentación falsa que engañe a una escuela oficial. Pocas personas pueden hacerlo.

—Yo sí.

—¿Por qué? —Trató de calmarse y de mostrar ecuanimidad, pero le resultaba muy difícil. La voz le empezaba a salir desgarrada contra su voluntad—. ¿Por qué?

—Necesitaba una tapadera.

—¿Una tapadera para qué? ¿Quién eres? ¿Qué eres? ¿Policía? ¿Detective? ¿Espía industrial?

—Ladrón.

—¿Ladrón? —La palabra la hizo perder la compostura y tuvo que hacer un soberano esfuerzo para no abalanzarse sobre él y golpearle. A duras penas consiguió evitarlo clavándose las uñas en las palmas de las manos hasta hacerlas sangrar. La voz le salió dura y acusadora cuando pudo hablar. Los ojos echaban fuego—. Yo tenía razón, ¡maldita sea!, siempre la he tenido. Venías a robarme una colección. También tú, hijo de puta, también tú… Empezaba a confiar en ti. ¿Te envía Marcel? ¿Estáis juntos en esto?

Lucas se levantó y en dos zancadas eliminó la distancia entre ambos y, arrodillándose delante, le agarró las manos tratando de calmarla.

—No tengo nada que ver con tu exmarido, lo conocí el día que me lo presentaste, nunca lo

había visto antes. Y no pretendía robarte a ti.

—¿A quién si no? ¿A Carmen? ¿A Sofía? Ellas solo tienen un sueldo de modista, que viviendo en Barcelona no les da para mucho.

—A las clientas. —Enfrentó sus ojos furibundos con humildad—. Buscaba una lo bastante rica como para sustraerle una o dos joyas de gran valor. Soy ladrón profesional, Marina. De ese modo me gano la vida.

—¿Profesional? ¿Cómo te atreves a usar ese calificativo para lo que haces? ¡Eres un jodido delincuente!

—Sí, lo soy. Vaya en mi descargo que jamás le he hecho daño a nadie, nunca he usado la violencia. Solo robos limpios y de cosas que no son necesarias. Joyas, pequeños objetos de valor…

—Eso no te exime de culpa.

—Ni lo pretendo; solo te digo la verdad. Nunca le he quitado a nadie lo que necesita para vivir, nada que no le sobre. La mayoría ha recuperado el importe con el dinero del seguro.

Marina volvió a levantar las manos con rabia; por suerte él no se las había soltado.

—¿Dinero? ¿En eso te escudas para disculpar lo que haces? ¿El valor sentimental no cuenta?

Había una mezcla de rabia y dolor en sus ojos, y Lucas sintió cada minuto de su pasado caer sobre él como una losa. Le estaba haciendo daño, y no por sujetarle las manos. Más del que había imaginado. Justo en aquel momento decidió que lo dejaría. Del todo. Nunca volvería a hacer sufrir a nadie por su trabajo.

—Marcel se quedó un colgante muy especial para mí. Era de mi abuela, que me enseñó a coser. Fue la primera de tres generaciones de modistas. No tiene gran valor económico, se trata simplemente de unas pequeñas tijeras de oro engarzadas en una cadena del mismo material, pero me lo regaló el día que terminé los estudios. Hubiera preferido que me dejara sin comer como castigo por marcharme a que se quedara con el colgante, pero lo hizo. No estaba en el apartamento cuando recogí mis cosas. Por mucho que busqué, no lo encontré por ningún sitio.

El tono de voz había cambiado. Ahora el dolor había tomado el relevo al enfado. Lucas se sintió como si él mismo la hubiera privado de la joya. Marina sonó más calmada cuando volvió a hablar, pero también más dolida.

—¿A quién pretendías robar? ¿A Lily? ¿Ibas a aprovecharte de una pobre mujer cuyo único pecado es negarse a envejecer? La tenías en el bote desde el principio con tu sonrisa encantadora y tus falsos halagos. ¿O tal vez a Marta Sarriá? ¿Por eso cenaste con ella?

—¿Qué más da a quién? ¡No voy a hacerlo!

—¿Esperas que me lo crea? Lo siento, el atisbo de confianza que empezaba a tener en ti se ha esfumado.

—Lo sé, pero no te estaría confesando la verdad si hubiera pensado seguir adelante. De hecho, lo voy a dejar definitivamente. Para siempre.

—Ya. Lo siento, no cuela.

—Es la verdad. Podría jurártelo por mi madre, pero no sabes cuánto la quiero y es probable que pienses que ni siquiera existe. Tendrás que mirarme a los ojos y leer en ellos.

—¿En los ojos de un mentiroso? ¿De alguien que roba, utiliza y manipula a su antojo? ¿Que juega con los sentimientos de las mujeres para despojarlas de sus bienes? ¿Esos ojos que me han mirado tantas veces contándome mentiras?

—No voy a negarte esto último, pero nunca he enamorado a una mujer para robarle. Coquetear sí, echar un polvo también, pero siempre ha quedado claro que éramos dos adultos que intercambiaban sexo de mutuo acuerdo. Sin amor y sin promesas.

—Lo que no comprendo es por qué me lo has dicho. ¿Tienes idea de la posición en que me colocas al hacerlo? ¿De que debo denunciarte?

—¿Qué vas a denunciar? ¿Un robo que no se va a cometer? Porque no se va a cometer. Ni siquiera sabes quién iba a ser la víctima, cómo o cuándo pensaba llevarlo a cabo. Ni mi nombre real.

—¿Tampoco te llamas Lucas? —inquirió exasperada.

—Sí me llamo Lucas, pero no sabes mi apellido. No tienes mucho para denunciarme. Y el por qué te lo he confesado… eso te lo vas a creer menos.

—Prueba. Quiero ver hasta dónde llega tu inventiva.

Alzó la mirada y la fijó en los ojos marrones que exigían una respuesta.

—Porque me he enamorado de ti, y no quiero seguir mintiéndote. Ni utilizándoos a todas y a Sándalo para mis fines.

Marina bufó, incrédula.

—¡Amor! La eterna palabra con que los hombres tratáis de manipularnos para tenernos comiendo de vuestra mano. ¿Acaso sabes tú que es eso?

—Ahora sí. Marina, y sé que tú también sientes algo por mí.

—No, Joel, o Lucas, o como demonios te llames. Lo que ha habido de forma ocasional entre nosotros ha sido eso que dices, intercambio de sexo entre adultos, sin amor y sin promesas.

—No es cierto. Saltan chispas entre nosotros cada vez que nos miramos. Somos una hoguera cuando estamos juntos, puedo volver a demostrártelo solo con tocarte.

—Inténtalo. Y te arrancaré los dedos a mordiscos —amenazó soltando las manos con brusquedad.

Sabía que lo haría. El dolor había desaparecido de su voz para dejar solo enfado y rabia de nuevo. Lucas no pretendía tocarla, solo había dicho la frase para recordarle una verdad que trataba de negar. Hubo mucho más que sexo entre ellos cuando hicieron el amor.

—No te tocaré. En este momento…

—Ni en este momento ni nunca. Mañana irás a Sándalo y te despedirás de Carmen y Sofía. Les dirás que has encontrado otro trabajo o que se te ha muerto el gato, busca la excusa que prefieras menos la realidad. No quiero que ellas sufran la misma decepción que acabo de sufrir yo, porque te aprecian de verdad. Después te marcharás para no volver. Nunca.

—Marina… sé que estás enfadada, estás en tu derecho… pero no pongas fin a lo que podemos tener antes de que empiece. Soy un ladrón y te he dado un nombre falso, es cierto, pero nunca te he mentido sobre lo que soy. El hombre que he mostrado ante ti no es ficticio, sino mi verdadero yo. Y te quiero. Voy a renunciar por ti a todo mi pasado y mi futuro. Dame una oportunidad, deja pasar un tiempo para que lo asimiles con calma, y volvamos a vernos cuando te sientas capaz de empezar de cero. Pon tú la fecha. Yo esperaré.

—Vete, Joel.

—No soy Joel.

—Para mí, sí. Eres un diseñador que pasó una temporada en mi taller para aprender y labrarse su propio camino. Lo que quieras hacer después ya ni me concierne ni me importa. Diseña, roba o arranca patatas en el campo, es tu vida. Solo te pido que la vivas lejos de mí y de mi *boutique*. Y, por supuesto, de mis clientas. Si escucho el más mínimo rumor de que alguna de ellas ha sufrido un robo, iré a la policía y te denunciaré. Aunque no sepa tu apellido, no dudo de que tienen agentes capaces de dar contigo.

—Está bien. Mañana les diré que tengo otro trabajo y que me marcho fuera de Barcelona.

—Y no te quedarás a echar la jornada completa, aunque se te pagará.

—Iré solo a despedirme, y no es necesario que me pagues nada.

—Ahora es mejor que te vayas.

La miró con tristeza.

—Lamento mucho todo esto. Si pudiera dar marcha atrás, te aseguro…

—Adiós, Joel. —Lo cortó con brusquedad. No quería seguir escuchando sus excusas. Se dirigió a la puerta y la abrió con gesto malhumorado, invitándolo a marcharse.

Cuando se quedó sola, apoyó la frente en la madera con la sensación de que volvía a vivir una pesadilla que la desgarraba por dentro. De que su destino era dejar hombres atrás y un trozo de su corazón con cada uno de ellos.

Capítulo 21

Después de una noche terrible en la que apenas pudo pegar ojo, Marina llegó a Sándalo aquella mañana embutida en la más dura de las corazas. Sabía lo que iba a vivir y había tenido largas horas de insomnio para prepararse. No había llorado, el dolor era tan profundo que no pudo derramar una sola lágrima. Podía llorar con una película, en privado y sin testigos, pero cuando se trataba de ella, de su propio sufrimiento, el dolor se encallecía dentro y era incapaz de dejarlo salir con el alivio del llanto. Ojalá pudiera. Ojalá lograra liberarse de la pesada losa que se había instalado de nuevo en su corazón por culpa de un hombre. Jamás pensó que Joel, o Lucas o como demonios se llamase, llegara a colarse tan hondo en sus sentimientos y a dolerle tanto sus mentiras y su traición. Y su despedida, porque eso era lo que iba a vivir ese día.

Debería decirle adiós con una sonrisa, afirmar que había sido un placer tenerlo unos meses en el equipo y desearle buena suerte, cuando lo que de verdad quería era gritarle, arañarle y borrarle a golpes esa cautivadora sonrisa a la que también ella había sucumbido.

Tendría que dejarlo ir cuando empezaba a pensar que podrían tener un futuro juntos, a aceptar que se había enamorado de él a pesar de lo mucho que había intentado evitarlo. De nuevo tendría que lidiar con el recuerdo amargo de unos besos que se colarían en la noche entre sueños y vigilias. Con el agravante de que el día no traería alivio, sino una silla vacía y la ausencia intangible que sin duda dejaría en el taller y en sus vidas. Era un encantador de serpientes que las había encandilado a todas con su presencia, su sonrisa y su personalidad arrolladora. A modistas y clientas, y debía prepararse para escuchar hablar de él a todas horas, preguntar el motivo de su marcha, y ella debería hacer de tripas corazón y responder con una mentira para justificarlo. No sería como con Marcel, al que durante mucho tiempo no volvió a nombrar y por el que no tuvo que mentir. Esta vez sería mucho más difícil.

Al acercarse a la *boutique*, temprano como solía, lo descubrió recostado en la pared y se dio la vuelta para alejarse hasta que llegaran Carmen o Sofía. No quería verlo a solas, su coraza se quebraría y debía mantenerla a toda costa. Sin embargo, Lucas la había visto y se acercó a grandes zancadas hasta alcanzarla.

—Marina —la agarró del brazo con suavidad para detenerla. Ella quiso sacudirse para librarse del contacto que la quemaba, que dolía en lo más hondo—. No te vayas… espera…

—Suéltame, Joel. No has debido venir tan pronto.

Lucas obedeció y apartó la mano.

—Solo quería preguntarte antes de que lleguen Carmen o Sofía si has cambiado de opinión…

Lo miró con ojos duros y fríos que ocultaban a la perfección lo vulnerable que se sentía. Lo

triste y decepcionada.

—¿Crees que soy de las que cambian de opinión de la noche a la mañana?

—Esperaba que sí. Que la almohada te hubiera aconsejado esperar un poco antes de tomar una decisión tan drástica, tan definitiva. Dame un poco más de tiempo; te quiero… déjame demostrártelo. Sé que mis mentiras te han hecho daño, déjame restañarlo.

—Sigo pensando lo mismo que ayer. Sigo queriendo que te vayas sin romperles el corazón a Carmen y a Sofía. Ellas te aprecian mucho y no se merecen que las hayas utilizado para tus delitos.

—No hay delito esta vez. —Su voz era firme—. Ya te lo dije ayer, lo dejo. Voy a cambiar de vida. No más robos, me ganaré la vida de forma honrada.

La boca de Marina dibujó una sonrisa escéptica.

—¿Y a qué te dedicarás ahora? ¿A los escenarios como me contaste? Desde luego tienes talento para eso, eres un actor consumado.

—A la moda. Tengo un curso de diseño y costura y he aprendido el día a día de un taller con las mejores. Añadir a mi currículum mi experiencia laboral en Sándalo me abrirá puertas.

—Y si añades que te tiraste a la inaccesible Marina Salazar, te abrirá otras cosas —replicó mordaz.

—Eso se quedará entre nosotros, a menos que tú lo divulgues. Solo mi hermano lo sabe.

—Tienes un hermano… Eres una cajita de sorpresas… también mentiste sobre que no tenías familia. Y yo me lo tragué todo como una imbécil.

—Tengo una familia, madre y hermano, que me encantaría compartir contigo. Si tú quieres… si me das la oportunidad de redimirme.

La miró con intensidad, suplicante, como nunca había mirado a una mujer. Sin embargo, solo encontró frialdad en los ojos femeninos.

—¡No lo entiendes! No hay nada de lo que me hayas dicho que sea verdad. No sé quién eres, aunque sí lo que eres. No puedo lidiar con eso.

—Poco de lo que ha dicho Joel Santillana lo es, pero sí hay una cosa cierta. Que me he enamorado de ti. Hasta el punto de que estoy dispuesto a dar un giro a mi vida de ciento ochenta grados, a olvidarme de lo que soy y empezar de cero. Por ti. Contigo.

—Date una vuelta, Joel —recalcó el nombre—, y regresa cuando estén Carmen y Sofía. No quiero seguir escuchando tus excusas ni tus descabelladas proposiciones. Tengo trabajo, voy a perder a un empleado y hay varios modelos que terminar.

—Puedo quedarme hasta…

—No. Te vas hoy.

—De acuerdo… me iré hoy.

Marina aguardó impasible mientras Lucas se alejaba Paseo de Gracia abajo y entró en el taller. Erguida, fría y hermética. Insensible a cualquier intento de aproximación por parte de aquel hombre que, como el ladrón que era, le había robado el corazón. sin piedad. A traición.

***

Lucas volvió diez minutos antes de la hora en que abría la *boutique*, su hora habitual de entrada. Encontró el taller en plena ebullición con las tres mujeres atareadas en sus respectivas mesas de trabajo.

—Buenos días —saludó. La cordialidad en las respuestas que recibió fue muy diferente.

—Buenos días. —Escueta y seca la de Marina

—¡Hola, Joel! —Alegre la de Sofía.

—¡Buenos días! —Comedida la de Carmen, que había percibido la crispación en su jefa.

Paseó la mirada de una a otra y el apremio y la dureza en los ojos de Marina lo instaron a no demorar más el momento que tanto temía. En su fuero interno siempre supo que le costaría dejar aquel taller, pero nunca imaginó cuánto. Respiró hondo y se sentó por última vez en su silla de trabajo para comenzar a exponer el discurso que llevaba preparado.

—Chicas… tengo que deciros una cosa.

Se dirigió a las tres, como si ninguna de ellas supiera nada de antemano. Su voz había perdido el tono jovial, lo que captó de inmediato la atención de las dos modistas, que alzaron los ojos hacia él.

—¡No me digas que vas a casarte con Lily Aranda y por eso estás tan «contento»! —trató de bromear Sofía.

—No, me temo que no me ha pedido matrimonio aún. Ahora en serio… debo daros una noticia que no me resulta nada fácil… Me marcho de Sándalo.

Un espeso silencio se instaló en el taller. Carmen lo miró con suspicacia, Sofía con desolación, y Marina ni siquiera lo miró, haciendo patente que ya lo sabía.

—¿Qué has hecho para que te despidan?

—Nada, Carmen; he sido un buen chico. Nadie me ha despedido, me han ofrecido un trabajo para ocupar un puesto similar al de Marina en una conocida *boutique* de Sevilla. Estudié en una escuela hispalense y uno de mis profesores me ha recomendado. Es una oportunidad que debo aprovechar porque no sé cuándo se me va a presentar otra, por mucho que me cueste irme de aquí. Voy a llevarle mi renuncia a Augusto esta misma mañana, pero quería hablar con vosotras antes.

—¿Hoy?

—Sí, Sofía, me lo notificaron anoche y debo incorporarme de forma inmediata. Apenas tengo tiempo para buscar alojamiento y todo lo que implica un traslado. He venido a despedirme. —Se giró hacia Marina—. Lamento dejarte tirada antes de la fiesta con la carga de trabajo que tenéis, pero no puedo quedarme más tiempo. De verdad que lo siento.

—No te preocupes —respondió esta impasible—. Nos las apañaremos.

—No tengo ninguna duda, sois las mejores.

—Te vamos a echar de menos… —suspiró Sofía.

—Y yo a vosotras, no te imaginas cuánto. Donde voy nadie me echará una bronca cada dos

por tres, y será muy aburrido.

Unas leves sonrisas suavizaron el momento emotivo.

—Dicen que las sevillanas son muy guapas —comentó Carmen a su vez—. No te vas a aburrir tanto, seguro que encuentras alguna distracción.

—Lo son, guardo buenos recuerdos del tiempo que pasé allí. Chicas preciosas, alegres y divertidas, aunque mi corazón siempre estará reservado para Lily Aranda con sus piernas de palillo y su cara inflada de bótox —exclamó con una mano cubriendo el pecho con gesto teatral.

De nuevo unas risas de las modistas se esforzaron en romper el tenso momento de la despedida, mientras Marina cosía impasible con la vista clavada en la tela.

—Chicas, debo irme.

—¿Así, sin una cena de despedida ni nada? Podemos reunirnos a la salida para tomar algo.

—Me temo que no hay tiempo. Me marcho esta misma tarde —afirmó con un hondo suspiro —. ¿Me dais un abrazo?

Se puso de pie y avanzó hacia Sofía en primer lugar. Ella se refugió en sus brazos y susurró con voz entrecortada:

—Ay, Joel…

—Vendré a veros cuando pase por la ciudad.

Tras unos minutos se separaron. Una leve humedad cubría los ojos de la modista y Lucas sintió en el pecho el peso de la despedida. Hubiera deseado quedarse allí, en aquel taller, remallando interminables metros de tela para siempre. Después se volvió hacia Carmen, que lo miró con pena.

—Yo esperaba que te pescara alguna catalana y te quedaras con nosotras —susurró al abrazarlo.

—Soy ave de paso, Carmen. No me dejo pescar.

—Espero que sea cierto eso que has dicho y vengas a vernos cuando estés por Barcelona.

—Por supuesto.

Al mirarse a los ojos, ambos supieron que no lo haría. Que aquella era una despedida para siempre.

Al fin, Lucas se acercó a Marina, que seguía sentada, fingiendo poner atención en su trabajo, y tuvo que pedirle, con la voz ronca por una emoción que le costaba contener:

—¿Tú no vas a darme un abrazo de despedida, jefa?

Marina se levantó. No podía negarse a una petición tan explícita, aunque hubiera preferido que se marchara sin más. Su sola presencia le hacía daño, verlo bromear con las otras le hacía daño, que la llamara jefa le hacía daño. Y saber que nunca más volvería a verlo la estaba rompiendo por dentro por mucha coraza con que se cubriera. Era consciente de que con una sola palabra ella podía detener su marcha, de que él esperaba que lo hiciera. Pero no pudo pronunciarla, se sentía tan traicionada que fue incapaz de hacerlo.

Se dejó abrazar, los brazos de Lucas la envolvieron mientras los de ella permanecían inertes a

ambos lados del cuerpo, negándose a responder. Contuvo la reacción de su propio cuerpo que le pedía abandonarse y sucumbir al abrazo, aunque fuera por unos minutos. La mejilla masculina rozó la suya, mientras la boca le susurró algo al oído tan bajito que apenas pudo entenderlo. Solo la palabra bolsillo llegó más o menos nítida a su cerebro.

Se separó en cuanto pudo, seguir en sus brazos era un error, y carraspeó ligeramente antes de hablar con fingida indiferencia.

—Mucha suerte en tu nueva etapa, Joel.

—Gracias. No os olvidaré. Sándalo ha sido… especial.

Se dio la vuelta y se dirigió a la salida sin que ninguna hiciera el menor intento de acompañarlo. Marina lo vio marcharse sintiendo que con cada paso que lo alejaba el corazón se le rompía un poco más.

—Adiós, Joel —susurró Sofía, mientras en el interior de Marina una voz desgarrada gemía algo diferente: «Adiós, Lucas».

Cuando desapareció tras la puerta dejó un vacío abrumador e insoportable en la estancia.

Carmen se sentó ante la máquina, con la mirada fija en la tela que tenía en ella; Sofía permaneció con la vista clavada en el hueco por donde Lucas se había ido, y Marina, con voz que trataba de parecer normal, sin conseguirlo, musitó una disculpa para salir de la habitación.

—Bajo un momento al almacén. Necesitamos más hilo invisible.

Nadie respondió, dando por buena lo que todas sabían que era un excusa para quedarse unos minutos a solas, y se apresuró a descender la escalera para encontrar un poco de privacidad.

Cuando estuvo lejos de miradas indiscretas cerró los ojos y respiró hondo, tratando de controlar las emociones que pugnaban por escapar.

«Maldito sea el momento en que apareciste por esa puerta para volver del revés mi mundo», pensó. Luego recordó la frase que él le había susurrado y metió la mano en el bolsillo de la bata, para encontrar un papel donde no debería haber más que vacío. Era bueno, no se habría percatado de que hubiera introducido nada en él si no se lo hubiera dicho.

Con mano temblorosa desdobló una cuartilla plegada en cuatro. Un número de teléfono encabezaba unas líneas, pocas, escritas con letra pulcra y clara.

> Este es mi número personal, el que casi nadie conoce. Si cambias de opinión, si logras perdonarme y quieres volver a verme, no dudes en usarlo. No importa el tiempo que pase, siempre esperaré esa llamada.
>
> Te quiero,
>
> Lucas

Se dejó caer sobre una banqueta y apoyó la cabeza contra la pared. Cerró los ojos de nuevo y asimiló que se había ido, porque lo que le pedía era imposible. Nunca podría perdonarle. No obstante, volvió a doblar con cuidado la hoja y la guardó otra vez en el bolsillo.

Cuando subió un rato después, nadie hizo alusión al largo tiempo empleado en buscar unos hilos que estaban bien visibles en una estantería. El taller estaba sumido en el silencio más absoluto y así permaneció el resto de la mañana, roto solo por la máquina de coser en la que Carmen trabajaba.

Al anochecer, Sofía cerró la *boutique*, tarea que solía realizar el ausente, y preguntó:

—¿Necesitas que nos quedemos un rato más?

—Hoy no —rechazó Marina la proposición—. Ha sido un día raro. Yo terminaré esto, que no me llevará más de veinte minutos, pero vosotras podéis iros.

Ambas mujeres se despojaron de las batas y salieron. El taller se sumió aún más en el silencio y la soledad, que se volvió opresiva. Diez minutos después llamaron a la puerta y el corazón de Marina se desbocó. Una sensación de *déjà vu* se apoderó de ella y se planteó no abrir. En aquel momento no podía enfrentarse a él, acababa de despojarse de la férrea contención que llevaba manteniendo todo el día y se encontraba abatida y vulnerable. Una vibración en el móvil le hizo echar un vistazo a un mensaje de Carmen.

CARMEN: Marina, soy yo. Abre.

Con paso vacilante se dirigió a la puerta y giró el picaporte. Sin aguardar invitación la modista entró en el taller.

—Espero no molestarte, pero pensé que tal vez necesitarías hablar.

Marina se dejó caer en una silla y negó con suavidad.

—Estoy bien.

—Ni por asomo. ¿Tú sabías que se iba? No ha parecido sorprenderte la noticia.

—Me llamó anoche para decírmelo

—¿Cómo te lo tomaste?

—Siempre supe que se marcharía. Ya has oído sus palabras, es ave de paso. Más tarde o más temprano este momento tenía que llegar.

—Yo pensé que llegaríais a algo. Entre vosotros había…

—Nada, Carmen —negó rotunda—. Al menos nada importante. Joel es ambicioso, no se quedará en Sándalo remallando eternamente.

—Tal vez lo haría si se lo pidieras.

—Pero no voy a hacerlo. Le ha surgido una oportunidad de avanzar en la profesión y debe aprovecharla.

—Aunque te estés muriendo por dentro.

—Nadie se muere por amor. —Esbozó una sonrisa escéptica—. Y aquí ni siquiera hablamos de eso, solo de un par de polvos.

Carmen esbozó una sonrisa.

—De modo que ha habido polvos.

—Una noche tonta que nunca me hizo pensar en que podría haber algo más. Tensión sexual no resuelta que hubo que resolver.

—Si tú lo dices. Pero sea lo que sea, su partida nos ha afectado a todas, por mucho que lo niegues, de modo que cubre la máquina y vamos a tomarnos algo.

—No me apetece y, además, debo terminar esto.

—Ya lo terminarás mañana. Un par de copas nos hará más llevadera la noche a las dos. Yo

también lo echaré de menos, aunque en otro sentido que tú.

Marina pensó que la noche no podía ser peor que la anterior, ninguna podría serlo, pero aceptó.

—De acuerdo. Vamos.

***

Lucas se presentó en casa de su hermano sin avisar. No solía hacerlo, pero necesitaba compañía. Y un par de copas, que, si las tomara a solas, se podrían convertir en toda una botella de lo mal que se sentía. Si la confesión había sido dura, la despedida lo había devastado. Jamás había experimentado la cara negativa del amor, y la positiva solo por una noche efímera.

Adrián abrió la puerta y solo tuvo que observar el semblante sombrío de Lucas para adivinar el resultado de su conversación con Marina.

—Necesito tu sentido común, tu whisky y tu cuarto de invitados para pasar la noche. Si no tienes compañía, claro.

—Pasa.

—¿Me esperabas?

—Puesto que no me has llamado de inmediato para decirme que todo había ido bien, sí.

Se dejó caer en el sofá, abatido, mientras observaba a su hermano escanciar dos dosis de bebida en sendos vasos, una más generosa que la otra.

—Cuenta.

—Me ha mandado al diablo, como era lo más probable. La otra opción, la de empezar algo juntos, ni ha querido escucharla. —Bebió un largo trago.

—¿Te denunciará?

—No, salvo que alguna de las clientas de la *boutique* sufra un robo.

—Menos mal.

—Pero eso no va a suceder, Adri. Lo dejo de forma definitiva. Para siempre.

—No seas tan drástico. Deja pasar unos meses, como si hubieras dado el golpe, desaparece un tiempo, y luego organizamos algo lejos del mundo de la moda. Quizás fuera de España, para que no pueda relacionarte.

—No. Lo tengo decidido. Tendrás que seguir sin mí. Pero antes de hacerlo debo aclararte que no es solo Marina quien ha influido en mi decisión. Cuando vi el dolor que mi confesión le provocaba pensé en nuestra madre, y en cómo le afectaría una noticia semejante. Llevamos muchos años en esto, bailando en la cuerda floja, y tal vez en algún momento la suerte se nos acabe. Ya no es joven, y averiguar lo que papá y después nosotros somos, la destrozaría. Nunca se recuperaría de algo así. No quiero ver en sus ojos el mismo dolor, la misma decepción que contemplé en los de Marina. Lo siento, Adri, yo lo dejo. No es una decisión tomada a la ligera.

—¿Podrás vivir sin la adrenalina, sin la emoción?

—Después de estos meses en el taller de Sándalo, sí. Estoy seguro. Tataré de recuperar a Marina de alguna forma; no sé si lo lograré, pero, aunque no sea así, quiero una vida normal,

poder permitirme alguna multa de tráfico, salir a tomar una copa sin ocultarme durante meses, buscar mi sitio y echar raíces en él. Ir a comer con mamá sin sentirme culpable, sin mentirle. Estoy cansado de fingir, de meterme en personajes que no soy. Quiero ser yo mismo cada minuto del día. Lucas Ortiz me gusta, y apenas disfruto de él.

—Veo que lo tienes claro.

—Sí, muy claro. Por supuesto no tienes que secundarme.

—No sé, Lucas. Siempre hemos trabajado juntos, con la certeza y la seguridad que da tener la familia al lado. Quizás sea el momento de dejarlo, lo que dices de mamá es cierto, a mí también me cuesta. Aunque nunca me he planteado hacer a otra cosa.

—Puedes dedicarte a tu trabajo pantalla como diseñador gráfico, o inversor en bolsa, que se te da de maravilla. —Adrián había invertido el dinero ganado por ambos, aumentándolo de forma considerable—. O encontrar otro que te satisfaga. Al igual que yo, tienes suficiente en el banco para vivir el resto de tu vida tocándote las narices, pero ninguno somos personas de estar ociosas.

—Lo pensaré. ¿Y tú? ¿Qué harás?

—Desaparecer un tiempo en mi casa de Menorca, como siempre. Allí trataré de buscar una forma de redimirme ante los ojos de Marina. No quiero tirar la toalla sin luchar; debo, al menos, intentar recuperarla.

—¿Alguna idea?

—No. Ahora mismo no soy capaz de pensar, solo puedo sentir la pérdida, el adiós de esta mañana. Tuve que pedirle un abrazo de despedida, me dejaba ir con un simple buena suerte, sin mirarme siquiera a los ojos. —Se lamentó con tristeza—. Y no me lo devolvió, permaneció fría y rígida en mis brazos con las manos pegadas a los costados mientras yo me sentía morir. Alejarme de Sándalo ha sido lo más duro que he tenido que vivir, después de la muerte de nuestro padre. He sido feliz en aquel taller, Adrián, muy feliz. Estoy dispuesto a lo que sea por recuperarlo. Por tenerla a ella en mi vida.

—En ese caso, solo puedo decir que lo intentes. Yo te apoyaré en lo que haga falta, ya sabes que puedes contar conmigo para todo.

—Gracias. Ahora, lo que necesito es tu whisky.

—Y algo de cena. Las cogorzas de amor con el estómago vacío vuelven a la gente muy patética.

—De acuerdo, también algo de cena.

Aceptó, consciente de que Adrián había tomado el papel de hermano mayor y se empeñaba en cuidar de él como si fuera un crío. Le dejaría hacer, porque en aquel momento necesitaba a su hermano y el apoyo que le estaba prestando. Después se dedicaría con ahínco a encontrar la forma de que Marina lo perdonase. Si había una cosa que Lucas Ortiz no sabía hacer era rendirse. Lucharía por ella con uñas y dientes y, si al final no conseguía que quisiera tener una relación con él, al menos obtendría su perdón. Se lo prometió a sí mismo, mientas se perdía en el

segundo vaso de whisky.

Capítulo 22

La fecha de la fiesta se acercaba inexorable. El taller hervía de actividad, la ausencia de Lucas las había obligado a establecer horarios más intempestivos y agotadores. Aun así, Marina no lograba dormir por las noches. Trataba de justificarlo ante los demás y ante sí misma por el estrés previo a la entrega de los modelos, pero por muy agotada que estuviera, en cuanto caía en la cama sus ojos se negaban a cerrarse y su mente comenzaba a divagar sobre todo lo que Lucas, ya no conseguía pensar en él como Joel, le había contado sobre su vida. No sabía qué podía creer y qué no.

Tuvo que enfrentarse a las inquisitivas preguntas de las clientas, que no entendían su inesperada desaparición, y explicar una y otra vez la versión de su traslado a Sevilla por una oferta de trabajo más lucrativa e interesante. Lily fue especialmente difícil, pues la acusó de despedirlo porque se estaba interesando por ella. Marina hizo acopio de toda su profesionalidad para no gritarle y explicarle lo que de verdad pensaban todos, Lucas incluido, de ella. Salió del probador y dejó que Carmen terminara de atender la rabieta que la marcha del encargado le ocasionó.

Marta Sarriá, en cambio, lo acepó con deportividad y solo susurró que esperaba que cubrieran la plaza pronto con alguien de parecidas características, profesionalidad y simpatía. Era evidente que para ella Joel Santillana solo había sido uno más de los hombres que pululaban a su alrededor, y fácilmente sustituible.

En el probador aguzaba el oído por si acaso escuchaba la palabra robo o cualquier sinónimo de la misma, que hubiera sufrido alguna de las clientas, pero no fue así. También husmeaba con avidez en periódicos e informativos, temerosa de descubrir que Lucas pudiera estar implicado en un delito, e incluso que lo hubieran detenido. No terminaba de creer que lo hubiera dejado todo, que hubiera puesto fin a su actividad dolosa y menos que lo hubiera hecho por ella. Era tentador creerlo, pero no era ninguna ingenua; el amor que lo redime todo, que cambia a las personas, no existía.

Por otra parte, el taller parecía desangelado sin su presencia, el trabajo más tedioso y aburrido y los ánimos de las tres mucho más sombríos sin las continuas bromas y salidas de tono de Lucas. Lo echaba de menos con cada fibra de su ser, y no solo al hombre del que se había enamorado, sino también al compañero alegre y divertido que les hacía más llevaderas las horas de trabajo.

Anhelaba con todas sus fuerzas terminar los encargos de la fiesta y tomarse unas merecidas vacaciones, salir por unos días de la atmósfera opresora del taller, de Barcelona y de todo lo que

le recordase a Lucas. Buscar refugio una vez más en casa de sus padres para lamerse las heridas del corazón.

Al fin, los vestidos se entregaron a tiempo, aunque las últimas cuarenta y ocho horas apenas hubieran dormido. Cuando el último salió del taller, a media tarde del miércoles, Marina mandó a casa a Carmen y a Sofía, que se caían de agotamiento.

—Marchaos a descansar —les dijo.

—¿Y tú? Estás tan cansada como nosotras.

—Aguantaré hasta las ocho. La *boutique* no puede cerrar antes. Aprovecharé para ordenar un poco este caos —dijo señalando el taller, por el que parecía haber pasado un ciclón. Siempre era así en periodos de muchas prisas y estrés, se sacaba material que no se devolvía a su sitio de inmediato, la limpieza diaria era superficial, había trozos de tela, hilos, cremalleras y botones diseminados por doquier.

—¿Y si entra alguien?

—Lo atenderé, yo solía hacerlo antes de que contrataran a Joel. Y le daré cita para dentro de un par de días. Luego me iré a casa a dormir hasta mañana.

—Y no te molestes en llegar temprano. No te queremos ver por aquí hasta las diez por lo menos. Horario de tienda.

—Lo haré, os lo prometo. Ahora descansad, que os hace falta.

—Tú también.

Salieron del taller y Marina se enfrentó al caos. Le molestaba mucho trabajar con desorden, pero había sido imposible contenerlo durante los últimos días, no había tiempo más que para rematar, planchar, ajustar y terminar. Estiró la entumecida espalda con trabajo y comenzó por retirar los trozos de tela sobrantes, que guardó en una cesta para bajarlos al almacén. Luego, recopiló las bobinas de hilo diseminada sin ningún tipo de orden sobre las mesas de trabajo. No quería sentarse porque corría el riesgo de quedarse dormida. Llevaba acusando el insomnio desde que Lucas se fue y su agotado organismo estaba a punto de derrumbarse, exhausto.

Por fortuna nadie entró en la *boutique* durante las últimas horas de la tarde. A las ocho en punto cerró la puerta de cristal y se dirigió de nuevo al taller. Terminar de ordenarlo no le llevaría más de quince minutos por lo que decidió hacerlo, para comenzar al día siguiente en un entorno de trabajo aceptable. Una llamada entrante hizo vibrar su móvil, situado sobre la mesa.

Una simple ojeada a la pantalla le hizo saber quién llamaba, a pesar de que no estaba registrado entre los contactos. Su traicionero subconsciente había memorizado el número cuando lo leyó en el papel que Lucas deslizara en el bolsillo de su bata de trabajo. Ni siquiera se planteó ignorar la llamada, estaba segura de que insistiría una y otra vez hasta hablar con ella. Se dejó caer en una silla para responder.

—¿Diga?

—Marina… soy yo.

—Sé quién eres. ¿Por qué llamas?

—Para hablar.

—No tenemos nada que decirnos.

—¿Sigues pensando lo mismo? Confiaba en que, tal vez, después de unos días habrías cambiado de opinión.

—Por supuesto que pienso lo mismo. —«Te echo terriblemente de menos, pero pienso lo mismo».

—Marina, por favor… no te cierres en banda. Estoy aquí fuera, ábreme y hablemos cara a cara.

—¿Fuera, dónde? —preguntó con temor. No quería verlo, no estaba segura de aguantar el tipo. Lo extrañaba, estaba cansada y se moría por perderse en sus brazos y dejarse llevar. Por acurrucarse contra su cuerpo y dormir muchas horas seguidas.

—En la calle. Acabo de verte cerrar la *boutique*, y si lo has hecho tú es porque ni Sofía ni Carmen están ahí. Déjame entrar. Hablemos.

—Estamos hablando. Di lo que sea y vete.

—Está bien. Solo quiero insistir de nuevo en mis sentimientos por ti. Estoy enamorado y no quiero decirte adiós para siempre. Necesito que me conozcas, al margen de la profesión que he desempeñado hasta ahora, pero eso es pasado. A Lucas, al hombre. Sé que también tu sientes algo por mí, no habrías venido a mi casa ni pasado toda una noche conmigo si no fuera así. He leído en tu mirada algo más que deseo. Sé que puedo hacer que perdones mis mentiras, mi camuflaje como Joel.

—No te negaré que estás en lo cierto, no paso la noche con hombres que me son indiferentes. Pero si hay algo que no puedo perdonar es la mentira y la traición. Tal vez estés pagando por los pecados de otro, aunque también tienes los tuyos, no estás libre de culpa. Viniste a Sándalo con fines delictivos y no sé hasta qué punto nos involucraste en ellos. No me puedo creer nada de lo que me dices ni que vayas a cambiar por mí.

—Te estoy diciendo la verdad. Te lo contaré todo. Mi intención era que alguna de las clientas me invitara a ir a la fiesta en calidad de acompañante para dar allí el golpe, robar alguna de las joyas y luego desaparecer; pero no lo haré. Ni Sándalo ni vosotras os veréis implicadas en ningún delito porque no habrá delito. Voy a irme de Barcelona una temporada. Tengo una casa preciosa en Menorca, al lado del mar. Discreta y apartada. Coge unos días de vacaciones y reúnete conmigo, pasemos juntos una semana. Nadie tiene por qué saberlo. No te pido más. Si después de esa semana sigues sin creerme, sin poder perdonarme, te diré adiós y te dejaré en paz. Ni siquiera tiene que haber sexo entre nosotros. Una semana, Marina. Por favor.

—Ni borracha me creeré que no habría sexo durante toda una semana, eres un encantador de serpientes y tratarías de seducirme desde el primer momento.

—¿Y tú no te consideras capaz de resistir sin caer en la tentación? ¿Es eso, tienes miedo de ceder? ¿De que lo que sientes por mí sea más fuerte que tu enfado, que tu orgullo de mujer traicionada? ¿Por eso no abres la puerta en este momento para mantener una simple conversación

conmigo, cara a cara? ¿Porque temes la atracción y el deseo que hay entre nosotros?

—El deseo no tiene nada que ver, y los sentimientos tampoco. No los voy a negar; me estaba enamorando de ti, empezaba a confiar y a pensar que podía haber algo entre nosotros. Pero no eres el hombre que yo creía, del que me estaba enamorando, y una semana no cambiará eso, me acueste o no contigo.

—Sí soy ese hombre, déjame demostrártelo.

—Lo siento. No puedo creer que vayas a cambiar, y menos que lo hagas por mí.

—¿Qué debo hacer para convencerte? ¿Entregarme? ¿Quieres que pase una temporada en la cárcel para expiar mis delitos? Estoy dispuesto.

La sola idea le resultó aterradora. Imaginarlo encerrado, a merced de otros presos, de cuidadores insensibles, fue más de lo que pudo soportar. Era un farol, tenía que ser un farol.

—No lo hagas. Solo quiero que me dejes en paz.

—No pienso rendirme. Voy a demostrarte sin género de dudas que he cambiado de vida. Y que lo he hecho por ti.

—Lucas, déjalo.

Se hizo un breve silencio en la línea.

—Vuelve a decirlo. Vuelve a pronunciar mi nombre.

—Lucas…

—La próxima vez que lo digas, estaremos cara a cara. Y serás tú quien me haya llamado. Porque conseguiré que me perdones, aunque para ello tenga que robarte el corazón.

—Vete. Estoy agotada, llevo noches sin dormir, trabajando sin descanso. En un rato saldré y no quiero que estés en la puerta. Por favor.

—De acuerdo. Pero volveremos a vernos.

Cortó la llamada. Marina se derrumbó contra el respaldo, exhausta y abatida. Nada deseaba más que poder olvidar el pasado de Lucas, sus mentiras y traiciones. Pero se conocía lo suficiente para saber que no lo conseguiría, que ese escollo estaría siempre entre ambos. La oferta de una semana con él era tentadora, demasiado. Pero a la larga no funcionaria. La sombra de su pasado estaría siempre presente.

Dejó transcurrir media hora, en la que desistió de seguir ordenando el taller, y salió. Para su alivio la calle estaba vacía y apresuró el paso hacia el garaje. No vio la sombra oscura que se ocultaba en el interior de un portal cercano y que la contemplaba sin hacerse notar.

***

La noche de la fiesta Marina se sentía incapaz de quedarse quieta, y mucho menos en casa. Lucas le había dicho que su intención era acudir a la misma como acompañante de alguna de las clientas de la *boutique* para robar una joya, pero que había desistido de hacerlo. Deseosa de averiguar cuánto había de verdad en sus palabras se apostó en el coche en un lugar cercano desde el que tenía acceso a la entrada. Vería a cuantos invitados entraran a la misma. Con cada vehículo que se detenía en la puerta el corazón le palpitaba con fuerza, temerosa de descubrir a

Lucas descendiendo de él, y en una flagrante mentira más.

Sin embargo, aunque en un par de ocasiones la estatura y complexión de unos invitados la indujeron a pensar que se trataba de él, pronto quedó claro que se equivocaba. Ninguno de ellos tenía la forma de andar elástica y ágil que lo caracterizaba, y eso no se podía fingir ni disimular. También, al atisbar sus facciones aunque fuera de forma fugaz, se convenció de que no se trataba del hombre que temía encontrar allí.

Permaneció mucho rato observando hasta que creyó imposible que acudiera nadie más y se marchó con sentimientos contradictorios. Lucas había dicho la verdad sobre la fiesta. Ya no estaba tan segura del resto. De si estaría en Menorca y si se habría ido solo. No se lo imaginaba en una casa apartada y sin compañía femenina. Aunque ese tal vez fuera Joel y no Lucas. Porque a Lucas nunca lo llegó a conocer, aunque él afirmara lo contrario. Y ya no lo conocería jamás.

La desazón no se calmaba, las ganas de creerlo la carcomían por dentro, pero al final siempre ganaban la sensatez y, sobre todo, el orgullo.

Decidió que había llegado el momento de tomarse sus merecidas vacaciones y que seguiría adelante con sus planes de viajar a Francia para pasarlos con sus padres. Se dejaría mimar, tendría la mente ocupada, y cuando volviera habría superado el mal momento. Tendría las cosas más claras. Apartaría de su mente la invitación, y la tentación, de una casa paradisíaca en una isla y una semana con Lucas, alejados de todo. No funcionaría, se repetía a menudo. No funcionaría, se dijo una vez más.

***

Lucas borró las huellas de Joel Santillana en la ciudad condal. Canceló el contrato de alquiler del apartamento del barrio de Sants, guardó a buen recaudo la documentación a nombre del diseñador en la caja de seguridad de un banco por si en algún momento necesitaba usarla de nuevo, y con su verdadero nombre reservó una plaza de avión con destino a Menorca. Tal como le dijera a Marina, desaparecería de Barcelona un tiempo, mientras organizaba la estrategia del plan que tenía en mente y que aún debería madurar. Un plan arriesgado, pero si conseguía que ella creyera en su firme voluntad de cambiar de vida, valdría la pena.

Siempre había estado en la cuerda floja, y la recompensa, en esta ocasión, sería mucho más que unos miles de euros. Y si Marina, a pesar de todo, seguía sin aceptarlo en su vida, al menos lo habría intentado.

No era de los que se rendían sin luchar, y si quería tener éxito, debía cuidar muy bien los detalles. En esta ocasión no tendría a Adrián a su lado. No le haría correr un riesgo que le correspondía solo a él y tampoco deseaba escuchar que su idea le parecía una locura. Sin duda lo era, porque volvería a abrir una caja de Pandora que ya estaba cerrada —y sellada—, pero no se le ocurría otra forma de demostrar a Marina la firmeza de sus intenciones. Lo había convencido de que se retiraba a su casa de Menorca a descansar y a curarse las heridas de amor, y su hermano, que aún no tenía decidido si abandonar también la vida delictiva o continuar sin él, pensaba embarcarse en un crucero de lujo para sopesar sus posibilidades en solitario. Mujeres

hermosas y mucho dinero; Adrián pasaría un mes de septiembre mucho más agradable que el suyo.

Capítulo 23

Desde el mismo instante en que Marina subió al coche, con la decisión tomada de pasar sus quince días de vacaciones en Montpellier con sus padres e ignorar cualquier otra opción, comenzó a sentirse mejor.

Sus progenitores y la soleada casa familiar siempre habían sido su mejor refugio en los malos momentos; la paz de aquel porche abierto al jardín, los mimos de Paulette y las largas partidas de juegos de mesa con Evaristo, un bálsamo para su alma cuando necesitaba consuelo. Y en aquel momento lo necesitaba, y mucho.

Después de cortar con Marcel, con el alma desgarrada, sin hogar y sin trabajo porque lo abandonó todo en un impulso —incapaz de continuar con la vida que tenía—, el calor de la casa familiar y los brazos de sus padres la habían recompuesto y ayudado a seguir adelante. Nunca cuestionaron su decisión, que ahora se cuestionaba ella misma, de renunciar a un futuro prometedor en el taller de Éric Tibusch y esconderse en Montpellier durante el difícil proceso de divorcio y los meses posteriores, hasta decidir qué haría en el futuro. También aceptaron su marcha a Barcelona para trabajar como modista y encargada de una *boutique* que perdía clientela a pasos agigantados. Un puesto muy por debajo de sus capacidades. Siempre habían respetado sus decisiones, limitándose a ofrecer apoyo y refugio.

Tal como harían ahora, pensaba mientras el coche devoraba los doscientos cuarenta y cinco kilómetros que separaban Barcelona de su lugar de destino. Sabrían nada más verla que volvía a tener el corazón roto, y volverían a ser su bálsamo y su mejor medicina.

Sin embargo, había una gran diferencia con lo sucedido seis años atrás, y era que entonces, a pesar del dolor, tenía muy claro lo que deseaba hacer, mientras que ahora el corazón batallaba con la cabeza en una lucha feroz por imponerse al sentido común y a la sensatez. Por mucho que se repitiera una y otra vez que nunca podría olvidar lo que Lucas era, que no confiaba en sus palabras, que encerrarse con él en Menorca durante una semana no solucionaría sus problemas y solo haría que se enamorase más. La decepción, después, sería mayor y más dolorosa, estaba segura. Pero una vocecita tenue, pero insistente, susurraba sin cesar en lo más recóndito de su mente: «¿Y si dice la verdad?» «¿Por qué no le das la oportunidad?» «¿Qué puedes perder?».

La acallaba de inmediato, porque podía perder mucho. Su corazón ya no, ya no le pertenecía, pero sí su autoestima, su dignidad y su orgullo. Tolo lo que la había salvado años atrás. Por eso, llamó a su madre para decirle que preparase su habitación, sabiendo que la decisión estaba tomada y que ya no había marcha atrás.

Las dos horas de camino se le hicieron cortas, le gustaba conducir sobre todo fuera de la

ciudad. Devorar kilómetros a una velocidad moderada la relajaba y cuando llegó a casa de sus padres, tenía la firme decisión de disfrutar de su compañía y de unas vacaciones que tenía más que merecidas. Carmen y Sofía habían insistido en que cogiera el primer turno, y había aceptado. Necesitaba alejarse del taller, de la silla vacía de Lucas y del probador, sobre cuyo duro suelo se habían amado con una pasión imposible de controlar.

El abrazo de oso de su padre, un hombre grande del que había heredado su estatura, y la taza de café de su madre tras los besos de rigor, la recibieron al llegar. «Estoy en casa», se dijo. Y en ningún otro lugar podría estar mejor.

La estancia en Montpellier transcurrió plácida en su mayor parte. Abundante comida francesa cocinada por las manos de Paulette, largos paseos por la cercana playa del Petit Travers a la que solía escaparse cuando quería estar sola, veladas en el porche y charlas hasta la madrugada con su madre o partidas de ajedrez con Evaristo, llenaban sus días, y solo parte de sus noches. No calmaban la ansiedad que le producía el sonido o la vibración del móvil cuando sonaba, aunque esto solo sucedió en dos ocasiones. En ambas la llamada era de Carmen para consultarle un asunto de trabajo y preguntarle cómo estaba. Su compañera sabía lo que sentía por Lucas, y el dolor de su marcha. Aunque no supiera todo lo demás.

Aquella noche, cuando solo faltaban cuatro días para el regreso, se habían quedado solas madre e hija, sentadas en el porche, con una copa de vino en la mano. Charlaban con calma sobre temas banales y la placidez del momento fue de nuevo interrumpida por una llamada entrante en el móvil situado sobre la mesa. Marina dio un respingo, a pesar de lo tardío de la hora, las doce y cuarto de la noche. La pantalla se iluminó con las palabras número desconocido, y se apresuró a responder alejándose unos pasos de la mirada tranquila de su madre. Las manos le temblaban y la voz sonó insegura al responder.

—¿Diga?

Una voz femenina, hablando en francés, preguntó por Ivonne. Respondió en el mismo idioma que se había equivocado y regresó junto a Paulette.

—Una equivocación —dijo tratando de calmar su agitado ritmo cardiaco.

—¿Quieres hablar de ello?

—¿De la equivocación? Preguntaban por Ivonne y no conozco a nadie con ese nombre.

—De tu reacción. Te has alterado y ahora la decepción es más que evidente en tu rostro y en tu voz. ¿Esperas alguna llamada que no llega?

—No; en realidad no —admitió con pesar—. Es solo que me ha sorprendido que sonara el teléfono a estas horas de la noche. Carmen no lo haría tan tarde, aunque hubiera una emergencia en la *boutique*.

—Tú no pensabas que se tratara de Carmen.

Marina dio un largo sorbo a su copa.

—No, no lo pensaba. A esas horas solo se me ocurre una persona que pudiera hacerlo.

—Y te ha decepcionado que no fuera él.

—No. Sí.

—¿Quieres contármelo? Tal vez te venga bien desahogarte.

—He vuelto a enamorarme del hombre equivocado —admitió—. Me estoy haciendo una experta en ello.

—¿No te corresponde?

Miró lentamente el líquido oscuro de la copa antes de añadir:

—Dice que sí.

—¿Casado?

—No es ese el problema. Por lo que sé, está soltero. Pero tiene un pasado turbio que me ocultó. Después de Marcel, si hay algo que no soporto es que me mientan.

—¿Lo descubriste de mala forma?

—Me lo confesó él mismo.

—Entonces no te mintió, al menos no del todo.

—Le echó huevos, hay que reconocerlo. Se sinceró conmigo y me dijo que iba a cambiar por mí. No puedo creerlo. Tampoco estoy autorizada a contarte su secreto.

—Ni quiero que lo hagas. Si en algún momento estáis juntos no deseo que nada empañe la primera impresión que me cause.

Marina apuró su copa y Paulette alargó la mano hacia la botella, sirviendo una segunda.

—No vamos a estar juntos. Y si lo conocieras, la primera impresión sería fabulosa. Las mujeres babean a su alrededor. Incluida yo, por mucho que me haya esforzado en lo contrario. Es atractivo, sexi, carismático… —«y ladrón, y mentiroso, y… se ha rendido, aunque me haya asegurado lo contrario»—. Me invitó a pasar las vacaciones con él en Menorca. Cuando ha sonado el teléfono hace un rato pensé que estaba insistiendo, de ahí mi sobresalto.

—Llámalo tú. Aún te quedan unos días y Menorca está a unas horas de avión.

—No, es mejor así. No pasaré página si pienso que aún hay posibilidades. Y necesito pasar página. Volver al trabajo, olvidar que lo conocí. Pude hacerlo con Marcel y lo conseguiré de nuevo.

—¿Es igual que con Marcel?

—No, no lo es. —«Con Marcel yo tenía claro que quería sacarlo de mi vida. Con Lucas, me debato entre lo que es y lo que podría ser»—. Pero lo conseguiré igual.

—En ese caso, si estás tan convencida, disfrutaremos de tu compañía hasta el final de las vacaciones.

***

Lucas, atrincherado en su casa menorquina, un chalet de una planta situado en una loma, rodeado de un porche cubierto en dos de sus caras y con vistas al mar, trabajaba incansable poniendo en marcha un plan para conquistar a Marina. Para ello debería vender alguna de sus propiedades, en las que había invertido parte de sus ganancias y que mantenía en alquiler por temporadas. Eran una pantalla perfecta para camuflar las ganancias producto de los robos y

además le generaban pingues beneficios. Sabía que el chalet de Menorca era el que tenía más valor, pero esa era la que consideraba su casa, aunque solo viviera en ella de forma esporádica, el lugar al que volver. Al que llevaría a Marina algún día si conseguía solucionar las cosas con ella. Nunca lo había alquilado, ni compartido con nadie. Jamás una mujer había puesto sus pies allí y en ningún momento se sintió solo en la gran casa. Hasta ese verano. Hasta que había imaginado pasar una semana con ella, tumbados plácidamente en el borde de la piscina o en la arena tibia de la playa a la que se accedía por un estrecho camino de tierra. Una cala bastante solitaria y poco conocida debido a su falta de infraestructuras. Ni hoteles cerca, ni bares o restaurantes, solo arena, mar y tranquilidad.

Durante los veinte días que duraron los trámites para poner en venta el apartamento turístico que tenía en Santander, uno de los dos que había ofrecido a la inmobiliaria como posibles opciones y el primero en presentar compradores interesados, permaneció en la isla.

En varias ocasiones estuvo tentado de llamar a Marina. No sabía nada de ella desde la noche que la vio pasar ante el portal donde se ocultaba, con aspecto cansado, triste y abatido. Esa noche tuvo que hacer un gran esfuerzo para respetar su deseo, para no salir, abrazarla y borrar a besos el ceño que sabía frunciría al verlo. Ese ceño que él había comenzado a adorar. Sin embargo, había logrado mantenerse firme y esperar hasta que hubiera llevado a cabo su plan.

Una vez realizada la venta del apartamento, se trasladó a Madrid. Necesitaba la movilidad que le ofrecía la gran ciudad, su red de comunicaciones y también estar lejos de Barcelona, porque si la tenía cerca no lograría mantenerse alejado de Sándalo ni de Marina. La buscaría, la observaría a la entrada y salida y con toda probabilidad lo estropearía todo. La echaba demasiado de menos. Sus miradas aviesas no exentas de deseo, sus frases irritantes, sus regañinas. La pasión con que se habían abalanzado uno sobre el otro en el suelo del probador. El recuerdo de su noche juntos lo mantenía excitado como un adolescente en celo. Y el largo periodo de tiempo que le llevaría completar su tarea se le antojaba frustrante. Sin embargo, debía ser cuidadoso y no precipitarse, porque un fallo podía ser terrible para él. Para ambos. La paciencia era algo primordial en su profesión, siempre había hecho gala de ella y no iba a precipitarse ahora, cuando se jugaba tanto.

Capítulo 24

Cinco meses después

Tras las vacaciones, que se fueron tomando las tres componentes del equipo de Sándalo de forma escalonada, comenzaron a preparar los modelos de otoño. La vida en el taller era una sucesión de estaciones y cada una de ellas llevaba consigo una época de tarea intensa, alternada con otras más relajadas.

Después de que Lucas presentara su renuncia a Augusto este intentó contratar un nuevo encargado de tienda, con nefasto resultado. Dos hombres pasaron por el puesto sin que ninguno de ellos hubiera superado la semana de prueba. Las clientas se negaban a que las atendiera y solicitaban la presencia y el consejo de Marina, por lo que el dueño de la *boutique* se dio por vencido y dejó de buscar candidatos para sustituir a aquel primer empleado, que parecía único y especial.

Las tres mujeres lo agradecieron, nadie cubriría el hueco que, para ellas, Joel dejó vacío, ni en la *boutique* ni en el taller y mucho menos en el corazón de todas. Sofía, la más parlanchina, lo nombraba a menudo recordando anécdotas del tiempo que compartieron con él. De las dos noches que salieron a tomar algo juntos. De los descarados coqueteos de algunas clientas.

En esas ocasiones Carmen miraba a Marina de soslayo, pero esta permanecía fría e impasible ante cualquier comentario. Cubierta de nuevo con la coraza para ocultar la decepción que la embargaba.

Habían pasado cinco meses desde la última vez que habló con Lucas por teléfono, desde que él le confesara una vez más su amor y le prometiera que lograría hacerse perdonar. Pero tenía claro que, en vez de eso, se había limitado a pasar página. Ni una llamada, ni un simple mensaje de WhatsApp para hacerle saber que estaba vivo. Que seguía interesado en ella. Ni siquiera una felicitación por Navidad, que estuvo esperando con avidez y que nunca llegó.

Cada vez tenía más claro que Lucas había seguido con su vida, incapaz de renunciar a sus robos, y que en algún lugar habría reaparecido con una nueva identidad buscando incautas a las que esquilmar. Mujeres a las que enamorar y dejar atrás sin remordimientos una vez hubieran servido a sus fines.

También se le pasó alguna vez por la cabeza la idea de que lo hubieran atrapado o se hubiera entregado. De que estuviera pudriéndose en alguna cárcel sin ponerse en contacto con ella, cumpliendo una condena para redimirse a sus ojos. Luego se decía que no fuera idiota, que no era ese el motivo de que hubiera desaparecido de la faz de la tierra. Que todo era más sencillo, más prosaico.

A cada día que pasaba se alegraba más de no haber aceptado la invitación de irse una semana con él a Menorca, de haber mantenido sus sentimientos bien atados, porque en caso contrario todo sería mucho más difícil de sobrellevar.

Las estaciones se sucedían, con su carga de trabajo habitual, y hacía ya mucho que había asumido que jamás volvería a saber de Lucas.

Febrero llegaba a su fin y estaba inmersa en el diseño de la nueva colección, que presentarían a finales de primavera. Una colección que tendría que vender ella misma, sin la ayuda de un carismático encargado de tienda, cuando una tarde —y de forma inesperada— Sofía hizo un comentario que la obligó a levantar la cabeza del cuaderno de bocetos.

—¡De nuevo ha vuelto a dar señales de vida el ladrón arrepentido! Ya es la cuarta vez. Parece sacado de una película romántica.

—¿Un ladrón arrepentido? ¿De qué hablas? —El corazón comenzó a latirle con fuerza, desbocado dentro del pecho.

—¿No has oído nada sobre él? ¿En qué mundo vives? Se trata de un ladrón de joyas que, desde hace algo más de un mes, está devolviendo lo robado con una nota de disculpa. Está haciendo hervir todas las redes sociales. Tiene gente a favor y también detractores, incluso entre las personas a las que ha devuelto cosas. Hay quien cobró el seguro y prefiere el dinero, que tendrá que devolver, al objeto. Otros están agradecidos, y la polémica, servida

Marina cogió el móvil y buscó la noticia en las redes. También en un periódico digital, para contrastar la fiabilidad de la noticia.

> «De nuevo el misterioso ladrón ha devuelto una joya robada hace tres años. Se trata esta vez de un brazalete de rubíes y diamantes valorado en un cuarto de millón de euros. La antigüedad del diseño hace suponer que se trata de una alhaja de familia, muy apreciada por sus propietarios.
>
> El *modus operandi* es el mismo de las otras veces: un envío a través de una empresa de paquetería, imposible de rastrear y que ha recorrido medio mundo, con una nota de disculpa, firmada por J. No explica el motivo de su devolución, ni si lo impulsa el remordimiento o alguna otra razón. Hay quien piensa en un arrepentimiento de índole religiosa, una penitencia impuesta en confesión, o algún tipo de locura. De lo que no hay duda es de que está arriesgando y de que la policía anda tras su pista.»

«Joder».

Buscó febrilmente otras noticias relacionadas con el tema, cada vez más descompuesta. Cada vez más segura de la identidad del misterioso ladrón y más asustada. Ignoró las miradas de preocupación que le lanzaban Carmen y Sofía y siguió leyendo. Todo lo devuelto eran joyas antiguas, no siempre en exceso valiosas. El móvil le temblaba en la mano mientras devoraba las publicaciones y los comentarios en redes sociales.

—Marina… ¿te encuentras bien?

La pregunta de Carmen la pilló desprevenida.

—¿Eh? Sí.

—Te has puesto pálida de repente.

—Solo estoy un poco descompuesta. La comida ha debido sentarme mal. Voy a salir un

momento a que me dé el aire.

—Está lloviendo a mares.

—No importa. Necesito salir… necesito… —«llamar por teléfono y averiguar qué está pasando».

Sin agarrar siquiera el grueso abrigo acolchado e impermeable salió del taller y se resguardó en los soportales de la *boutique*. Respiró hondo el aire húmedo que se negaba a entrar en sus pulmones y no tuvo problema en rescatar de su memoria el número de teléfono que Lucas le diera meses atrás. Sonó una vez y se cortó, como si lo hubieran apagado de forma precipitada.

«¿No quieres responder o no puedes? ¿Qué demonios estás haciendo?».

Tras aguardar unos minutos para recomponerse, entró de nuevo al taller. Se sentía desfallecer de la impotencia, del miedo. Necesitaba saber si Lucas era el misterioso ladrón que estaba devolviendo el producto de lo robado. Tenía pocas dudas de ello, porque nadie estaba tan loco como para arriesgarse tanto. Solo él. Por ella. Necesitaba saber que estaba bien, que su negativa a darle una oportunidad, a perdonarlo, no lo estaba llevando de cabeza al presidio.

«Maldito loco. Respóndeme al menos al móvil y sácame de dudas».

—¿Estás mejor? —le preguntó Sofía cuando entró de nuevo a la calidez de la habitación.

—No mucho. Voy a irme a casa, si no os importa.

—Claro que no. Márchate y metete en la cama. Es posible que hayas pillado una gripe.

«Ojalá fuera la gripe».

Se marchó, y apenas llegó a su piso volvió a llamar a Lucas. En esta ocasión una voz metálica le informó de que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Lo mismo que las veinte veces que volvió a marcar el número en los dos días siguientes.

***

La angustia inicial dio paso a la certeza de que simplemente no quería saber de ella, que tal vez se estuviera equivocando y el misterioso ladrón arrepentido fuese otra persona.

No obstante, la inquietud perduró y a intervalos regulares siguió marcando el número que ya tenía grabado a fuego en la memoria. Siempre apagado. Y ella cada vez más convencida de que la estaba evitando. Porque pensar en otra cosa la volvería loca. Hasta que una tarde recibió un mensaje de un número desconocido que no supo si la tranquilizaba o la preocupaba más.

«No puedo devolverte las llamadas. Tendrás noticias mías en breve. L.»

Al menos estaba bien. Al menos podía escribir. Al menos… iba a matarlo si llegaba a tenerlo delante otra vez.

Una semana duró la incertidumbre. Una semana en la que devoró cada línea de información que se publicó en prensa y en redes sociales, sin que hubiera una sola alusión al ladrón arrepentido, como habían comenzado a llamarlo. Una semana en que la angustia dio paso a ratos a enfado e irritación. Todo ello bajo la mirada observadora de Carmen y Sofia, a las que no podía informar de nada de lo que sucedía sin traicionar el secreto de Lucas, y que probablemente se estaban preguntando si se había vuelto loca por sus continuos cambios de humor y su obsesión

por el móvil.

Aquella tarde, sobre las siete, un mensajero llegó al taller con un paquete a nombre de Marina Salazar. No era la primera vez que compraba algo por internet y daba la dirección de la *boutique* para la entrega, puesto que pasaba allí la mayor parte del día. Pero no había comprado nada en los últimos tiempos. Aun así, aceptó la pequeña caja cuidadosamente envuelta y se encerró en el despacho para abrirla.

Dentro del envoltorio de cartón blanco encontró una bolsa de terciopelo azul, que al deshacer el cordón que la cerraba dejó caer sobre su palma una cadena de oro, de la que pendía una pequeña tijera del mismo material. Se quedó sin respiración contemplando el colgante que le había regalado su abuela al finalizar los estudios y que Marcel había escondido como venganza por su partida. El que no pudo recuperar con el resto de sus pertenencias. Un papel doblado acompañaba el envío. Lo leyó con el corazón desbocado, al reconocer la letra.

Te prometí que no volvería a delinquir y lo he cumplido, salvo por esto. Pero dicen que quien roba a un ladrón, tiene cien años de perdón. Yo espero contar con el tuyo, te aseguro que es la última vez.

Quédate un poco más esta noche, sola, y te lo explico todo.

Lucas

Apretó con fuerza el colgante en el puño cerrado y sintió que se le humedecían los ojos. La tensión acumulada durante días pugnaba por salir a flote. Miró el reloj. Faltaban cuarenta y cinco minutos para la hora de cierre. Que se le hicieron los cuarenta y cinco minutos más largos de su vida.

A duras penas pudo contener los nervios durante ese tiempo. La fría y ecuánime mujer que era habitualmente dio paso a otra agitada e inquieta que se apresuró a despedir a sus empleadas apenas dieron las ocho en punto. Después, se sentó a esperar con impaciencia los leves golpes en la puerta que se demoraron un cuarto de hora más, sumiéndola en la desesperación.

Al fin sonaron y, cautelosa, atisbó por la mirilla antes de abrir. Lucas estaba al otro lado de la puerta, embutido en un grueso anorak negro. Le franqueó la entrada y ambos quedaron frente a frente, observándose. Marina llevaba el colgante sobre el ligero jersey malva, agitándose sobre el pecho al ritmo de la alterada respiración.

—De modo que sí eres tú el ladrón arrepentido —comentó. Había pensado decirle muchas cosas durante los últimos días. También durante la última hora, pero al tenerlo delante se había quedado sin palabras.

—Pensaba que lo habías averiguado, desde el momento en que me llamaste. Tuve que cortar y apagar el teléfono, aún tenía pendiente lo de tu colgante y no podía arriesgarme a que te relacionaran conmigo, a que rastrearan tu llamada y te llevaran hasta mí si Marcel decidía denunciar su desaparición.

—He tenido mis dudas. He estado muriéndome de preocupación —dijo irritada. Los ojos de Lucas se volvieron suaves, acariciadores. La invitaban a seguir hablando, a soltar toda la angustia que su comportamiento pudiera haberle ocasionado—. Pensar que te estabas poniendo en riesgo por mí me ha angustiado.

—Te dije que te demostraría que he cambiado, y espero haberlo conseguido. No he podido devolver todo, algunas cosas han sido imposibles de localizar. Otras, no han querido vendérmelas.

—¿Las has comprado? Pensé que…

—Las había robado de nuevo. —Negó con la cabeza—. Te prometí que no volvería a sustraer nada. Solo eso —señaló el colgante—., porque ni loco pensaba pagarle a tu ex por algo que es tuyo y te había quitado con malas artes.

Marina respiró hondo, sintiendo que el enfado se había diluido, que Lucas había conseguido su propósito. Que nada importaba salvo el hecho de que estuviera allí delante, esperando su veredicto, su sentencia.

—Has cumplido tu promesa, me has demostrado que has cambado por mí. —Respiró hondo. El colgante se agitó más. La mirada se suavizó—. ¿Qué se supone que debo hacer yo ahora?

—¿Besarme?

—Sí, eso podría estar bien. Para empezar.

En dos zancadas salvaron la distancia que los separaba y se fundieron en un abrazo. Las bocas se buscaron con avidez. A trompicones Lucas se deshizo del grueso anorak que los separaba como una barrera. Los cuerpos se acoplaron uno al otro, estrechándose. El beso se volvió interminable, intenso y desgarrador. Cuando al fin se separaron, se contemplaron con intensidad uno al otro.

—¡Ni de coña! —exclamó rotunda—. No vas a arrastrarme de nuevo al probador para hacerlo en el suelo. Aún me duele la espalda de la última vez, de lo duro que estaba. Tendrás que esperar hasta llegar a casa.

—Ahora no tengo casa en Barcelona.

—Pero yo sí. ¡Vamos!

A toda prisa, para no perder más tiempo del necesario, apagaron luces y salieron a la calle.

—¿Dónde tienes el coche? —preguntó Marina dirigiéndose al garaje. Lucas ya no tenía plaza de aparcamiento en él.

—He venido en metro.

—¿Sabías que nos íbamos a marchar juntos?

—Contigo nunca estoy seguro de nada, pero tenía la esperanza, sí.

Mientras conducía por las calles atestadas de tráfico, Marina sentía la anticipación de la noche por llegar. Aún recordaba la última vez, los besos, las caricias compartidas. Las palabras ardientes susurradas y las de amor contenidas para no quedar en evidencia.

Sabía que después de esa ocasión ya no habría marcha atrás. Debería aceptar a ese hombre en su vida, con su pasado, su presente y el futuro que pudieran tener juntos. Y aunque la idea la aterraba, también la seducía. Como la mano que se deslizaba por su muslo mientras travesaba las avenidas repletas de tráfico, en una muda promesa de lo que vivirían juntos en las horas siguientes.

—Deberíamos subir algo de cena —propuso Marina tratando de que no se notara demasiado que estaba nerviosa como una quinceañera en su primera cita—. Si piensas gastar tantas energías como la última vez, tendré que alimentarte. Y no tengo picoteo de supervivencia.

—La pizza fría está estupenda. Podemos comprar un par de ellas de camino.

—¿Fría?

—Se va a enfriar, te lo aseguro. Porque hoy no ha habido probador…

—¿Es una amenaza? ¿O un castigo?

—Tómalo como quieras. Pero la pizza nos la vamos a comer fría.

—Seguro que está riquísima.

—Seguro que sí.

***

La impaciencia contenida se desbordó en cuanto la puerta se cerró tras ellos. Con rapidez se despojaron de los gruesos abrigos, que dejaron en el perchero de la entrada, y el resto de la ropa fue cayendo camino del dormitorio entre besos apasionados. Las dos cajas de pizza quedaron abandonadas sobre la mesa del comedor, sin que se hubieran molestado siquiera en guardarlas en el horno para mantenerlas calientes el mayor tiempo posible. Se abalanzaron sobre la cama aún sin deshacer con la misma intensidad que meses atrás lo hicieron sobre el duro suelo del probador, demorándose solo unos pocos segundos para buscar un preservativo en la mesilla de noche. Manos, bocas y cuerpos temblando de deseo y de anhelo largo tiempo contenido. Las caricias lentas llegaron después. Los besos suaves recorriendo el cuerpo, también. Y las palabras que tenían que llegar, esperaron al momento en que se levantaron, mucho más tarde, a dar cuenta de las pizzas que, aun frías, les supieron a gloria.

—Supongo que quieres que te cuente todo —ofreció Lucas mientras saboreaba con deleite su comida.

—Solo si no has estado en peligro. No soportaría saber que por mi culpa te has arriesgado más de lo necesario.

—Siempre existe el riesgo, pero soy muy cuidadoso, y en esta ocasión, más, porque tenía mucho que perder y también mucho que ganar.

—Dijiste que compraste las joyas que has devuelto. ¿Puedes permitírtelo?

—No soy pobre. He invertido bien el dinero ganado estos años en acciones y propiedades, pero para comprar las joyas he vendido un apartamento.

—¿El de Menorca? —preguntó con una punzada de decepción.

—Esa es mi casa, y no un apartamento, sino un chalet precioso al que espero llevarte. No se vende. Tengo otras propiedades.

—¿Sigue en pie la invitación de una semana en la isla para conocernos mejor?

—¡Por supuesto! En el momento que quieras.

—Puedo tomarme unos días ahora, antes de empezar de lleno con la nueva colección. Si tú también estás libre…

—Esta noche no estoy libre. A partir de mañana —dijo con un guiño que recordó mucho a Joel. A pesar de las diferencias entre ambos, tenían cosas en común. Gestos como aquel que aceleró el corazón de Marina.

—Lo organizaré con las chicas para coger una semana de vacaciones.

—¿Vas a decirles que te vienes conmigo? ¿Que estamos juntos?

—Esperaré a decidir si estamos juntos hasta después de esa semana en que nos conoceremos mejor. Quiero averiguar si somos compatibles también fuera de la cama antes de aceptar una relación contigo.

—¿Voy a tener que esforzarme en convencerte cada minuto de esa semana?

—Por supuesto.

—Creí que ya había superado la prueba.

—Ninguno de los dos la ha superado. Yo también tendré que afanarme.

—En ese caso sé lo que quiero pedirte. Si estás dispuesta a poner de tu parte…

—A ver… ¡No seas muy duro conmigo!

—Que te desnudes en el mismo momento que entres en la casa y permanezcas así todo el tiempo.

—¡Lucas, estamos en febrero! Espero que tengas un buen sistema de calefacción.

—¿Lo harías? —preguntó alzando una ceja.

—Bueno, no soy muy de andar sin ropa por la casa, pero después de lo que tú has hecho por mí, lo haré, si es lo que deseas. Pero te advierto que, si tu intención es follar a todas horas como conejos, debes olvidarte de ello. La intención de esta semana es conocernos mejor, y tus habilidades en la cama ya las he descubierto. No es ese el examen que tienes que aprobar.

—Tampoco tú el de la desnudez. No es de la ropa de lo que quiero que te despojes, sino de esa coraza de mujer dura y resentida con que te cubres cada mañana para protegerte de mundo. En la casa estaremos solo tú y yo, y no tienes que protegerte de mí.

—No me ha servido de nada haberlo hecho en el pasado. Estoy aquí, vulnerable e indefensa, en tus manos.

—No eres vulnerable ni estás indefensa, sigo temiendo por mis pelotas a cada momento. Pero sí quiero asegurarte que yo no te haré daño, nunca, de forma intencionada. No soy Marcel. Aunque te haya mentido en un determinado momento, nunca te traicionaré.

—Lo sé. Solo me has robado el corazón, capullo. A traición.

—¿Qué le voy a hacer? Soy un ladrón. Y respecto a tu corazón, no tengo la intención de devolvértelo, así que más te vale dejarte convencer durante la estancia en Menorca para empezar una relación conmigo.

—Tendrás que ganártelo.

—Me emplearé a fondo. Y si quieres, puedo empezar ahora mismo, volviendo a la cama.

—Ya estás tardando.

Capítulo 25

Marina descendió del avión en el aeropuerto de Menorca como una niña que va de excursión por primera vez. Le había llevado cuatro días organizar el trabajo en la *boutique* y en el taller para permitirse las vacaciones que compartiría con Lucas.

Había aducido asuntos familiares para explicar la petición de días libres con tan poca antelación, pero era temporada baja, por lo que no supuso ningún problema.

Iba sola; su anfitrión había partido en seguida para preparar la casa, según le había dicho, y la recogería en el aeropuerto. Su equipaje, una pequeña maleta con ropa informal y deportiva: vaqueros, sudaderas, jerséis y lencería sexi. También objetos de aseo y algo de maquillaje básico. Según le comentó Lucas, Menorca, a principios de marzo, no estaba muy concurrida salvo Mahón, la capital, y la zona donde se situaba su chalet era bastante apartada. No tendrían vida social más allá de la playa colindante. Aun así, la mujer elegante que había en ella incluyó un vestido y unos zapatos de tacón, solo por si acaso. Le gustaba estar preparada para cualquier eventualidad.

No le importaba no salir; gustosa se encerraría con él en la casa para disfrutar de la mutua compañía, de hacer el amor y de tener esas largas charlas que les permitirían conocerse mejor uno al otro. Aunque le había dicho que no tomaría una decisión hasta que hubiera finalizado la semana, sabía que la suya estaba tomada. Se lanzaría de cabeza a una relación con ese hombre que la hacía sentir viva, que sacaba su lado tierno y que la hacía feliz con cada una de esas miradas arrebatadoras que le dirigía.

Lucas la esperaba tras la puerta de llegadas con una amplia sonrisa. También vestido con vaqueros y un grueso chaquetón, en lugar de las camisas y pantalones de vestir que usaba en Sándalo, se veía cercano y atractivo. Marina supo que también él se despojaría durante aquella semana de todo lo que no formase parte de su esencia, de sus gustos y de sus sentimientos.

Se fundieron en un apretado abrazo, como si no hiciera solo cuatro días que se vieron por última vez.

—¡Bienvenida! —le susurró al besarla en la mejilla—. Todo está preparado para recibirte.

—¿Has guardado los calcetines y calzoncillos que tenías esparcidos por todos lados? —preguntó divertida.

—Aunque no lo creas, soy muy ordenado. En mi… antigua profesión era necesario tener control absoluto de todo. —La miró con atención—. ¿Te molesta que hable de mi pasado? Si lo prefieres no haré ningún comentario sobre ello.

Marina lo pensó un momento. Le resultó extraño que él aludiera a sus robos con tanta

naturalidad, pero decidió que prefería que no le ocultase nada.

—No. No quiero más secretos ni cosas ocultas entre nosotros. Te he aceptado tal como eres, con tu presente y tu pasado. Me acostumbraré a que hables del tema como si se tratase de una profesión corriente.

—Vamos entonces. Aún tenemos un rato de coche hasta llegar a casa. Al decir que estaba preparada quería decir limpia y con la despensa llena. No suelo tener provisiones, ya te dije que no cocino.

Comenzaron a andar hacia el aparcamiento.

—¿Y qué comes cuando estás aquí?

—Suelo encargar comida a un restaurante excelente que hay no demasiado lejos. No me alimento de comida basura.

Eso era indudable, nadie tenía un físico como el suyo comiendo bocadillos o fritos.

—¿Y te la sirven a domicilio?

—A veces voy yo a recogerla, y otras sí, la traen a casa. Soy un buen cliente y, puesto que pago por el servicio, no hay ningún problema.

—Aquí te conocen como…

—Lucas Ortiz, mi verdadero nombre. En la isla soy yo, sin subterfugios ni dobles personalidades.

—¿Te apellidas Ortiz?

—¿Algún problema con ello?

—No, es solo que cuando me dijiste tu nombre, omitiste el apellido.

—En aquel momento no sabía cómo ibas a reaccionar. Ahora es diferente y muy importante que lo sepas todo sobre mí. Del mismo modo que yo quiero conocer hasta el más íntimo de tus secretos.

—¿Y esperas conseguirlo en una semana?

—Confío tener más de una semana. Estos siete días son para conquistarte, para conseguir que no puedas vivir sin mí. Al final te haré «la pregunta», y más te vale que la respuesta sea afirmativa.

—¿Y qué harás si no lo es?

—En ese caso no tendré más remedio que guardarme el corazón. Y a ver cómo te las apañas para vivir sin él.

—Lo vas a tener difícil, porque no tengo corazón.

—¡Oh, sí que lo tienes! Si no fuera así no habrías dudado en denunciarme y yo estaría en este momento en una oscura celda .

Marina sintió un estremecimiento ante la idea. A pesar de sus principios nunca podría denunciarlo. Pero él no debía saberlo. Subió al coche y se dedicó a contemplar en silencio el paisaje isleño en aquella mañana de primeros de marzo, fría y apacible.

Una gran paz se iba adueñando de ella a medida que se acercaban a su destino. Sentada junto

a Lucas en el coche se sentía como si estar con él fuera lo más natural del mundo. Como si salir de viaje juntos fuera algo habitual entre ellos.

La casa la sorprendió. Era blanca, grande y luminosa, con un espacioso salón y cocina de planta abierta y grandes ventanales orientados a un porche cubierto que la rodeaba casi en su totalidad. Una piscina de tamaño mediano y sobre todo unas espectaculares vistas al mar le llamaron la atención.

—Joder… —exclamó, abrumada.

—¿Dices tacos? ¿La fría y controlada señorita Salazar emplea palabras ordinarias?

—Solo desde que te conozco. Además, dijiste que aquí tenía que ser yo misma, y a veces digo tacos cuando algo me impacta. Tu casa es… impresionante. Es cierto lo de que eres rico…

—Digamos que no soy pobre, pero la casa no es del todo mía. Aún tengo unos años de hipoteca por delante. No es aconsejable que Hacienda indague sobre cómo he podido pagar una casa como esta al contado. Ven, te enseñaré el resto.

«El resto» era tan espectacular como la entrada. Dos dormitorios amplios, cada uno con su baño y su vestidor, un despacho, un cuarto de lavado y un gimnasio en el que, sin duda, Lucas se entrenaba a conciencia. También dos baños más, repartidos en el salón y la piscina.

—¿Cuál será mi dormitorio? —preguntó socarrona.

—El mío, por supuesto. El decorado en gris.

—Hummm, creí que habías dicho «sin sexo».

—Eso fue hace cinco meses… La oferta caducó.

—¿Qué le vamos a hacer? Habrá que resignarse.

—Traeré tu maleta. Ponte cómoda y ve pensando qué quieres hacer a continuación.

—¿Decido yo?

—Por supuesto.

—¿Alguna sugerencia?

—Un paseo vigorizante por la playa, después de hacer el amor, abre el apetito. Podemos acercarnos hasta el restaurante, almorzar allí y traernos comida para un par de días. Te la preparan para que solo tengas que calentarla.

—Me parece aceptable la propuesta.

***

Hasta el momento Marina siempre pensó que su refugio, y el lugar en que su alma encontraba paz y sosiego, era la casa de sus padres en Montpellier y sus playas cercanas. Eso fue antes de conocer el chalet de Lucas y su cala casi privada en la que se bañaron a pesar del frío reinante. El frío les duró poco, solo hasta el primer beso.

Fue una semana intensa, de sexo, de emociones, de sentimientos a flor de piel. De romper barreras, de largas charlas plagadas de confidencias y confesiones por ambas partes. De abrirse y entregarse uno al otro como nunca lo habían hecho antes.

No hablaron del futuro, pero sí mucho del pasado, de experiencias vividas y de sueños que no

habían podido cumplir. De la relación con sus respectivos padres, de la complicidad de Lucas con su hermano y la soledad de Marina por ser hija única. De Marcel y también de Joel Santillana.

Los días se iban sucediendo con una rapidez abrumadora. Ambos sentían con pesar que la burbuja idílica que los rodeaba, solos y alejados del mundo, debía romperse. Que llegaba el momento de tomar decisiones y afrontar retos.

Lucas había organizado una cena formal para la última noche. Había encargado un menú especial que les llevarían del restaurante a las nueve y media en punto, recién cocinado para ellos y fuera de carta.

Obligó a Marina a dar un largo paseo por la playa, sola, para preparar el escenario, la mesa, los cubiertos y las servilletas, el centro de flores y cuanto se le ocurrió para hacer el momento muy especial.

Cuando ella llegó la hizo entrar por la puerta que daba a la piscina y aguardó expectante.

Marina se estaba divirtiendo con la actitud misteriosa de Lucas. Le recordaba al día de Navidad durante su infancia y la llegada de Papá Noel con sus regalos. Estaba preparada para «la pregunta» que le haría durante la cena y tenía clara la respuesta que iba a dar.

Para lo que no estaba preparada era para encontrar sobre la cama el vestido azul, el modelo zafiro de su colección que debía encontrarse en el almacén de Sándalo y no allí.

—¡Lucas! —llamó, y en seguida escuchó los pasos que se acercaban rápido hasta el dormitorio—. ¿Qué significa esto?

—Me gustaría que lo llevaras en la cena de esta noche.

—¿Lo has…?

—Solo lo tomé prestado para la ocasión. Lo devolveré a su lugar en el almacén en cuanto regresemos a Barcelona

—El vestido no es mío. Marta Sarriá pagó por llevarlo en exclusiva.

—Solo te lo pondrás para mí, esta noche especial. Nadie va a enterarse, te lo prometo. —La miró con ojos tiernos. Con esos que la derretían y la llevaban a cometer locuras—. ¿Sí? Por favor…

—De acuerdo, pero solo hoy.

—Solo hoy.

—Ahora vete. Necesito tiempo y privacidad para arreglarme. También quiero sorprenderte.

—Yo me ducharé en el otro baño.

Una hora después, tras escuchar el timbre de la puerta y un breve intercambio de frases de Lucas con el repartidor del restaurante, salió de la habitación. Al mirarse en el espejo del vestidor supo la admiración que iba a despertar en su compañero de mesa. Que parecía tener una especial obsesión con el modelo zafiro. Se había dejado suelto el pelo, de hecho, no se lo había recogido en toda la semana después de comprobar cuánto le gustaba a Lucas acariciárselo. Hizo maravillas con el escaso maquillaje que tenía, pero el resultado era más que satisfactorio. Y embutida en el

precioso vestido azul, estaba dispuesta para responder cualquier tipo de pregunta que fueran a hacerle esa noche.

Al reunirse con su anfitrión tampoco pudo disimular la sorpresa. Impecable en su esmoquin negro, recién afeitado y desprendiendo ese olor mezcla a desodorante y colonia que la excitaba aún de lejos.

—Preciosa…

—Arrebatador…

—La cena está lista. Hagamos los honores.

Se sentaron uno frente a otro, a la luz de las velas que, distribuidas por la estancia, eran la única iluminación de la misma.

—Cocinar no sabrás, pero poner una mesa… Y crear un ambiente romántico también.

—Tengo muchas habilidades que aún no has descubierto.

Sirvió con pericia la ensalada de langosta del primer plato.

—¿Llegaré a conocerlas?

—Eso depende de tu respuesta a mi pregunta.

—¿Vas a hacerla ahora? —sintió la excitación recorrerla entera.

—Si quieres. ¿O prefieres a los postres?

—Me da igual. Ya tengo decidida la respuesta.

—En ese caso… cuanto antes mejor. Marina Salazar… ¿Quieres … volver a ser mi jefa?

Parpadeó incrédula.

—¿Tu jefa? ¿Te refieres a Sándalo? ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una que lleva implícitas todas las demás. Que me quieres en tu vida, que en el taller serás mi jefa, pero fuera seremos pareja. Que con el tiempo conoceré a tu familia y tú a la mía. Todo eso.

—¿Que tendré derecho a cortarte las pelotas si flirteas con una clienta?

—El que flirtea con las clientas es Joel. Lucas jamás. Lucas solo tiene ojos para…

—Una borde que le lanza miradas asesinas y lo amenaza continuamente con castrarlo.

—Exacto.

—Por si acaso, no te arriesgues. He descubierto que soy muy celosa. Y cuando me enfado tengo muy mal genio.

—¿Eso es un sí?

—Es un sí.

Lucas agarró la botella de cava que mantenía fría en la cubitera con una sonrisa.

—La reservaba para el postre, pero creo que es el momento del brindis.

Sirvió dos copas.

—Por mi jefa.

—Por mi encargado de tienda.

Bebieron a pequeños sorbos el contenido. Después, Marina, preguntó:

—¿Estás seguro de que quieres volver a trabajar en Sándalo?

—Muy seguro; pero si tú no quieres, me uniré a las filas del desempleo y buscaré otra ocupación. No soy de permanecer ocioso.

—Después de ver esta casa y el tren de vida que puedes permitirte me cuesta creer que quieras pasar horas encorvado sobre una remalladora o aguantando clientas caprichosas por un sueldo modesto. Podrías dedicarte a cualquier otra cosa sin necesidad de estar ocioso.

—Siempre he trabajado en solitario y he saltado de identidad en identidad y de un entorno a otro. En Sándalo, en el taller, con vosotras me he sentido por primera vez parte de algo. Que somos un equipo que arrima el hombro cuando hace falta. He sido feliz allí, y me ha resultado muy duro marcharme. Y por supuesto confío en engatusar a mi jefa para que de vez en cuando me dé un respiro de remalladora. Tal vez, con el tiempo, llegue a ascender hasta poner cremalleras.

—Tal vez. A Augusto le encantará tu vuelta, ha probado a otros dos aspirantes con resultado nefasto. Yo de ti, pediría un aumento. Y las chicas te han echado mucho de menos.

—¿Las tres?

—Las tres. La jefa más que ninguna, aunque no lo diga.

Felices, continuaron con la cena. La última que celebrarían en Menorca esa semana, pero no la última de sus vidas. Si algo tenían claro los dos era que, en cuanto tuvieran ocasión, volverían a la isla. Aquella casa se convertiría en su refugio, en su lugar secreto. Al día siguiente, juntos, regresarían a Barcelona. Había mucho que organizar. Había mucho que vivir.

Capítulo 26

Marina regresó al trabajo con energías renovadas. Decir que se sentía feliz y eufórica era quedarse muy corta, algo que no pasó desapercibido en el taller. Ninguna de las modistas tuvo dudas de que las vacaciones habían obrado maravillas en su jefa y, fuera cual fuese el motivo familiar que le había hecho cogerse unos días libres, no fue nada malo. Un ligero bronceado, poco habitual en marzo, y una permanente sonrisa menos habitual aún en ella, eran una prueba palpable.

Durante dos días se mostró alegre y animada, trabajando con ahínco y haciendo poco hincapié en posibles problemas en la tienda o el taller, como si fueran algo secundario, menos importantes que su eufórico estado de ánimo.

Después del almuerzo, y tras recibir una llamada que respondió saliendo un momento del taller, soltó el móvil sobre la mesa y anunció con una sonrisa más amplia aún de la que mostraba desde su vuelta de las vacaciones:

—Chicas, Augusto ha contratado un nuevo encargado de tienda. Vendrá en breve para presentarse y se incorporará el lunes.

La expresión de las dos modistas distó mucho de ser alegre.

—¿Otro? Pensé que ya se habían olvidado de esa idea absurda.

—¡Bufff!

—¿Cuándo se va a enterar este hombre de que nadie puede sustituir a Joel? ¡Dejó el listón muy alto!

—Va a durar lo que los dos anteriores, menos de una semana. Porque vendrá a prueba, ¿verdad? No será una contratación definitiva…

—Vamos a darle una oportunidad, a lo mejor no es tan malo… —animó Marina.

—¿Y lo dices tú? —preguntó Sofía—. Por mucho que dijeras lo contrario, Joel te gustaba tanto como a nosotras.

—Nunca he dicho lo contrario.

Los ojos le brillaron al hacer el comentario.

—¡Cómo se echa de menos el puñetero!

Marina guardó silencio. Había quedado con Lucas en que este llegaría a última hora de la tarde para, además de anunciar juntos su regreso, salir a tomar algo después del cierre para celebrarlo.

***

Lucas llegó a Barcelona dispuesto a organizar su nueva vida en la ciudad, junto a Marina.

Durante el último día en Menorca habían hablado mucho de cómo deseaban afrontar su futuro juntos. Por muy impaciente que se sintiera, sabía que ella necesitaba tiempo para adaptarse a la nueva realidad, que tendría que ir aplacando sus miedos ante la relación que comenzaban y debía hacerlo poco a poco, por lo que, aunque de momento se alojó en su casa por unos días, se apresuró a buscar un piso de alquiler. La total convivencia debería llegar con el tiempo.

Encontró uno cerca del domicilio de Marina, y encargó a una empresa de decoración que lo amueblara y acondicionara de acuerdo a sus gustos, y confiaba en instalarse en él en unos pocos días.

A continuación, concertó una cita con Augusto Valdés para ofrecerle de nuevo sus servicios, si el puesto que ocupaba meses atrás aún no se había cubierto. No le dijo que sabía que estaba vacante. Este se mostró encantado de contratarlo de nuevo, aceptando la mejora en el sueldo y las condiciones que pidió. No tenía intención de reducir la jornada ni ostentar el cargo de encargado general de la *boutique*, que constaba en su nuevo acuerdo, solo lo había solicitado para hacer más creíble su regreso después de su brusca partida, aduciendo un empleo mejor. Firmó el contrato y, de nuevo como empleado de Sándalo, estuvo listo para presentarse en la *boutique* e informar a Carmen y Sofía de su regreso.

Había acordado con Marina en hacerlo sin previo aviso por parte de ella. Quería ver la cara de sorpresa de ambas mujeres al verlo incorporarse de nuevo a sus vidas. Todavía recordaba el amargo momento en que se tuvo que despedir y los ojos apesadumbrados de las dos. También a él le había costado. También él las había echado de menos.

Tal como habían decidido, se presentó en la tienda a última hora de la tarde, cuando estuvieran a punto de cerrar y hubiera pocas posibilidades de que quedara alguna clienta rezagada. No quería testigos del reencuentro.

***

Cuando la campanilla instalada en la puerta de la *boutique* sonó anunciando un visitante, a quince minutos del cierre, Marina se dispuso a recibirlo ante la exasperación de Sofia, que lamentó el retraso en la salida.

—¿A quién se le habrá ocurrido venir a estas horas? —preguntó irritada—. Espero que no sea Lily, no tengo ganas de estar aquí hasta las tantas esta noche.

—Tal vez sea el nuevo empleado —observó Carmen.

—¿A las ocho menos cuarto? Todo un acierto si quiere caerme bien… —volvió a gruñir la más joven de las modistas.

Marina sonrió divertida ante el exabrupto, y salió sin hacer ningún comentario.

Lucas, en su más perfecta encarnación de Joel Santillana, con su traje negro y camisa gris claro, estaba parado en medio de la tienda y la saludó con un corto beso en la boca. Guapo a rabiar, sexi como solo él podía serlo, Marina supo que en el futuro tendría que domeñar los celos en más de una ocasión. Algunas mujeres no se cortaban un pelo a la hora de mirarlo e incluso rozarse con él de forma solapada y ella no estaba dispuesta a hacer pública su relación ante la

clientela para evitarlo, al menos por el momento.

—Bienvenido a casa de nuevo —susurró devolviéndole el beso.

Él señaló su atuendo con un gesto.

—Aquí estoy, disfrazado de nuevo. Se acabó la comodidad de los vaqueros. ¿Doy el pego?

—Siempre lo has dado, eres un auténtico camaleón. Y estás guapísimo. —Deslizó una mano por la solapa de la chaqueta de corte moderno para alisar una inexistente arruga—. Cuesta mantener las manos lejos de ti.

—Aguanta un poco; luego seré todo tuyo. —Hizo un gesto con la cabeza señalando el taller —. ¿Les has dicho que Augusto ha contratado un nuevo dependiente?

—Encargado de tienda.

—Da igual el nombre, el trabajo es el mismo. ¿Cómo se lo han tomado?

—Como era de esperar. Fatal hasta que te vean. Sofía está bastante irritada y predispuesta en contra. Estoy deseando que descubran la verdad.

—En ese caso, no demoremos más el momento.

Se apartó un poco y la siguió al taller.

Sofía y Carmen, desde sus puestos de trabajo escuchaban murmullos de voces contenidas, que no lograban oír bien a pesar de sus esfuerzos.

—Es voz de hombre, no se trata de una clienta.

—¡A ver a quien habrá contratado ahora Augusto!

—Espero que no sea otro gay. Conste que no tengo nada en contra de ellos, que la condición sexual de cada cual no me importa; pero después de nuestro Joel, qué decepción me supuso ver a aquel hombre vestido de malva, tan maquillado y con tanta pluma, ocupando su puesto. No podía competir con él, solo con verlo con su traje negro y su porte tan masculino, mojabas las bragas, y si ya sonreía, te corrías de gusto.

—¡No lo digas delante de Marina! —advirtió Carmen en voz baja.

—Claro que no. Pero ella también lo miraba cuando creía que no nos dábamos cuenta. ¡No era para nada inmune a sus encantos!

—No lo era, no.

Callaron al escuchar pasos que se acercaban.

—Ahí vienen.

La puerta del taller se abrió y dio paso a su jefa seguida de la aparición más inesperada. Como si sus palabras lo hubieran conjurado, el aludido entró en el taller con su paso elástico y la más cautivadora de las sonrisas.

—¡¡Joel!! —El grito de Sofía resonó con fuerza.

—¡Hola, chicas! —saludó este a las dos asombradas mujeres que trataban de mantener la pose esperando al nuevo empleado.

—¡Qué sorpresa! —afirmó Carmen a su vez.

La chica se apresuró a salir a su encuentro y darle un abrazo, mientras su compañera miró a

Marina, que las observaba con una sonrisa.

—¿Vienes a vernos? ¿Estás de paso en la ciudad? Creíamos que eras el nuevo empleado que va a sustituirte.

—No estoy de visita, y nadie va a sustituirme. He pedido a Augusto que me contrate de nuevo.

—¿En serio? ¿Eres tú el encargado de tienda que estamos esperando?

—El mismo. ¿Algún problema?

—¡En absoluto! El problema sería que viniera otro.

—Ya os dije que debíamos darle una oportunidad —afirmó Marina, risueña.

—¿Lo sabías? ¿Y has dejado que nos preocupáramos?

—Sí que lo sabía. Pero yo quería daros la sorpresa, y me ha guardado el secreto.

—¿Qué ha pasado con Sevilla? —preguntó Carmen mirándolo con curiosidad—. ¿Las mujeres no han caído rendidas a tus pies o la oferta de trabajo no era lo que esperabas?

Lucas lanzó una carcajada ante la pregunta. Marina y él habían decidido qué contar a las chicas y qué guardar para sí. Porque había cosas que debían quedar entre ellos por mucho que confiaran en las modistas.

—Sevilla está muy bien, Carmen; la oferta, fabulosa, y las mujeres guapísimas. Pero tus esperanzas se hicieron realidad y me dejé pescar por alguien en Barcelona, antes de irme. Se quedó aquí mi corazón y he tenido que volver a buscarlo. —Alargó la mano hacia Marina, que la agarró con un gesto que no dejaba lugar a dudas. La complicidad entre ambos era más que evidente.

—¿Marina? ¿Marina te ha pescado? ¿Estáis juntos? —La cara de Sofía era una máscara de estupefacción mientras deslizaba la mirada de uno a la otra.

Para corroborar sus palabras Lucas la acercó contra su cuerpo y le rodeó los hombros con el brazo.

—Ya decía yo que ella también…

—¿Yo también qué? —preguntó Marina divertida.

—Nada, cosas mías.

—¡No me digas que no te habías dado cuenta! Tú sí, ¿verdad, Carmen?

—Por supuesto que sí. ¡Si incendiabais el taller con las miradas que os dirigíais…! Y para qué hablar de cómo se convirtió en un alma en pena cuando te fuiste.

—Eso pertenece al pasado, estoy aquí para quedarme. Lo de las miradas incendiarias va a seguir sucediendo, haceros a la idea —rio—. Si alguna vez desaparecemos en el almacén no bajéis a buscarnos.

—¡¡No vamos a desparecer en ningún sitio en horas de trabajo!! —negó clavando en él una mirada de advertencia.

—Sigues siendo la misma explotadora aguafiestas de siempre. De acuerdo, como tú digas.

—Ay Joel, que alegría… ¡Es estupendo tenerte otra vez aquí! ¡Hemos estado taaan aburridas!

¡Me encantan vuestros piques!

—Siempre que no llegue la sangre al río…—advirtió Carmen como quien regaña a dos niños pequeños.

—No llegará, yo me rendiré antes. Ahora tengo que contaros una cosa: Joel no es mi verdadero nombre, sino el pseudónimo que utilizo como diseñador. En realidad, me llamo Lucas, pero preferí usar mi nombre artístico al principio, y luego no vi el momento de aclararlo. Ahora, cuando no haya clientas delante, me gustaría que usarais mi verdadero nombre.

—Lucas me gusta más que Joel. Te pega más, tiene más empaque.

—Opino lo mismo —admitió Marina—. Ahora, puesto que ya son las ocho, cerremos y vayamos a tomar algo para celebrarlo. Antes de que se nos cuele alguien más en la tienda. Hoy no tengo ganas de atender a nadie más.

—¡Será un placer!

—Cierro yo —se ofreció Lucas—. Tengo que empezar a ganarme el sueldo de nuevo.

—¿Cuándo te incorporas?

—El lunes. Necesito unos días para terminar de instalarme. Acabo de alquilar un piso y tengo mucho por hacer. No puedo vivir de okupa en casa de Marina eternamente.

Salió del taller dispuesto a reanudar sus tareas. Carmen miró a su jefa con cariño.

—Ya decía yo que venías muy contenta de tus vacaciones. ¿Has estado en Sevilla luchando a brazo partido por traerlo de vuelta?

—En Menorca, y no he luchado en absoluto. Es él quien ha luchado por mí. ¡Y de qué forma!

—En ese caso tendremos que compensarle.

—Le dejaremos que empiece a poner cremalleras —cedió.

—¿Quién va a poner cremalleras? —preguntó el aludido entrando de nuevo.

—Tú —respondieron al unísono—. Acabas de ser ascendido.

—Entonces, con un ascenso tan grande en mi carrera me tocará invitar esta noche. Una buena cena en un buen restaurante.

—¿Puedes permitírtelo, Lucas?

—Créeme, Carmen, puede —afirmó Marina saliendo del taller, para disfrutar de un rato de ocio y vida social, dispuesta a dejar muy atrás a la ermitaña que solo vivía para el trabajo. A comenzar una nueva etapa en su vida.

De la mano de Lucas enfiló el Paseo de Gracia para celebrar el momento en que Joel Santillana o Lucas Ortiz, daba igual, se cruzó en su vida.

Se sentaron en el bar donde estuvieron la primera vez, antes del desfile, aunque la reunión de aquella noche era muy diferente. No había rastro de tensión en el ambiente y nadie tenía prisa. Solo deseaban disfrutar de un agradable rato para celebrar que las cosas en Sándalo volvían a ser como antes. O casi.

Capítulo 27

Los preparativos para la nueva colección estaban en marcha cuando Lucas se incorporó de nuevo al trabajo unos días después. Las tres mujeres lo esperaban con ganas, el trabajo había sido muy tedioso y aburrido en su ausencia. Con él retornaron al taller las bromas, los momentos divertidos y la vida con más intensidad aún que cuando se marchó. A Carmen y Sofía les resultaba muy graciosa la situación y las miradas ardientes que Marina y él ya no se esforzaban en disimular. También celebraban el cambio que de forma gradual veían experimentar a su jefa. El casi permanente ceño fruncido dejó paso a una sonrisa tibia y esporádica al principio, y casi permanente después.

De mutuo acuerdo tomaron la decisión de reunirse los viernes a la salida para tomar algo y liberar el estrés de la semana. Con la absoluta prohibición de hablar de trabajo. Unas copas, una cena más o menos informal y buen rollo por parte de todos para terminar la semana, después de la cual Marina y Lucas se marchaban juntos a pasar el fin de semana en casa de uno de ellos.

La primea clienta en llegar, varios días después de la reincorporación, fue Lily Aranda. En los cinco meses que duró su ausencia, y después de la reprimenda de Marina por la escena del desnudo, apenas había aparecido por Sándalo, sintiéndose ofendida y humillada. Pero cuando supo del regreso del carismático encargado a través de la tía de Augusto, decidió que su presencia en la *boutique* bien valía olvidar el pasado y seguir contando con su asesoramiento y su condescendencia. Se dijo que era con Marina con quien tuvo el altercado, no con él atractivo dependiente, y eso salvaba su orgullo con creces.

Llegó con una cita concertada previamente para asegurarse la total atención. A la hora prevista, y puntual como no solía serlo, apareció por la *boutique* como la diva que imaginaba ser, con minifalda negra y un top plateado, como si fuera a una recepción.

Lucas salió a su encuentro con su amplia sonrisa y las manos extendidas, dispuesto a darle la atención que reclamaba, ante el gesto indulgente de Marina. La mujer había dejado de preocuparle, sabía que Lucas lidiaría con ella sin problema. Lo dejó ocuparse y continuó con los diseños de la nueva colección.

—¡Hola, Lily! ¡Qué placer tenerte por aquí de nuevo!

—Ay, Joel… —susurró entre caídas de pestañas y gestos melifluos—. ¡A mí sí que me da alegría verte! Mi amiga, la tía de Augusto, me dijo que habías vuelto y me he apresurado a venir. ¡Necesito renovar mi vestuario con urgencia! ¡No tengo nada que ponerme!

—Pues aquí estoy, a tu disposición.

—Ha sido terrible todo este tiempo sin ti… —Lo miró con coquetería—. ¿Dónde te has

metido? Marina me dijo que te habías trasladado a Sevilla, pero no que fueras a volver. Creí que era algo definitivo. Estaba incluso pensando en irme a la competencia, porque aquí nadie me comprende cómo tú.

—He estado haciendo unos cursos de perfeccionamiento, y en principio no tenía previsto volver, pero yo también os echaba de menos. De modo que hice las maletas y aquí estoy.

—¡Estupendo! ¿Qué puedes enseñarme? ¿Algo nuevo? Imagino que de la nueva colección no hay nada.

—Aún es pronto, pero tengo un modelo que siempre he pensado que estaba hecho justo para ti.

—¿En serio? A ver…

Lucas sacó de un perchero un vestido de corte juvenil, sin duda demasiado para la edad de Lily, pero al menos no mostraría demasiada carne fláccida.

—Este ya lo he visto en otras ocasiones. No es de mi estilo.

—Pruébatelo antes de decidir. Es de esos vestidos que en una percha no llaman la atención porque necesita de un cuerpo adecuado, como el tuyo, para lucir en todo su esplendor.

—¿Tú crees? De acuerdo, me lo probaré.

Lily cogió la prenda y entró al probador. Lucas a su vez se dirigió al taller para evitar que lo invitase a entrar con ella.

—Está probándose el vestido estampado en pequeñas flores del perchero de la entrada.

—¿En serio? ¿Ese sin escote y con mangas? —preguntó Sofía con incredulidad.

—Es posible que quiera alguna modificación, aunque trataré de que no sea muy complicada.

—Ahora no estamos agobiadas de trabajo. Le modificaremos lo que quiera — afirmó Marina.

—Hay que acostumbrarla a que se lleve la ropa tal como está.

—Eso no vas a conseguirlo, Lucas.

—Al menos voy a intentarlo.

Escucharon una voz melosa proveniente del probador.

—¡Joel…!

—El deber me llama.

Salió a reunirse con ella, con los dedos cruzados en alto.

—Lo logrará, claro que sí —afirmó Carmen—. Cuando sonríe es capaz de venderle un ventilador a un esquimal, siempre que sea mujer.

—Dímelo a mí, que me ha llevado al huerto —rio Marina. Porque Carmen tenía razón. Cuando le sonreía era incapaz de negarle nada. Tampoco es que quisiera. Se sentía muy feliz en la relación y, aunque le llevaría un tiempo relajarse y sentirse segura en ella, estaba convencida de que no sería tanto como pensaba.

—¿Creéis que se lo llevará sin modificaciones? —preguntó Sofía.

—Yo me apuesto la cena del viernes a que no. Que algo pedirá. Es demasiado recatado para

su gusto.

—¿Tan poco confías en tu chico? Yo apuesto a que sí, que se lo lleva tal cual.

—Hecho.

Un rato después Lucas entró en el taller con sonrisa satisfecha anunciando que Lily se había llevado el vestido sin modificación alguna, lo que supuso un hito en la historia de Sándalo. Marina aceptó con gusto pagar la cena, pues el hecho había marcado un precedente del que todas se beneficiarían en el futuro.

***

Pronto se corrió la voz por Barcelona de que el atractivo encargado de tienda de Sándalo había regresado y la afluencia de público aumentó, a pesar de no ser temporada alta y de que la nueva colección solo estaba en ciernes. Las clientas de siempre, e incluso alguna nueva, desfilaron deseosas de encargar ropa para la estación que estaba a punto de empezar.

Marina no tuvo problema en controlar sus celos hasta que pidió cita Marta Sarriá. Lucas lo supo, aunque ella trató de disimularlo y obviar el tema.

Pasaban juntos un par de noches a la semana, sin planificación alguna, según les apeteciera. Y aquella, ante la inminente cita de Marta, Lucas se aseguró de que fuera una de esas ocasiones. Se vieron en casa de ella, después del trabajo, cenaron y se fueron a la cama como tenían por costumbre. Sin embargo, Lucas notó una tensión en Marina poco habitual, una reticencia que ya había abandonado cuando estaban juntos. Sabía el motivo, pero esperó que fuera ella quien lo mencionase, cosa que no hizo.

Después de hacer el amor la notó inquieta, dando vueltas en la cama y sin dormir a pierna suelta como solía hacer tras una intensa sesión de sexo. La arropó entre sus brazos en medio del sueño para infundirle confianza y seguridad, y por la mañana, mientras se preparaban para acudir al trabajo, abordó el tema.

—¿Te incomoda la cita de hoy de Marta Sarriá? —le preguntó sin rodeos, al ver que Marina seguía más tensa que de costumbre. Por lo general, después de una noche juntos, estaba sonriente y distendida.

—Claro que no. Es una clienta más. —No consiguió que la frase le saliera tan rotunda ni tan calmada como pretendía.

—Te aseguro que sí lo es. No hubo nada entre nosotros, el único interés que tenía en ella era que me invitara a acompañarla a la fiesta de Peñalver para echarle un vistazo a sus zafiros.

—De modo que era a Marta a quién pensabas robar.

—Era una opción, quizás la que más valoré, aunque no descartaba la posibilidad de que, una vez en el recinto, viera otra joya que me interesara más. Y me implicara menos. Esa opción fue perdiendo terreno después de que me invitara a uno de los restaurantes más en boga y concurridos de Barcelona y nos viera juntos demasiada gente. Una cosa era acompañarla a la fiesta como algo ocasional y desaparecer después, y otra que nos implicaran en una posible aventura amorosa y la prensa del corazón empezara a husmear en mi vida.

—Ella sí buscaba en ti algo más que un acompañante para el evento del año.

—Lo sé. Y te confieso que al principio mi intención era enrollarme con ella si surgía la ocasión. No es Lily Aranda con su piel apergaminada y fláccida. Es joven y atractiva y no he tenido vida de monje antes de conocerte.

—Sigue siendo joven y atractiva.

—Pero ahora estás tú en mi vida —la miró a los ojos con intensidad—, y cualquier otra mujer palidece en comparación.

—¡Lucas, deja de tratarme como si fuera una de tus clientas! ¡No intentes engatusarme con halagos!

—Ya sé que no te gusta que te adule, que prefieres que te diga que eres una borde rompe pelotas.

—Tampoco tanto…

—¿Término medio?

—Término medio.

—En ese caso, ven aquí.

Alargó los brazos y la estrechó con fuerza. La besó con pasión para demostrarle cuánto de verdad había en sus palabras. Luego la miró a los ojos con esa mirada que la hacía sentir especial.

—No hay nada entre Marta y yo, ni lo habrá. Si hoy viene con la intención de retomar algo, que nunca existió, se lo dejaré muy claro. Pero es clienta de Sándalo y me pagan por vender ropa. Por ser encantador con las compradoras. —Guiñó un ojo con picardía—. Por contrarrestar el efecto que causa la diseñadora y jefa de taller, que no siempre es… ¿políticamente correcta es un término medio adecuado?

—Lo es.

—Bien, Pues tengo que sonreír, adular, y vender. Mirar a las clientas como si las prendas las hicieran especiales. Es mi trabajo y no tiene nada que ver con lo que siento. Te quiero, Marina, y a nadie más. Cualquier frase halagüeña que oigas en el probador hacia otra mujer será Joel quien la pronuncie. Porque Lucas solo tiene ojos para ti, y solo te desea a ti. Y si necesitas que haga algo más para demostrarlo, solo tienes que decirlo.

Se rindió a su mirada y a sus palabras.

—De acuerdo. Pero que una cosa te quede clara: sea Joel o Lucas quien esté en el probador, se mira, pero no se toca —dijo fingiendo severidad.

—Jamás he tocado a ninguna clienta. Es Carmen quien realiza las pruebas.

—Tampoco se permite sobar al encargado de tienda. Es intocable.

—¿Seguro? ¿Por nadie nadie?

—Solo por la jefa.

—En ese caso, reclamaré ese derecho y te pillaré luego en el almacén cuando Carmen y Sofía se vayan a desayunar. Cerramos la tienda por un rato.

—¡Ni se te ocurra! Siempre se me nota en la cara después de estar contigo.

—¿Y pueden pensar que estás locamente enamorada del atractivo, simpático y encantador encargado? Creo que ya lo saben, cielo.

—¡Creído!

—¡Preciosa! —le dio un ligero beso en la nariz.

—Vamos, que se nos hace tarde.

—Yo no entro hasta las diez, tengo horario comercial.

—Pero yo no, comienzo mi jornada a las ocho.

—¿Y la jefa no puede llegar tarde una mañana?

—No.

—¿Seguro? —dijo deshaciendo el lazo del albornoz con que se cubría después de la ducha.

—¡Lucas!

—Es ahora o el almacén. Tú decides. Es prioritario que te demuestre qué mujer me interesa. A cuál deseo a todas horas, diga lo que diga a las clientas y por muy atractivas que estas sean.

Había tal determinación en su mirada que Marina supo que hablaba muy en serio. Que no había tenido suficiente con la noche. Tampoco ella, siempre quería más de él y no solo en el terreno sexual. Quería ser la única, borrar todas las mujeres de su pasado y de su futuro. Quería sentir sobre ella esa mirada que la hacía derretirse por dentro, que le dijera que era preciosa y también, ¿por qué no?, que era una borde. Porque a veces lo era y le gustaba saber que Lucas no pretendía cambiarla. La quería, la aceptaba con sus defectos y virtudes, de la misma forma que ella lo quería a él, con su pasado delictivo, con su presente reformado y su futuro en común. Con la sonrisa devastadora que debía compartir con el resto de las mujeres, porque formaba parte de él y tampoco ella deseaba cambiarlo. Se había enamorado de esa sonrisa desde la primera vez que la vio.

—De acuerdo —aceptó no tan a regañadientes como quería mostrar—. Uno rapidito; pero solo para que comprendas que lo del almacén es inaceptable.

—De momento. Algún día estrenaremos el almacén, como ya hicimos con el probador.

—¡Lucas!

La calló con un beso. Porque los dos sabían que más tarde o más temprano, el almacén serviría para algo más que para guardar material y trajes de otras temporadas. Que sería testigo de algún escarceo amoroso, y eso sucedería más pronto que tarde.

Marina se dejó llevar de nuevo, y no porque quisiera evitar reunirse con él tal cómo había sugerido, sino porque necesitaba tenerlo otra vez en sus brazos aquella mañana, sentirlo suyo y acallar esos celos impertinentes que habían brotado ante la idea de que se encontrase de nuevo con Marta Sarriá. Que le demostrase con hechos y no con palabras todo lo que acababa de decirle.

Epílogo

Quince meses después

El taller volvía a hervir de actividad. Una nueva colección se presentaría en tres días y los preparativos para el desfile se ultimaban a toda prisa. Se daban las últimas puntadas, aunque la mayoría de los modelos estaban ya en el almacén a salvo de miradas indiscretas, esperando su traslado al hotel donde se celebraría el evento.

Como siempre, Lily Aranda había intentado verla antes de la presentación oficial y Lucas tuvo que desplegar todo su encanto para convencerla de que era mejor esperar a que se realizara el desfile. A todas en el taller les sorprendía lo que él conseguía con aquella mujer voluble y caprichosa, acostumbrada a salirse siempre con la suya. Pero confiaba en él, y poco a poco, con paciencia y mano izquierda, estaba consiguiendo modificar su forma de vestir tan inapropiada para sus casi setenta años de edad.

También había conseguido calmar los celos de Marina a lo largo de esos meses de relación. Esta no tardó en comprender que el encanto que desplegaba en la *boutique* era producto de una pose, de un rol que mantenía en el trabajo, y que el hombre adulador y ligón nada tenía que ver con el que la amaba por las noches y en el que había aprendido a confiar. Tanto que en la colección de quince modelos que Sándalo presentaría en breve había tres diseños suyos.

Al principio se había limitado a dar alguna idea cuando Marina estaba preparando los bocetos, y esta le ofreció realizar algunos en su totalidad. El resultado eran tres modelos sencillos: un vestido de tarde cómodo y favorecedor, un traje pantalón para ejecutivas agresivas y un espectacular vestido de fiesta rojo elegante y sexi a la vez. Cuando Marina vio el diseño no pudo evitar acordarse del modelo zafiro, aquel que tanto le gustaba a Lucas y que había «tomado prestado» para su última cena en Menorca, en la que decidieron su futuro juntos. Sabía que el nuevo lo había diseñado pensando en ella, porque era el tipo de ropa de líneas simple que luciría con desenvoltura y resaltaría su elegancia natural.

La noche antes del desfile, como en las anteriores ocasiones, salieron a cenar con Carmen y Sofía. A estas salidas que se habían vuelto habituales los viernes, se unía a veces el novio de esta última, y también lo hizo en esta ocasión, mientras que Carmen mantenía su vida sentimental apartada del ámbito de trabajo.

Cuando después de la cena Marina se fue a pasar la noche con Lucas, brindaron en privado por el éxito de la colección que vería la luz en cuestión de horas.

—¿Nerviosa? —le preguntó mientras tomaban una copa de cava sentados en el sofá.

—Siempre lo estoy antes de un desfile, aunque no lo aparente.

—No tienes por qué, la colección es magnífica.

—Tus modelos también lo son. En algún momento deberás dar el salto y presentar una propia. Tal vez el año que viene.

—No tengo el menor interés en hacerlo. Estoy acostumbrado a permanecer en la sombra; no soy ambicioso.

—¿Temes saltar a la fama? ¿Que alguien te pueda reconocer de tu vida pasada y causarte problemas?

—No creo que eso suceda. Siempre he camuflado muy bien mis distintas personalidades. Me he caracterizado en cada una de ellas, distinto corte y color de pelo, barba, bigote, forma de caminar… incluso he cogido o perdido peso en algunas ocasiones. Esta es la vez que he mostrado un aspecto más parecido a mí mismo. Nadie relacionaría a Joel Santillana con mis roles anteriores, no debes temer eso.

—Me alegro, porque me preocupa que alguien pueda reconocerte.

—En otra ocasión te mostraré mi aspecto en alguno de los trabajos, y te aseguro que ni tú misma podrías hacerlo.

—Eso será divertido. Te lo recordaré. Entonces, ¿no te animas a hacer tú la colección del año próximo? Eres muy bueno.

—No he venido a quitarte el puesto, te lo he dicho muchas veces. Tú eres la diseñadora de Sándalo, y yo el encargado de tienda. «El chico», como me llama Lily. Y me encanta serlo.

—Ya no me preocupa eso, sé que no me vas a robar mi sitio. Pero podemos compartirlo.

—Me basta con compartir el taller y la vida contigo. No necesito más.

—¿Seguro?

—Bueno, también la cama.

—Ya decía yo… En ese caso, seguiré abusando de tu talento para futuras colecciones. Claro, que deberás abrir más la mente.

—¿En qué sentido?

—En el de diseñar modelos que no se adapten a mí. Los de este año son de mi estilo, me los podría poner perfectamente.

—Lo sé, y estarías preciosa con todos ellos. Algún día diseñaré uno para ti…

—Cuando tenga que ir a un evento especial. A la boda de Sofia, por ejemplo.

—¿Se va a casar?

—Más tarde o más temprano lo hará. Ella es de las que legalizan el amor.

Lucas la miró con atención.

—Y tú, ¿lo eres?

—Me casé una vez y no tengo especial interés en hacerlo de nuevo. Creo en la pareja, no en el matrimonio. ¿Por qué me preguntas eso? ¿Tú quieres casarte?

—No especialmente; estoy genial así. Solo trataba de averiguar si esperas una proposición que aún no he hecho.

—En absoluto. Hagamos una cosa: si en algún momento me apetece firmar papeles seré yo quien lo proponga, pero no creo. Me encanta la relación que tenemos, es perfecta.

—A mí me encantas tú. Mientras estemos juntos, el resto me da lo mismo.

—Zalamero. ¿Estás buscando algo?

—Sabes que sí. Estás nerviosa y yo sé la mejor forma de relajarte.

Le quitó la copa de la mano y la besó. Al día siguiente ambos vivirían un día especial y la celebración que había comenzado con la cena, y al llegar a casa con una copa de cava, terminaría en la cama. Y una vez presentada la colección y pasada la primera semana de encargos se cogerían unos días para perderse en Menorca, en la casa que se había convertido en su refugio y su lugar especial.

***

Lucas observaba el desfile desde la última fila de sillas, como hacía desde que se había incorporado a la plantilla de Sándalo, junto a Carmen y Sofía. Marina se situó en la puerta de la habitación donde las modelos se preparaban para salir, también como era habitual, presta a solucionar cualquier contratiempo.

De vez en cuando intercambiaban una mirada, que se hizo más intensa cuando una chica alta y con buen cuerpo, con sus curvas bien puestas, salió y caminó por la pasarela luciendo el espectacular vestido rojo. Un murmullo de aprobación se extendió por la sala y Marina supo que ese sería el modelo estrella de la colección de aquel año.

Al cruzar la mirada con Lucas, este le lanzó un guiño cómplice, y levantó levemente el pulgar, gesto que solo ella apreció. No tenía dudas de que se vendería con toda probabilidad esa misma noche.

Los trajes se sucedían uno tras otro causando expectación, y —como siempre— al final salieron todas las modelos y se colocaron en fila al fondo del escenario del que partía la pasarela, y el público reclamó la presencia de la diseñadora.

Marina subió al mismo y antes de que comenzaran a aplaudir levantó la mano para hacerse escuchar.

—Un minuto, por favor. Os agradezco vuestra presencia, un año más, en este desfile de la nueva colección de Sándalo. Hay aquí muchas personas fieles, otras caras son desconocidas aún para mí, pero confío en que los modelos os hayan gustado y queráis llevar alguno de ellos. En esta colección la *boutique* ha contado con la aportación de un nuevo diseñador que se ha incorporado al reto que supone crear algo nuevo y de calidad para nuestra selecta clientela. Algunos de los modelos que habéis visto son suyos, entre ellos el precioso vestido rojo que tanta admiración ha causado. —Desvió la mirada hacia Lucas, que le sonreía tragando con dificultad y a todas luces emocionado, y alargó la mano hacia él—. Por favor, Joel, sube aquí conmigo, para compartir este momento.

Lucas avanzó con paso elástico y subió con agilidad al escenario, situándose junto a Marina. Los aplausos se volvieron atronadores y le cogió la mano para recibir juntos la aclamación de los

presentes. Después bajaron del escenario y de inmediato se vieron rodeados de los asistentes, que los separaron, mientras caminaban hacia la sala adyacente donde se celebraría el cóctel acostumbrado.

Lucas se vio rodeado de mujeres y Marina tuvo que desviar la mirada para evitar los celos que siempre le provocaba verlo así. Por mucho que se dijera que era su pareja, que las demás eran solo trabajo, no podía evitarlo.

—Marina —sintió un leve tirón en el brazo cuando la mano de un hombre la sujetó con suavidad—. Necesito hablar contigo, es urgente, antes de que nadie te aborde.

Le sonaba la cara morena y agraciada y los clarísimos ojos azules que la miraban con fijeza, aunque le llevó unos minutos situar al dueño en su memoria

—Sí, por supuesto.

Se apartaron un poco, cogiendo una copa de la bandeja que un camarero les ofrecía.

—Te preguntarás a qué se debe mi urgencia, pero quiero reservar el vestido rojo antes de que nadie se me adelante. En exclusiva.

—Un vestido de esas características en exclusiva resulta muy caro. ¿En esta ocasión lo quiere para su mujer o para su amante? ¿Cuál de las dos merece la exclusividad? —No pudo evitar un tono duro en la voz. Aunque en el mundillo en que se movía la infidelidad era algo muy frecuente, ella no la aprobaba. Rechazaba cualquier tipo de traición.

—Para mi cuñada —dijo él con una risita, tras dar un sorbo a su copa—. Y no importa el precio; lo va a pagar mi hermano, que te aseguro puede permitírselo.

—¿Su hermano no ha podido venir?

—Él está aquí, pero piensa que le podría resultar complicado reservarlo; por eso me ha pedido que lo hiciera en su nombre. No quiere arriesgarse a que nadie se le adelante. Y por favor, tutéame. —Le tendió la mano para presentarse—. Adrián Ortiz, y creo que somos familia.

—¿El hermano de Lucas?

—El mismo. ¿Y ves aquella señora que está en la esquina, un poco apartada? Es nuestra madre, que dice que ya basta de que llevéis vuestra relación «en exclusiva» y está deseando conocerte. No he podido evitar que venga, lo ha hecho por su cuenta. Lucas aún no la ha visto.

—Supongo que este momento tenía que llegar, y mejor así que no en una fría y preparada reunión formal.

—No tienes que preocuparte, está encantada de que una mujer le haya hecho sentar la cabeza y deje de viajar de la ceca a la meca. Para ella…

—Sois actores siempre en gira, lo sé. No te preocupes, por mí no lo sabrá. Voy a saludarla, porque supongo que ya sabe quién soy.

—Claro que lo sabe. Cuando lo has hecho subir al escenario se ha emocionado y me ha dicho: esa chica lo quiere de verdad.

—De eso que no tenga ninguna duda.

Al sentirse observada la mujer sonrió y se dirigió hacia Marina y Adrián con paso firme.

—Hola, Marina —saludó jovial—. Supongo que mi hijo ya te ha dicho que soy su madre, y la de Lucas por supuesto. Espero que no te moleste que haya venido, pero tenía muchas ganas de conocerte. Me llamo Encarna.

—En absoluto. Es un placer tenerte aquí, Encarna.

—La colección es estupenda.

—Ha sido trabajo de los dos. Lucas es muy bueno.

—Ejem… hablando del rey de Roma… —Adrián hizo un gesto hacia su hermano, que se acercaba a ellos con pasos apresurados.

—¡Mamá! ¿Qué haces aquí?

—Ya conoces el dicho: si Mahoma no va a la montaña, la montaña tendrá que ir a Mahoma. Y tú te estabas retrasando mucho en presentarme a esta preciosidad. Ya sabes lo impaciente que soy.

Lucas rodeó la cintura de Marina con un brazo.

—¿A que sí? ¿A que es preciosa? —La miró con arrobo haciéndola sentir un poco incómoda.

—Lucas, por favor, ahora no…

—¿No es el momento? Siempre es el momento, cariño, no importa cuánta gente haya alrededor.

Adrián tiró con suavidad del brazo de su madre con una risita.

—Mamá, aquí estorbamos por ahora. Vamos a tomar algo y nos vemos luego para celebrar el éxito de la colección, chicos. No os vais a librar de una cena familiar.

—Yo no pretendía… —se disculpó Marina. Luego miró a Lucas, que la observaba risueño mientras su madre y su hermano se alejaban—. ¿No se habrá ofendido?

—Te aseguro que no. Solo han pretendido darnos un poco de espacio porque han adivinado que me estoy muriendo por besarte.

—Pero aquí no… Lucas, que te conozco… aquí no.

—Ven, nadie se dará cuenta si nos perdemos unos minutos…

Se dejó llevar fuera de la habitación sin oponer resistencia. Pasaron la puerta del baño, giraron una esquina y se detuvieron ante otra que permanecía cerrada en un pasillo desierto. Tras comprobar el picaporte, Lucas extrajo una horquilla del peinado de Marina y en cuestión de segundos abrió lo que parecía un almacén de artículos de limpieza. Tiró de ella y cerró a sus espaldas.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó incrédula, mirando a su alrededor.

—Besarte.

Y se inclinó sobre ella para cumplir su palabra. No pudo resistirse, nunca podía. Se besaron hasta que sintieron que debían parar antes de que no lograran contenerse. Cuando se separaron, con la respiración agitada y los labios hinchados, Marina lo miró con incredulidad.

—Has forzado una cerradura.

—He forzado muchas en mi vida, cariño. Soy un ladrón. O mejor dicho, lo era, porque te

aseguro que no tengo intención de robar la escoba ni los rollos de papel higiénico. —Rio mirando a su alrededor—. Pero el que lo haya dejado no significa que no utilice mis habilidades para otras cosas más placenteras. No podía esperar a la noche para besarte, ni para decirte lo mucho que me ha emocionado tu gesto en el desfile. —Le acarició los labios con el pulgar—. No era necesario.

Marina alzó los ojos y contempló los de Lucas, oscuros y brillantes de emoción.

—Para mí lo era. Los dos hemos creado esa colección, y los dos nos merecemos los elogios. No me llevaré los honores de tu trabajo.

—Si lo dices por lo que te hizo Marcel…

Marina apoyó la mano sobre la mejilla recién rasurada y la acarició.

—Esto no tiene nada que ver con Marcel, sino con nosotros dos. Somos pareja en la vida real, y compañeros en el trabajo. Compañeros.

—¡Ni lo sueñes! ¡Con lo que me pone que seas mi jefa! Eso de ligarse a la jefa mola, ya sea en el almacén o en un cuarto de escobas. Que por cierto, el que estés aquí ya te convierte en cómplice del allanamiento.

—¡Vaya por Dios! Si nos detienen, ¿crees que me dejarán cambiar el uniforme de la cárcel por el vestido rojo que me vas a regalar?

—Seguro que sí, en cuanto los carceleros te vean con él no querrán que te pongas otra cosa. Los vas a tener a todas horas cachondos perdidos. Como estoy yo en este momento.

—Pero…

—Sí, lo sé. Llevamos desaparecidos mucho rato y tenemos que volver al trabajo.

—Si alguien llega a enterarse de que los homenajeados de la noche han forzado la cerradura del cuarto de la limpieza para morrearse, perderemos todo el *glamour*.

—No hemos forzado nada. Volveré a dejar la puerta como estaba y nadie lo sabrá nunca.

Mientras observaba como Lucas introducía de nuevo la horquilla para cerrar la puerta, Marina exclamó:

—Cuando pienso en las cosas que estoy haciendo desde que te conozco… en los sitios más insospechados… —A su mente volvieron las escapadas al almacén sin importarle que Carmen y Sofía estuvieran en el taller, o aquella noche que se enrollaron en el ascensor de madrugada sin esperar a llegar a casa—. No me reconozco.

—Te has liado con un ladrón, cielo. Debes aprender a vivir peligrosamente.

Una vez cerrada la puerta, Lucas se estiró la chaqueta del traje y alzó los hombros. Le tendió a Marina una mano y musitó:

—Vamos, cariño, el trabajo nos espera. Tenemos una colección que vender.

Agradecimientos

A pesar de que no me gusta coser y lo considero un oficio durísimo en el que se gasta mucho la vista y duele terriblemente la espalda, durante una etapa de mi vida trabajé en ello. Fue una suerte para mí que mi madre y mi tía, ambas modistas, me enseñaran desde niña no solo las bases sino también los trucos de la profesión. Ello me permitió ganarme la vida durante unos años.

Por eso tenía que hacer una novela en la que esta actividad estuviera presente. Y tengo que confesar que una de las facetas que menos me gustaba era la de atender a las clientas. En eso Marina, la protagonista de esta novela, se me parece bastante. Por suerte, tuve quien se ocupó de ello por mí, para que yo solo me dedicara a coser: Laura atendiendo los pedidos online, Rocío dando la cara en la tienda ante la clientela quisquillosa y Jose con el tema modelos y demás relacionado con la ropa de diseño. Para todos ellos mis más infinitas gracias.

Si te ha gustado

Te robaré el corazón

te recomendamos comenzar a leer

Cuando florece la primavera

de *Rebeca Cid Vela*

Capítulo 1

Los primeros compases comenzaron a sonar, y Ben se enderezó en su asiento. Se arrepintió de haberse dejado convencer por Olivia y sus amigos, que prácticamente lo habían arrastrado al

teatro. Ninguno sabía lo que significaba para él. No había vuelto a pronunciar su nombre. Los bailarines comenzaron a llenar el escenario, pero él no prestaba atención, sumido en sus propias cavilaciones. Entonces apareció ella. Allí estaba Maya Denísova, combinación de pasión y elegancia. Etérea y sublime, haciendo honor a cómo la describían los entendidos. Ben se quedó sin aliento al contemplar aquellos movimientos gráciles, casi mágicos. Aquel cuerpo que se movía como si flotara, aquel cuerpo que una vez había tenido entre sus brazos. Parecía todo tan lejano… aunque no hacía más que cinco años, pero para él significaba toda una vida.

Casi hipnotizado por aquellos brazos que se elevaban hacia el cielo y por aquel equilibrio perfecto en cada paso, Ben notó que su mente se alejaba de allí y, a su pesar, comenzaba a recordar aquellos días felices que no esperaba volver a vivir. De improviso la música cesó, y Ben regresó al presente. Una mano cálida se había posado en su brazo al tiempo que una voz de mujer le susurraba con dulzura:

—Pareces estar muy lejos. Quizás venir aquí hoy no ha sido muy buena idea, y ahora la recepción…

—No, Olivia —respondió él obligándose a esbozar una sonrisa —. No tengo que huir de nada ni de nadie. Todos nuestros negocios han sido honrados y transparentes. No es culpa nuestra si hay quien no puede asimilar la nueva situación.

Olivia sonrió; no se refería a eso. El dinero había cambiado de manos de forma insospechada en pocos años, y era cierto que había familias antaño muy poderosas que habían perdido toda su influencia. En cambio, había casos de gente que había sido pobre, pero que había sabido aprovechar la situación y se había convertido en la nueva élite. No era el caso de su familia, que seguía conservando influencia y fortuna. Sabía que Benjamin Craig no había sido rico siempre, pero que era un hombre honrado: eso era algo reconocido. No le parecía que fuera frecuente que alguien se hiciera rico permaneciendo honrado, y esa era una de las cosas que la atraían de él. (Además de su aspecto físico, propio de un actor de cine). Aquello a lo que Olivia se refería era algo más personal. Era tan enigmático, tan impenetrable… Pero de vez en cuando una profunda melancolía se asomaba a sus ojos verdes, y eso era algo a lo que Olivia encontraba difícil resistirse. Ese destello de sensibilidad en medio de su fortaleza era lo que hacía que todas las mujeres se enamoraran de él, y ella lo comprendía perfectamente. Esa era una de las cosas que lo diferenciaban de su hermano, que todo parecía tomarlo a broma; pero Benjamin nunca quería hablar de sí mismo. Ni siquiera tenía idea de si tenía una esposa en alguna parte, aunque no creyera que ese fuera su estilo. Si estaba casado, estaba convencida de que se lo habría dicho. Sin duda, los dos hermanos Craig eran igualmente fascinantes, pero Thomas era despreocupado y siempre dispuesto a responder a las insinuaciones de las mujeres y a prestarles atención… aunque solo fuera una semana. En cambio, Benjamin era reservado, frío… Parecía insensible a sus encantos, y eso, para alguien tan aficionado a los retos como Olivia, era irresistible. Era todo un enigma; casi no sabía nada de él, aunque lo que sí sabía era que Maya y Ben se habían conocido en otro tiempo. Thomas lo dejó caer una vez: «Benjamin frecuentaba la casa donde se

alojaba Maya Denísova; supongo que la conocería allí», había dicho en una ocasión sin entrar en más detalles.

Lo que desconocía era hasta qué punto habían significado algo el uno para el otro. Olivia no lo sabía, pero lo intuía. Lo intuyó en el preciso momento en el que su hermana había mencionado el nombre de Maya Denísova para expresar su deseo de ir a verla bailar junto a Sergei Rostov.

—Son la pareja del momento. Dicen que son de los mejores bailarines de la historia… Y vienen a Londres a interpretar El lago de los cisnes… No podemos perder esta oportunidad —había dicho con entusiasmo la muchacha, muy aficionada al ballet. —Pero, sobre todo, se dio cuenta de que algo más ocurría cuando vio la expresión de Ben al añadir la joven, mostrando el periódico que tenía en la mano—: Y, ¿sabéis? Dicen que son algo más que amigos… Mirad, esta foto se la hicieron saliendo del Savoy, que es donde se alojan. ¡Es tan emocionante…!

—No hagas caso de habladurías —la había cortado su padre, pero Olivia ya había visto lo que tenía que ver.

Salieron del palco, y el animado grupo compuesto por Benjamin, su hermano Thomas, Olivia y su hermana Elsa, Albert Sutton, abogado de los hermanos Craig —que casualmente era el padrino de Olivia— y su esposa Jane charlaron durante un buen rato con otros conocidos que también habían asistido a la representación. Después se dirigieron a la recepción que se había organizado en casa de lord Asquith en honor de tan ilustres artistas, con motivo del estreno de la nueva producción del ballet de la Opera de París en el Royal Albert Hall.

Entraron en el gran salón donde tocaba una orquesta. Se habían dispuesto grandes mesas alargadas con champán. Allí fueron recibidos por el anfitrión, que se acercó nada más ver a Olivia y a su hermana. No en vano eran las hijas del duque de Norfolk.

—Mis queridas niñas… Albert, Jane… Y a ustedes, permítanme darles la bienvenida. Me alegra tenerlos aquí —añadió dirigiéndose a los hermanos Craig. Si eran amigos de Olivia, había que tenerlos en cuenta.

—Gracias —respondió alegremente Elsa, que aún estaba riéndose de una ocurrencia que Thomas le había susurrado al oído.

Olivia miró a su hermana con cierto reproche por sus modales. Imaginaba lo que Thomas podía haberle dicho teniendo en cuenta el aspecto de lord Asquith con su oronda figura y con sus diminutas piernas. No aprobaba que se rieran de la gente ni por su aspecto, ni por nada, pero su hermana era aún demasiado joven y, respecto a Thomas, por lo que había llegado a conocerlo, podía afirmar que no era alguien que pensara demasiado en las consecuencias de sus actos, aunque no por eso dejaba de ser encantador. No obstante, Olivia guardó la compostura y respondió:

—Es usted muy amable.

Todos se mostraban animados, menos Ben, que mantenía una expresión impasible, algo que a Olivia no se le había pasado por alto. Lo miraba de soslayo por si podía entrever lo que pensaba, pero el hombre resultaba impenetrable. Lord Asquith les pidió con entusiasmo que lo siguieran,

mientras les abría paso entre la gente, que ya llenaba la sala:

—Venid por aquí, y os presentaré a estos artistas tan geniales. No ha sido fácil que Maya Denísova aceptara… Quizás en estos momentos no es muy dada a las reuniones sociales…

—Oh, no… Los dos, Sergei y Maya, han sido recibidos por todos los gobernantes y por lo mejor de la sociedad en todos los países donde han actuado… —corrigió Elsa, lo que le valió un suave manotazo de su hermana y una mirada acusadora, que le dio a entender que era mejor que se mantuviera callada.

Olivia volvió a observar a Benjamin, pero de nuevo no pudo percibir ninguna emoción ni en su rostro ni en su mirada. El grupo continuaba caminando detrás del anfitrión, intentando no quedarse atrás porque resultaba ya un poco difícil moverse por la sala, hasta que de pronto se encontraron frente a un corrillo que se arremolinaba emocionado alrededor de una pareja que no dejaba de asentir y sonreír.

—Enhorabuena…

—Son encantadores…

—Y ella, qué elegancia… Es baronesa, ¿sabes? La baronesa von Hayek, pero nunca utiliza el título: solo quiere que se la conozca por su arte…

—Ha sido extraordinario…

—La mejor actuación que he visto en años… —se oía conforme se iban acercando más.

Su improvisado guía consiguió hacer un hueco y apartar a los demás, por lo que pudieron acercarse a la pareja.

—Lleva el último modelo de Schiaparelli… ¡Qué elegante es! Y él, ¡qué guapo! —exclamó Elsa entusiasmada sin poder contenerse, a pesar de la advertencia de que se mantuviera en silencio.

La pareja de bailarines saludaron sonrientes a los recién llegados y agradecieron las palabras de elogio que les dedicaron, sobre todo Elsa. Cuando Thomas se encontró frente a Maya, se sintió sorprendido porque su cara le resultaba vagamente familiar, aunque no era capaz de situarla. Pero fue, al llegar el turno de Benjamin, que a Maya se le congeló la sonrisa en la cara. Aguantó el tipo como pudo. Todo bajo la atenta mirada escrutadora de Olivia.

—Esta es Maya…

—No hacen falta presentaciones… —respondió Ben con total indiferencia —… ¿quién no conoce a la gran Maya Denísova? —prosiguió él con un tono helador.

—Si usted lo dice… —añadió ella con cierta inseguridad en la voz.

—Oh, desde luego —respondió lord Asquith dubitativo… —Y no has de ser tan modesta… Naturalmente que tu nombre es mundialmente reconocido, ¿quién puede dudar eso? —añadió con energía mirando a Maya.

Sin dar opción a que la muchacha pudiera contestar nada más, Benjamin saludó con un ligero movimiento de cabeza y se alejó en dirección a la mesa donde los camareros servían el champán a los invitados. Tomó una copa y se apartó del bullicio de la fiesta, escabulléndose hacia un

saloncito lateral; se sentó en uno de los sillones que habían dispuesto alrededor de una mesa baja y cerró los ojos un instante. Estaba tan hermosa… más si cabía que como la recordaba. Olivia tenía razón: no había sido buena idea asistir a la fiesta. Por mucho que pensara que estaba preparada para afrontarla, quizás no había medido bien sus fuerzas. Le resultó imposible evitar que su mente evocara todos aquellos recuerdos que con tanto esfuerzo había procurado olvidar.

En un extremo del salón, Maya aún no se había repuesto de la impresión de haberse encontrado con Benjamin cara a cara en casa de lord Asquith, el último sitio donde hubiera esperado verlo. Se había quedado totalmente estupefacta, más aún cuando el anfitrión les había comentado en voz baja que los hermanos Craig eran los dueños de una de las minas de diamante más importantes del mundo.

—¿No te encuentras bien? Si estás helada —preguntó Sergei con preocupación al rozarle las manos suavemente.

—Sí, sí… Solo estoy cansada. Demasiadas emociones en un día. Me sentaré aquí… —añadió señalando una fila de sillas dispuestas contra la pared, algunas ya ocupadas por señoras de cierta edad —… y esperaré a que me traigas algo de beber… Si eres tan amable. Después, seguro que me encontraré mejor.

—Desde luego —respondió él, que no hizo ademán de alejarse hasta asegurarse de que se sentaba y de que se encontraba cómoda.

—¿Champán? —preguntó guiñando un ojo.

—Champán —dijo la joven al tiempo que asentía.

Vio a Sergei alejarse entre la gente y buscó instintivamente el rostro de Ben entre las parejas que bailaban y en los corrillos de invitados que charlaban y reían, pero no lo encontró. Todavía le temblaban las piernas y le costaba mantenerlas quietas, aun estando sentada. No estaba preparada para encontrarse con él, y mucho menos cuando estaba convencida de que jamás volvería a verlo. Había evitado actuar en Inglaterra todos aquellos años, y todas sus precauciones no habían servido de nada. Pero… ¿qué estaba haciendo él allí? ¿De verdad era dueño de una mina? ¿Era posible? Estaba tan cambiado… parecía otro. Al igual que le había ocurrido a él, Maya no pudo evitar que su pensamiento se alejara del presente y viajara años atrás, cuando sentía que aún había esperanza.

Él es atractivo, sexi, carismático y tiene una vida expuesta al público…, aunque sea falsa.
Ella es dura, fría, desconfiada y esconde celosamente su intimidad… y su pasado.
Las chispas saltan entre ambos desde la primera mirada.

Marina es la diseñadora, encargada y jefa de taller de Sándalo, una de las más prestigiosas boutiques de Barcelona. Es una mujer enigmática, dura y fría que arrastra un pasado que mantiene oculto incluso a sus más cercanas colaboradoras.
Lucas es ladrón de guante blanco, especializado en joyas. Es carismático, sexi, y las mujeres caen rendidas a sus pies, lo que aprovecha para llevar a cabo sus robos. Ante la inminencia de una gran fiesta en la que piensa dar un golpe, se infiltra como dependiente en la boutique donde la mayoría encargará sus vestidos para conocer y elegir entre la selecta clientela a la victima de su próximo robo.
Marina se ve obligada a aceptar a ese nuevo empleado, pero, a pesar de que no se fía de él, no puede evitar que el magnetismo que desprende la afecte contra su voluntad. La tensión sexual entre ambos es patente desde el primer momento, por mucho que los dos traten de ignorarla.

Él está acostumbrado a robar joyas. Ella solo tiene una que le interese: su corazón.

Ana Álvarez nació en Sevilla, el 2 de abril de 1959. Cursó estudios de bachillerato y auxiliar administrativo, tarea que realizó un tiempo. Durante muchos años ejerció de ama de casa y ha escrito durante toda su vida, desde los veinte años, siempre novelas románticas contemporáneas, que solo leía su hija por timidez.

Después de un divorcio difícil, su hija la animó a publicar en Internet y las muchas lecturas y comentarios le decidieron lanzarse a la autopublicación y a enviar los primeros capítulos de dos de ellas a la Selección RNR, donde se publicaron convirtiéndose en un gran éxito.

Edición en formato digital: abril de 2021

© 2021, Ana Álvarez
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18122-71-2

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Te robaré el corazón

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Ana Álvarez
Créditos